SALMAN RUSHDIE
Ciudad Victoria
RANDOM HOUSE

# SALMAN RUSHDIE

# *Ciudad Victoria*

Traducción de Luis Murillo Fort

RANDOM HOUSE

*Para Hanan*

PRIMERA PARTE

# EL NACIMIENTO

# 1

El último día de su vida, cuando tenía doscientos cuarenta y siete años de edad, la milagrera, profetisa y poetisa ciega Pampa Kampana puso fin a su inmenso poema narrativo sobre Bisnaga y lo metió en una cazuela de barro sellada con cera en el corazón del Recinto Real ahora en ruinas, como mensaje para el futuro. Cuatro siglos y medio después encontramos la cazuela y leímos por primera vez la inmortal obra maestra titulada *Jayaparajaya*, que significa «Victoria y Derrota», escrita en sánscrito, tan larga como el *Ramayana*, compuesta de veinticuatro mil versos, y conocimos así los secretos del imperio que ella había hurtado a la historia durante más de ciento sesenta mil días. Nosotros conocíamos únicamente las ruinas de ese imperio, y el recuerdo de su historia estaba también en ruinas debido al paso del tiempo, a las imperfecciones de la memoria y a las falsedades de quienes vinieron después. Leyendo el libro de Pampa Kampana íbamos reconquistando el pasado, el imperio Bisnaga renacía tal como había sido en verdad, con sus mujeres guerreras, sus montañas de oro, su generosidad de espíritu y sus momentos de vileza, sus puntos débiles y sus puntos fuertes. Oímos por primera vez la historia completa del reino que empezó y terminó con una quema y una cabeza cortada. Lo que viene a continuación es esa misma historia contada en un lenguaje más llano por el presente autor, que no es ni un erudito ni un poeta sino un simple cuentacuentos que ofrece esta versión para el mero entretenimiento y posible instrucción del lector de hoy, sea joven o viejo, culto o menos culto, ya busque la sabiduría o le diviertan los disparates, gente del norte como del sur, seguidores de tal o cual dios o de ninguno, de miras amplias o de miras estrechas, hombres y mujeres y miembros de los géneros intermedios o de más allá, vástagos de la nobleza y plebeyos de carnet, gente buena y granujas, embaucadores y

extranjeros, sabios humildes y tontos egoístas.

La historia de Bisnaga dio comienzo en el siglo XIV de nuestra era, en el sur de lo que ahora llamamos la India, Bhārat, Hindustán. El viejo rey cuya cabeza separada del cuerpo lo puso todo a rodar no era un gran monarca, sino más bien un sucedáneo de gobernante como suele darse entre el declive de un gran reino y el nacimiento de otro. Su nombre era Kampila, del diminuto principado de Kampili, «Kampila Raya», siendo *raya* la versión regional de *raja*, rey. Este *raya* de segunda categoría estuvo el tiempo suficiente en su trono de tercera categoría como para edificar una fortaleza de cuarta categoría a orillas del río Pampa, levantar en su interior un templo de quinta categoría y hacer tallar unas intrincadas inscripciones en la pared de una colina pedregosa, pero luego vino el ejército del norte para dar buena cuenta de él. La batalla que siguió fue muy descompensada, hasta el punto de que nadie se molestó en ponerle un nombre; una vez que la gente del norte hubo aplastado a las huestes de Kampila Raya y matado a la mayor parte de su ejército, prendieron al reyezuelo y le cortaron la descoronada cabeza. Después la rellenaron de paja y la enviaron al norte para deleite del sultán de Delhi. Ni la batalla sin nombre ni la cabeza cortada tenían nada de especial. En aquella época las batallas eran casi lugar común y mucha gente ni se molestaba en darles un nombre; en cuanto a las cabezas cortadas, eran numerosas las que viajaban de una parte a otra de nuestro gran país para gusto de tal o cual príncipe. El sultán de la capital norteña había reunido una buena colección.

Sorprendentemente, tras la insignificante batalla se produjo uno de esos acontecimientos que cambian la historia. Cuentan que las mujeres del minúsculo y derrotado reino, la mayor parte de ellas viudas como resultado de la batalla sin nombre, abandonaron la fortaleza de cuarta categoría tras hacer unas ofrendas finales en el templo de quinta categoría, cruzaron el río en pequeñas embarcaciones —desafiando de manera inverosímil la turbulencia del agua—, recorrieron cierta

distancia a pie rumbo al oeste siguiendo la orilla meridional y luego encendieron una gran hoguera y se suicidaron en masa entre las llamas. Muy serias, sin emitir una sola queja, se dijeron adiós y avanzaron sin dar un respingo. Tampoco se oyeron gritos cuando el fuego prendió en sus carnes y el hedor de la muerte colmó el aire. Ardieron en silencio; no hubo más ruido que el crepitar del fuego mismo. Pampa Kampana lo vio todo. Fue como si el propio universo le mandara un mensaje: Abre bien los oídos, inspira hondo y aprende. Tenía entonces nueve años y se quedó mirando la escena con lágrimas en los ojos mientras apretaba con todas sus fuerzas la mano de su madre, que no lloraba, mientras aquellas mujeres a las que conocía penetraban en la hoguera y se sentaban o permanecían de pie o se tumbaban en el corazón del horno expulsando llamas por las orejas y la boca: la mujer mayor que lo había visto todo y la joven que apenas empezaba a vivir y la niña que odiaba a su padre el soldado muerto y la esposa que se avergonzaba del marido por no haber entregado su vida en el campo de batalla y la mujer de bella voz melodiosa y la mujer de aterradora carcajada y la mujer flaca como un palo y la mujer gruesa como un melón. Helas allí, marchando hacia la muerte, y de pronto Pampa, que empezaba a sentir ganas de vomitar debido a la fetidez de la muerte, vio horrorizada cómo su madre, Radha Kampana, le soltaba suavemente la mano y muy despacio pero con total determinación avanzaba para sumarse a la hoguera de las suicidas sin decirle adiós siquiera.

Durante el resto de su vida Pampa Kampana, que compartía nombre propio con el río en cuyas orillas tuvo lugar dicho suceso, llevaría consigo el olor de la carne de su madre quemándose. La pira estaba hecha de madera de sándalo perfumada y se le había añadido gran cantidad de clavos y ajo y comino y canela, como si las damas suicidas estuvieran siendo condimentadas como un plato muy especiado a fin de ser presentado ante los victoriosos generales del sultán para su gastronómico deleite, pero aquellas fragancias —la cúrcuma, los cardamomos grandes y también los cardamomos pequeños— no lograron enmascarar la singular y canibalesca acrimonia de mujeres siendo asadas vivas y, si acaso, hicieron la pestilencia aún más difícil de

soportar. Pampa Kampana no volvió a comer carne nunca más, y tampoco fue capaz de estar ni unos minutos en una cocina donde estuvieran preparándola. Todos esos platos exudaban el recuerdo de su madre, y cuando otras personas comían animales muertos Pampa Kampana tenía que apartar la vista.

El padre de Pampa había muerto joven, mucho antes de la batalla sin nombre, de ahí que su madre no fuera una de las recién enviudadas. Arjuna Kampana había muerto hacía tanto tiempo que Pampa no recordaba qué cara tenía. Todo lo que sabía de él era lo que Radha Kampana le había contado, que había sido un hombre afable, el muy querido alfarero de la localidad de Kampili, y que había animado a su esposa a aprender ella también el arte de la alfarería; así pues, a su muerte, ella se hizo cargo del negocio y demostró que era igual de buena o incluso mejor. Radha, a su vez, había enseñado a la pequeña Pampa a manejarse con la rueda y la niña sabía hacer cazuelas y platos y había aprendido también una importante lección: que no había ningún trabajo exclusivo de los hombres. Pampa Kampana llegó a pensar que esa iba a ser su vida, hacer objetos hermosos con su madre, juntas a la rueda. Pero el sueño había terminado cuando su madre le soltó la mano aquel día y la abandonó a su suerte.

Por un largo momento Pampa intentó convencerse de que su madre solo se estaba mostrando sociable y haciendo lo que las demás, pues siempre había sido una mujer para quien la amistad femenina era de vital importancia. Se dijo a sí misma que aquel ondulante muro de fuego era un telón detrás del cual las señoras se habían congregado para chismorrear y que no tardarían en salir de las llamas, ilesas, o quizá un poco chamuscadas, oliendo a perfumes culinarios tal vez, pero que eso duraría poco. Y que luego su madre y ella volverían a casa.

Solo al ver cómo los últimos pedazos de carne asada se desprendían de la osamenta de Radha Kampana dejando al descubierto el cráneo mondo, comprendió Pampa que su infancia tocaba a su fin y que a partir de ese momento debía comportarse como una adulta y no cometer jamás el error final de su madre. Se reiría de la muerte y encararía la vida. No sacrificaría su cuerpo solo por seguir a un hombre

muerto a la otra vida. Se negaría a morir joven y, por el contrario, viviría hasta ser insultantemente vieja. Fue en este punto cuando recibió la bendición celestial que iba a cambiarlo todo, pues fue el momento en que la voz de la diosa Pampa, tan antigua como el Tiempo, empezó a salir por su boca de niña de nueve años.

Era una voz descomunal, como el retumbo de una gran cascada en medio de un valle de dulces ecos. Poseía una música que ella no había oído jamás, una melodía que ella más tarde bautizó como «bondad». Lógicamente, le entró pánico, pero al mismo tiempo se sentía serena. No es que la hubiera poseído un demonio. Era una voz benigna, y majestuosa también. Su madre le había dicho una vez que dos de las principales divinidades del panteón habían pasado los primeros días de su noviazgo cerca de allí, junto a las rabiosas aguas del tumultuoso río. Quizá se trataba de la mismísima reina de los dioses, que volvía en una época de mortandad al lugar donde naciera su amor. Como el río, a Pampa Kampana le pusieron el nombre de la deidad —«Pampa» era uno de los nombres con que se denominaba en la región a la diosa Parvati, y su amante Shiva, el poderoso Señor de la Danza, se le había aparecido en su encarnación local de tres ojos—, de modo que la cosa empezó a cobrar sentido. Con una sensación de sereno desapego Pampa, el ser humano, empezó a prestar oídos a las palabras de Pampa, la diosa, que salían por su boca. Tenía tan poco control sobre ellas como un miembro del público pueda tenerlo sobre el monólogo de la protagonista, y ahí dio comienzo su carrera como profeta y milagrera.

En el terreno físico no notó cambio alguno. No experimentó desagradables efectos secundarios. Ni temblores ni desvanecimientos, ni sofocos ni sudores fríos. No le salía espuma por la boca ni era víctima de ataques epilépticos, como había dado en creer que podía ocurrirle y como a otras personas, en casos semejantes, sí les había pasado. Si acaso, se sentía como arropada por una gran calma, la certeza de que el mundo todavía era un lugar bueno y de que las cosas saldrían bien.

—De la sangre y el fuego —dijo la diosa— nacerá vida y nacerá poder. En este punto exacto crecerá una gran ciudad, maravilla del

mundo, y su imperio durará más de dos centurias. Y tú —la diosa se dirigió ahora a Pampa Kampana, proporcionando a la muchacha la experiencia insólita de que un ser desconocido del orbe sobrenatural le hablara a ella en concreto por medio de su propia boca—, tú lucharás para asegurarte de que ninguna otra mujer muera de esta forma y de que los hombres empiecen a ver a la mujer con otros ojos, y vivirás lo suficiente como para ser testigo de tu éxito y también de tu fracaso, para verlo todo y contar los hechos, aun cuando una vez que hayas terminado tu relato morirás al instante y nadie te recordará hasta cuatrocientos cincuenta años después.

Fue así como Pampa Kampana aprendió que la munificencia de una divinidad es siempre una espada de dos filos.

Echó a andar sin saber adónde iba. De haber vivido en nuestra época tal vez habría dicho que el paisaje le recordaba a la superficie lunar por los cráteres en las llanuras, los valles de regolito, los montones de piedras, lo desértico, la sensación de melancólico vacío allí donde debería haber pululado la vida. Pero ella no veía la luna como un lugar. Para ella era solo un dios que relucía en el firmamento. Anduvo y anduvo hasta que empezó a ver milagros. Vio a una cobra que utilizaba su caperuza para proteger del calor del sol a una rana preñada. Vio a un conejo volverse para encarar a un perro que trataba de cazarlo, y morder al perro en el hocico y hacer que saliera huyendo. Tales portentos la indujeron a pensar que algo maravilloso estaba al caer. Poco después de estas visiones, que quizá los dioses le habían enviado como señales, llegó al pequeño *mutt* de Mandana.

Había quien a un *mutt* lo llamaba un *peetham*, pero para evitar confusiones digamos simplemente que era la morada de un monje. Con el tiempo, paralelamente al crecimiento del imperio, el *mutt* de Mandana se convirtió en un lugar majestuoso que se extendía hasta el impetuoso río, un complejo enorme donde trabajaban millares de sacerdotes, sirvientes, comerciantes, artesanos, celadores, cuidadores de elefantes, adiestradores de monos, palafreneros y labriegos que se ocupaban de los extensos campos de arroz, y el *mutt* era venerado por ser el lugar sagrado al que acudían emperadores en busca de consejo,

pero en estos primeros tiempos antes de que comenzara el principio, era poco más que una humilde y ascética gruta con su pequeño huerto. Su ascético ocupante, todavía un joven estudioso de veinticinco años, de largas guedejas rizadas que le bajaban por la espalda hasta la cintura, respondía al nombre de Vidyasagar, que quería decir que dentro de su cabeza, de considerable tamaño, había un océano de conocimiento, un *vidya-sagara*. Cuando el monje vio acercarse a la chica con hambre en la lengua y locura en sus ojos comprendió al instante que había presenciado cosas terribles y le ofreció agua y la poca comida que tenía.

Después de aquello, si hay que hacer caso a la versión de Vidyasagar, vivieron juntos sin grandes problemas, durmiendo cada cual en un rincón de la cueva, y se llevaron bien debido en parte a que el monje había hecho solemne voto de abstinencia de los asuntos de la carne, de modo que incluso cuando Pampa Kampana alcanzó la plenitud de su majestuosa belleza él nunca le puso un dedo encima a pesar de que el espacio no era muy grande y de que vivían solos y a oscuras. Durante el resto de su vida así lo contó él a todo aquel que le preguntaba… y no eran pocos los que lo hacían, porque el mundo es un lugar cínico y receloso y, como está lleno de embusteros, cree que todo es mentira. Y no otra cosa era lo que contaba Vidyasagar.

Pampa Kampana, cuando le preguntaban, no respondía. Desde muy temprana edad había adquirido la capacidad de alejar de su conciencia muchos de los males que la vida repartía. No había entendido aún, ni aprovechado, el poder de la diosa que llevaba dentro, de modo que no fue capaz de protegerse cuando el supuestamente casto estudioso cruzó la fina e invisible línea que los separaba e hizo lo que hizo. No lo hacía a menudo, porque el estudio solía dejarlo demasiado fatigado como para atender a su lujuria, pero sí con cierta frecuencia, y cada vez que eso ocurría ella borraba el hecho de su memoria mediante un acto de voluntad. Borró también a su madre, cuyo autosacrificio había acabado sacrificando a su hija en el altar de los deseos del asceta, y durante mucho tiempo intentó convencerse de que lo sucedido en la cueva era solo una ilusión y de que ella nunca había tenido madre.

Eso la ayudó a aceptar su sino en silencio; pero dentro de ella empezaba a crecer una energía colmada de ira, un poder que habría de dar vida al futuro. Con el tiempo. A su debido tiempo.

En los nueve años siguientes no pronunció una sola palabra, razón por la cual Vidyasagar, que tantas cosas sabía, ignoraba el nombre de su compañera de retiro. Decidió, pues, llamarla Gangadevi, y ella aceptó ese nombre sin protestar y le ayudó a recoger bayas y raíces para comer, a barrer su mísera vivienda y a acarrear agua del pozo cercano. Ese silencio convenía a Vidyasagar, pues la mayoría del tiempo se lo pasaba meditando, reflexionando sobre el significado de los textos sagrados que había aprendido de memoria y buscando respuesta a dos grandes preguntas: si existía la sabiduría o si todo era locura, y, relacionada con lo anterior, la pregunta de si existía realmente el *vidya*, el verdadero saber, o solo muchos tipos diferentes de ignorancia, y el saber verdadero —por el cual había recibido su nombre— únicamente lo poseían los dioses. Por añadidura, pensaba en la paz y se preguntaba de qué forma garantizar el triunfo de la no violencia en una época tan violenta.

Los hombres eran así, pensó Pampa Kampana. El hombre filosofaba sobre la paz, pero en su manera de tratar a la muchacha indefensa que dormía en su cueva los actos no iban parejos con su filosofía.

Aunque la muchacha creció callada hasta convertirse en una mujer joven, escribió profusamente con una letra robusta y fluida, cosa que asombró al sabio, que la había tomado por analfabeta. Una vez recuperada el habla, Pampa Kampana confesó que ella no sabía que fuera capaz de escribir y atribuyó el milagro de alfabetización a la benévola intervención de la diosa. Escribía casi a diario y dejaba que Vidyasagar leyera sus escritos, de modo que durante aquellos nueve años el pasmado sabio se convirtió en el primer testigo del florecimiento de su genio poético. Fue en dicho periodo cuando ella compuso lo que sería el Preludio a su *Victoria y Derrota*. El tema de la primera parte del poema sería la historia de Bisnaga desde su creación hasta su destrucción, pero esas cosas estaban aún por llegar. El Preludio versaba sobre la antigüedad mediante la historia de Kishkindha, el

reino de los monos que había florecido tiempo atrás en aquella región durante el Tiempo de la Fábula, y contenía un vívido relato de la vida y los hechos de Hanuman, el rey mono, capaz de crecer como una montaña y de cruzar el mar de un salto. Tanto los eruditos como los lectores corrientes coinciden en que la calidad de la estrofa de Pampa Kampana rivaliza, cuando no lo supera incluso, con el lenguaje del mismísimo *Ramayana*.

Transcurridos esos nueve años, un día se presentaron los dos hermanos Sangama: el alto, apuesto y de pelo entrecano, que se quedaba muy quieto y te miraba a los ojos como si pudiera ver tus pensamientos; y el otro, mucho más joven, que era menudo y robusto y siempre estaba zumbando alrededor de su hermano, y de todo el mundo, como un abejorro. Eran vaqueros de la localidad montañosa de Gooty y habían ido a la guerra, siendo la guerra una de las industrias en expansión de la época; se habían alistado en el ejército de un principito local y, como eran simples aficionados en las artes de matar, habían sido capturados por las fuerzas del sultán de Delhi y enviados al norte, donde para salvar el pellejo fingieron convertirse a la religión de sus captores. Poco tiempo después lograban escapar y se desprendían de la nueva fe adoptada como quien se quita un chal, poniendo tierra de por medio antes de que los circuncidaran conforme a los requisitos de esa fe en la que en verdad no creían. Eran chicos de la zona, explicaron al llegar a la cueva, y habían oído hablar de la sabiduría del erudito Vidyasagar y, por qué no decirlo, también de la belleza de la joven muda que vivía con él, y habían venido en busca de buenos consejos.

No venían con las manos vacías: canastos de fruta fresca, un saco de nueces y otros frutos secos, una vasija con leche de su vaca favorita y un saquito de semillas que a la postre resultó ser lo que les cambiaría la vida. Se llamaban, dijeron, Hukka y Bukka Sangama —Hukka el apuesto de más edad y Bukka el joven abejorro— y tras su huida del norte estaban buscando una nueva dirección en la vida. Cuidar vacas, dijeron, ya no les bastaba después de su experiencia en el campo de batalla, sus horizontes eran más amplios y sus ambiciones más grandes,

así que agradecerían cualquier consejo en este sentido, cualquier pequeña ola procedente del inmenso Océano de Conocimiento, cualquier susurro salido de las profundidades del saber que el sabio tuviera a bien ofrecerles, cualquier cosa que pudiera mostrarles el camino.

—Nos han contado que eres el gran apóstol de la paz —dijo Hukka Sangama—. Nosotros ya no tenemos muchas ganas de guerrear, después de lo que hemos vivido hace poco. Muéstranos los frutos de la no violencia.

Para sorpresa de todos no fue el monje sino su compañera de dieciocho años quien contestó, y lo hizo con una voz normal, fuerte y grave que en nada hacía pensar que no hubiera sido utilizada durante nueve años; una voz que sedujo de inmediato a ambos hermanos.

—Vamos a suponer que tenéis unas semillas —dijo ella—. Y vamos a suponer que pudierais plantarlas y que de ellas saliera una ciudad y que pudierais cultivar también sus habitantes, como si las personas fueran plantas que echan brotes y florecen cada primavera para luego marchitarse llegado el otoño. Y vamos a suponer que de esas semillas pudieran salir generaciones y engendrar toda una historia, una realidad nueva, un imperio. Vamos a suponer que pudieran convertiros en reyes, y también a vuestros hijos y a los hijos de estos.

—Pinta bien —dijo el joven Bukka, el más extrovertido de los dos hermanos—, pero ¿de dónde vamos a sacar unas semillas como esas? Nosotros somos unos simples vaqueros, pero eso no quiere decir que creamos en cuentos de hadas.

—Vuestro apellido, Sangama, es una señal —dijo Pampa Kampana—. Un *sangam* es una confluencia, como cuando los ríos Tunga y Bhadra, que nacieron del sudor que caía por los costados de la cabeza del dios Vishnú, se juntaron para crear el río Pampa, y por tanto significa también el discurrir de diferentes partes para hacer un todo nuevo. Ese es vuestro destino. Id al lugar del sacrificio de las mujeres, el lugar sagrado donde mi madre murió, que es también donde en tiempos remotos Rama y su hermano Lakshman juntaron fuerzas con el poderoso Hanuman de Kishkindha y combatieron a Rávana, el rey

demonio de Lanka de muchas cabezas, que había raptado a Sita. Vosotros dos sois hermanos como lo fueron Rama y Lakshman. Edificad allí vuestra ciudad.

En ese momento intervino el sabio.

—No es tan mal comienzo, ser vaqueros —dijo—. El sultanato de Golconda lo fundaron unos pastores de ovejas, sabéis (de hecho, el nombre significa «monte de los ovejeros»), pero esos pastores tuvieron la mala fortuna de descubrir que aquel terreno era rico en diamantes y ahora son príncipes y propietarios de las Veintitrés Minas, descubridores de la mayoría de los diamantes rosa que existen en el mundo y dueños del diamante conocido como la Gran Mesa, que guardan en la más recóndita de las mazmorras de su fortaleza en la cumbre de la montaña, más inexpugnable aún que la de Mehrangarh en Jodhpur, o que el fuerte Udayagiri aquí en las tierras del sur.

—Y vuestras semillas son mejores que diamantes —dijo la joven, devolviéndoles el saquito que los hermanos habían traído consigo.

—¿Cómo? ¿Estas semillas? —preguntó Bukka, asombrado—. Pero si no son más que un surtido normal y corriente que decidimos traer como regalo para vuestro huerto… Hay semillas de okra, judías y calabaza serpiente, todo mezclado.

La profetisa negó con la cabeza.

—Ya no —dijo—. Ahora son las semillas del futuro. De ellas crecerá vuestra nueva ciudad.

Los hermanos se percataron en ese instante de que ambos se habían enamorado profunda y verdaderamente de aquella extraña belleza que era sin duda una gran hechicera o, cuando menos, una persona tocada por algún dios que le había concedido poderes excepcionales.

—Hemos oído decir que Vidyasagar te puso por nombre Gangadevi —dijo Hukka—, pero ¿cómo te llamas en realidad? Me gustaría mucho saberlo; así podré recordarte tal como tus padres quisieron.

—Id y edificad vuestra ciudad —dijo ella—. Cuando haya surgido de las piedras y el polvo, regresad y preguntádmelo de nuevo. Es posible que entonces os lo diga.

# 2

Una vez que hubieron llegado al lugar designado y esparcido las semillas, llenos de una enorme perplejidad y con apenas un asomo de esperanza, los hermanos Sangama treparon hasta lo alto de un cerro de grandes rocas y zarzales que rasgaron sus prendas de campesino y se sentaron a esperar. Era mediada la tarde, y apenas una hora después vieron rielar el aire como ocurre durante las horas más calurosas de los más calurosos días, y de repente la ciudad milagrosa empezó a brotar ante sus asombradas miradas; los edificios de piedra de la zona central surgían del suelo pedregoso, así como el majestuoso palacio real y también el primer gran templo. (Este sería ya para siempre conocido como el Templo Subterráneo porque había surgido de un lugar bajo la superficie de la tierra, y también como el Templo del Mono, pues desde el primer momento aparecieron numerosos simios de cola larga de la especie conocida como langures de Hanuman, monos que parloteaban entre ellos y hacían sonar las muchas campanas del templo, y debido también a la gigantesca escultura del propio Hanuman que se alzó también con el edificio para situarse junto a la entrada). Todo esto y más vieron surgir con el esplendor de antaño, con vistas al palacio y al Recinto Real que se extendía al fondo de la larga calle del mercado. Barro, madera y paletadas de estiércol de la gente común hicieron también su humilde aparición floreciendo en la periferia de la ciudad.

*(Nota sobre los monos. Quizá sea útil reseñar aquí que los monos jugarán un importante papel en la narración de Pampa Kampana. En estas primeras páginas la benévola sombra de Hanuman sobrevuela el texto, y tanto su poder como su arrojo se convierten en características de Bisnaga, sucesor en la vida real del mítico Kishkindha. Sin embargo, más adelante aparecerán monos malignos a los que hacer frente. No hay ninguna necesidad de*

*anticipar más detalles. Baste señalar la naturaleza dual, binaria, del leitmotiv del mono en la obra).*

En aquellos primeros momentos la ciudad no estaba aún llena de vida. A la sombra de los áridos peñascos, parecía una reluciente cosmópolis abandonada por sus habitantes. Las casas de los ricos permanecían deshabitadas, bellas casas con cimientos de piedra sobre los que se erguían gráciles columnatas de ladrillo y madera; las casetas del mercado, con sus toldos, estaban vacías a la espera de floristas, carniceros, sastres, bodegueros y dentistas; en el distrito rojo había burdeles, pero no, de momento, prostitutas. El río discurría impetuoso y las orillas donde las lavanderas y lavanderos habían de hacer su trabajo parecían aguardar expectantes un poco de movimiento, algo que diera significado a aquel lugar. En el Recinto Real la gran Casa Elefante con sus once arcadas era un augurio de la llegada de los proboscídeos y sus excrementos.

Luego empezó a cobrar vida, y centenares —no, millares— de hombres y mujeres nacieron ya totalmente desarrollados de la tierra parda, se sacudieron el polvo de su indumentaria y abarrotaron las calles con la brisa vespertina. Perros callejeros y vacas huesudas pululaban por las calles, de los árboles salieron brotes y hojas y el cielo se pobló de loros, sí, y de cuervos. Había gente haciendo la colada en las riberas, y elefantes reales barritaban en su gran mansión, y había guardias armados —¡mujeres!— en las puertas del Recinto Real. Podía verse un campamento militar más allá de los límites de la urbe, un cuantioso acantonamiento en el que había otros tantos millares de humanos recién nacidos, equipados con panoplias y armamento diverso, así como multitud de elefantes, camellos y caballos aparte de arietes, fundíbulos y demás armas de asedio.

—Así debe de sentirse un dios —le dijo Bukka Sangama a su hermano con voz temblorosa—. Poder realizar el acto de la creación, algo que solo les es dado a los dioses.

—Nosotros tendremos que hacernos dioses —dijo Hukka— para que

la gente nos adore. —Alzó los ojos al cielo—. Mira, ¿ves? —dijo, señalando—. Ahí está nuestro padre Luna.

—No. —Bukka meneó la cabeza—. Esto no puede salir bien.

—El gran Dios Luna, nuestro antepasado —dijo Hukka Sangama, inventando sobre la marcha—, tenía un hijo que se llamaba Buda. Y luego, al cabo de muchas generaciones, el linaje llegó hasta el rey Luna de la era mitológica. Pururavas. Así lo llamaron. Tuvo dos hijos, Yadu y Turvasu. Hay quien dice que fueron cinco, pero yo digo que con dos sobra. Y nosotros somos los hijos de los hijos de Yadu. Por lo tanto formamos parte del ilustre Linaje Lunar, como el gran guerrero Arjuna del *Mahabharata* y hasta el mismísimo Krishna.

—Nosotros también somos cinco —dijo Bukka—. Cinco Sangamas, como los cinco hijos del rey Luna: Hukka, Bukka, Pukka, Chukka y Dev.

—Puede que sí, pero yo insisto en que dos es suficiente. Nuestros hermanos no son personajes nobles. Tienen mala fama. Son indignos. Pero, sí, habrá qué pensar qué hacemos con ellos.

—Bajemos a ver el palacio —sugirió Bukka—. Espero que haya un montón de criados y cocineros, y no solo unas cuantas estancias vacías. Espero que las camas sean blandas como nubes, y puede que haya también un ala para mujeres con esposas de inimaginable belleza dispuestas a cumplir. Habría que celebrarlo, ¿no? Ya no somos vaqueros.

—Pero las vacas seguirán siendo importantes en nuestra vida —propuso Hukka.

—Metafóricamente hablando, quieres decir —planteó Bukka—. Yo no pienso ordeñar vacas nunca más.

—Sí, claro —dijo Hukka Sangama—. Metafóricamente.

Se quedaron un rato en silencio, sobrecogidos ante la magnitud de lo que habían creado.

—Si algo como esto puede salir de la nada —dijo Bukka por fin—, a lo mejor todo es posible en este mundo y quizá sí que seremos grandes hombres. Pero deberíamos tener grandes pensamientos, y me temo que para eso no habrá semillas.

Lo que Hukka estaba pensando iba por otros derroteros.

—Si podemos cultivar personas como quien cultiva tapioca —dijo para sí—, entonces no importa cuántos soldados perdamos en la batalla; habrá muchos más para sustituirlos, y eso quiere decir que seremos invencibles y podremos conquistar el mundo. Estos miles son solo el principio. Cosecharemos centenares de miles de ciudadanos, un millón quizá, y un millón de soldados también. Todavía quedan semillas de sobra. No hemos utilizado ni la mitad.

Bukka estaba pensando en Pampa Kampana.

—Ella ha hablado mucho de la paz —dijo—, pero si eso es lo que quiere, ¿por qué ha hecho crecer este ejército? ¿No será que en lugar de paz lo que quiere es venganza? Por la muerte de su madre, me refiero.

—Ahora depende de nosotros —le dijo su hermano Hukka—. Un ejército puede ser una fuerza de paz y también de guerra.

—Hay otra cosa que me pregunto —dijo Bukka—. Esa gente de ahí abajo, nuestros nuevos ciudadanos… quiero decir, los hombres, ¿crees que estarán circuncidados o no?

Hukka meditó la cuestión.

—Bueno, ¿qué pretendes que hagamos? —dijo al fin—. ¿Bajar y pedirles a todos que se abran el lungi, que se quiten el pijama, que se desanuden el sarong? ¿Te parece una buena manera de empezar?

—La verdad es que me importa poco —contestó Bukka—. Probablemente haya un poco de todo, qué más da.

—Exacto. Qué más da —dijo Hukka.

—Si a ti te da igual, a mí también.

—A mí me da igual.

—Entonces, qué más da —ratificó Bukka.

Volvieron a quedarse callados; contemplaban el milagro tratando de aceptar su incomprensibilidad, su belleza, sus consecuencias.

—Deberíamos ir a presentarnos, creo —dijo Bukka al poco rato—. Tienen que saber quién manda aquí.

—No hay ninguna prisa —repuso Hukka—. Yo creo que ahora mismo estamos los dos un poquito locos, porque todo esto es una gran locura, y necesitamos unos minutos para asimilarlo y recuperar el sentido

común. Y en segundo lugar… —Hizo una pausa.

—¿Qué? —Bukka le instó a seguir—. En segundo lugar, ¿qué?

—En segundo lugar —dijo Hukka, despacio—, tenemos que decidir cuál de los dos va a ser rey primero y quién lo será en segundo lugar.

—Bueno —dijo Bukka, esperanzado—. El más listo soy yo.

—Eso es discutible —replicó Hukka—. Además, yo soy el mayor.

—Y yo el más afable.

—Discutible, eso también. Pero repito: yo soy el mayor.

—Sí, tú eres mayor. Pero yo soy el más dinámico.

—Una cosa es ser dinámico y la otra ser regio —dijo Hukka—. Y yo sigo siendo el hermano mayor.

—Lo dices como si fuera una especie de decreto —protestó Bukka—. Los mayores primero. ¿Dónde pone eso, a ver? ¿Dónde está escrito?

La mano de Hukka se movió hacia la empuñadura de su espada.

—Aquí —dijo.

En ese momento un ave cruzó el sol. La tierra misma contuvo el aliento. Los dioses, caso de que los hubiera, dejaron de hacer lo que estaban haciendo y prestaron atención.

Bukka cedió.

—Está bien, vale —dijo, levantando las manos en señal de rendición —. Tú eres mi hermano mayor y te quiero y serás el primer rey.

—Gracias —dijo Hukka—. Yo también te quiero, hermano.

—Pero —añadió Bukka— la próxima cosa la decido yo.

—De acuerdo —dijo Hukka Sangama, que ahora era el rey Hukka: Hukka Raya I—. Tú eliges primero los aposentos de palacio.

—Y las concubinas —insistió Bukka.

—Sí, sí —dijo Hukka Raya I, agitando irritado una mano—. Las concubinas también.

Se produjo otro momento de silencio, y luego Bukka probó a expresar un pensamiento profundo.

—¿Qué es un ser humano? —se preguntó en voz alta—. Quiero decir, ¿qué nos hace ser lo que somos? ¿Al principio fuimos semillas, son todos nuestros antepasados hortalizas, si nos remontamos hasta tiempos remotos? ¿O nacimos de los peces y somos peces que aprendieron a

respirar aire? O puede que seamos vacas que perdieron sus ubres y un par de patas. No sé por qué, la opción vegetal es la que más me fastidia. No quisiera descubrir que mi bisabuelo era un guisante, o una berenjena.

—Y sin embargo nuestros súbditos han nacido de unas semillas —dijo Hukka, meneando la cabeza—. O sea que la opción vegetal es la más probable.

—Para un vegetal, las cosas son más sencillas —reflexionó Bukka—. Tienes unas raíces, o sea que sabes cuál es tu sitio. Creces, y cumples tu objetivo al propagarte para ser consumido después. Nosotros, en cambio, no tenemos raíces y no queremos que nos coman. Entonces ¿cómo es que vivimos? ¿Qué es la vida humana? ¿Qué es y qué no es una buena vida? ¿Quiénes y qué son esos millares a los que acabamos de engendrar?

—La cuestión de los orígenes —dijo Hukka muy serio—, mejor dejársela a los dioses. Ahora bien, hay otra cuestión que debemos resolver nosotros: ahora que estamos aquí, y ellos, nuestro pueblo-semilla, ahí abajo, ¿cómo vamos a vivir?

—Si fuéramos filósofos —dijo Bukka—, podríamos dar respuestas filosóficas a estas preguntas. Pero no somos más que unos vaqueros pobres que se convirtieron en soldados sin fortuna, y ahora de repente nos encontramos en una posición elevada que no nos corresponde, o sea que lo mejor sería bajar y poner manos a la obra y averiguar las respuestas estando ahí abajo y viendo cómo funcionan las cosas. Un ejército es una pregunta, y la respuesta a la pregunta del ejército es luchar. Una vaca también es una pregunta, y la respuesta a la pregunta de la vaca es ordeñarla. Ahí abajo hay una ciudad salida de la nada, y esa es una pregunta de mucha mayor envergadura que cualquier otra que nos hayan hecho jamás. Puede que la respuesta a la pregunta de la ciudad sea vivir en ella.

—Además —dijo Hukka—, deberíamos meternos en faena antes de que lleguen nuestros hermanos e intenten ganarnos por la mano.

Sin embargo, Hukka y Bukka permanecieron en lo alto del cerro como hechizados, inmóviles, observando el ir y venir de las nuevas

personas en las calles de la nueva ciudad. A cada momento meneaban la cabeza de pura incredulidad. Parecía que les diera miedo bajar hasta allí, descubrir que lo que estaban viendo no era sino una especie de alucinación y que si penetraban en ella se descubriría el engaño, la visión se desvanecería y a ellos no les quedaría otra que volver a la irrelevancia de su vida anterior. Puede que esa misma estupefacción explicara el por qué no advirtieron que la gente, tanto en las calles como en el campamento militar, se comportaba de manera harto peculiar, como si también ellos hubieran enloquecido un poco ante lo incomprensible de su súbita existencia y fueran incapaces de asimilar el hecho de haber surgido de la nada. Se oían muchos gritos, y llantos también, y había gente que rodaba por el suelo patas al aire y dando puñetazos al vacío como diciendo: ¿Dónde estoy? ¡Sacadme de aquí! En el mercado de fruta y verdura la gente se lanzaba mercancías, y no estaba claro si era un juego o una manera de expresar su ira contenida. De hecho, no parecían capaces de expresar lo que querían realmente, si comida, refugio o alguien que les explicase qué era todo aquello y los hiciera sentirse a salvo allí, alguien cuyas dulces palabras pudieran garantizarles la bendita ilusión de comprender lo que no podían comprender. Las peleas en el campamento militar, donde la nueva gente iba armada, eran más peligrosas y hubo bastantes heridos.

El sol empezaba a ocultarse cuando Hukka y Bukka se pusieron por fin en camino peñasco abajo. Con el reptar de las sombras sobre las numerosas rocas enigmáticas que flanqueaban el sendero, ambos tuvieron la impresión de que las piedras adquirían rostros humanos, caras de ojos hundidos que los examinaban minuciosamente, como si se preguntaran: ¿Y estos donnadies son los que han dado vida a toda una ciudad? Hukka, que ya se estaba dando aires regios como un niño con el traje nuevo de cumpleaños que sus padres le han dejado a los pies de la cama mientras dormía, optó por hacer caso omiso de las piedras vigilantes, pero a Bukka le entró miedo porque aquellas rocas no parecían ser amistosas, y si provocaban una avalancha su hermano y él perecerían antes de poder iniciar el glorioso futuro prometido. La nueva ciudad estaba rodeada de laderas pedregosas como esta excepto

por el lado del río, y todas las grandes rocas de todos los cerros circundantes parecían haberse transformado en cabezas gigantes de rostro ceñudo y hostil cuyas bocas estaban a punto de hablar. No llegaron a hacerlo, pero Bukka tomó buena nota de ello. «Estamos rodeados de enemigos —se dijo—, y si no nos damos prisa para defendernos de ellos, se nos echarán encima y nos aplastarán». Luego, en voz alta, le dijo a su hermano el rey:

—¿Sabes lo que no tiene esta ciudad y necesita tener lo antes posible? Murallas. Altas y gruesas, lo bastante fuertes como para repeler cualquier ataque.

Hukka asintió con la cabeza.

—Constrúyelas —dijo.

Entraron finalmente en la ciudad y, al caer la noche, se encontraron en los albores del tiempo y en medio del caos que es requisito previo para todo nuevo universo. Muchos de los miembros de su nueva progenie se habían quedado dormidos, ya fuera en la calle o en la entrada del palacio o al abrigo del templo, por todas partes. Un olor nauseabundo permeaba el aire, porque centenares de aquellos ciudadanos se habían hecho sus necesidades encima. Los que no dormían eran como sonámbulos, gente vacía de ojos vacíos caminando como autómatas por las calles, comprando fruta en los puestos del mercado sin saber cómo se llamaba la fruta, o, en los puestos que vendían parafernalia religiosa, comprando y vendiendo ojos esmaltados de color rosa y blanco con el iris negro, porque estas y otras muchas baratijas se utilizaban en las oraciones diarias en el templo, pero sin saber en realidad a qué divinidad le gustaba tal o cual ofrenda ni por qué. Ya era de noche, pero incluso a oscuras los sonámbulos seguían comprando y vendiendo, deambulando por las calles confusas, y sus vidriosas presencias eran más alarmantes todavía que los hediondos ciudadanos durmientes.

El estado de sus súbditos dejó abatido al nuevo rey, Hukka.

—Esa bruja nos ha dado un reino de infrahumanos —exclamó—. Esta gente tiene menos sesos que una vaca, y encima no tienen ubres que puedan darnos leche.

Bukka, que era de los dos el que tenía más imaginación, apoyó una mano de consuelo en el hombro de su hermano el rey.

—Cálmate —dijo—. Hasta los bebés humanos tardan un poco en salir de la madre y ponerse a respirar. Y cuando salen no saben qué hacer y por eso lloran, o ríen, se mean y se cagan y esperan a que sus padres se ocupen de todo. A mí me parece que lo que pasa es que nuestra ciudad está todavía en proceso de nacer, y que todas estas personas, incluidos los adultos, ahora son bebés. Solo hay que confiar en que crezcan rápido, porque no disponemos de madres que cuiden de ellos.

—Y si es como tú dices, ¿qué se supone que hemos de hacer con esta multitud nacida a medias? —quiso saber Hukka.

—Esperar —dijo Bukka, que no tenía una idea mejor que ofrecer—. Es la primera lección de tu nueva condición de monarca: la paciencia. Debemos permitir que nuestros nuevos ciudadanos, nuestros nuevos súbditos, adquieran la realidad de su recién creado yo. ¿Acaso saben cómo se llama cada cual? ¿De dónde piensan que son? Eso es un problema. Puede que cambien muy rápido. A lo mejor mañana ya son hombres y mujeres y podremos hablar de todo. Pero hasta entonces no hay nada que hacer.

La luna llena irrumpió en el cielo como un ángel en descenso y bañó el mundo nuevo con su luz lechosa. Y aquella noche bendecida por la luna en el principio del principio los hermanos Sangama comprendieron que la creación era solo el primero de muchos actos necesarios, que incluso la poderosa magia de las semillas no podía aportar todo lo que se necesitaba. Ellos mismos estaban agotados, exhaustos por todo lo que habían forjado, así que decidieron entrar en el palacio.

Allí, por lo visto, las reglas eran diferentes. Al aproximarse a la arcada que daba paso al primero de los patios vieron a todo un ejército de sirvientes, firmes como estatuas, caballerizos y mozos de cuadra tiesos junto a sus inmóviles caballos, músicos en un escenario inclinados sobre sus instrumentos y gran cantidad de criados y ayudas de cámara vestidos con la requerida elegancia de quien sirve a un monarca: turbantes con escarapelas, trajes con brocados, zapatos de

puntera respingona, collares, anillos… Tan pronto como Hukka y Bukka franquearon la entrada la escena cobró vida y todo fue bullicio y actividad. Unos cortesanos se apresuraron a escoltarlos, y no eran los bebés grandes de las calles, sino hombres y mujeres hechos y derechos, dotados de habla y conocimientos, perfectamente competentes para llevar a cabo sus obligaciones. Un lacayo se acercó a Hukka portando un cojín de terciopelo rojo sobre el que descansaba una corona, y él se la puso muy contento en la cabeza, tanto más cuanto que notó que le encajaba a la perfección. Hukka recibió el servicio del personal de palacio como si tuviera pleno derecho a ello, pero Bukka, que caminaba un par de pasos detrás de su hermano, pensaba otras cosas. «Se diría que hasta las semillas mágicas tienen una regla para los que mandan y otra para los mandados —reflexionó—. Pero si los mandados continúan desmandándose, no se dejarán mandar fácilmente».

Los dormitorios eran tan lujosos que apenas si hubo que discutir sobre quién dormía dónde. Ayudas de cámara les proporcionaron sendas camisas de dormir y les mostraron los armarios, repletos de regias prendas adecuadas a su alta condición. Pero los hermanos estaban demasiado cansados para fijarse en muchos detalles o para interesarse por concubinas, y momentos después dormían ambos a pierna suelta.

Las cosas, por la mañana, fueron distintas.

—¿Cómo está hoy la ciudad? —le preguntó Hukka al cortesano que entró en su alcoba para descorrer las cortinas.

El individuo se volvió e hizo una reverencia.

—Perfecta como siempre, señor —respondió—. Prosperando bajo la égida de su majestad, hoy y todos los días.

Hukka y Bukka pidieron caballos y salieron a ver por sí mismos cómo estaban las cosas. Cuál no sería su sorpresa al ver una metrópolis en pleno funcionamiento, repleta de personas adultas que se comportaban como tales y de niños correteando como suelen hacer los niños. Daba la impresión de que la gente llevaba años viviendo allí, como si los adultos se hubieran criado en la ciudad hasta alcanzar la madurez y se hubieran casado y tenido hijos propios; como si tuvieran recuerdos e

historias personales y formaran una comunidad con muchos años a sus espaldas, una urbe de amor y de muerte, de lágrimas y risas, de lealtad y traición y de todo aquello que abarca la naturaleza humana, todo lo que, si uno lo suma, da significado a la vida, y todo ello fruto del prodigio obrado por las semillas mágicas. Llenaban el aire los ruidos de la ciudad, las voces de los comerciantes en el mercado, los cascos de los caballos, el traqueteo de las carretas, discusiones aquí y allá. En el acantonamiento militar un ejército de formidables proporciones estaba presto a actuar, esperando las órdenes de sus jefes.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Cómo es posible? —dijo Hukka, que no cabía en sí de asombro.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Bukka, señalando con el dedo.

Avanzando entre la multitud en dirección a ellos, envuelta en una simple tela de color azafrán y portando un báculo, estaba Pampa Kampana, de quien ambos se habían enamorado. En sus ojos ardía un fuego que no se extinguiría durante más de doscientos años.

—Hemos construido la ciudad —le dijo Hukka a la asceta—. Prometiste que cuando lo hubiéramos hecho podríamos preguntarte cómo te llamas en realidad.

Y Pampa Kampana les dijo su nombre verdadero y también los felicitó.

—Lo habéis hecho bien —dijo—. Solo necesitaban a alguien que les susurrara los sueños al oído.

—El pueblo necesitaba una madre —dijo Bukka—. Ahora ya la tienen y todo funciona bien.

—La ciudad necesita una reina —dijo Hukka Raya I—. Pampa es un buen nombre de reina.

—No puedo ser la reina de una urbe sin nombre —dijo Pampa Kampana—. ¿Cómo se llama, esta ciudad vuestra?

—Le voy a poner Pampanagar —dijo Hukka—. Porque la construiste tú, no nosotros.

—Eso sería vanidad —dijo Pampa Kampana—. Elige otro.

—Entonces, Vidyanagar —dijo Hukka—. En honor al gran sabio. La ciudad del saber.

—A él tampoco le gustaría —dijo Pampa Kampana—. Lo rechazo en su nombre.

—Pues no sé —dijo Hukka Raya I—. Quizá Vijaya.

—Victoria —dijo Pampa Kampana—. La ciudad es una victoria, de eso no hay duda. Pero no sé yo si semejante jactancia es buena cosa.

La cuestión del nombre quedó sin resolver hasta la llegada del extranjero que tartamudeaba.

# 3

El portugués llegó el domingo de Pascua. Y Domingo se llamaba —Domingo Nunes—, y era tan hermoso como la luz del día, sus ojos del verde de la hierba al amanecer, sus cabellos del rojo del sol en el ocaso, y aquel problema que tenía en el habla lo hacía aún más encantador a ojos de los habitantes de la nueva ciudad porque le impedía mostrarse arrogante como lo eran los de raza blanca con los de piel más oscura. Comerciaba con caballos, pero en realidad eso era solo un pretexto para viajar, su verdadera pasión. Había visto el mundo de Alfa a Omega, de arriba abajo, de cabo a rabo, de toma a daca, y había aprendido que dondequiera que fuese el mundo era una ilusión, y que esto de por sí era hermoso. Había estado en inundaciones, incendios y otros percances de los que escapó por los pelos; había visto desiertos, canteras, rocas y montes cuya cresta tocaba el cielo. O eso decía él. Lo habían vendido como esclavo para ser redimido después, y ahí empezó su largo periplo. Tenía historias que contar a todo aquel que quisiera escucharlas, y no eran las típicas historias anodinas de la cotidianeidad del mundo, sino de sus maravillas; mejor dicho, eran historias que insistían en que la vida humana no es algo banal sino extraordinario. Y cuando llegó a la nueva ciudad comprendió al instante que aquel era uno de los más grandes milagros, una maravilla comparable a las Pirámides egipcias, a los Jardines Colgantes de Babilonia, al Coloso de Rodas. Así pues, una vez que hubo vendido la reata de caballos que traía desde el puerto de Goa al palafrenero mayor del acantonamiento militar, pasó inmediatamente a observar con ojos incrédulos la muralla de la ciudad, tal como escribiría más tarde en el diario de su visita a la misma, fragmentos del cual Pampa Kampana citaba en su libro. La muralla se iba alzando del suelo, cada vez más alta, conforme él la miraba; piedras muy bien pulidas aparecían de la nada y se colocaban

ellas solas junto y sobre las otras en inmaculado alineamiento sin que hubiera a la vista ni un solo albañil o mampostero; algo que tan solo era posible si en las inmediaciones había un gran prestidigitador capaz de dar vida a las fortificaciones con un gesto de su imperiosa varita mágica.

—¡Extranjero! ¡Ven para acá! —Domingo Nunes conocía lo suficiente el idioma local para comprender que se estaban dirigiendo a él, de manera apremiante y nada cortés. A la sombra de la barbacana que se erguía entre la ciudad y el acantonamiento, sus torres gemelas cada vez más y más altas según él las miraba, un hombre de baja estatura se asomaba entre las cortinas de un señorial palanquín—. ¡Tú! ¡Extranjero! ¡Ven!

O el hombre era un bufón grosero, o bien un príncipe, o ambas cosas, pensó Domingo Nunes. Decidió no jugársela y responder con cortesía a la descortesía.

—A vuestro ser ser servicio, señor —declaró con una pronunciada venia, cosa que dejó impresionado al príncipe heredero Bukka, que no se había acostumbrado aún a ser una persona digna de que los desconocidos le dedicaran grandes reverencias.

—¿Tú eres el tipo de los caballos? —preguntó Bukka, con no menor grosería—. Me dijeron que había en la ciudad un mercader de caballos que no hablaba bien.

Domingo Nunes le dio una extraña respuesta.

—Me gano la vida a base de caca caca caballos —dijo—, pero en el fon fon fondo mi tata tata tarea consiste en viajar por el mu mu mundo contando sus histo historias, para que así otros pu pu puedan saber cómo es.

—La verdad es que no sé cómo puedes contar nada —dijo Bukka—, habida cuenta de los problemas que tienes para completar una frase. Pero esto es interesante. Ven a sentarte conmigo. A mi hermano el rey y a mí nos gustaría oír esas historias.

—Antes —osó decir Domingo Nunes— necesito co co conocer el secreto de esta mágica mu mu muralla, la más grande ma ma maravilla que hayan visto mis ojos. ¿Quién es el ma mago que está haz haz

haciendo todo esto? Tengo que estre estre estrecharle la ma mano.

—Monta —dijo Bukka, haciendo sitio al extranjero en el palanquín. Los hombres que tenían la tarea de transportar el palanquín trataron de disimular su fastidio por el aumento de peso—. Te presentaré a la susurradora de la ciudad y dadora de semillas. La suya es una historia que es preciso dar a conocer a los cuatro vientos. Y verás que ella también es experta en el arte de contar historias.

Era una habitación pequeña, nada que ver con las del resto del palacio, apenas si tenía adornos, las paredes estaban simplemente enjalbegadas y el único mobiliario era un plinto de madera. Un ventanuco alto permitía que un solitario rayo de sol descendiera en ángulo agudo hacia la joven que estaba en el interior, cual rayo de gracia angelical. Y en aquel austero decorado, iluminada por el deslumbrante relámpago de luz, sentada de piernas cruzadas y con los ojos cerrados, los brazos rectos apoyados en las rodillas, las manos con el pulgar y el índice unidos por las yemas, ligeramente separados los labios, estaba ella: Pampa Kampana, absorta en el éxtasis del acto de la creación. Permanecía en silencio, pero a Domingo Nunes le pareció, cuando Bukka Sangama le hizo entrar, que una gran multitud de palabras susurradas fluía de ella, de sus labios entreabiertos, le bajaba por la barbilla y el cuello y luego por los brazos hasta llegar al suelo, escapando de ella como un río lo hace de su manantial, para diseminarse por el mundo. Tan suaves eran dichos susurros que apenas si se los podía oír, y por un momento Domingo Nunes se preguntó si no serían imaginaciones suyas, si no era él quien estaba contándose a sí mismo una especie de cuento oculto para dar sentido a las cosas inverosímiles que estaba viendo.

Entonces Bukka Sangama le dijo al oído:

—Lo oyes, ¿verdad?

Domingo Nunes asintió en silencio.

—Así es como se pasa veinte horas al día —dijo Bukka—. Luego abre los ojos, come un poco y bebe algo también. Luego cierra los ojos otra

vez, se acuesta y descansa unas tres horas. Y después se incorpora y vuelta a empezar.

—Pe pe pero ¿qué es lo que hace en re re realidad? —preguntó Domingo Nunes.

—Se lo puedes preguntar —dijo Bukka en voz baja—. Ahora es cuando va a abrir los ojos.

Pampa Kampana abrió los ojos y vio al hermoso joven que la miraba con un brillo de adoración en la cara y en ese instante la cuestión de su compromiso matrimonial con Hukka Raya I, y tal vez con el príncipe heredero Bukka a la muerte de aquel (según cuál de los dos sobreviviera al otro), se complicó todavía más. Él no tuvo que preguntarle nada.

—Sí —dijo ella en respuesta a su tácita pregunta—, te lo contaré todo.

Había abierto por fin la habitación donde mantenía bajo llave el recuerdo de su madre y de su niñez, y todo ello se había desbordado llenándola de fuerza. Le habló a Domingo Nunes de Radha Kampana la alfarera, que le enseñó que una mujer podía hacer vasijas tan bien como un hombre, que podía ser tan buena como el hombre en todo, y le habló del final de su madre y del vacío que había dejado en ella y que ahora intentaba llenar. Le habló del fuego y de la diosa que se sirvió de su boca para hablar. Le contó lo de las semillas de las que nació la ciudad allí donde tuvo lugar su desgracia personal. Siempre que la gente decide vivir en un sitio nuevo, dijo, tarda en asentarse, a veces se requiere más de una generación. Las primeras personas llevan imágenes del mundo en su equipaje, la cabeza repleta de cosas de otros muchos lugares, y el sitio nuevo les resulta extraño, se resisten a creer en él pese a que no tienen otro lugar adonde ir ni pueden ser otros que los que son. Hacen lo que pueden con ello, y con el tiempo empiezan a olvidar, a la siguiente generación le cuentan una parte, del resto se olvidan, y los niños olvidan más cosas aún y mentalmente cambian otras, aunque ellos nacieron en ese lugar, ahí está la diferencia, son de allí, son ese lugar y el lugar es ellos, y sus raíces al extenderse proporcionan al lugar el alimento que necesita, y así echa sus brotes y

sus flores: vive. De esa manera, cuando los primeros parten, lo hacen contentos a sabiendas de que iniciaron algo que tendrá continuidad.

Esa locuacidad por parte de Pampa Kampana sorprendió mucho al pequeño Bukka.

—Ella nunca habla así —dijo, perplejo—. De muy joven se tiró nueve años sin decir ni mu. Dime, Pampa Kampana, ¿cómo es que de repente hablas tanto?

—Tenemos un invitado —respondió ella, fijando su mirada en los verdes ojos de Domingo Nunes— y debemos hacerle sentir como en casa.

Todos veníamos de una semilla, le dijo. El hombre plantaba su semilla en la mujer y así sucesivamente. Pero esto era otra cosa. Una ciudad al completo, personas de toda condición y edad, todo ello surgido de la tierra el mismo día; flores así carecen de alma, no saben quiénes son porque lo cierto es que no son nada. Pero esa es una verdad inaceptable. Era preciso, dijo, hacer algo para curar a la multitud de su irrealidad. Y ella había recurrido a la ficción. Estaba inventando la vida de todos los ciudadanos, su casta, sus creencias, cuántos hermanos y hermanas tenían, a qué juegos jugaban de pequeños, y estaba lanzando todas esas historias al viento en forma de susurros para aquellos que necesitaban oírlos, escribiendo el gran relato de la ciudad; ya que ella le había dado vida, ahora le daba una historia. Algunos relatos bebían de sus recuerdos del perdido Kampili, los padres masacrados y las madres quemadas, intentaba devolver la vida a aquel lugar en este lugar, revivir a aquellos muertos en estos vivos; pero con la memoria no bastaba, eran demasiadas vidas que alentar, de modo que la imaginación había tomado las riendas en el punto en que la memoria no daba más de sí.

—Mi madre me abandonó —dijo—, pero yo seré la madre de todos ellos.

Domingo Nunes no entendía gran cosa de lo que le estaban diciendo. Pero entonces, de repente, oyó un susurro, pero no a través del oído sino como si hubiera penetrado en su cerebro, un susurro que se le colaba por la garganta deshaciendo a su paso los nudos que tenía en su

interior, todo lo que estaba enmarañado, y liberando su lengua. Fue a la vez excitante y terrorífico. Domingo Nunes se sorprendió agarrándose la garganta y clamando a voz en grito. *Para. Sigue. Para.*

—Los susurros saben lo que cada cual necesita —dijo Pampa Kampana—. Estos nuevos ciudadanos necesitan historias que les expliquen qué clase de personas son, si honestas, deshonestas o una cosa intermedia. La ciudad entera no tardará en tener anécdotas, recuerdos, amistades, rivalidades. No podemos esperar toda una generación para que la ciudad devenga un lugar real. Debemos hacerlo ya; para que pueda haber un nuevo imperio; para que la ciudad de la victoria pueda gobernar el país y asegurarse de que no se repita la matanza y, sobre todo, de que a las mujeres se las trate mejor que a huérfanos a merced del hombre en la oscuridad. Pero tú —añadió, como si acabara de ocurrírsele, aunque de hecho era eso lo que deseaba decir—, tú tenías otras necesidades.

—Hoy es el día de la resurrección —dijo Domingo Nunes sin trabarse una sola vez—. *Ele ressuscitou*, decimos en mi lengua. Él se ha alzado. Pero veo que tú intentas resucitar a otra persona, un ser querido que se precipitó a una hoguera. Utilizas tu brujería para dar vida a una ciudad entera con la esperanza de que ella regrese.

—Tu tartamudez —dijo Bukka Sangama—. ¿Qué ha pasado?

—Ella me ha susurrado al oído —dijo Domingo Nunes.

—Bienvenido seas a Vijayanagar —dijo Pampa Kampana, pronunciando la *v* casi como una *b*, como sucedía algunas veces.

—¿Bizana…? —repitió Domingo Nunes—. Perdona. ¿Cómo la has llamado?

—Primero di *vij-aya*, o sea, victoria —dijo Pampa Kampana—. Después *nagar*, ciudad. No es tan difícil. Nag-gar. Vijayanagar: Ciudad Victoria.

—Mi lengua no me permite hacer esos sonidos —confesó Domingo Nunes—. Y no es porque tenga un problema en el habla. Simplemente no me sale de la boca como tú lo dices.

—Bueno, ¿y tu lengua cómo lo diría? —le preguntó Pampa Kampana.

—Bij… Biz… o sea, de entrada Bis… y a continuación… nagá —dijo

Domingo Nunes—. Juntando las dos cosas, vendría a ser, y conste que me esfuerzo al máximo, *Bisnaga*.

Sus dos interlocutores se echaron a reír. Pampa batió palmas de contento, y Bukka, mirándola con atención, comprendió que ella se había enamorado.

—Pues que sea Bisnaga —dijo ella, sin dejar de batir palmas—. Nos has dado el nombre.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Bukka—. ¿Vas a permitir que este extranjero decida cómo se llamará nuestra ciudad en función de los ruidos de su retorcida lengua?

—Sí —dijo Pampa Kampana—. Esta no es una ciudad antigua con un nombre antiguo. Tanto la ciudad como él mismo acaban de llegar. Son la misma cosa. Yo acepto el nombre. A partir de ahora esto es y será Bisnaga.

—Llegará el día —dijo Bukka, insumiso— en que ya no permitiremos que los extranjeros nos digan lo que somos.

*(A Pampa Kampana le pareció tan divertido y simpático el lío que Domingo Nunes se hacía con la pronunciación, que decidió emplear «Bisnaga» en su largo poema épico para referirse tanto a la ciudad como al imperio, tal vez con la intención de recordarnos que, si bien su obra se basa en hechos verídicos, existe una distancia inevitable entre el mundo imaginado y el real. «Bisnaga» le pertenece a ella, no a la historia. En fin de cuentas, un poema no es un ensayo ni un reportaje. La realidad de la poesía y la imaginación tiene sus propias reglas. Hemos optado por seguir a Pampa Kampana, y es su ciudad de ensueño de «Bisnaga» la que aquí se describe por ese nombre. Cualquier otra opción habría significado traicionar a la artista y a su obra).*

Aunque Pampa Kampana no había abandonado las veinte horas diarias de trance susurrador, sus evidentes sentimientos hacia el extranjero —cómo lo buscaban sus ojos durante la única hora en que los tenía abiertos— eran motivo de gran descontento real. La noticia de que

Pampa se había encaprichado de Nunes llegó a oídos del rey Hukka Raya I antes de que el extranjero fuera llevado a su presencia por primera vez, y le irritó sobremanera. El portugués, que no estaba al corriente de ello, se presentó con florida cortesía y mencionó su talento para contar historias de viajero.

—Si me lo permites —dijo—, podría entreteneros contándoos algunas.

Hukka soltó un gruñido que a nada comprometía.

—A lo mejor —dijo— nos interesa más el viajero que las historias.

No sabiendo cómo interpretar estas palabras, Domingo Nunes empezó, un tanto confuso, a hablar de los caníbales —los llamados antropófagos— y de hombres cuya cabeza crecía por debajo de sus hombros. Hukka le hizo callar alzando una mano.

—No —dijo—, háblanos mejor de esos extraños pueblos de pálido rostro, los blancos europeos, los sonrosados ingleses, de sus triquiñuelas y su escasa fiabilidad.

Nunes no se arredró.

—Entre los europeos —dijo—, el salvajismo de los franceses solo es superado por la crueldad de los holandeses. Actualmente los ingleses son una raza en declive, pero yo me atrevería a decir, aunque muchos compatriotas míos discreparían, que quizá acabarán siendo los peores de todos. Y no me extrañaría que medio mapa del mundo se tiña de color rosa. Los portugueses, en cambio, somos honrados y de fiar. Tanto los mercaderes genoveses como los comerciantes árabes os confirmarán que somos buena gente. Eso sí, también somos soñadores. Por ejemplo, nos imaginamos que el mundo es redondo y soñamos con circunnavegarlo. Pensamos en el cabo de África y sospechamos que existen continentes desconocidos al oeste de la mar Océana. Somos los mayores aventureros de la tierra, pero, a diferencia de tribus inferiores, nos atenemos a los contratos y pagamos a tiempo nuestras facturas.

Al igual que sus recién nacidos súbditos, Hukka Raya I todavía estaba adaptándose a su nueva encarnación. Había experimentado ya diversas metamorfosis en su ajetreada vida. La indolencia del cuidador de vacas había dado paso a la férrea disciplina del soldado, y luego, en su

calidad de soldado cautivo, se había producido el obligado cambio de religión así como de nombre y, tras la fuga, el desprenderse de la falsa piel de su conversión y también de los ropajes y hábitos marciales, y el largo camino de vuelta a su yo original de vaquero, o al menos al de campesino en busca de su nuevo destino. De pequeño solo había deseado una cosa: que el mundo no cambiara, tener siempre nueve años y que sus padres se le acercaran siempre con amorosos brazos abiertos, pero la vida le había enseñado la principal de sus lecciones, que era la mutabilidad. Ahora, sentado en su propio trono, sintió que recuperaba el sueño infantil de que todo siguiera inalterable. Quería que la escena, con la sala del trono, las mujeres guardianas, el lujoso mobiliario, fuera arrebatada del mundo mutable para convertirse en eterna, pero antes de que eso ocurriera tenía que desposar a su reina, necesitaba que Pampa Kampana aceptara casarse con él y que se sentara a su lado con sus mejores galas mientras la ciudadanía aplaudía sus nupcias, y, al término de ese gran día, que el tiempo se detuviera; el propio Hukka podría hacerlo detenerse levantando su cetro real, lo mismo que Pampa Kampana, puesto que si era capaz de dar vida a todo un mundo sin otra cosa que un puñado de semillas y unos cuantos días de susurros, sin duda podría envolverlo con una guirnalda mágica más poderosa que el calendario y así podrían vivir felices por siempre jamás.

La llegada del extranjero y la noticia del interés de Pampa Kampana por su persona habían despertado bruscamente de su sueño al nuevo rey. Hukka empezó a imaginarse la cabeza del portugués separada de su cuerpo y rellenada con paja, y si algo lo disuadió de hacerlo decapitar sin más demora fue la probabilidad de que Pampa Kampana desaprobara enérgicamente semejante acción. No obstante, Hukka continuó mirando el largo y elegante cuello de Domingo Nunes con una especie de mortífero deseo.

—Entonces es una suerte —dijo con pronunciado sarcasmo— que quien haya venido a visitarnos sea un apuesto y refinado caballero portugués, un hombre con tanta labia como elocuencia, y no uno de esos bárbaros de Francia u Holanda ni un primitivo y sonrosado inglés.

Antes de que Domingo Nunes pudiera decir otra palabra, el rey lo despidió con un gesto y dos mujeres armadas procedieron a escoltarlo fuera de la sala del trono. Fue en ese momento cuando Domingo Nunes dedujo que su vida podía correr peligro, comprendió que ello debía de estar relacionado con su encuentro con la susurradora e inmediatamente empezó a pergeñar una escapada. A la postre, sin embargo, se quedaría allí veinte años.

Cuando Pampa Kampana emergió por fin de sus nueve largos días y noches de magia no estaba segura de si el joven dios de ojos verdes y cabellos cobrizos al que había visto existía de verdad o solo había sido una especie de visión. Su perplejidad fue en aumento al comprobar que nadie en palacio contestaba a sus preguntas. No obstante, era preciso dejar momentáneamente a un lado su confusión a fin de dar el mensaje que Hukka y Bukka estaban esperando desde que bajaran del monte y entraran en la ciudad de seres de mirada vacía. Encontró a los dos príncipes intentando matar el aburrimiento con una partida de ajedrez, un juego que ninguno de los dos dominaba, de ahí que estimaran demasiado la importancia de alfiles y torres y, como hombres que eran, subestimaran gravemente a la reina.

—Listo —dijo Pampa Kampana, interrumpiendo su chapucera partida sin atenerse a ceremonias—. Todo el mundo conoce ya su historia personal. La ciudad está perfectamente viva.

Prueba de ello, en la amplia calle del mercado las mujeres se saludaban como viejas amigas, el enamorado compraba dulces a su enamorada y viceversa, los herreros herraban caballos para jinetes a quienes creían haber servido durante años, las abuelas contaban historias de familia a sus nietos, historias que se remontaban a tres generaciones por lo menos, y hombres con viejas rencillas se liaban a golpes por cosas que al parecer se negaban a olvidar. En lo más importante, el carácter de la ciudad se basaba en los recuerdos —ya no reprimidos— que Pampa Kampana guardaba de lo que su madre le había enseñado. Por todas partes las mujeres hacían cosas que, en el

resto del país, se consideraban impropias para ellas. Sin ir más lejos, un bufete donde tanto abogados como pasantes eran mujeres; obreras descargando mercancías de las barcazas amarradas en el muelle de la ribera. También había mujeres patrullando las calles, mujeres escribientes, mujeres arrancando muelas o tocando el *mridangam* en una plaza mientras los hombres bailaban a su ritmo. A nadie le parecía raro nada de todo esto. La ciudad medraba en la riqueza de sus ficciones, todo aquello que Pampa Kampana les había ido susurrando, historias cuya ficcionalidad quedó ahogada y perdida para siempre bajo el ritmo clamoroso del nuevo día; las murallas que rodeaban a los ciudadanos habían alcanzado su definitiva e inexpugnable altura, y más arriba del arco de la gran barbacana, grabado en la piedra, podía leerse el nombre de la ciudad, que todos los habitantes daban por cierto y, si alguien les hubiera preguntado, habrían insistido en que dicho nombre venía de muchos siglos atrás, de la era mítica, cuando aún vivía el dios mono Hanuman en el vecino reino de Kishkindha:

*Bisnaga.*

La noticia de una fiesta de celebración que duraría nueve días se extendió rápidamente por la ciudad. Habría actos de veneración a los dioses en el templo y bailes en las calles. Domingo Nunes, que había encontrado alojamiento en el desván de la familia del palafrenero mayor a quien había vendido su reata de caballos, se enteró de ello y tuvo una idea que iba a mantenerlo a salvo de la venganza de un monarca celoso y también de su hermano. Mientras se preparaba para acercarse a palacio y solicitar una audiencia, la esposa del palafrenero lo llamó para avisarle de que tenía visita. Bajó del desván por la escalera de madera y allí estaba Pampa Kampana, la mujer que había dado a la ciudad sueños en los que creer y que ahora deseaba comprobar si podía creer en su propio sueño. Al ver a Domingo Nunes batió palmas de contento.

—Bien —dijo.

Una vez que hubieron intercambiado miradas y lo que no se podía decir se hubo dicho sin necesidad de palabras, Domingo comprendió que debía actuar con rapidez si quería estar a salvo.

—En mis viajes por el reino de Catay —dijo, transpirando un poco—, aprendí el secreto de lo que sus alquimistas llamaron en un principio el destilado del diablo.

—Lo primero que me dices hoy y tiene que ver con el diablo —protestó ella—. No puede decirse que sean palabras de cariño.

—En realidad no tiene nada que ver con el diablo —replicó él—. Los alquimistas lo descubrieron accidentalmente y se asustaron mucho. Ellos intentaban fabricar oro, sin éxito por supuesto, pero acabaron haciendo algo más poderoso. No es más que nitrato de potasio, azufre y carbón, todo molido y mezclado. Se le arrima una chispa, y ¡bum! Es algo digno de verse.

—Tanto viajar —contestó ella—, y no has aprendido a hablarle a una mujer.

—Solo intento decirte que, en primer lugar, eso podría hacer que las celebraciones sean más excitantes. Podemos fabricar lo que llaman «fuegos artificiales». Ruedas que giran en llamas, cohetes que salen disparados hacia el cielo…

—Lo que quieres decir en realidad es que tu corazón da vueltas como una rueda en llamas y que tu amor es como un cohete lanzado a los dioses.

—Y, en segundo lugar —dijo él, transpirando ahora de mala manera —, en Catay descubrieron que esta sustancia también servía para las armas. Dejaron de lado el nombre del diablo e inventaron palabras nuevas para nuevas cosas. Por ejemplo, inventaron la palabra «bomba» para un artefacto que podía hacer explotar una casa, o echar abajo la muralla de una fortaleza. Al destilado empezaron a llamarlo «pólvora». Eso fue después de que inventaran la palabra «cañón».

—¿Qué es un cañón? —preguntó Pampa Kampana.

—Un arma que cambiará el mundo —respondió Domingo Nunes—. Y yo puedo construir uno si quieres.

—En Portugal hacen el amor de otra manera —dijo Pampa Kampana —. Ahora lo entiendo.

Aquella noche, con la ciudad en plena fiesta, Pampa Kampana llevó a Hukka y Bukka hasta una plaza donde los esperaba Domingo Nunes,

rodeado de una serie de frascos de cuyos cuellos asomaban palos. A Hukka le fastidió enormemente la visión de su rival portugués, y Bukka, que era el siguiente en la línea de sucesión al trono y, creía él, para obtener la mano de Pampa Kampana, se sintió también bastante irritado.

—¿Por qué nos has traído a ver a este hombre? —exigió saber Hukka.

—Observa —le dijo Pampa—. Observa y aprende.

Domingo Nunes prendió sus artefactos pirotécnicos. Viéndolos elevarse hacia el cielo, los dos boquiabiertos Sangama comprendieron que el futuro estaba naciendo. Y que Domingo Nunes sería su comadrona.

—Enséñanos —dijo Hukka Raya I.

# 4

Poco tiempo antes, los tres hermanos de Hukka y Bukka, a quienes acompañaba una mala reputación, habían entrado a caballo en la ciudad, avanzando uno junto al otro en sus monturas por la calle mayor, bandidos queriendo parecer aristócratas. Con aquellas matas de pelo revuelto, las barbas sin cuidar y los mostachos, su aspecto, y su olor, eran más bien de vagabundos que de príncipes, por muchos aires que intentaran darse; la gente, al verlos, reaccionaba con temor, no con respeto. Llevaban atados a la espalda sendos escudos de hierro colado. El de Pukka Sangama mostraba la faz de un tigre enseñando los colmillos; el de Chukka Sangama estaba decorado con mariposas y polillas; y el de Dev ostentaba un diseño floral. De sus cintos pendían espadas y puñales, y la empuñadura de las espadas asomaba para su rápido acceso en sucias vainas de cuero que llevaban debajo del escudo. Resumiendo: Pukka, Chukka y Dev ofrecían una visión de lo más aterradora camino de las puertas del palacio y la gente se escabullía a su paso.

La noticia de que Hukka y Bukka eran los gobernantes de una ciudad nacida milagrosamente se había extendido con rapidez, así como los rumores acerca de un tesoro rebosante de monedas de oro llamadas *pagodas* y también, contaba la gente, *varahas* de oro de diverso peso. Pukka, Chukka y Dev estaban decididos a no ser relegados si es que había riquezas fáciles de conseguir. Una vez frente a las puertas del palacio, permanecieron sin desmontar y exigieron ser admitidos.

—¿Dónde están esos granujas de hermanos nuestros? —bramó Chukka Sangama—. ¿Acaso pensaban que iban a quedarse ellos solos con tantas riquezas?

Pero lo que vieron él y sus hermanos fue algo tan insólito para lo que estaban acostumbrados a ver, que pinchó sin más el globo de su

belicosidad y los hizo rascarse la cabeza. Lo que tenían ante ellos era una falange de guardias de palacio armados con lanzas y provistos de peto, guardabrazos y grebas, a la cintura una espada en vaina dorada, luciendo largos cabellos bellamente trenzados y sujetos en lo alto de la cabeza. Sus escudos eran dorados; su semblante, ceñudo. Y eran mujeres. Todas ellas. Altas y musculosas mujeres soldado con aire de lo más expeditivo. Chukka, Pukka y Dev no habían visto nada igual en su vida.

—¿Esto es lo que hacen ahora ese par de tontos? —dijo Chukka, airado—. ¿Enviar por delante a unas mujeres para que hagan el trabajo de hombres?

—No es ninguna novedad —dijo la capitana de la guardia, una gigante de rostro feroz y grandes ojos de sibilina mirada. Le habían puesto por nombre Ulupi, como la hija del rey Serpiente—. En esta ciudad las mujeres llevamos varias generaciones guardando el palacio imperial.

—Qué interesante —dijo Pukka Sangama—, porque esta ciudad no estaba aquí la última vez que pasamos por estos andurriales.

—Será que estás ciego —replicó la capitana—. El poder del imperio y la grandeza de su capital son bien conocidos desde tiempo inmemorial.

—¿O sea que Hukka y Bukka están ahí dentro y forman parte de este fantasmagórico delirio? —quiso saber Dev—. Vaya de lo que vaya este engaño, ¿ellos se prestan alegremente a seguirle la corriente? ¿Y te la siguen también a ti?

—El rey y el príncipe heredero apoyan totalmente a los muy entrenados y profesionales miembros de la guardia de palacio —dijo la capitana—. Y si osáis desafiarnos, descubriréis que de femenino tenemos muy poco.

Se daba la circunstancia de que los tres Sangama en cuestión venían ganándose la vida de forma deshonesta como salteadores y ladrones de ganado, repertorio al que recientemente habían añadido el robo de caballos a raíz de la creación de una empresa internacional de compraventa de equinos en el puerto de Goa. Empresarios portugueses habían estado importando sementales árabes por vía marítima para

vendérselos a varios príncipes de la región. Asaltar los convoyes de caballos y vender los hermosos animales en el mercado negro había demostrado ser un negocio muy lucrativo, pero también más peligroso cada vez, pues las implacables bandas tamiles de Maravar y Kallar se habían instalado en la zona trayendo consigo su reputación de asesinos, de modo que los hermanos Sangama, temiendo por sus vidas y dado que de heroicos tenían muy poco, estaban buscando alguna alternativa menos arriesgada. Y la próspera ciudad nueva de sus hermanos mayores parecía ofrecer justo lo que ellos andaban buscando.

—Llévanos ahora mismo ante nuestros hermanos —dijo Chukka Sangama empleando su tono de voz más autoritario—. Debemos explicarles por qué no hay ninguna diferencia entre ladrones y reyes.

En la sala del trono, Hukka Raya I y el príncipe heredero Bukka estaban cada vez más acostumbrados a sus *gaddis*, las amplias poltronas tan incrustadas de joyas que habrían resultado incómodas de no contar con gruesos cojines recubiertos de seda con brocados. Hukka tardó poco en comprobar que si se sentaba erguido en su *gaddi* los pies no le llegaban al suelo y entonces parecía un niño. Por lo tanto, era mejor tumbarse y, caso de que sentarse derecho fuera absolutamente necesario, lo suyo era poner un escabel bajo los pies. Cosas todas estas que estaban siendo solucionadas a fin de asegurar que el príncipe heredero pareciera un príncipe y el rey, un rey. Cuando Chukka, Pukka y Dev entraron en la sala se encontraron al real personaje, su hermano, experimentando con escabeles de diversa altura. El *gaddi* de Bukka era ligeramente más bajo. También el príncipe heredero estaba aprendiendo a reclinarse en regia postura. Pero a él, si se sentaba erguido, los pies no le quedaban colgando: un problema menos.

—O sea que en eso consiste ser rey —dijo Chukka, mofándose de su hermano—. Solo se trata de colocar los muebles como es debido.

—Nos sentimos decepcionados por nuestros hermanos —dijo Hukka Raya I, empleando, por vez primera, el plural mayestático y hablando hacia la sala en general, como si esta fuera una persona—. Nuestros hermanos no son capaces de estar a la altura del papel que la historia nos ha otorgado. Son príncipes de las tinieblas, señores fantasma,

espectros de la sangre. Son pan rancio. Son fruta podrida. Son lunas en eclipse.

—Puesto que hermanos nuestros son —terció Bukka, dirigiéndose también al vacío—, tenemos poco margen de maniobra. Una de dos: o los hacemos ejecutar de inmediato, como traidores o usurpadores en potencia, o bien les damos un empleo.

—Es demasiado temprano para derramar sangre de la familia —dijo Hukka Raya I—. Pensemos en alguna tarea que darles.

—Alguna misión lejos de aquí —sugirió Bukka.

—Sí, muy lejos —convino el rey.

—Nellore —propuso Bukka. Eso estaba en la costa oriental, a unos quinientos kilómetros de la ciudad—. Es preciso conquistarla —agregó el príncipe heredero—, y estando allí esos tres no nos causarán muchos problemas.

Hukka tenía una visión más ambiciosa.

—Primero Nellore en el este —dijo—, luego Mulbagal en el sur, y después Chandragutti en el oeste. En cuanto te hayas apoderado de Nellore, hermano Chukka, puedes quedarte allí y tomar el mando. Tú, hermano Pukka, puedes quedarte Mulbagal cuando caiga, y tú, hermano Dev, irás solo a la conquista de Chandragutti y de allí ya no te mueves. Eso quiere decir que cada uno de vosotros acabará teniendo un *kursi*, un trono, y espero que seáis muy felices. Mientras tanto, Bukka y yo conquistaremos todo lo demás.

Los tres hermanos de mala reputación se rebulleron inquietos y malhumorados. ¿Era un buen trato o un regalo envenenado? No estaban seguros.

—Pero tú te quedas el tesoro rebosante de *pagodas* —protestó Chukka —. No me parece bien.

—Deja que te aclare una cosa —dijo Hukka Raya I—. Os proporcionaré un formidable ejército a cada uno de vosotros. Una fuerza invencible. Pero con una condición: mis generales estarán al mando de la tropa. Vosotros os podéis quedar tranquilamente sentados en vuestras monturas bajo la bandera imperial y, terminadas las batallas, mis generales os pondrán en el trono, pero durante el combate

haréis exactamente lo que os digan. Y así, después, tendréis cada uno una provincia que gobernar, lo cual es mucho mejor que andar robando caballos y con el miedo a que os maten las bandas de Kallar y Maravar. Chukka, hermano, tú tendrás el privilegio de adorar a los dioses en el templo Jagannath, en Puri. Para ti, hermano Pukka, será el templo del gran héroe Arjuna. Y, Dev, tu templo está en una gruta, cierto, pero en compensación disfrutarás del mejor de los tres fortines, una magnífica fortaleza en lo alto de una colina, con agradables vistas por los cuatro costados. Además, os proporcionaré a cada uno una guardia personal formada por mujeres de las Fuerzas de Defensa Imperial. Con ellas estaréis a salvo, pero si intentáis cualquier tipo de sublevación sediciosa contra el imperio, o sea, contra nosotros, tienen órdenes de mataros ipso facto.

—Yo lo veo una mala oferta —dijo Pukka—. Seremos tus títeres y nada más. En realidad es lo que estás diciendo. Quizá deberíamos rechazar tu proposición y correr el riesgo.

—Sois libres de rechazarla, a todos los efectos —dijo Hukka Raya I, no sin afabilidad—, pero entonces no saldréis vivos de esta sala. Es fácil de entender. No se trata de nada personal. Simple asunto de familia.

—Lo tomáis o lo dejáis —dijo Bukka.

—Yo lo tomo —dijo Dev Sangama al momento, y los otros dos, tras pensarlo unos instantes, asintieron con la cabeza.

—Idos, pues —dijo Hukka Raya I—. Hay un imperio que conquistar e historia que hacer.

La capitana de la guardia, Ulupi, les dijo a Chukka, Pukka y Dev, casi silbando entre dientes como correspondía a su serpentino nombre, que la audiencia había terminado. Su lengua asomó vibrante entre sus dientes antes y después de hablar.

—Otra cosa —les dijo Hukka Raya I cuando ya se marchaban—. No sé cuándo nos volveremos a ver, si es que volvemos a vernos, o sea que hay algo que deberíais saber.

—¿El qué? —gruñó Chukka, el más descontento de los tres que partían.

—Que os queremos —dijo Hukka—. Sois nuestros hermanos y os

querremos hasta que muráis.

Al terceto Sangama no le fue posible partir de inmediato. Un ejército necesitaba tiempo para desplazarse. Había que adecentar y acondicionar los palanquines de los mandos militares para que aquellos caballeros pudieran viajar a su destino con la máxima comodidad, y había que montar *howdahs* con dosel en el lomo de los elefantes de combate para que esos mismos oficiales de alto rango pudieran ir a la guerra reclinados en cojines y almohadas, y luego había que alimentar a millares de elefantes, tanto de carga como de combate, pues el elefante comía a cada momento, y había que cargar el forraje además de todo lo necesario para el regimiento, por ejemplo las imponentes piezas móviles con las que luego se montarían los artefactos que lanzaban rocas contra los muros de las fortalezas enemigas. Y luego había que desmontar y cargar tiendas de campaña en carromatos tirados por bueyes, junto con banquetas, taburetes, paja para colchones de campaña, letrinas; había que transportar toda una división de armamento al objeto de que las armas estuvieran en perfectas condiciones, las espadas bien afiladas, las flechas balanceadas y las cuerdas de arco bien tensas, comprobar a diario las puntas de jabalina para asegurarse de que fueran tan punzantes como dagas y reparar los escudos dañados en el campo de batalla; y había que movilizar también toda una ciudad-cocina, con sus hornos y sus cocineros, un buen cargamento de verduras, arroz y alubias, jaulas con pollos y gallinas, y también cabras, pues entre la tropa había muchos consumidores de pollo y de cabra pese a lo que dictaba oficialmente la religión; y tenía que haber leña para las fogatas y grandes calderos para hacer sopa y estofado, y había que reunir asimismo otro tipo de personal, como las cortesanas que atenderían por la noche las necesidades de los soldados más desesperados. El material médico, cirujanos y enfermeras, las espantosas sierras para cortar extremidades, los botes de ungüento para ojos cegados, las sanguijuelas, las hierbas medicinales, todo ello iría en la retaguardia de la columna. Ningún soldado deseaba ver tales cosas.

Necesitaban sentirse inmortales, o, al menos, convencerse a sí mismos de que las mutilaciones, el dolor agudo y la muerte eran cosas que solo les pasaban a otros. Era importante que cada soldado de infantería como de caballería pudiera tener fe en que él saldría indemne del combate.

Y no se trataba de un ejército normal y corriente. Era una fuerza de combate que iba naciendo poco a poco. Como el resto de los nuevos ciudadanos, los soldados despertaban cada día oyendo susurros; cada uno de ellos oía por primera vez —pero como si la información hubiera estado siempre allí— la historia de su vida, ya fuera hombre o mujer. (Había menos mujeres soldado, sí, pero las había, y también tenían recuerdos susurrados). En el misterioso lapso entre sueño y vigilia, cada uno de los soldados oía la narración de las generaciones ficticias de su familia y descubría cuándo se había alistado en las fuerzas del imperio, cuán lejos había viajado, qué ríos había atravesado, qué amigos había hecho por el camino, qué obstáculos había tenido que salvar y qué enemigos combatir. Los susurros le decían su nombre y el nombre de sus padres, de su aldea y de su tribu, y el apelativo cariñoso que le ponía su esposa —esposa que aguardaba en la aldea, ¡cuidando de sus hijos!—, y de este modo susurrado cada soldado descubría también su personalidad, si era gracioso o huraño, y su manera de hablar; unos eran parlanchines, otros, gente de pocas palabras, y los había malhablados —como es común entre la soldadesca—, mientras que otros evitaban ese lenguaje soez; unos eran extrovertidos mientras que otros ocultaban sus sentimientos. De esta forma, lo mismo que antes la población civil, se convertían en seres humanos aunque las historias que les habían susurrado fueran ficticias. La ficción podía ser tan poderosa como los hechos históricos, servía para que la nueva gente tomara conciencia de sí misma, les permitía conocerse y conocer a quienes tenían a su alrededor, los hacía reales. He aquí la paradoja de las historias susurradas: no eran más que fantasía pero creaban la verdad, y habían dado vida a una ciudad y a un ejército con toda la rica diversidad de gente no ficticia con fuertes raíces en el mundo de la realidad.

La única cosa que todos los soldados tenían en común, decían los susurros, era su coraje y su destreza en el campo de batalla. Formaban una hermandad de imponentes guerreros y guerreras y nadie podía vencerlos. Cada día, al despertar, este saberse invencibles se hacía más sólido. Pronto estarían listos para acatar órdenes sin rechistar y para aniquilar al enemigo y marchar implacables hacia la victoria.

A la sombra de las doradas murallas de la ciudad, que día a día crecían más altas y robustas, estaba la tienda alfombrada que se les había asignado a los tres cabezas visibles de la inminente expedición militar. Dentro de estos palaciegos aposentos provistos de un sinnúmero de cojines con brocados e iluminados por faroles de latón con filigrana, Chukka, Pukka y Dev Sangama —los titulares aunque no los verdaderos jefes de la gran aventura— trataban de buscarle un sentido al nuevo mundo en que se encontraban. Los tres tenían claro que allí había una magia poderosa, y el temor pugnaba con la ambición dentro de sus corazones.

—Me da en la nariz —dijo Chukka— que aunque nuestros hermanos intenten darse aires regios, el que tiene la sartén por el mango es un brujo capaz de crear vida allí donde no la hay. —De los tres, él era el más agresivo y seguro de sí mismo, pero en ese momento parecía intranquilo e indeciso.

Su hermano Pukka, siempre menos brutal y más calculador, sopesó los pros y los contras.

—O sea que podemos ser reyes —dijo—, siempre que no pongamos peros a dirigir un ejército de fantasmas.

Dev, el benjamín, era el menos valiente y el más romántico.

—Fantasmas o no —dijo—, nuestros ángeles guardianes son damas de la más alta calidad. Si las convencemos para que sean nuestras consortes, a mí me trae al pairo si son seres humanos o espectros de la noche. Antes de que la muerte venga a reclamarme, quiero saber lo que es estar enamorado.

—Pues yo —dijo Chukka—, antes de que me llegue la muerte, quiero gobernar el reino de Nellore. O al menos apoderarme de él, para empezar.

—Si la muerte viene a por nosotros —reflexionó Pukka Sangama—, será porque nos la mandan nuestros hermanos Bukka y Hukka. Me gustaría enviarles al ángel exterminador antes de que lo hagan ellos. De los fantasmas, ya nos ocuparemos después.

Las comandantes Shakti, Adi y Gauri, las tres intrépidas oficiales de palacio cuya misión era guardar, pero también espiar, a los tres Sangama expedicionarios, eran conocidas como las Hermanas de las Montañas (aunque en realidad no eran tales hermanas), porque sus nombres eran también los de tres de las muchas formas de la diosa Parvati, hija de Himalaya, el rey de las Montañas, y su aura de autoridad era tan irresistible que fue inevitable que los bandidos recién reformados se enamoraran de ellas.

En sus sueños, cada uno de los hermanos veía a su Hermana personal haciéndole señas, invitándolo a desafíos eróticos entre dulces promesas. Chukka Sangama, el más extrovertido e incluso agresivo de los tres hermanos, encontró su pareja en la comandante Shakti, cuyo nombre contenía toda la energía dinámica del cosmos. «Chukka, Chukka —le susurraba Shakti en sus sueños—, yo soy el relámpago. Atrápame si puedes. Soy el trueno y el alud, la transformación y el flujo, la destrucción y la renovación. Tal vez sea demasiado para ti. Chukka, Chukka, ven a mí». Chukka estaba como poseído por ella, pero al despertar la vio en el umbral de la tienda, empuñando su lanza, seria e impasible como una estatua, y no parecía que ella hubiera tenido el mismo sueño.

Mientras tanto, Pukka Sangama, el prudente y racional de los tres, soñaba con la comandante Adi, que se le reveló como la verdad eterna del universo. «Pukka, Pukka —decía ella en un suspiro—, veo que eres inquieto y siempre quieres saber el significado de las cosas. Yo soy la respuesta a todas tus preguntas. Soy el cómo y el porqué, el qué, el cuándo y el dónde. Soy la única explicación que necesitas. Pukka, Pukka. Búscame y sabrás». Despertó arrebatado y con la mirada encendida, pero allí estaba ella, junto a su Hermana, lanza en ristre e

impasible, en el umbral de la tienda, con un rostro que podría haber sido tallado en el más duro de los granitos.

Y Dev Sangama, el más apuesto de los tres y el menos valiente, recibió la visita de la comandante Gauri, el ser más hermoso de la creación. Su encarnación onírica tenía cuatro brazos y sostenía una pandereta y un tridente, y su piel era blanca como la nieve, una analogía que se le ocurrió a Dev en el sueño pese a que jamás había tenido oportunidad de ver nieve. «Dev, Dev —musitaba Gauri, vertiendo gota a gota en el oído del durmiente el dulce veneno de sus palabras y agitando la pandereta—, tu hermosura te hace un digno compañero para mí, mas ningún mortal sobrevive a la fuerza devastadora de hacer el amor con una diosa. Dev, Dev, ¿darías tu vida a cambio de una sola noche de goce celestial?». Y Dev despertó con palabras de asentimiento en sus labios, «sí, sí, la daría», pero allí estaba Gauri, granítico el rostro, junto a sus pétreas Hermanas de comandancia, tan impasible como ellas y con solo dos brazos y sin pandereta, y lo que empuñaba era una lanza, no un tridente.

Cuando trataban de sus asuntos, las Hermanas de las Montañas se acercaban la una a las otras de forma que sus cabezas se tocaban, y hablaban en una lengua que les era propia. Había algunas palabras que eran comprensibles para los hermanos Sangama, palabras cotidianas como «comida», «espada», «río» o «matar». Pero muchas otras eran un completo misterio. Dev Sangama, el hermano timorato, no tardó en convencerse de que aquello era una especie de jerga demoníaca. En aquel acantonamiento donde la tropa escuchaba susurros secretos de origen desconocido, adquiriendo individualidad, memoria e historia para convertirse, gradualmente, en seres humanos de pleno derecho, era fácil creer que lo que estaba cobrando vida era un reino de demonios, demonios bajo cuyo hechizo habrían caído sus hermanos mayores Hukka y Bukka. A plena luz del día intentó convencer a Chukka y Pukka de que estaban en peligro de perder su alma eterna, y de que los riesgos de vivir robando caballos eran menores que los

peligros de ser los hombres de paja de aquella tenebrosa fuerza militar. Pero por la noche, cuando lo visitaba Gauri, sus temores se desvanecían y ya solo le importaba el amor. De modo que estaba indeciso, incapaz de tomar ningún tipo de decisión radical, pero no abandonó el plan.

Finalmente, un día le preguntó a Gauri por las palabras desconocidas y la respuesta fue que se trataba de una jerga de seguridad, la lengua cifrada contra la que nada podían hacer los oídos espías. Este lenguaje de seguridad empleaba palabras corrientes para cosas extraordinarias; un «torrente» podía indicar cierto tipo de carga de caballería; un «banquete» podía ser una matanza. Es decir, incluso las palabras que Dev entendía podían tener significados que a él se le escapaban. Y, en un plano más elevado de seguridad, había palabras nuevas, vocablos que consideraban a los individuos en términos de combate, por ejemplo, y así la palabra que designaba a un hombre en primera línea no era la misma que la que designaba a uno que estaba en el flanco; y había además palabras de cronología, una manera de describir al individuo como ser que se mueve en el tiempo, palabras que, en la guerra, podían marcar la diferencia entre vida y muerte. «No te preocupes —le dijo Gauri a Dev—. Eso es para los que entienden de palabras, y tú no eres de esa clase de persona. Tú preocúpate solo de los hechos». A Dev no le quedó claro si este consejo escondía o no una especie de insulto. Sospechaba que sí, pero el amor lo tenía atenazado y optó por no tomárselo a mal.

Los tres Sangama cenaban cada noche en la tienda real con las tres Hermanas. Ellos, embrutecidos por la vida que habían llevado al margen de la ley, devoraban enormes platos de cabrito asado sin atender a sutilezas religiosas, cabritos untados con chiles que les ponían las pelambreras de punta y los hacían sudar y lagrimear. En cambio, las mujeres comían verduras sazonadas con esmero y delicadeza, como si no necesitaran comer apenas. Y sin embargo los tres tenían muy claro que aquellos ángeles de suaves modales eran con mucho los más peligrosos; los Sangama las miraban con una extraña mezcla de temor y deseo, incapaces de manifestar el deseo a causa del temor; y así, amedrentados, atacaban las patas de cabrito con una fiereza brutal,

esperando que eso al menos les diera una apariencia de virilidad. Pero no estaban nada seguros de que el espectáculo gastronómico estuviera causando una impresión mínimamente favorable en las damas, que mantenían un semblante hermético, por no decir tenebroso.

Pukka Sangama, el que siempre quería respuestas, decidió preguntar a las Hermanas.

—Cuando hacéis eso de juntar las cabezas —empezó—, ¿se trata de una forma aún más secreta de comunicación, una modalidad sin palabras? ¿Habláis entre vosotras de cerebro a cerebro? ¿O bien es una manera más cómoda de descansar cuando estáis de pie?

—Pukka, Pukka —le recriminó la comandante Adi—, no hagas preguntas cuya respuesta no tienes la capacidad de entender.

Chukka Sangama perdió los nervios.

—Pero aquí qué pasa, vamos a ver —inquirió—. Llevamos tanto tiempo metidos en esta tienda que ya no sé a qué día estamos ni qué hora es. Que alguien nos diga lo que hemos de hacer y cuándo hay que hacerlo. No somos hombres de estar todo el día sentados como perros falderos esperando una golosina.

—Gracias por vuestra paciencia —dijo la comandante Gauri—. De hecho, teníamos pensado informaros esta noche de que el ejército ya está listo. Partiremos al amanecer.

Fue exactamente en el mismo momento en que Pampa Kampana estaba comunicando al rey y al príncipe heredero que también la ciudad había oído las historias que debía oír y que la creación de la misma se daba por terminada. Soldados y civiles estaban listos para lo que la historia pudiera depararles.

Chukka se puso en pie de un salto.

—Menos mal —exclamó—. Por fin algo que tiene sentido. Vayamos a hacer la guerra y traigamos la paz al país.

—Haced lo que se os diga y todo saldrá bien —dijo Gauri.

Empezó a sonar música en la ciudad. Los tres Sangama acantonados pudieron oír claramente los festejos pese al grosor de las murallas. Y oyeron también los gritos y aclamaciones que provocaba el primer espectáculo pirotécnico de la historia del país, sus ruedas y cohetes

surcando el cielo sobre las cabezas de la multitud. Pero no pudieron sumarse a la fiesta.

—Dormid —les ordenó la comandante Gauri—. Olvidaos del baile. Es mañana cuando el imperio empieza a nacer.

# 5

Domingo Nunes permanecería en Bisnaga, la ciudad a la que había dado nombre, hasta que Pampa Kampana le partió el corazón. Los primeros años, cuando aún no estaba muy seguro de su estatus y temía que alguno de los dos hermanos reales pudiera ordenar acuchillarlo cualquier noche sin luna, se ausentó durante largos periodos para viajar hacia occidente, cruzando el mar, para comprarles caballos a los árabes y traerlos de vuelta por el puerto de Goa a fin de vendérselos al palafrenero mayor de la ciudad, cuya caballería —que, además de equinos, contaba con gran número de elefantes y camellos— aumentaba de año en año a medida que el imperio iba ensanchándose más y más. Cuando estaba en Bisnaga procuraba no llamar demasiado la atención; seguía alojándose en el mismo humilde desván de siempre. Pampa Kampana iba a verle más veces de lo que parecía sensato hacer, pero la familia del palafrenero fingía no percatarse de ello; también ellos temían que la ira real cayera sobre sus cómplices cabezas. Sin embargo, al final, la destreza de Nunes con los explosivos, su valor como especialista en municiones, le ganó el favor del reino. Fue nombrado Extranjero de Confianza a Cargo de Explosiones, con un generoso salario, y se le instó a renunciar a sus negocios para dedicarse por entero a la causa de Bisnaga. Y cuando Pampa Kampana se casó con Hukka Raya I, el ya eminente extranjero fue considerado lo bastante importante para ser invitado a los festejos nupciales; Nunes, a pesar de lo que sentía por dentro y tras mucho debatir consigo mismo, aceptó e hizo acto de presencia.

El matrimonio entre Hukka Raya I y Pampa Kampana no fue un enlace por amor, al menos no por parte de la novia. El rey la deseaba desde el primer momento en que la vio y había esperado —mucho más tiempo del que habría esperado cualquier otro monarca— a que ella

aceptara su proposición matrimonial. Hukka no era ciego, y sus ojos y oídos controlaban las calles de la ciudad, por lo tanto sabía que su amada visitaba regularmente por la noche cierto desván, y el día en que ella se rindió por fin a sus lisonjas él le echó en cara lo que sabía. La invitó a dar un paseo por los jardines del palacio, donde podrían hablar más en privado de lo que era posible hacerlo en el interior, donde hasta las paredes oían, y le preguntó cómo era que al final se había decidido.

—Hay ciertas cosas que es preciso hacer por el bien general, cosas más importantes que tú y que yo —dijo Pampa—. Cosas que hacemos como servicio al futuro.

—Yo confiaba en que habría un motivo más personal —le dijo Hukka.

—En cuanto a lo personal —contestó ella, encogiéndose de hombros —, tú sabes quién es el objeto de mi amor, y permíteme que te diga que seguiré los dictados de mi corazón, aunque aceptaré tu mano para crear la estirpe del imperio.

—¿Y esperas que acepte eso de buen grado? —preguntó Hukka, muy enfadado ahora—. Debería hacer que le cortaran la cabeza a ese bastardo esta misma tarde.

—Pero no lo harás —replicó ella—, porque estás obligado a obrar al servicio del futuro y necesitas de sus conocimientos chinos. Además, y en un plano más personal, si le haces daño no permitiré que me pongas un dedo encima.

Hukka explotó de frustración.

—Muy pocos hombres, y mucho menos un monarca, estarían dispuestos a pensar en casarse, y disculpa mi franqueza, con una mujer fácil, pazpuerca dirían algunos, que sin reserva alguna, sin vergüenza dirían algunos, juega por decirlo así con una persona que ni siquiera es de su raza o de su religión, y que encima comunica a su futuro esposo su intención de persistir en tan intolerable actividad, por no decir depravada actividad, una vez desposados.

Hukka gritaba ahora sin importarle que alguien pudiera oírle, pero la inesperada reacción de ella lo desconcertó por completo: Pampa

Kampana prorrumpió en una tremenda carcajada, como si él acabara de decir la cosa más chistosa del mundo.

—Yo no le veo la gracia —dijo Hukka enfurruñado, pero Pampa Kampana estaba llorando mientras le señalaba con un dedo divertido.

—Tienes la cara llena de manchas —dijo—. Granos que supuran, ay, qué risa. Cada vez que pronunciabas una de esas antipáticas palabras, te salía un nuevo volcán en la piel. Quizá sería mejor que te limpiaras la lengua, o toda tu cara acabará pareciendo una olla en pleno hervor.

Alarmado, Hukka se llevó una mano a la cara y se palpó la frente, las mejillas, la nariz, el mentón, y, en efecto, allí estaban las pústulas. Estaba claro que la magia de Pampa Kampana iba mucho más allá del encantamiento con las semillas. Se dio cuenta de que le tenía miedo, y un momento después comprendió, por añadidura, que el temor a su magia le excitaba sexualmente.

—Casémonos ahora mismo —dijo.

—Siempre que aceptes mis condiciones —insistió ella.

—Lo que tú quieras —exclamó él—. Sí, acepto. Eres increíblemente peligrosa. Tienes que ser mía.

Después de la boda, y durante los primeros veinte años del imperio Bisnaga, la reina Pampa Kampana mantuvo abiertamente sus dos amores, el rey y el extranjero, y aunque a ninguno de los dos le gustaba esa situación y así lo expresaban a menudo, Pampa basculaba entre el uno y el otro con una serenidad que daba a entender que ella lo llevaba perfectamente bien, lo cual no hacía sino fastidiarlos aún más. Por dicha razón, ambos buscaron maneras de ausentarse durante largos periodos del origen de su descontento. Domingo Nunes, que había proporcionado al imperio todo un almacén de potentes explosivos, retomó su negocio de caballos y halló en el amor a estos cierto consuelo por no tener sino la mitad del amor de la mujer de sus sueños. Por su parte, Hukka Raya I se embarcó en la gran empresa de construir el imperio, estableciendo formidables fortalezas en Barkuru, Badami y Udayagiri, conquistando todo el valle del río Pampa y ganándose así el derecho a ser nombrado monarca de todo el país entre los mares oriental y occidental. Nada de ello le hizo feliz.

—No importa cuánto territorio poseas —se quejó un día a Pampa Kampana— ni en cuántos mares puedas mojarte los pies, si tu esposa tiene cama en dos casas diferentes y tú solo estás en una.

En ausencia de Hukka, Bukka trató de interceder a favor de su hermano. Se llevó a Pampa Kampana a dar un paseo por la orilla del río cuyo nombre ella ostentaba y la instó a cortar su relación con el portugués.

—Piensa en el imperio —le imploró—. Todos te reverenciamos como la encantadora que dio vida a todo esto, pero también esperamos que te mantengas en tu altar y evites caer en la cloaca.

Fue la sordidez de esa última palabra lo que empujó a Pampa a contestar:

—Te contaré un secreto. Voy a tener un hijo y no sé cuál de los dos es el padre.

Bukka se detuvo.

—El niño es de Hukka —dijo—. De eso no te quepa ninguna duda, o la ciudad que levantaste se resquebrajará y las murallas se vendrán abajo con estruendo.

En los tres años siguientes Pampa Kampana dio a luz a tres hijas, y a partir de ahí el nombre del extranjero quedó vedado tanto en el interior del palacio como dondequiera que el rey estuviera presente, y nadie, so pena de muerte, podía comentar sobre los bellos rasgos ibéricos de las princesas, su piel clara, sus cabellos rojizos, sus ojos verdes y demás. En el futuro dichos atributos causarían disensiones en el reino, pero por el momento nadie discutió su derecho a ser miembros del linaje real. Pero a Hukka no se le escapaba lo que para tantos era evidente y empezó a mostrarse cada vez más retraído y sombrío, también por la incapacidad de Pampa Kampana de darle un hijo varón. Con el paso de los años su tristeza no hizo sino aumentar, y, pese a todos sus triunfos militares, se le conocería como un monarca propenso a la melancolía. Cuando estaba fuera luchando y conquistando se sentía mejor, porque era preferible matar adversarios en el campo de batalla a no poder matar a su adversario de amores en su propia ciudad. Matara a quien matase, todos tenían la cara de Domingo Nunes; pero la satisfacción duraba

muy poco, porque el verdadero Domingo estaba allá en Bisnaga fornicando con la reina. Hukka regresaba a palacio empapado de sangre e insatisfacción y, al final, aquel sentimiento de amor no correspondido lo hizo volverse hacia Dios.

Un seco y caluroso día de su último año de reinado convocó a todos sus hermanos a una reunión en el *mutt* de Mandana a fin de consagrar el nuevo templo que estaban construyendo allí. Para entonces Chukka Sangama era ya el regente de Nellore, Pukka era el hombre fuerte de Mulbagal, y Dev estaba firmemente instalado en el *kursi* de Chandragutti. Llegaron a Mandana rodeados por el esplendor de sus caballeros y sus muchas banderas, y habían convertido a su guardia femenina, las Hermanas de las Montañas, Shakti, Adi y Gauri, en esposas y princesas. Hukka vio llegar a sus desposados hermanos con cierta envidia —sus mujeres no se acostaban con bastardos extranjeros, ¿verdad que no?—, pero entonces se acordó de que las Hermanas tenían orden de degollar a sus respectivos maridos si alguna vez se les pasaba siquiera por la cabeza sublevarse contra el rey de Bisnaga, o sea él. Y había sido él mismo quien había dado esas órdenes, y la lealtad de las Hermanas estaba fuera de toda duda.

«Supongo que es mejor tener una esposa infiel —se dijo a sí mismo— que una que le sea más fiel a tu hermano que a ti, y cuyo cuchillo, por tanto, esté siempre demasiado cerca de tu traicionero pescuezo».

Chukka, el malhablado de los hermanos, declaró su asombro ante lo que veía en Mandana.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —exclamó—. ¿Es que se apareció un dios y decidió convertir en un palacio la cueva del monje?

Y es que Mandana estaba en proceso de convertirse en un esplendoroso destino religioso, a rebosar de peregrinos y sacerdotes y con un estilo arquitectónico —a juzgar por lo ya edificado— que prometía ser tan recargado como austero había sido el viejo refugio del sabio Vidyasagar, Océano de Conocimiento.

Fue el propio Vidyasagar quien se adelantó para responderle.

—Los dioses tienen mejores cosas que hacer que construir templos —dijo—. Pero no hay más alto cometido que ese para los hombres.

—Ten mucho cuidado —le advirtió Hukka a su hermano—. Estás a un paso de la blasfemia, y si caes en el foso que hay al otro lado, ni todas las oraciones del mundo podrán salvar tu miserable alma.

—Veo que tú has cambiado tanto como este lugar —replicó Chukka —. Ya que estás convirtiendo Mandana en un templo palaciego, a lo mejor te crees también el rey de todo esto.

—Segundo aviso —dijo Hukka Raya, y Shakti, la cónyuge de Chukka, se llevó la mano al puñal que pendía de su cinto.

—Pero el templo no está acabado —continuó Chukka—. De momento solo tenéis la mitad del *gopuram*, la Puerta Imperecedera. O sea que tú tampoco estás «acabado», quiero decir que no eres ni divino ni imperecedero, al menos de momento.

—Nos hemos reunido para consagrar el templo a Virupaksha, que es asimismo Shiva, el poderoso consorte de la diosa-río Pampa, que es asimismo Parvati —dijo Hukka de mal talante—, así que hoy no pienso derramar tu sangre. Hoy el objetivo es más elevado. Y aparte del templo, debemos hablar también del rey Diamante de Golconda allá en el norte, que se está volviendo demasiado poderoso para su bien y es seguidor de una fe extranjera, y que, por lo tanto, debe ser declarado nuestro enemigo mortal. Sin contar con todas esas minas de diamantes que tiene…

Quien tomó la palabra fue Pukka, el más razonable de los Sangama.

—Entiendo lo de los diamantes, desde luego —dijo—, pero en cuanto a lo demás, eso de la fe extranjera, no seas tonto. Bukka siempre ha dicho que a ninguno de los dos le importaba el prepucio, cortado o sin cortar, ¿y de golpe y porrazo odias a los circuncidados? Es que hablar de eso ni siquiera es de sentido común. Al menos una tercera parte de los ejércitos de Bisnaga, y puede que la mitad de los comerciantes y tenderos de la capital, son seguidores de esa fe extranjera. ¿Se han vuelto de repente enemigos nuestros? ¿Y Bukka, está de acuerdo con ese nuevo extremismo tuyo? A propósito, ¿dónde anda el príncipe heredero?

—Da lo mismo —dijo Hukka Raya I—. Basta de charla. A ver, Vidyasagar, procede con la consagración. Debemos rogar al dios que

nos mire con buenos ojos, incluidos aquellos de nosotros menos entusiastas en sus creencias.

—Realmente has cambiado, ahora que te haces mayor —dijo Dev Sangama, tomando por primera vez la palabra—. Creo que me gustabas más antes. Y deja que te haga una pregunta: si toda esta ciudad de Bisnaga creció de la noche a la mañana, habitantes incluidos, y si la muralla se levantó sola al día siguiente, y si todo ello fue cosa de una bolsa de semillas, ¿por qué no ocurre lo mismo aquí y ahora con todo este montaje del templo? ¿Por qué no podemos sentarnos a contemplar el espectáculo de magia mientras el templo crece ante nuestros ojos?

La respuesta la dio la reina, Pampa Kampana.

—La magia no dura siempre —dijo—. A veces los encantamientos divinos son accesibles a los seres humanos en su primera fase en el mundo. Tras ese periodo inicial llega un momento en que deben aprender a caminar solos, a conseguir sus propios logros y ganar sus propias batallas. Podría decir que empezáis como niños pero luego tenéis que madurar y vivir en el mundo de los adultos.

—Tú eres la madre de este imperio —dijo Dev Sangama—, pero hoy tu mensaje de amor suena un tanto seco.

En el Anacardo, como se conocía a una nada sofisticada taberna situada en una sucia callejuela de la ciudad de Bisnaga, y coincidiendo con el momento de la consagración del templo, Bukka Sangama se hallaba en plena juerga etílica con su camarada Haleya Kote, un viejo soldado canoso que era quien había dado a conocer al príncipe heredero los placeres del feni de anacardo, el licor de moda en la ciudad. El feni se podía destilar a partir de muchas cosas, principalmente del cocotero, pero este nuevo licor era diferente, más sabroso, en opinión de numerosos bebedores, y —al menos en la versión que vendían en aquella taberna— sustancialmente más potente. La planta de anacardo era el otro gran regalo que había traído el portugués junto con los caballos árabes, y de hecho el propietario secreto de la taberna no era otro que Domingo Nunes, aunque él prefería ocultar ese hecho tras una

cortina de humo de distintos encargados diurnos y nocturnos, porque temía, y con razón, que Pampa Kampana lo desaprobara. En aquel alargado, oscuro y estrecho local, los bebedores se sentaban en sencillos taburetes de tres patas en torno a las mesas de madera basta más cercanas a la puerta, absortos en el consumo del potente feni, que podía producir en ellos felicidad o melancolía según el carácter de cada cual, mientras que hacia la parte de atrás de la taberna ocurrían cosas sobre las que sería aconsejable correr un velo. Sin embargo, tras unas cuantas jarras de licor, el alcohol enturbiaba lo suficiente la percepción de los bebedores como para que las actividades de la trastienda se sucedieran sin despertar comentarios.

Haleya Kote no era uno de los ciudadanos de Bisnaga creados por las semillas mágicas. Había guerreado con Hukka y Bukka en sus años castrenses, tenía diez años más que los hermanos y más experiencia en cuestiones bélicas, lo que no impidió que fuera capturado junto con ellos por el ejército del sultán del norte, y, al igual que ellos, consiguiera escapar de su esclavitud en la lejana Delhi pocos años después de que ellos se fugaran. Llegó a Bisnaga más canoso y más flaco de lo que los Sangama recordaban, pero su afición a la bebida no tardó en hacerle engordar. Para cuando llegó a Bisnaga, Hukka ya estaba metido en el dorado laberinto de la monarquía y apenas si tenía tiempo para viejas amistades, pero Bukka se alegró mucho de ver una cara conocida con quien compartir recuerdos de verdad, no los creados mediante los susurros de Pampa Kampana. A medida que pasaban los años y que los rencores personales arrojaban a Hukka en brazos de la religión, entre los dos hermanos se había ido abriendo un gran vacío; Bukka seguía manteniendo una actitud alegremente indiferente en cuestiones de fe, mientras que su hermano mayor era cada vez más austero. Además, el menor de los dos empezaba a preocuparse por el asunto de la sucesión. ¿Seguiría vigente el acuerdo que tenía con Hukka de que él, Bukka, le sucedería en el trono, o uno de los bastardos portugueses del rey intentaría hacerse con el imperio? Un día se llevó a Pampa Kampana a dar otro paseo por el río para hablar de ello y la respuesta que obtuvo fue sorprendentemente positiva.

—Pues claro que serás el rey después de tu hermano —le dijo Pampa Kampana—, y para serte totalmente franca, estoy impaciente por ser tu reina.

Bukka notó que un escalofrío de miedo le recorría la espalda. Sabía que a su hermano el rey le estaba costando horrores tolerar que la hermosa cabeza de Domingo Nunes siguiera pegada a su largo y elegante cuello, pero ahora otro cuello y otra cabeza —los de él, Bukka — corrían peligro de ser separados también. Si llegaba a oídos de Hukka Raya la menor insinuación de que su esposa, la promiscua belleza que ni la edad ni la maternidad conseguían marchitar, estaba pensando en meterse en la cama de su hermano tan pronto él, el rey, hubiera muerto —que, encima, esperaba con ilusión el momento de encamarse con su hermano y que, según su propia confesión, ¡tenía ganas de que llegara el día de la muerte de Hukka!—, entonces el baño de sangre se convertiría sin duda en una inundación y el imperio se derrumbaría en medio de una atroz guerra civil.

—Tú y yo no debemos volver a hablar —dijo Pampa Kampana— hasta que llegue ese día.

Fue a partir de ese día cuando Bukka empezó a beber. Haleya Kote llegó a la ciudad en el momento perfecto, justo cuando el príncipe heredero necesitaba un compadre de borrachera, y se volvieron inseparables. Hukka, que ignoraba totalmente lo que habían hablado Bukka y Pampa Kampana, deploró que su hermano se hubiera dado a la bebida y al principio amenazó con expulsarlo del consejo real, que era el gobierno de la ciudad y órgano supervisor del imperio, a menos que enderezara su vida; luego, en vista de que Bukka no hacía nada por cambiar, cumplió su palabra y expulsó al príncipe heredero de aquella augusta cámara, convirtiendo en algo de dominio público lo que se venía comentando en voz baja, a saber, que las dos figuras señeras del imperio, los fundadores de Bisnaga, se habían peleado. Ahora, en la corte, había varias facciones. Los que admiraban el reinado de Hukka, con su eficiente administración y sus muchas victorias en el campo de batalla, se desmarcaron de Bukka el borrachín, mientras que aquellos que se habían percatado de que la salud del rey empezaba a flojear, que

era propenso a sufrir jaqueca, fiebre y tiritera, pensaban que más valía mostrar mayor lealtad al heredero al trono que al propio rey. A todo esto, el príncipe heredero pasaba la mayor parte de su tiempo en la taberna, sumido en las nieblas que con tanta facilidad producía el potente feni de anacardo.

Bukka era popular en la ciudad debido a las simpáticas bufonadas de aquellos años y a su falta de regia *grandeur*. Comparado con el cada vez más severo y melancólico rey Hukka, resultaba un personaje mucho más próximo a los ciudadanos. Más adelante, una vez convertido en imponente monarca, mucha gente se preguntaría si Bukka solo había estado fingiendo durante aquellos días de borrachera, o si en el fondo era un perdulario. El propio Bukka solo contestó una vez, y de manera harto críptica, a esta pregunta. «Quise parecer un necio —dijo—, porque de ese modo quizá parecería mejor cuando dejara a un lado mis tonterías y fuera coronado emperador».

Nadie hizo preguntas de este tipo sobre Haleya Kote, a quien todo el mundo desestimaba como un pobre y obeso vejestorio. Sin embargo, la realidad era que Kote formaba parte, quizá era incluso el líder, de una secta clandestina extremista conocida como la Recriminación, cuyos panfletos detallando las llamadas Cinco Recriminaciones acusaban a los «elementos estructurales» de su religión —es decir, el clero— de prevaricación, y exigían reformas radicales. En la Primera Recriminación afirmaban que el mundo de la fe había ido acercándose demasiado al poder temporal, siguiendo el mal ejemplo establecido por el propio Vidyasagar; y que individuos que ocupaban altos cargos en los templos del imperio no deberían asumir puestos en el gobierno de la ciudad. En la Segunda Recriminación criticaban las ceremonias de adoración colectiva en torno a la reciente consagración del nuevo templo, que, según ellos, eran ajenas a toda teología y a los textos sagrados. En la Tercera Recriminación sostenían que el ascetismo en general, y el celibato de los hombres santos en particular, había promovido la práctica de la sodomía. En la Cuarta Recriminación decían que el verdadero creyente debía mantenerse al margen de todo lo relativo a la guerra. Y en la Quinta Recriminación denunciaban las

bellas artes, afirmando que se prestaba demasiada atención a la belleza en la arquitectura, la poesía y la música, y que era preciso desviar cuanto antes todo ese interés por lo frívolo y concentrar la atención en la veneración de los dioses.

Que hubiera ya disidentes podía ser un signo de que la ciudad, y el imperio que iba ensanchándose en su órbita, era cada vez más madura. La Recriminación, no obstante, tenía pocos seguidores en Bisnaga, pues sus habitantes adoraban todo lo bello, se enorgullecían de la majestuosa arquitectura que los rodeaba por doquier y gozaban de la poesía y las canciones; no solo eso, sino que practicaban la sodomía con tanto entusiasmo como la heterosexualidad, pues muchos bisnaguianos no veían ninguna necesidad de amar solo a los miembros del sexo opuesto y gozaban por igual de la compañía de los de su propio género. Cada día, a la hora del paseo cuando se ponía el sol, podían verse parejas de toda clase tomando el aire cogidos de las manos sin ningún tipo de vergüenza: hombres con hombres, mujeres con mujeres y, sí, también hombres con mujeres. Esas personas difícilmente iban a pensar que las restricciones que la Recriminación planteaba en materia sexual estuviesen justificadas. Aparte de eso, mucha gente tenía miedo de manifestarse a favor de las afirmaciones políticas de la secta. El ataque a la probidad del venerado Vidyasagar; el rechazo pacifista a la guerra, cuando los ejércitos de Bisnaga habían demostrado ser prácticamente invencibles; las amplias acusaciones de corrupción: proclamar abiertamente tales creencias era ponerse uno mismo en la picota. Así pues, de momento la Recriminación no era más que un grupúsculo, y esa pena la ahogaba Haleya Kote en aguardiente.

Todo esto era del conocimiento del príncipe heredero, pero Bukka no dio muestras de saberlo, ni aquella tarde en la taberna mientras en otro lugar de la ciudad estaban consagrando un nuevo templo, ni de hecho ninguna otra tarde. Si un espía se le hubiera acercado para decirle que estaba compartiendo jarras con el rebelde más famoso del imperio, su más destacado revolucionario, habría fingido gran sorpresa y afirmado que ya no podría seguir tomando feni en paz. Y si Haleya Kote hubiera sospechado por un momento que bajo la desenfadada capa exterior del

díscolo príncipe heredero estaba empezando a incubarse todo un rey, un rey que ya tenía pensado al detalle lo que haría con la secta de la Recriminación, tal vez se habría preocupado por la seguridad de su propia cabeza. Pero tal como estaban las cosas, pasaban las tardes la mar de contentos, sin que el mundo pareciera importarles. El futuro llegaría cuando tuviera que llegar.

Naturalmente, Domingo Nunes, siendo cristiano y por lo tanto infiel, no había estado presente en la consagración del templo. Pero aquella noche recibió la visita de Pampa Kampana. Tras muchos años viviendo en aquel desván, por fin había comprado una casita en un barrio anónimo y la estaba llenando de resmas de papel en las que escribía sobre las experiencias vividas en Bisnaga. *Es un lugar ventoso, un país llano salvo por las montañas; pero al oeste el viento es más benigno gracias a los numerosos bosquecillos donde crecen el mango y la yaca*. Domingo Nunes consideraba interesante referir trivialidades, enumerar los diferentes tipos de ganado y de cultivos de la región —vacas, búfalos, ovejas y aves, la cebada y el trigo— como si él fuera agricultor o granjero, aunque jamás había trabajado en el campo. *De camino hacia acá procedente de Goa encontré un árbol al pie del cual trescientos veinte caballos pudieron refugiarse del sol y de la lluvia*. Cosas así. Hablaba de las sequías en verano y de las inundaciones en la estación de las lluvias. Mencionaba un templo con un dios de cabeza de elefante y las mujeres que pertenecían a dicho templo y bailaban para el dios. *Son mujeres de moral dudosa*, escribía, *pero viven en las mejores calles de la ciudad y se les permite visitar a las concubinas del rey, con las que mascan betel. También comen cerdo y ternera*. Hablaba largo y tendido de una gran variedad de temas, como el ritual de untar diariamente al rey con aceite de sésamo, los días festivos del año y otros asuntos sin ningún interés para los lugareños, que ya sabían todo esto. La narración estaba pensada a todas luces para el consumidor extranjero. Cuando Pampa Kampana vio aquellos textos, escritos en un idioma que desconocía, adivinó cuál era el propósito y le preguntó si tenía pensado irse de Bisnaga, no para

comprar caballos y volver, sino para siempre. Domingo Nunes negó que tuviera tales intenciones.

—Solo estoy llevando un registro en mi propio interés —dijo—. El lugar es tan maravilloso que merece una crónica digna.

Pampa Kampana no le creyó.

—A mí me parece que le tienes miedo al rey y te dispones a huir —dijo—, pese a que te he dicho en más de una ocasión que estando bajo mi protección es imposible que nadie te haga daño.

—No se trata de eso —dijo Domingo Nunes—, porque nunca en mi vida había amado a nadie tan apasionadamente como a ti. Pero me he dado cuenta de que tú me amas menos, ¡y no solo porque tenga que compartirte con el rey!, bueno, sí, ¡en parte también por eso!, y ni siquiera porque me hayas prohibido ver a las tres encantadoras muchachas de las cuales nadie está autorizado siquiera a insinuar que se parecen a mí como gotas de agua, pero sí, ¡en parte también por eso!, y yo he accedido a todo, ¡a todo!, ¡por el amor que siento por ti!, pero no hay día en que no presienta que soy yo el que ama con más fuerza de lo que es amado.

Pampa Kampana le escuchó sin interrumpir. Después le dio un beso, cosa que no consiguió aplacarlo, aunque tampoco era esa la intención.

—Eres tan guapo, y siempre me ha encantado tu cuerpo cuando se mueve contra el mío —dijo—. Pero tienes razón. Me cuesta amar con todo mi corazón, porque sé que el amado tendrá que morir tarde o temprano.

—Pero ¿qué clase de excusa es esa? —exigió saber Domingo Nunes, sintiendo crecer la furia en él—. Toda la raza humana, del primero al último, comparte ese destino. Y tú también.

—No —dijo ella—. Yo viviré casi doscientos cincuenta años y mi aspecto será siempre joven, o casi. Tú, en cambio, ya has envejecido, andas un poco encorvado, y el fin…

Domingo Nunes se llevó las manos a los oídos.

—¡No! —chilló—. ¡No me digas nada! ¡No quiero saberlo!

Era consciente de que estaba envejeciendo a pasos agigantados, de que su salud ya no era robusta como lo había sido hasta entonces, y de

que no iba a llegar a viejo. A veces pensaba que tendría un final violento, que probablemente ocurriría en el camino de carros entre Goa y Bisnaga, donde todavía acechaban los salteadores de Kallar y Maravar. Sospechaba incluso que el motivo de que Hukka Raya I no moviera un dedo contra los ladrones de caballos era que, en el fondo, confiaba en que saltarían sobre Domingo Nunes y le harían un servicio arrancándole el corazón al traicionero portugués. Pero el final que Pampa Kampana tenía pensado para él era diferente.

—… y el fin está cerca —dijo—. Morirás pasado mañana, porque tu corazón reventará y puede que la culpa sea mía. Lo siento.

—Eres una furcia sin corazón —dijo Domingo Nunes—. ¡Déjame en paz!

—Sí, será lo mejor —dijo ella—. No quiero ver el último acto.

La verdad que se ocultaba tras las duras palabras de Pampa Kampana era que su negativa a envejecer era casi tan enigmática para ella como para el resto del mundo. Desde los nueve años, cuando la diosa habló por mediación de su boca, Pampa había crecido como cualquier otra muchacha hasta cumplir los dieciocho, pero las cosas habían cambiado desde el día en que entregara las semillas a Hukka y Bukka Sangama. Veinte años habían transcurrido desde entonces, y cuando se miraba detenidamente en el bruñido escudo que colgaba de una pared de su alcoba en palacio, calculaba que en esas dos décadas debía de haber envejecido dos años apenas. Si estaba en lo cierto, entonces hacia el final de los dos siglos y pico de vida que la diosa le había asignado, tendría el aspecto de una mujer de cuarenta y tantos. Esto fue una sorpresa. Ella esperaba que, entrado su tercer siglo de vida, se habría convertido en una viejecita encorvada y marchita, pero por lo visto no iba a ser así. Sus amantes morirían, sus hijas (que ya parecían más bien hermanas suyas) se verían mayores que su madre e irían ajándose, las generaciones irían pasando pero ella seguiría siendo hermosa. Saberlo le procuró escaso placer. «La historia de una vida —se decía a sí misma — tiene un principio, una parte intermedia y un final. Pero si esa parte intermedia se prolonga artificialmente, la historia deja de ser un placer y se convierte en una maldición».

Comprendió que su destino era perder a todos los seres amados y al final verse rodeada por sus cadáveres en llamas tal como ocurriera teniendo ella nueve años, cuando vio arder a su madre y a las otras mujeres. Reviviría a cámara lenta, durante eones, la catástrofe de la pira letal de su niñez. Todo el mundo moriría igual que antes, pero esta segunda inmolación duraría casi doscientos cincuenta años en vez de un par de horas.

# 6

Incapaz de poner en duda la profecía de Pampa Kampana, Domingo Nunes pasó aquella noche y las siguientes veinticuatro horas emborrachándose en el Anacardo en compañía de Bukka Sangama y Haleya Kote y despotricando contra Azrael el ángel exterminador y la predicción de su inminente llegada, de modo que cuando su corazón, efectivamente, reventó tal como Pampa había predicho que ocurriría, la noticia de la muerte del legendario extranjero corrió como la pólvora por toda Bisnaga, y también que Pampa Kampana había revelado poseer el poder de predecir cuándo pasaría uno de esta vida a la siguiente; o sea que no solo podía darles la vida con un susurro, sino también la muerte. Desde aquel día la gente, más que quererla, empezó a temerla, y el hecho de que no envejeciera redundó en el terror que ya inspiraba. Hukka Raya I, generoso para con su difunto adversario en el amor, hizo venir de Goa a un obispo cristiano y conservó el cuerpo de Domingo Nunes en hielo hasta que llegó el prelado en compañía de un coro de doce hermosos jóvenes goaneses a los que había enseñado personalmente, y Nunes recibió una bonita despedida católico-romana con todos sus aderezos. Fue el primer funeral cristiano en la historia de Bisnaga, hubo cánticos foráneos, se habló de aquella exótica trinidad de divinidades que contaba entre ellas con un espíritu, se asignó una parcela de tierra fuera de las murallas para el sepelio de forasteros paganos, y eso fue todo. Pampa Kampana, en pie junto a su esposo el rey, dijo adiós a su amante, y todo el mundo se fijó en que el rostro arrugado de Hukka Raya I reflejaba hasta el último día de sus cincuenta años, y de hecho fueron muchos los que pensaron que aparentaba bastantes más, probablemente debido a las tribulaciones de la monarquía y a la dureza de la guerra; pero Pampa Kampana estaba prácticamente igual. Su juventud y su belleza eran tan aterradoras

como su profecía del fallecimiento del portugués. Los bisnaguianos, que tanto la habían querido por su papel en el nacimiento de la ciudad, empezaron a apartarse de su camino tras el funeral de Nunes, lo mismo que cuando recorría las calles en su carroza real, evitando ser objeto de su temible mirada.

Sentirse rechazada de esa forma enturbió su carácter de natural alegre, y cuando estaba con Hukka el perfume de su mutua melancolía enrarecía el ambiente. El uno no entendía a la otra, y viceversa. Hukka pensaba que la tristeza de su esposa era la demostración de que estaba de duelo por su amante fallecido, mientras que Pampa Kampana atribuía la sombra de austeridad que había caído sobre Hukka a su celo religioso de nuevo cuño, mientras que en realidad Hukka no hacía sino pergeñar planes para ganarse otra vez el cariño y las caricias de su esposa, en tanto que ella, a veces, deseaba poder morir.

Cada día acudían durante una hora al Salón de Audiencias Públicas, donde, sentados uno junto al otro en sus tronos, o más bien reclinados en una tarima alfombrada y provista de numerosos cojines de encaje, eran entretenidos por músicos que tocaban la música del sur con los diez instrumentos de la tradición carnática, y servidos por mayordomos con bandejas de dulces y jarras llenas de zumo de pomelo fresco, mientras ciudadanos de Bisnaga se presentaban ante ellos con súplicas de todo tipo: una reducción de impuestos por la escasez de lluvias, o una autorización para casar a una hija con un muchacho de otra casta, «porque qué le vamos a hacer, sus majestades, el amor es el amor». Durante estas sesiones, Hukka hacía lo posible por reprimir su creciente puritanismo y conceder tantas peticiones como le era posible, confiando en que tal despliegue de bondad ablandara el corazón de la reina.

Entre ruego y ruego de sus súbditos, Hukka hizo un intento de presentar su propia súplica ante Pampa Kampana.

—He sido, creo yo, un buen rey —le dijo en voz baja—. En líneas generales, el pueblo elogia los métodos de administración que he creado. —Pero enseguida comprendió que la creación de un funcionariado era algo poco romántico y, para no aburrir a Pampa

Kampana, optó por pasar al tema de la guerra—. En contra de mis deseos, he demostrado gran sensatez y me he contenido de atacar la impenetrable fortaleza de Golconda, dejando que el pagano rey Diamante disfrute un tiempo más de su reinado hasta que nuestro ejército haya adquirido la suficiente experiencia en combate como para hacerle morder el polvo. No obstante, he conquistado muchas tierras para el imperio, cruzando el río Malprabha hacia el norte y tomando posesión de Kaladgi, además de llegar a ambas costas, la de Konkan y la de Malabar. Asimismo, después de que ese advenedizo sultán de Madurai matase a Veera Ballala III, el último rey del antiguo imperio Hoysala, supe aprovechar rápidamente ese vacío de poder y ganar para Bisnaga los territorios de Hoysala…

Al ver que Pampa Kampana se había quedado dormida, lo dejó correr.

En los días que siguieron a la muerte de su amante Pampa Kampana empezó a sentirse extrañamente alienada de sí misma. Paseaba por los jardines de palacio a través de los túneles de follaje que el rey había hecho construir a fin de poder dar su paseo vespertino sin ser observado, y al pasar por entre aquellas frondosas buganvillas Pampa comenzó a tener la sensación de estar errando por un laberinto en cuyo centro acechaba un monstruo: extraviada, por decirlo así, para sí misma. Quién era ella, se preguntaba con frecuencia. Quizá era ella misma el monstruo del laberinto, de tal forma que conforme se movía por aquel mundo de verdor, en realidad no hacía sino aproximarse cada vez más a la bestialidad de su verdadero carácter. Ya desde aquel día de fuego en que su madre había decidido convertirse en una extraña para ella, tras lo cual una segunda madre, la diosa, le había hablado a través de su propia boca, su identidad se había transformado en un misterio que era incapaz de resolver. Con frecuencia se tenía a sí misma por un medio para llegar a un fin, un profundo canal a través del cual el río del tiempo pudiera discurrir sin inundar sus márgenes, o quizá un recipiente irrompible en el que se echaba la historia a paletadas. Su verdadero yo le resultaba un enigma, algo imposible de abordar, como si también ella estuviera ardiendo entre llamas. Pero cada vez veía más

claro que la respuesta al enigma era la punta de la historia del mundo al que ella había dado vida, y que Bisnaga y ella solo conocerían la respuesta cuando ambos llegaran simultáneamente al final de sus largos relatos.

Una cosa sí entendía: que la fuerza de sus apetitos sexuales crecía de año en año, como si la capacidad de su cuerpo para burlar el tiempo fuera de la mano de un incremento de la fuerza de sus necesidades físicas. Se le ocurrió que, en materia de deseo, era más como un hombre que como una dama; cuando veía a alguien a quien deseaba, lo ponía en su punto de mira, tenía que ser suyo, y las consecuencias le importaban muy poco. Había deseado a Domingo Nunes y lo había hecho suyo, pero ahora lo había perdido, y el rey, con su creciente puritanismo, le atraía cada vez menos. En la corte había muchas opciones, jóvenes acicalados y zalameros con los que una reina podía solazarse si lo deseaba, pero por ahora no había tomado ese camino. Era difícil sentirse atraída por aquellos seres antaño a medio terminar, cuyos antecedentes ella misma había susurrado en sus oídos. Tuvieran la edad que tuviesen, para ella eran como sus hijos; seducirlos sería incurrir en incesto. Y había otra cosa que valorar: ¿acaso les estaba chupando la vida y la belleza a los hombres que elegía? ¿Era por eso por lo que aparentaban más años de los que tenían y morían prematuramente? ¿Debería abstenerse de toda aventura romántica para salvar la vida de los hombres que deseaba, y empezaría ella entonces a envejecer como todo el mundo?

Tales eran las obsesiones de Pampa Kampana, mas los imperativos de su creciente avidez sexual se antepusieron a sus dudas. Empezó a buscar un hombre; y la persona en quien recayó su mirada depredadora y tal vez letal fue el hermano de su esposo: el pequeño, avispado y culo inquieto Bukka.

Fue el único capaz de levantarle el ánimo. Le regaló los oídos con anécdotas picantes sobre lo que ocurría en el Anacardo a altas horas de la noche y la invitó a pasar allí una velada con él y su compinche Haleya, una idea tan deliciosamente escandalosa que la reina se sintió tentada de aceptar. Pero al final se abstuvo, contentándose con

escuchar sus historias fantasiosas, que no solo la divertían sino que, como pudo comprobar, con mucha frecuencia la enardecían también.

Pronto no hubo apenas nadie en la corte que no advirtiera la atracción que sentía por el príncipe heredero, y nadie parecía entenderlo tampoco. Bukka no era un hombre guapo como Domingo Nunes. A esas alturas su cuerpo se había ensanchado y vuelto fofo aquí y allá; de hecho, Bukka ofrecía el lamentable aspecto de una raíz bulbosa en versión humana, un colinabo o una remolacha. Pero, extrañamente, ese saco de carne parecía muy del agrado de la lasciva reina. Y Pampa Kampana tenía motivos, más allá del deseo. Él era bueno con sus hijas, las princesas; un tío carnal un poco pillo que las hacía reír con sus payasadas. En un sueño, ella había sabido que aquel iba a ser el último año de la vida de su esposo, así como el de la muerte de Domingo Nunes; por lo tanto, tenía que pensar en el futuro. La muerte de un rey, en ausencia de una línea de sucesión claramente definida, ponía en peligro a su familia más cercana. En consecuencia, era importante salvaguardar las largo tiempo reiteradas aspiraciones de Bukka al trono de Bisnaga, porque, si él ostentaba la corona, entonces sus hijas estarían a salvo. Y si ella era su consorte, ningún hombre en Bisnaga se atrevería a hacerles frente.

Pidió a Bukka que la acompañara a dar un paseo por los túneles de follaje y lo besó por primera vez en aquellos secretos pasadizos que su marido había hecho construir.

—Bukka, Bukka —musitó—, la vida es un balón que sostenemos entre las manos. Depende de nosotros decidir a qué jugamos con él.

Como es natural, la noticia de la aventura de Pampa Kampana con el príncipe heredero llegó a oídos de Hukka casi de inmediato, con follaje o sin, y el rey cornudo, reacio a actuar contra su hermano, se vio obligado por la que sería última vez a partir en una expedición militar, no solo para ocultar su vergüenza, sino también para borrarla mediante el triunfo militar. Había que acabar con el sultán de Madurai, que se había vuelto demasiado ambicioso desde que destronara al monarca de

Hoysala, aunque después fracasara en conquistar su antiguo territorio, que ahora pertenecía al imperio Bisnaga. El sultán era una molesta espina clavada en el costado del imperio; tenía que ser eliminado. Así pues, Hukka Raya I emprendió una campaña militar de la que no volvería con vida. Sus últimas palabras al príncipe heredero y a la reina fueron muy sencillas: «Pongo el mundo en vuestras manos». A Pampa Kampana no le cupo la menor duda de que Hukka sabía que iba al encuentro de la muerte. No tenía necesidad de confirmarle que así era. El rey abrazó a su hermano y, por un momento, volvieron a ser aquellos dos pobres vaqueros a punto de emprender su viaje por los caminos de la vida. Luego partió, con la certeza de que su camino personal iba a terminar muy pronto, y cavilando sobre el mundo de los espíritus.

Desde el funeral por Domingo Nunes, en el cual había oído por vez primera la terminología litúrgica del catolicismo romano, a Hukka lo tenía desconcertado que uno de los dioses cristianos fuera un espíritu. Estaba familiarizado con dioses de toda índole, dioses metamórficos, dioses que morían y volvían a nacer, dioses líquidos e incluso gaseosos, pero la idea de una deidad-espíritu lo inquietaba sobremanera. ¿Veneraban los cristianos a los muertos? ¿Acaso el espíritu en cuestión era el fantasma de alguien que vivió y que había sido elevado por los otros dioses al panteón en consideración a sus cualidades divinas? ¿O se trataba de un dios designado para la tarea de supervisar a los muertos mientras los dioses Padre e Hijo asumían la responsabilidad de los vivos? ¿O era un dios que había muerto y no había conseguido resucitar? ¿O quizá uno que no había llegado a vivir, un ser incorpóreo presente desde el principio de los tiempos, un ente que circulaba invisible entre los vivos, colándose y escapando de alcobas y carruajes cual espía con la misión de vigilar los actos buenos y malos del mundo? Y si los otros dos dioses cristianos eran descritos como Creador y Salvador, ¿ejercería el espíritu la labor de Juez? ¿O quizá era simplemente un dios sin cartera, sin nada concreto de lo que ocuparse? ¡Qué confuso todo!

Si su cabeza no dejaba de pensar en espectros era porque habían

empezado a circular rumores sobre la eclosión de un así llamado Sultanato Fantasma, un ejército de muertos —o de muertos vivientes— compuesto por los espíritus de todos los soldados, generales y príncipes aniquilados por el cada vez más poderoso imperio Bisnaga, los cuales se habrían confabulado para vengarse. Habían empezado a correr historias sobre su jefe, el Sultán Fantasma. Portaba una larga lanza y montaba un caballo de tres ojos. Hukka no creía en fantasmas, al menos de puertas afuera, pero en privado se preguntaba si las fuerzas del sultán de Madurai no estarían respaldadas por aquellos invencibles batallones de fantasmas, y si él no tendría que enfrentarse en el campo de batalla al Sultán Fantasma además de al sultán vivo. Visto lo cual, la victoria se antojaba casi imposible. Temía también que su creciente intolerancia religiosa —que en opinión de su hermano Bukka, que era casi por completo un profano (y en consecuencia un depravado), iba contra la idea fundacional de Bisnaga— pudiera acrecentar el fervor con que los soldados fantasma harían frente a sus ejércitos, ya que, naturalmente, en vida habían pertenecido todos ellos a la religión que él ya consideraba intolerable.

¿Por qué había cambiado?, se preguntaba Hukka. (El camino a la guerra era largo y dejaba mucho tiempo para la introspección). No había olvidado la conversación con Bukka en la colina el día de las semillas mágicas. «Esa gente de ahí abajo, nuestros nuevos ciudadanos —había dicho su hermano—, ¿crees que estarán circuncidados o no?». Y había añadido: «La verdad es que me importa poco. Probablemente habrá de todo, qué más da». Ambos habían estado de acuerdo. «Si a ti te da igual, a mí también». «Entonces, qué más da».

La respuesta era: había cambiado porque el sabio Vidyasagar había cambiado. A sus sesenta años el supuestamente humilde asceta (que, en el fondo, era un depredador) se había convertido en un hombre poderoso al que habrían llamado primer ministro de Bisnaga si tal término hubiera existido a la sazón, y ya no era el místico puro (pero también impuro) de sus años jóvenes. En el panfleto «revolucionario» conocido como la Primera Recriminación —obra, probablemente, del mismísimo radical clandestino (y nada clandestino borrachín) Haleya

Kote— se criticaba personalmente a Vidyasagar por su proximidad al monarca. En la actualidad ya no empezaba el día orando ni meditando ni ayunando, ni tampoco en la contemplación de los Dieciséis Sistemas Filosóficos, sino llevando a cabo los deberes de mayordomo mayor de palacio. Era la primera persona que veía el rey cada mañana, porque Hukka estaba obsesionado con la astrología y necesitaba que el sabio leyera las estrellas y le dijera qué le deparaba ese día, y todo eso antes de desayunar. Era Vidyasagar quien le transmitía al rey aquello en lo que las estrellas decían que debía pensar cada día, quién debía tener acceso a la presencia real y a quién era preferible evitar debido a una determinada configuración celeste. Bukka, en cuya menos supersticiosa opinión la astrología era un montón de *bunkum*, había empezado a sentir verdadera aversión por Vidyasagar, convencido de que sus pronósticos no eran más que maniobras políticas. Si él era quien decidía a qué personas podía ver el rey, si era el guardián de la alcoba real y también de la sala del trono, entonces su poder solo estaba por debajo del del propio monarca, y Bukka sospechaba que el sabio se valía de dicho poder para obligar a ministros y suplicantes a hacer grandes donativos, tanto para el complejo del templo de Mandana como, casi seguro, para el propio Vidyasagar. Era este un poder que rivalizaba con el de la monarquía y que, en un momento dado, tal vez podría derrocarla. Hukka nunca recibía palabras de censura de labios de su mentor, pero Bukka le dijo a Pampa Kampana:

—Cuando sea mi turno, voy a cortarle las alas a ese cura.

La vehemente respuesta de ella lo sobresaltó:

—Sí. Asegúrate de hacerlo.

El recién politizado Vidyasagar manifestó su enérgica desaprobación a la deriva de Hukka hacia una especie de sincretismo que lo había empujado a abrazar a personas de todas las confesiones como ciudadanos de igual categoría: comerciantes, gobernadores, soldados e incluso generales. «Con ese dios árabe no hay trato posible», le dijo Vidyasagar, tajante. Sin embargo, al santón le atraían los usos del principio monoteísta y había elevado el culto a la forma local del dios Shiva por encima del resto del panteón. Asimismo, había observado con

interés las multitudinarias congregaciones de seguidores del dios árabe. «Nosotros no tenemos nada parecido, pero deberíamos», le aconsejó al rey. Las ceremonias multitudinarias de culto eran una innovación radical que empezaba a ser conocida como la Nueva Religión, muy criticada por el grupúsculo recriminatorio, seguidores de la Vieja Religión y cuyos panfletos sostenían que en la vieja y, por tanto, verdadera fe la adoración a Dios no era un asunto plural sino singular, una experiencia vinculante entre el individuo y el dios, pero nadie más, y que aquellas congregaciones masivas eran en el fondo mítines políticos disfrazados, lo cual equivalía a poner la religión al servicio del poder. Panfletos que, dicho sea de paso, apenas si leía más gente que los miembros de ciertas camarillas intelectuales sin el menor influjo social y cuya irrelevante existencia era, por tanto, permitida. La idea del culto de masas arraigó. Vidyasagar le dijo en privado al rey que si este dirigía esas ceremonias, la línea entre la adoración al dios y la devoción hacia el monarca sería positivamente difusa; lo que a la postre resultó ser cierto.

La marcha contra el sultán de Madurai estaba ligada a la postura de la Nueva Religión de Vidyasagar. Ya era hora de enseñarle a aquel advenedizo, y a su advenediza doctrina, una lección cuyo simbolismo se extendiera hasta los confines más recónditos del país.

Todo esto había hecho que Bukka y Hukka estuvieran más distanciados que nunca, razón por la cual, cuando Pampa Kampana besó al príncipe heredero en el verde túnel, él no pusiera objeción sino que devolviera el gesto con entusiasmo. Ella, por su parte, veía claramente el abismo existente entre los hermanos, y ya había tomado una decisión.

El gran viajero con el que a veces gustaba de compararse Domingo Nunes, el trotamundos marroquí Ibn Battuta, se había detenido en su periplo a la China —tras ser asaltado en el paso de Jiber y haber visto rinocerontes paciendo en las orillas del Indo y ser secuestrado por bandidos camino de la península de Coromandel— para desposar a una

princesa de Madurai, y pudo así poner por escrito la crónica de lo que presenció con sus propios ojos acerca de las espantosas atrocidades cometidas por los sultanes y la caída del reino. El efímero sultanato de Madurai era un infierno; ocho príncipes se sucedieron en el sangriento trono tras asesinar a sus predecesores, uno detrás de otro, en rápida sucesión, de modo que para cuando llegaron las huestes de Hukka Raya I, el sultán que había derrotado a los Hoysala (y cuya hija era ahora la esposa de Ibn Battuta) ya estaba criando malvas. Desde su muerte, Madurai había sido escenario de repetidos golpes de Estado, asesinatos de miembros de la nobleza y empalamientos públicos de gente corriente, actos macabros pensados para que tanto los nobles como el pueblo llano supieran quién mandaba allí, pero que elevaron el nivel de odio a tales cotas que el ejército de Madurai se rebeló y se negó a presentar batalla. Así pues, la victoria de Hukka tuvo lugar sin derramamiento de sangre, y no hubo nadie que llorara al último ejecutado, que no podía ser sino el último y más bárbaro del octeto de sultanes sanguinarios.

*(Antes de que Hukka pudiera entrar victorioso en Madurai, Ibn Battuta ya había huido de allí, pensando que lo más sensato para el cónyuge extranjero de un miembro de la dinastía derrotada era ausentarse de la escena; es por ello que no se hace mención alguna del imperio Bisnaga en los famosos diarios de viaje de este nómada singular. De su esposa abandonada no se supo nada más. Ha desaparecido de la historia, e incluso existen dudas sobre su verdadero nombre. ¡Pobre mujer! Siempre fue mala idea casarse con un viajero contumaz).*

Después de entrar en Madurai, Hukka se enteró de las cosas horripilantes que había hecho la dinastía a la que él acababa de poner fin. Inmediatamente pensó en su propia familia y lamentó el reciente distanciamiento con respecto a su hermano el príncipe heredero, así como el de más larga duración con el resto de sus hermanos. Ordenó a

los cuatro jinetes con los caballos más veloces del ejército que volvieran a todo galope a Bisnaga con una carta para Bukka, y que llevaran también cartas similares a sus otros tres hermanos, Chukka en Nellore, Pukka en Mulbagal y Dev en Chandragutti.

«Según parece, esta gente de Madurai ha estado matándose entre sí semana tras semana durante años —escribió—, hijos matando a padres, primos matando a primos y, sí, también asesinatos fratricidas. Tan cruenta situación me ha hecho amar a mi familia con más intensidad si cabe de lo que la amaba antes. Escribo, pues, para deciros, queridos hermanos, que no pienso levantar un dedo contra ninguno de vosotros solo por mantenerme en el poder. Confío en recibir el mismo trato, y os ruego que confiemos los unos en los otros y que nadie haga daño a los de su propia sangre. Pronto estaré de vuelta en Bisnaga y todo irá tan bien como hasta ahora. Os quiero a todos».

Cuando Bukka recibió la carta, la interpretó como una amenaza velada.

—El baño de sangre en Madurai ha dado al rey sangrientas ideas —le dijo a Pampa Kampana—. Debemos asegurarnos de tener una falange armada que nos proteja a todas horas a partir de este mismo momento. Estas cartas habrán puesto en alerta también a mis hermanos. ¿Quién sabe? Es posible que alguno de ellos, o todos, decidan que la mejor defensa es un buen ataque.

En lo primero que pensó Pampa Kampana fue en sus hijas, a pesar de que, por ser hembras —para entonces eran ya unas hermosas adolescentes—, no se las consideraría una amenaza tan grande como si fueran varones. Quizá lo mejor sería marcharse de Bisnaga y buscar refugio, pero ¿dónde? Los hermanos del rey no eran de fiar, el resto del imperio estaba bajo el control de Hukka, y fuera del territorio imperial todo eran países hostiles. Bukka opinaba que las princesas estarían a salvo mientras Hukka viviera, pero a la muerte del rey Pampa tendría que disfrazarlas de pastoras pobres y enviarlas a la remota aldea de donde eran oriundos los Sangama, Gooty, que estaba a la sombra de una gran pared de roca y donde había gente que cuidaría de ellas.

—Solo será necesario durante un tiempo, hasta que yo tenga el

control del reino —le aseguró Bukka—. Pero si no consigo hacerme con él, quienquiera que usurpe mi derecho al trono, ya se trate de Chukka, Pukka o Dev, jamás se imaginará que las chicas puedan estar allí —dijo —. Desde que se convirtieron en pequeños reyes allá en sus pequeñas fortalezas han olvidado sus raíces; dudo que recuerden siquiera que Gooty existe. Estuvieron allí muy poco tiempo, prefirieron embarcase en una vida de delincuencia.

Ese fue el comienzo de la primera ola de pánico paranoide en la historia del imperio Bisnaga. En Nellore, Mulbagal y Chandragutti, los hermanos Sangama empezaron a mirar a sus cónyuges, las Hermanas de las Montañas, con creciente recelo, pensando que tal vez habían recibido mensajes secretos del rey y se disponían a acabar con sus esposos. Por su parte, Pampa Kampana inició de forma clandestina los preparativos para la huida de sus hijas a la aldea vaquera de Gooty. Bukka le escribió a Hukka el mensaje más cariñoso que fue capaz de redactar y luego se preparó para lo que pudiera venir.

Momentos así presagian a veces la caída de imperios. Pero Bisnaga no cayó.

El que cayó fue Hukka. En el camino de regreso desde Madurai, cabalgando a la cabeza de sus tropas, de pronto lanzó un grito y se desplomó de su caballo. Los soldados se detuvieron anonadados, y, a toda prisa, se procedió a montar una tienda real y un hospital de campaña, pero el rey estaba ya comatoso. Al cabo de tres días despertó brevemente del coma, y el médico que lo atendía le hizo varias preguntas para determinar su estado mental.

—¿Quién soy? —preguntó el médico.

—Un general fantasma —dijo el rey.

El doctor señaló al enfermero que le ayudaba.

—¿Y él?

—¿Él? Un espía aparecido —respondió el rey.

Un ordenanza entró en la tienda-hospital con ropa blanca limpia.

—¿Él quién es? —le preguntó el médico a Hukka.

—Un simple espíritu —dijo Hukka con desdén—. No pinta nada.

Y volvió a sumirse en lo que a la postre iba a ser su último sueño.

Justo cuando el ejército llegaba a Bisnaga se dio el anuncio de que el rey había muerto. Después, conforme la historia de sus últimas palabras corría en voz baja entre las tropas, fueron muchos los que se animaron a decir que habían visto acercarse el ejército espectral del Sultanato Fantasma, que habían visto aterrorizados cómo el general fantasma cargaba contra el rey a lomos de su caballo de tres ojos, y cómo el pecho de Hukka Raya I era traspasado por la lanza translúcida del general. Pero por cada hombre dispuesto a contar semejantes cuentos había diez que afirmaban no haber visto nada parecido, y el consenso entre los médicos de campaña fue que el rey había sufrido una crisis en el cerebro y posiblemente también en el corazón, y que toda explicación oculta estaba de más.

El funeral por el primer rey de Bisnaga deparó un momento de solemnidad que, en palabras de Pampa Kampana a Bukka, era el último acto de la fase inicial de la historia del imperio.

—La muerte del primer rey es también el nacimiento de una dinastía —dijo—, y otra palabra para definir la evolución de una dinastía es «historia». En el día de hoy, Bisnaga sale del reino de lo fantástico para entrar en el de lo histórico, y el gran río de su relato desemboca en el mar de relatos que es la historia del mundo.

A partir de aquel día, las cosas se calmaron rápidamente. Pampa Kampana no había enviado a sus hijas al exilio de Gooty para hacerlas pasar por vaqueras. Había arriesgado la seguridad de su familia presuponiendo que, si continuaba al lado del príncipe heredero, nadie se atrevería a alzar la mano contra él. Y así fue. Cortesanos, nobles y jefes militares reconocieron a Bukka Raya I como el nuevo gobernante de Bisnaga, y otro tanto hicieron las Hermanas de las Montañas. Los otros tres hermanos Sangama, inmensamente aliviados por que sus esposas no los hubieran matado al enterarse del fallecimiento de Hukka, viajaron hasta Ciudad Bisnaga para arrodillarse ante el nuevo monarca, y ahí terminó la cosa. Bukka Raya I reinaría durante veintiún años, uno más que su predecesor, y fue durante su mandato cuando Bisnaga vivió su primera edad de oro. El puritanismo religioso de Hukka fue sustituido por la alegre falta de rigor religioso de Bukka, y el

ambiente de total tolerancia que había acompañado al nacimiento de la ciudad y el imperio volvió a reinar. Todo el mundo era feliz salvo Vidyasagar, el sacerdote convertido en político, quien expresó ante Pampa Kampana su malestar por el retorno de un ambiente de frivolidad y moral relajada, por la indulgencia mostrada hacia miembros de otras confesiones y por la laxitud teológica del nuevo régimen.

Pero Pampa Kampana ya no era la niña traumatizada que él había llevado una vez a su cueva y de la cual —según las tácitas palabras de ella— había abusado. De manera que optó, sencillamente, por ignorarlo.

# 7

El primer día de su reinado Bukka hizo llamar a su antiguo compañero de juergas etílicas. Haleya Kote, cuya vida había transcurrido en campamentos militares y posadas baratas, quedó estupefacto ante la majestuosidad del palacio real. Fue escoltado por impasibles guerreras dejando atrás estanques ornamentales y espléndidos baños, relieves en piedra de soldados desfilando y elefantes ensillados, chicas de piedra con faldas acampanadas bailando al pétreo unísono junto a músicos que percutían tambores de piedra y tocaban dulces melodías en flautas de piedra. Por encima de estos frisos las paredes estaban forradas de sedosas telas en las que habían cosido perlas y rubíes, y en las esquinas había leones dorados. Pese a su demostrado radicalismo, Haleya Kote se sintió sobrecogido de admiración, y algo de miedo también. ¿Qué quería de él el nuevo rey? Tal vez deseaba borrar el recuerdo de su alcohólico pasado, y, de ser así, Haleya Kote tenía un pie en el cadalso. La escolta de guerreras lo condujo hasta el Salón de Audiencias Privadas y le dijeron que esperase allí.

Tras una hora a solas rodeado de rutilantes telas y majestuosos relieves Haleya Kote tenía los nervios a flor de piel, y cuando por fin apareció el rey, acompañado por toda una comitiva de guardias, lacayos y doncellas, Haleya no tuvo la menor duda de que su hora había llegado. Bukka Raya I ya no era el rechoncho y menudo Bukka del Anacardo. Su aspecto era esplendoroso, con aquellas vestiduras repujadas en oro y el gorro a juego. Parecía que hubiera crecido. Haleya Kote sabía que era imposible que hubiera aumentado de tamaño, que era solo una ilusión óptica fruto de la majestuosidad, pero incluso esa ilusión bastó para acrecentar la incomodidad del viejo y encanecido soldado. Entonces Bukka habló, y el primer pensamiento de Haleya Kote fue: «Soy hombre muerto».

—Lo sé todo —dijo Bukka.

O sea que no era por la bebida. Haleya Kote se convenció todavía más de que había llegado el fin de sus días.

—No eres el que aparentas ser —dijo Bukka—. O así me han informado mis espías.

Era la primera vez que el nuevo rey admitía haber contado con su propia red de seguridad personal y espionaje durante el reinado de su hermano mayor; sus agentes reemplazarían ahora a los que había tenido Hukka, a quienes se instaría a marcharse a distintas poblaciones rurales y no volver nunca más a Ciudad Bisnaga.

—Mis espías —añadió Bukka— son muy de fiar.

—¿Y ellos qué dicen que soy? —preguntó Haleya Kote, aunque ya sabía la respuesta. Era un reo declarado culpable antes de oír su sentencia de muerte.

—Tú «recriminas», ¿no es esa la palabra? —dijo Bukka casi con suavidad—. Y según mis informaciones puede que seas alguien a quien mi difunto hermano consideraba persona de gran interés, el autor de las Cinco Recriminaciones, y no simplemente un seguidor de la secta. Es más, para ocultar tu autoría, procuras no comportarte como el fundamentalista religioso que el autor parecería ser. O eso, o tus declaraciones no se corresponden con tu verdadero carácter y son solo un medio para hacerte con seguidores que no mereces tener.

—No voy a insultar a tus espías negando lo que ya sabes —dijo Haleya Kote, muy erguido él, como haría un soldado ante un consejo de guerra.

—Bien, respecto a esas Cinco Recriminaciones —dijo Bukka—. Estoy totalmente de acuerdo con la primera. El mundo de la fe debería ser independiente del poder temporal, y así será de ahora en adelante. En cuanto a la Segunda Recriminación, estoy de acuerdo en que esas ceremonias masivas son ajenas a nosotros y las vamos a suprimir. Ahora es cuando la cosa se pone un poco peliaguda. La relación entre el ascetismo y la sodomía no está demostrada, como tampoco el vínculo entre el celibato y dicha práctica. Es más, son muchos en Bisnaga los que la disfrutan como una forma de placer; no me atañe a mí prescribir

qué tipos de placer son aceptables y cuáles otros ilícitos. Luego exiges que abandonemos todo tipo de aventura militar. Entiendo que como muchos soldados veteranos sientas odio por la guerra, pero convendrás conmigo en que cuando los intereses del imperio así lo requieran, habrá que ir al campo de batalla. Y, por último, tu Recriminación contra el arte es obra de un auténtico filisteo. En mi corte habrá poesía y habrá música, y pienso construir también grandes edificios. Como bien saben los dioses, las artes no son ninguna frivolidad. Son vitales para la salud y el bienestar de la sociedad. En el *Natya-Shastra* el propio Indra declaró el teatro un espacio sagrado.

—Su majestad —empezó Haleya Kote, empleando el tratamiento formal de su antiguo compinche de copas—, si me dierais tiempo para explicarlo, y para implorar clemencia…

—No hay necesidad de implorar —dijo Bukka—. Dos de cinco no está tan mal.

Haleya Kote, abrumado por una mezcla de alivio y perplejidad, se rascó el cogote, meneó la cabeza y se estremeció un poco, casi como si tuviera pulgas, lo cual, a decir verdad, era muy probable. Finalmente preguntó:

—¿Para qué me habéis llamado a la corte, su majestad?

—Esta mañana —le dijo Bukka— he hablado con nuestro gran sabio Vidyasagar, Océano de Conocimiento, y le he sugerido que su obra maestra en marcha, la investigación sobre los Dieciséis Sistemas Filosóficos, era, según dicen, de tan extraordinaria brillantez que sería una tragedia que quedase inacabada, incompleta, por culpa de sus quehaceres en la corte. Me he tomado también la libertad de mencionar que la astrología no era algo de mi agrado, o sea que la lectura diaria del horóscopo que mi hermano exigía cada mañana no iba a ser ya necesaria. Debo decir que, en conjunto, se lo ha tomado muy bien. Es un hombre de una gracia infinita, y cuando ha soltado una sola exclamación, un «¡ja!» tan fuerte que hasta los caballos se han asustado en los establos, he comprendido que se trataba de un ejemplo de sus prácticas trascendentales, una especie de exhalación controlada con la que expulsaba todo lo que era ya redundante. Un soltarse por completo.

Después de eso se ha retirado, y tengo entendido que ha vuelto a la cueva donde tantos años vivió, en las inmediaciones del complejo de Mandana, para iniciar un programa de noventa días de meditación y de renovación espiritual. Sé que todos nosotros agradeceremos los frutos de esta disciplinada actividad, así como el renacer de su alma en una aún más pródiga encarnación. Ese sabio es el más grande de entre todos nosotros.

—Le has despedido —osó resumir Haleya Kote.

—Bueno, es verdad que hay una vacante en la corte —respondió Bukka—. No puedo sustituir a Vidyasagar con un solo consejero, porque él vale más que cualquier otro individuo vivo. He pensado, pues, ofrecerte dos quintas partes de sus responsabilidades, a saber, asesorarme sobre asuntos de política. Buscaré a otra persona para que se encargue de otras dos quintas partes, a saber, el arte y la vida social, cosas que te vienen grandes por tu ignorancia y tu fanatismo. En cuanto al capítulo de la guerra, caso de que se presente esa necesidad, yo mismo me ocuparé.

—Me esforzaré por ser menos ignorante y fanático —dijo Haleya Kote.

—Bien —dijo Bukka Raya I—. Procura serlo.

En el redescubierto y voluminoso libro de Pampa Kampana, el *Jayaparajaya*, que analiza con igual claridad y escepticismo tanto la Victoria como la Derrota, el nombre que se da al consejero elegido por Bukka para asuntos sociales y artísticos es «Gangadevi», a quien se describe como poetisa y «esposa del hijo de Bukka, Kumara Kampana», además de autora del poema épico *Madurai Vijayam*, «La conquista de Madurai». El humilde autor del presente (y nada original) texto se atreve a sugerir que lo que aquí vemos es un pequeño subterfugio por parte de la inmortal Pampa: casi inmortal en su encarnación física; inmortal para siempre en sus palabras. Sabemos ya que «Gangadevi» es el nombre con que Vidyasagar se dirigía a la niña muda que acudió a él a raíz de la terrible tragedia; y, por supuesto, «Kampana» es un nombre

asociado por siempre jamás con la propia Pampa. En cuanto a lo de «esposa del hijo de Bukka», ¡bueno! Eso es algo imposible tanto desde el punto de vista físico como del moral, pues Pampa Kampana no iba a tardar en convertirse en madre de… ¡tres hijos varones! ¡Esta vez, todo chicos! Y por lo tanto no habían nacido aún cuando tuvo lugar la expedición a Madurai; y, de haber nacido ya, casarse con uno de ellos habría sido impensable y ofensivo para todos. Por consiguiente, la única conclusión posible es que «Kumara Kampana» nunca existió; que «Gangadevi» y Pampa Kampana no son sino la misma persona; y que la autora de *Madurai Vijayam* no es otra que Pampa, y que fue su gran modestia, y su rechazo a los posibles parabienes dirigidos a su persona, la razón de este inconsistente velo de ficción, tan fácil de desgarrar. No obstante, puestos a especular, cabría decir que la inconsistencia misma del velo da a entender que Pampa Kampana quería, en el fondo, que el futuro lector hiciera pedazos ese velo; es decir, que quería dar una impresión de modestia cuando en realidad ansiaba el mérito que fingía atribuirle a otra persona. No hay forma de saber la verdad. Solo podemos hacer conjeturas.

En resumidas cuentas: Pampa Kampana consiguió la insólita hazaña de ser reina de Bisnaga en dos reinados sucesivos, consorte de dos reyes consecutivos que eran además hermanos; y Bukka le otorgó la responsabilidad de supervisar el progreso de la arquitectura, la poesía, la pintura y la música del imperio, así como los asuntos sexuales.

La poesía escrita durante el reinado de Bukka Raya I solo tiene un rival: la obra realizada cien años después durante los días de gloria de Krishnadevaraya. (Esto lo sabemos gracias a que Pampa Kampana incluyó numerosos ejemplos de la obra poética de ambos periodos en su libro, y aquellos olvidados poetas solo ahora empiezan a tener el reconocimiento que merecen). De las pinturas hechas en el taller real no ha sobrevivido ninguna, porque durante el apocalipsis de Bisnaga sus destructores prestaron especial atención a la aniquilación del arte figurativo. Además, por lo que respecta a la existencia de una enorme cantidad de esculturas y frisos eróticos, solo contamos con su palabra.

A pesar de todo, Bukka quería mantener buenas relaciones con el sacerdote-filósofo Vidyasagar, debido a la inmensa influencia que este seguía teniendo en los corazones y mentes de muchos de los habitantes de Bisnaga. A fin de no enemistarse con Vidyasagar incluso después de expulsarlo de palacio, Bukka accedió a permitir que el santón gravara sus propios impuestos por el mantenimiento del cada vez más extenso complejo de Mandana, a cambio de la garantía de que el *mutt* no se implicaría en asuntos mundanos.

Por su parte, Pampa Kampana fue a visitar a Vidyasagar a la cueva donde se había retirado, la cueva en la que sus debilidades salieron a la luz y de las que ella había sido víctima en repetidas ocasiones. Acudió sin séquito ni acompañantes y vestida únicamente con las dos tiras de tela de un mendigo, convertida de nuevo aparentemente en aquella joven asceta que tantos años durmiera en el suelo de la cueva y soportado en silencio todo lo que él le hizo. Aceptó el vaso de agua que él le ofrecía y, tras unos cuantos cumplidos de rigor, le explicó su plan.

Como ministra de cultura, informó al gran hombre, su programa giraba en torno a la construcción de un nuevo y espectacular templo intramuros de la ciudad, un templo dedicado a la divinidad que Vidyasagar eligiera y cuya plantilla de sacerdotes y *devadasis* —bailarinas del templo— podría seleccionar también a su gusto. Por su parte, dijo Pampa Kampana con gran solemnidad y sin dar la menor indicación de saber que sus palabras horrorizarían a Vidyasagar, ella elegiría personalmente a los más dotados albañiles y talladores de Bisnaga a fin de crear un edificio majestuoso y cubrir las paredes del templo, por dentro y por fuera, así como su torre monumental, la *gopuram*, de retratos eróticos en bajorrelieve representando a las bellas *devadasis* y sus contrapartidas masculinas en numerosas posturas de éxtasis sexual, sin limitarse a aquellas de las que se habla en la tradición tántrica ni a las recomendadas en tiempos pasados por el *Kamasutra* del filósofo Vatsyayana de Pataliputra, al cual, añadió, el gran Vidyasagar sin duda admiraba. Las tallas, le propuso al sabio, deberían incluir esculturas tanto del tipo *maithuna* como del *mithuna*.

—Como se nos enseña en el *Brihadaranyaka Upanishad* —dijo Pampa Kampana, perfectamente consciente de que mencionar no uno sino dos textos sagrados en presencia del venerado Vidyasagar era toda una insolencia, por no decir algo peor—, las figuras eróticas del tipo *maithuna* son símbolos de *moksha*, la condición trascendente que, cuando es alcanzada por seres humanos, libera a estos del ciclo del renacer. «Un hombre fuertemente abrazado por una mujer no sabe nada más de un *fuera* o un *dentro*» —dijo, citando de los *Upanishad*—. «Por tanto, un hombre abrazado por el espíritu ya no separa el *dentro* del *fuera*. Su deseo está satisfecho, y también su espíritu. No tiene ya deseo ni dolor». En cuanto a las esculturas *mithuna* —continuó—, representan la reunión de la Esencia. En el principio de todo, nos cuentan los *Upanishad*, la Esencia o *Purusha* deseó tener un segundo ente, así que se dividió en dos. Así empezaron el hombre y la esposa, de ahí que, cuando estos se unen, la Esencia vuelve a estar completa, vuelve a ser una. Y, como es sabido, fue la unión de las dos partes lo que dio vida al universo entero.

A sus cincuenta y tantos, y con una barba tan larga que podía enroscársela alrededor del cuerpo, Vidyasagar no era ya el joven flaco de veinticinco años y cabellos ensortijados que había deshonrado en su cueva a la pequeña Pampa. La vida en palacio le había hecho ganar tripa y perder pelo hasta quedar totalmente calvo. También había perdido otras cualidades, como la modestia, por ejemplo, y la generosidad hacia las ideas y opiniones ajenas. Dejó hablar a Pampa Kampana y luego le respondió en un tono de lo más arrogante y paternalista.

—Mucho me temo, pequeña Gangadevi, que has estado escuchando a gente del norte. Tu intento de justificar la obscenidad invocando la sabiduría antigua no está falto de ingenio, aunque sea un poco retorcido, pero sobre todo, y por decirlo suavemente, es erróneo. Aquí en el sur sabemos muy bien que las esculturas pornográficas de lugares remotos como Konarak son poco más que simples intentos de retratar la vida de las *devadasis*, que, allá en el norte, distan poco de ser meras prostitutas, siempre dispuestas a contorsionarse en posturas de lo más

repugnante a cambio de unas monedas. Yo no pienso permitir semejante espectáculo en los prístinos lugares de nuestra Bisnaga.

La voz de Pampa Kampana fue tan fría como el hielo.

—En primer lugar, gran maestro —dijo—, yo ya no soy tu pequeña Gangadevi. He dejado atrás esa detestable existencia y ahora soy la dos veces amada reina de Bisnaga. En segundo lugar, aunque de mis labios no ha salido comentario alguno sobre tu comportamiento en esta cueva hace ya tantos años, estoy dispuesta a contarlo todo si intentas interponerte en mi camino. En tercer lugar, esto no tiene nada que ver con el norte y el sur, sino con la inclinación a admirar la sagrada forma humana y sus movimientos en uniones tanto monógamas como polígamas. Y en cuarto lugar, acabo de decidir en este preciso instante que no va a ser necesario edificar un nuevo templo. Haré que añadan esos frisos a los templos que ya existen en Bisnaga, el Templo Nuevo y también el Templo del Mono, para que así puedas verlos cada día durante el resto de tu vida, y reflexionar sobre la diferencia entre el sexo gozoso y consentido y el abusar de manera brutal de otro ser humano más pequeño e indefenso. Y, aparte, tengo otra idea que no será necesario que comparta contigo.

—Tu poder se ha vuelto más grande que el mío —le dijo Vidyasagar —. Al menos de momento. No puedo detenerte. Haz lo que te plazca. Y, a la vista de tu inverosímil y continuada juventud, el don de la longevidad que te dio la diosa es real además de impresionante. Que sepas que rezaré a los dioses para que me concedan una vida igualmente larga, a fin de que pueda oponerme a tus decadentes métodos tanto tiempo como vivamos los dos.

Y de este modo Pampa Kampana y Vidyasagar se convirtieron, llanamente, en enemigos.

La «otra idea» a la que Pampa se había referido era esta: sacar el arte erótico del marco religioso en que se había representado exclusivamente hasta entonces, desechar la idea de justificarlo invocando los textos antiguos, ya fueran la tradición tántrica o el *Kamasutra* o los *Upanishad*, ya fueran hindúes, budistas o jainitas, separarlo de elevados conceptos místicos y filosóficos, y transformarlo

en una celebración de la vida cotidiana. Bukka, un rey que creía en el principio del placer, le dio todo su respaldo, y pronto empezaron a verse tallas de *devadasis* y sus contrapartidas masculinas en los muros de barrios residenciales, detrás de la barra del Anacardo y otros establecimientos de hostelería, en el exterior y el interior de diversos comercios del bazar. En todas partes, vaya.

Pampa Kampana buscó y adiestró a una nueva generación de talladoras así como de mamposteras, porque la mayoría de los edificios seglares de Bisnaga, e incluso amplias secciones del propio palacio real, estaban hechos de madera, y porque las mujeres tenían ideas más complejas e interesantes que los hombres sobre lo erótico. En aquellos años en que iban naciendo sus hijos y Bukka y ella disfrutaban el uno con el otro (con Hukka nunca había disfrutado como con su hermano), Pampa puso manos a la obra para que Bisnaga, un orbe puritano ideado por Vidyasagar, quien había convencido a Hukka de que así tenía que ser, se transformara en un espacio de risas, felicidad y placer sexual en todas sus variantes. El proyecto era una forma de ampliar su propia y recién hallada felicidad —que le había permitido consignar a Domingo Nunes al baúl de los recuerdos y no al del dolor— y brindársela al populacho como un regalo. También es probable que el proyecto fuera además, de manera no tan inocente, una especie de venganza llevada a cabo justamente porque no le iba a gustar nada al gran Vidyasagar, el ahora venerado sacerdote que en tiempos fuera monje en una cueva de Mandana, y cuya conducta no había sido tan monástica como él había querido hacer creer a todo el mundo.

Fue Haleya Kote quien acudió al rey para advertirle de que el tiro podía salirles por la culata.

—Eso de crear una vida de regocijo —le comentó a Bukka el viejo soldado mientras paseaban por los túneles de follaje privados de los jardines de palacio—, no funciona por decreto. El pueblo no quiere divertirse porque la reina les diga que lo hagan, ni cuándo, dónde o de qué forma deben hacerlo.

—No, pero si ella no les está diciendo cómo deben obrar —objetó Bukka—. Lo único que hace es crear un entorno que los anime al

disfrute. Desea ser una inspiración para ellos.

—Hay abuelas —mencionó Haleya— a las que no les gusta tener tríos tallados en madera decorando la pared de detrás de la cama. Hay esposas a quienes les cuesta aceptar que el marido se pase tanto rato mirando detenidamente las nuevas esculturas, y esposos que se preguntan si su mujer se pone caliente con los hombres o, incluso, con las mujeres de esos relieves y esos frisos. Hay padres que no saben cómo explicar a sus hijos lo que pasa exactamente en esas tallas. Hay pobres diablos y solteronas a quienes las imágenes de otras personas gozando solo los hacen sentirse más infelices aún. Hasta el mismo Chandrashekhar —este era el tabernero del Anacardo— dice que mirar a todas horas, y día tras día, todo ese despliegue de belleza y la perfección de las posturas le hace sentirse como un inepto, porque a ver quién es el guapo capaz de alcanzar semejantes cotas gimnásticas. O sea que ya ves. Es complicado.

—¿Eso ha dicho Chandra?

—Sí.

—Qué desagradecida es la gente —murmuró Bukka—, buscar complicaciones en una simple ofrenda pública de belleza, arte y alegría.

—Lo que para uno es arte, para otro es porquería —dijo Haleya Kote —. En Bisnaga sigue habiendo muchos seguidores de Vidyasagar, y sabes muy bien lo que dice él sobre los relieves que infestan ahora tanto los templos como las calles.

—¿Que infestan, dices? Cualquiera pensaría que estamos hablando de cucarachas.

—Pues esa es, ni más ni menos —dijo el viejo soldado—, la palabra que él emplea. Y está animando a la gente a acabar con la invasión de repelentes cucarachas fornicadoras en madera y piedra. Algunas esculturas nuevas ya han sido pintarrajeadas.

—Entiendo —dijo el rey—. ¿Y bien? ¿Qué me aconsejas?

—Esto no entra en mis competencias —respondió Haleya Kote, evitando así un posible enfrentamiento con Pampa Kampana—. Es algo que deberías hablar con su majestad la reina. Pero… —Y aquí se detuvo.

—¿Pero…? —le instó Bukka.

—Pero… no diré que no le convenga al imperio implementar políticas que nos unan, en lugar de dividirnos.

—Lo pensaré —dijo el rey.

Esa noche, hablando con Pampa Kampana en la alcoba real, Bukka le dijo:

—Comprendo que para ti el acto del amor físico sea la expresión de la perfección espiritual. Sin embargo, parece ser que no todo el mundo opina lo mismo.

—Es ignominioso —repuso ella—. ¿Te has puesto del lado de ese viejo fraude gordo y calvo? Porque es él quien está envenenando las mentes del pueblo, no yo.

—Podría ser —dijo el rey con delicadeza— que tus ideas sean demasiado avanzadas para el siglo XIV. Tú vas un poco adelantada a tu tiempo.

—Un imperio poderoso como el nuestro —replicó la reina— es precisamente quien debe ponerse a la cabeza para conducir al pueblo hacia el futuro. Dejemos que sea el siglo XIV para los demás; aquí estaremos en el XV.

# 8

Las tres hijas de Pampa Kampana y Domingo Nunes, consideradas oficialmente descendencia de Hukka Raya I, eran: Yotshna, «la luz de la luna», nombre elegido por Pampa en alusión a la reivindicación de los hermanos Sangama de ser descendientes del dios Luna; Zerelda, «la valiente guerrera»; y Yuktasri, «la brillante chica mala». Hacia la mitad del reinado de Bukka, cuando ya eran mujeres de casi treinta años, a nadie le cupo duda de que las dotes proféticas de Pampa le habían permitido predecir sus respectivos caracteres a la perfección. Yotshna había sido una niña tranquila y ahora era una mujer de serena belleza, radiante como la luna llena sobre un río, seductora y romántica como el cuarto creciente asomando por el este. Había nacido un poco tartamuda, pero antes de que nadie pudiera notarlo Pampa Kampana le susurró la cura al oído para que en ningún chismorreo pudiera surgir la frase «igual que Domingo Nunes». Zerelda, la de en medio, había sido un poco marimacho de niña e incluso a veces demasiado violenta cuando jugaba con las hijas de cortesanos, que no osaban devolver el golpe porque ella era de rango superior y por tanto se veían obligadas a soportar las palizas sin chistar; ahora, ya una mujer adulta, sorprendió a toda la corte poniéndose ropa de hombre y llevando el pelo muy corto. Yuktasri, la menor de las tres, había sido la niña más lista de la escuela de palacio; sus maestros le dijeron a Pampa Kampana que de no haber sido una princesa podría haberse labrado un futuro en las matemáticas o la filosofía, pero que su costumbre de hacer trastadas a compañeras de clase y maestros por igual debía ser castigada. A los dieciséis años, seguía siendo la intelectual de la familia y compartía con sus hermanas una sorprendente característica: a saber, que ninguna de las tres parecía interesada en buscar marido.

Pampa Kampana no intentó forzarlas a casarse. Siempre las había

dejado a su aire y que crecieran sin dirigirlas en tal o cual dirección. Y ahora que eran mujeres, no niñas, le propuso a Bukka su última idea radical. Cuando la diosa había hablado por su boca, había instado a Pampa a luchar por un mundo en el que los hombres empezaran «a ver a la mujer con otros ojos». Y esa iba a ser la innovación más drástica de todas. Las mujeres, le dijo a Bukka, debían tener los mismos derechos sucesorios que los hombres, y que si él accedía y era posible redactar la adecuada proclamación y hacerla aprobar por el consejo real, entonces habría que tomar una decisión sobre cuál de los dos linajes, el de Hukka o el de Bukka, debía primar. Si Pampa sabía que esta propuesta dividiría a su familia, poniendo a los chicos en contra de las chicas, no dio indicios de ello; dijo solamente que estaba a favor de la igualdad y que confiaba en que sus seres queridos pensaran igual que ella.

—En el imperio Bisnaga —dijo durante su alocución al consejo—, a las mujeres no se las trata como si fueran de segunda clase. No llevamos velo ni vamos ocultas. Muchas de nuestras damas son personas de gran cultura y elevados estudios. Pensemos en la maravillosa poetisa Tallapalka T. Pensemos en la excepcional Ramabhadramba. Además, hay mujeres en todos los estamentos del Estado. Pensemos en nuestra querida amiga la aristócrata Akkadevi, que administra una provincia en nuestra frontera sur e incluso ha comandado a nuestras fuerzas armadas en más de un asedio contra el enemigo.

»Veis a vuestro alrededor a las formidables mujeres de la guardia de palacio. Y debéis saber que tenemos mujeres médicos, mujeres contables, mujeres jueces y mujeres alguaciles también. Creemos en nuestras mujeres. En Ciudad Bisnaga hay veinticuatro escuelas para chicos y trece para chicas; no hay igualdad, de momento, pero es mejor de lo que se puede encontrar más allá de las fronteras del imperio. Entonces ¿por qué no permitir que nos gobierne una mujer? Negar esta posibilidad es una postura insostenible. Es preciso repensarla.

Cuando se planteó esta proposición de igualdad, los hijos de Pampa Kampana y Bukka Raya I tenían apenas ocho, siete y seis años respectivamente. Sus nombres, que Bukka había insistido en elegir

personalmente, eran Erapalli, Bhagwat y Gundappa. Según las cartas astrológicas de Vidyasagar, «Gundappa» significaba que el niño sería generoso y moralista; «Bhagwat» quería decir que sería un devoto siervo de Dios; y «Erapalli» hacía pensar en alguien idealista, un soñador con mucha imaginación. En privado, Bukka admitía ante su esposa que el carácter de los niños encajaba muy poco con las predicciones del astrólogo, ya que Erapalli no tenía ni pizca de imaginación y de hecho era prosaico a más no poder, y Gundappa no mostraba el más mínimo interés por las cosas elevadas y, a decir verdad, había sido un niño bastante malvado, como también lo sería después, de adulto. Bhagwat, eso sí, era un niño profundamente religioso, con un pie y medio —reconocía Bukka con pesar— en el fanatismo, así que de tres predicciones astrológicas una había dado en el clavo; no podía decirse que fuera un buen resultado, el porcentaje era incluso menor que el dos de cinco de Haleya Kote.

La maternidad nunca le resultó fácil a Pampa Kampana. Intentó no culpar de eso a su madre, Radha, pero no podía evitar un hervor de ira en la sangre cada vez que le venía a la cabeza la imagen de Radha inmolándose. Para su madre, ella, su hija, no había sido motivo suficiente para vivir. El problema de Pampa era justo lo contrario: ella iba a enterrarlos a todos. Por muy buena madre que pudiera ser, tendría que ver morir a todos sus hijos.

Pampa Kampana se esforzó cuanto pudo con sus hijos varones, de los cuales, a decir verdad, se sentía harto decepcionada. Los crio para que tuvieran perfectos modales y lucieran siempre una encantadora sonrisa. Pero tales atributos agradables solo sirvieron para ocultar su verdadera naturaleza, que era, para ser francos, la de unos niños impertinentes y consentidos. Cuando corrió la voz de que el rey y su consejo estaban estudiando muy seriamente la propuesta de la reina, aquella naturaleza —altiva, prepotente, incluso pendenciera— se reafirmó.

Los tres hermanos —de solo ocho, siete y seis años— entraron en tromba en la cámara del consejo para hacerse oír, perseguidos por tutores y gobernantas que, gesticulando escandalizados, trataban de apaciguarlos.

—Si una mujer lleva la corona —exclamó Bhagwat—, los dioses nos llamarán hijos malos y nos castigarán.

Erapalli, meneando la cabeza, añadió:

—Cuando sea un hombre, ¿tendré que quedarme en casa y cocinar? ¿Llevar ropa de mujer, aprender a bordar, tener hijos? Es una solemne idiotez.

Por último, Gundappa hizo lo que sin duda creyó que era un alegato concluyente y definitivo.

—No pienso aguantarlo —afirmó, pateando el suelo—. ¡No, no y no! Los príncipes somos nosotros. Ellas son chicas y nada más.

Pampa Kampana estaba sentada junto a su marido en el estrado. La conducta de sus hijos la dejó horrorizada, y fue en ese momento cuando tomó la sorprendente decisión que alteraría la historia de Bisnaga y cambiaría drásticamente también el curso de su propia vida.

—No reconozco a estos pequeños bárbaros alborotadores como de mi propia sangre —anunció—. Así pues, y con gran pesar, reniego de ellos ahora y para siempre y pido al rey y al consejo que los despojen de sus títulos reales. Deberán ser expulsados los tres de Ciudad Bisnaga y vivirán en un lugar remoto del imperio bajo vigilancia armada. Pueden llevarse consigo a sus tutores y gobernantas. Sin duda, con el tiempo y una buena educación, es posible que mejoren como personas.

Bukka se quedó conmocionado.

—¡Pero si solo son unos niños! —dijo—. ¿Cómo puede su madre hablar de ellos de esa manera?

—Son unos monstruos —dijo Pampa—. Esos no son hijos míos. Y tampoco deberían serlo tuyos.

Se desató un auténtico infierno. El primer círculo infernal fue la propia cámara del consejo, donde Bukka Raya I se encontró ante el suplicio de dos alternativas imposibles —apoyar a su esposa y proscribir a sus hijos, o proteger a los pequeños príncipes y distanciarse de Pampa Kampana, tal vez de manera permanente—, mientras a su alrededor los miembros del consejo real le miraban tratando de decidir en qué dirección saltarían una vez que el rey hubiera dado su propio paso hacia el abismo. Si exiliaba a los chicos, podía desestabilizar el

imperio e incluso provocar una guerra civil; si rechazaba las exigencias de la reina, a saber qué misteriosa devastación podía caer sobre Bisnaga. Puesto que ella la había creado, ¿acaso no podía ser también quien la destruyera?

—Necesitamos tiempo —dijo Bukka—. Este asunto merece meditarlo a fondo. Hasta que hagamos pública nuestra opinión, los príncipes permanecerán bajo la protección de la guardia de palacio.

No tomar una decisión fue la peor decisión. Al día siguiente, al conocerse la noticia, se produjeron violentos enfrentamientos en las calles y hubo numerosos ataques contra mujeres por parte de los que se oponían a la postura de la reina, todo lo cual arrastró a Bisnaga al segundo círculo del infierno. El tercer día las tiendas del bazar fueron saqueadas por bandas que buscaban sacar partido del desorden que imperaba en las calles, y el cuarto hubo incluso un osado intento de robar el tesoro de la ciudad guardado en sus enormes cámaras acorazadas repletas de oro. Llegado el quinto día la ciudad entera estaba sublevada, con ambas facciones completamente enfrentadas, al sexto día cada facción acusaba a la otra de pensamiento hereje, y ya el séptimo día la violencia estaba fuera de control. Durante toda aquella semana Bukka Raya I estuvo a solas en sus aposentos, sin comer ni dormir apenas, reflexionando, sopesando, sin ver a nadie, ni siquiera a la reina. Al final Pampa Kampana consiguió entrar por la fuerza y, para sacar a Bukka de aquel estado, le dio un bofetón.

—Si no actúas ya —le dijo—, todo se vendrá abajo.

Por citar a la propia Pampa Kampana en este momento crucial del relato (mis palabras podrían no ser de fiar a la hora de describir semejante desavenencia): «Cuando Bukka Raya despertó de su confusa duermevela, se mostró tan contundente en su decisión como indeciso había sido hasta entonces». En rápida sucesión aceptó y dio su aquiescencia a las demandas de Pampa, insistió y recibió el consentimiento del consejo real, mandó a sus tres hijos al exilio y ordenó a las guerreras de la guardia de palacio, con la ayuda de un importante contingente de soldados del acantonamiento militar, que restauraran el orden en las calles de la ciudad.

*(Es asombroso que Pampa Kampana, en su descripción de aquellos dolorosos y cruciales acontecimientos, escriba sobre ellos sin la menor pizca de emoción, como si quisiera ocultar lo evidente: que sin duda tuvo que sentirse angustiada y en conflicto consigo misma ante el repentino y total rechazo a sus hijos; que también Bukka se debatía entre el amor a su esposa y sus sentimientos paternales para con aquellos; y que elegir a su esposa por encima de los tres niños fue —por decirlo suavemente— una insólita e inesperada medida para un hombre de su posición y de su época. Pampa se limita a dejar constancia de los hechos. Los arrogantes críos hacia el exilio partieron, y las princesas se adueñaron de la corte. Aquí empezamos a ver que Pampa Kampana poseía una sorprendente —y casi aterradora— vena de crueldad).*

La ciudad no tardó mucho en recobrar la calma. Bisnaga no era una civilización primitiva. En sus primeros susurros creativos Pampa Kampana había imbuido en los nuevos ciudadanos una fuerte creencia en el mandato de la justicia y los había enseñado a valorar las libertades de que gozarían bajo el paraguas de la ley. El paraguas se convirtió en el accesorio de moda más importante de la ciudad, un signo de estatus y un símbolo de veneración patriótica a la justicia y el orden. Los paraguas desfilaban a diario por la ciudad en todos los colores del arcoíris, con borlas doradas colgando de los radios, unos con estampados de cachemira o abstractos zigzags, otros con motivos de tigres o multitud de pájaros en vuelo. Las sombrillas de los ricos eran de seda y llevaban incrustadas piedras semipreciosas, pero hasta los pobres tenían su paraguas, y la diversidad de diseños hablaba bien a las claras de la diversidad de culturas, confesiones y razas que uno encontraba en las calles de la ciudad, donde no solo había hindúes, musulmanes y jainitas, sino también los portugueses y árabes que comerciaban con caballos, y los romanos que acudían con grandes tinajas de vino para vender y que compraban especias; y había también

chinos. Bukka Raya I había enviado un embajador a Nanjing, la capital de la primera dinastía Ming, para establecer relaciones diplomáticas con Zhu Yuanzhang, conocido como el emperador Hongwu; y unos años más tarde, a raíz de un golpe de Estado familiar que supuso el traslado de la capital a Beijing —que significa «capital del Norte»—, el gran general (y eunuco) Cheng Ho, que gustaba de viajar, fue a Bisnaga para devolver la visita. También él tenía un paraguas, y el bonito diseño de su dorado parasol chino fue muy imitado en Bisnaga. Los paraguas eran la muestra de la mentalidad abierta y cosmopolita de la ciudad. Esa misma apertura de mente fue lo que condujo, tras unos días de descontento, a que la gente aceptara el decreto real. Y así, Bisnaga se convirtió en la primera y única región en todo el país cuyos habitantes podían contemplar la idea de que una mujer ocupara el trono ella sola.

Pero el conflicto no terminó ahí. Bukka envió a sus espías para que indagaran qué se estaba cociendo en la ciudad bajo la aparente calma. Y la noticia que le llevaron fue inquietante. La realidad que había salido a la luz durante los altercados —facciones, crímenes, ira soterrada y la amenaza de más violencia— no era una ilusión. La gente estaba posiblemente más dividida de lo que se creía, y el apoyo a los pequeños príncipes exiliados tal vez era mayor de lo esperado. A largo plazo, el decreto de la igualdad quizá se vería como un factor de desestabilización, la decisión de una élite sin contacto con el pueblo. Pero cuando Bukka compartió con su esposa el informe de los espías, Pampa Kampana no le dio mayor importancia.

—Sospecho que la mayor parte de esos descontentos son de la primera generación, la Generación Creada, y no de la de los Nacidos —dijo—. Siempre me preocupó que el Susurro pudiera ser una herramienta imperfecta y que algunos, no todos, de los Creados sufrieran a la larga impredecibles formas de trastorno existencial, problemas psicológicos fruto de su incertidumbre respecto de su propia valía y naturaleza, y que dichos problemas acabaran generando en ellos prejuicios contra otros ciudadanos que, en su errónea opinión, estaban siendo tratados como personas de mayor valía que ellos. Consígueme

una lista de esos escépticos —le dijo a Bukka con apremio— y yo me encargaré de susurrarles algunas cosas más.

Durante la segunda mitad del reinado de Bukka, Pampa Kampana se embarcó en la tarea de reeducar vía susurros. Como se verá, la cosa no tuvo éxito. Fue así como Pampa aprendió la lección que todo creador, inclusive el propio Dios, debe aprender: una vez que has creado a tus personajes, tienes que apechugar con las decisiones que tomen. Ya no tienes la libertad de rehacerlos a tu antojo. Son lo que son y hacen lo que hacen.

Esto era el «libre albedrío». Ella no podía cambiar a sus criaturas si estas no querían que las cambiasen.

Bukka Raya I había sido el segundón de su hermano durante dos decenios, pero en cuanto llegó a rey se puso a ello como si hubiera nacido para monarca. Al avanzar en la lectura del gran libro de Pampa Kampana, descubrimos que en años venideros Bukka sería considerado el mejor y más competente rey de la dinastía Sangama, la primera de las tres familias reinantes de Bisnaga. Hoy en día nadie recuerda el reinado de Shambhuvaraya en Arcot, y hace mucho que el poder del Reddis de Kondavidu quedó en nada. No obstante, esos fueron algunos de los reinos y gobernantes de relevancia que cayeron bajo la égida de Bukka. Goa era suyo, como también una parte de Odisha u Orya. El zamorín de Calicut era vasallo suyo, el reino Jaffna de Sarandib o Ceilán le pagaba tributo. Fue precisamente a Jaffna adonde Bukka envió a los expríncipes exiliados Erapalli, Bhagwat y Gundappa Sangama para que acabaran sus días bajo arresto domiciliario, fuertemente vigilados por hombres del rey de Jaffna, como favor especial al emperador.

Esta no solo fue la decisión más dolorosa de Bukka Raya, sino también su mayor error de cálculo. A ningún rey le gusta rendir tributo a un monarca más poderoso ni reconocer a otro como su soberano. A medida que los chicos de Bisnaga se convertían en hombres, el rey de Jaffna unió subrepticiamente fuerzas con ellos y los ayudó a establecer

un sistema de comunicación —por barco a través del estrecho que separa Ceilán del continente y luego a caballo— con sus tres tíos, Chukka, Pukka y Dev, los cuales tenían también ambiciones reales mal disimuladas. Los jinetes nocturnos, vestidos completamente de negro, galopaban ida y vuelta de manera regular hasta Nellore, Mulbagal y Chandragutti, de forma que los seis Sangama —los tres adolescentes airados y sus tres tíos exbandidos—, todos ellos inflamados de ideas homicidas, pudieran pergeñar sus planes.

Que el servicio de inteligencia de Bukka no lograra detectar la conspiración en marcha solo puede achacarse a un único motivo de distracción: Zafarabad. El levantamiento del sultanato de Zafarabad, al norte de Bisnaga, en la otra orilla del río Krishna, constituía una genuina amenaza contra el imperio. La turbia figura de Zafar, el primer sultán, aparecía tan pocas veces en público que la gente empezó a referirse a él como el Sultán Fantasma y a temer que en Zafarabad hubiera renacido, haciéndolo por tanto invencible, el ejército fantasma de los muertos. Corrían rumores de que el caballo del sultán, el semental fantasma Ashqar, habría sido visto pavoneándose como un príncipe por las calles de Zafarabad. Para Bukka estaba claro que el sultán Zafar pretendía seguir en su nuevo reino el ejemplo del imperio Bisnaga. Así como los Sangama afirmaban ser hijos del dios Luna Soma, así Zafar y su clan proclamaron ser descendientes del legendario persa Vohu Manah, la encarnación de la Mente Buena, e incluso llegaron al extremo de identificar Bisnaga con Aka Manah, la Mente Mala que era enemiga de Dios. Esto sonaba casi a una declaración de guerra, tanto como la elección del nombre de «Zafarabad», que significaba «Ciudad de la Victoria», lo mismo que «Bisnaga», en su forma no corrompida. Dar al nuevo sultanato el mismo nombre que el imperio era una clara declaración de intenciones: el Sultán Fantasma pretendía borrar Bisnaga del mapa y ocupar su puesto. El propio caballo mágico de tres ojos formaba parte del desafío. Si, efectivamente, existía, entonces era un rival para el caballo blanco celestial que montaba el dios Luna, cuyos descendientes Hukka y Bukka siempre habían afirmado —sin aportar prueba alguna— que eran sus propios corceles sagrados.

El pueblo amaba a su rey, Bukka, y la decisión de emprender una expedición militar contra Zafarabad fue muy bien acogida. Las calles estaban abarrotadas de gente cuando el rey franqueó la magna entrada para ir al encuentro de su ejército. Un millón de hombres, cien mil elefantes, doscientos mil caballos árabes: parecía que contra semejante fuerza ni siquiera los fantasmas tendrían nada que hacer. La única persona que abrigaba malos presagios era Pampa Kampana, y las últimas palabras que le dijo Bukka sonaron como una advertencia, o un mal augurio.

—Aquí tienes lo que deseabas —le dijo—. Durante mi ausencia, vas a ser la reina regente. Mandarás tú sola.

Después de que Bukka partiera al frente de su ejército, Pampa Kampana, a solas en sus aposentos de la *zenana* —el ala de las mujeres —, pidió ver a Nachana, el poeta de la corte. «Cántame una canción alegre», le dijo, un encargo que debería haber sido fácil de cumplir pues casi toda la obra de Nachana era una celebración del imperio y de sus gobernantes: su sabiduría, sus proezas en el campo de batalla, su sofisticada elegancia, su popularidad, su aspecto físico. Pero cuando el poeta abrió la boca solo salieron de ella versos luctuosos. Nachana cerró los labios, meneó la cabeza, estupefacto, los abrió de nuevo para disculparse y lo intentó una vez más. Las estrofas que salieron eran más tristes aún. Volvió a menear la cabeza, ceñudo ahora. Parecía que un espíritu tenebroso estuviera controlando su lengua. Pampa comprendió que eso era un nuevo augurio.

—No importa —le dijo al desconcertado poeta—. A veces hasta el genio se toma el día libre. Mañana te saldrá mejor.

Justo cuando el humillado poeta se disponía a salir, llegaron las tres hijas de Pampa. Yotshna, Zerelda y Yuktasri eran un terceto de bellezas maduras tan impresionantes como su madre. Nachana hizo una reverencia y luego les soltó:

—Las hijas de su majestad se han convertido ya en sus hermanas. —Y con este último y fallido intento de lisonja, partió.

La frase hendió el corazón de Pampa como una flecha. «Sí —pensó—, está pasando otra vez». Mientras la gente envejecía a su alrededor, ella

no cambiaba. Su amado Bukka contaba ya sesenta y seis años, tenía problemas en las rodillas y a menudo le faltaba el resuello; no estaba ni mucho menos en condiciones de hacer la guerra. Ella, si se paraba a pensarlo, estaba cerca de cumplir cincuenta, pero su aspecto seguía siendo el de una joven de veintiún o veintidós años. Así que, efectivamente, las chicas no parecían ahora sus hijas sino sus hermanas mayores, o incluso sus tías, puesto que tenían treinta y tantos y aún estaban solteras. Pampa tuvo la visión de un día futuro en el que tendrían casi setenta años, mientras que ella seguiría pareciendo, a todos los efectos, una joven de unos veintisiete o así. Cuando murieran de viejas, su madre probablemente aparentaría menos de treinta. ¿Se vería obligada a endurecer su corazón como había hecho por Domingo Nunes? ¿Tendría que aprender a no quererlas y así dejarlas partir mientras ella seguía viviendo? ¿Cómo la afectaría, enterrar a sus hijas una detrás de otra? ¿Lloraría o no soltaría ni una sola lágrima? ¿Habría aprendido la técnica espiritual del desapego para mantener a raya la pena, o verlas morir la dejaría destrozada y anhelando su propia muerte, que con tanta obstinación se negaba a llegar? O a lo mejor tendrían suerte y morirían jóvenes todas juntas, en una batalla o un accidente. O tal vez todas serían asesinadas mientras dormían.

Sus hijas no quisieron dejarla a solas con tan negros pensamientos.

—Ven, acompáñanos —dijo Zerelda—. Vamos a clase de esgrima.

Pampa Kampana había querido que aprendieran el arte de la alfarería, como ella y también su madre Radha, pero a las tres hermanas no les atrajo la rueda de alfarero, que continuó siendo la solitaria afición de la reina. Había educado a sus hijas para que fuesen mejor que los hombres, más cultas que cualquier varón y también más francas, y además montaban mejor que un hombre y sabían discutir mejor y pelear más duro y de forma más efectiva que cualquier soldado varón. Cuando Bukka envió a su embajador a China, Pampa le dijo: «Tengo entendido que en ese país conocen extraordinarias técnicas de combate. Los jóvenes aprenden a pelear sin armas y también con espadas y lanzas, cuchillos largos y puñales, y creo que con cerbatanas con dardos envenenados. Tráeme al mejor instructor de artes marciales

que puedas encontrar». Así lo había hecho el embajador de Bisnaga, y ahora el maestro Li Ye-He era el profesor en jefe de Espada Wudang en el *kwoon* —o sea, «escuela»— Verde Destino de Ciudad Bisnaga, cuyos alumnos más destacados eran precisamente la reina y sus tres hijas.

—De acuerdo —dijo Pampa Kampana, esforzándose por superar su tristeza—. Vayamos a pelear un rato.

El *kwoon* era un edificio hecho de madera por artesanos (y artesanas) de Bisnaga al estilo chino, siguiendo las directrices del maestro Li. Había un cuadrilátero central, sin techo, y era allí donde extendían cada día la colchoneta para ejercitarse en el combate. En torno al cuadrilátero se alzaban tres pisos con balcones que daban a dicho patio, y también habitaciones para el estudio y la meditación. A Pampa Kampana le parecía muy hermosa la presencia de aquel edificio foráneo cerca del corazón de Bisnaga, un mundo penetrando en otro a beneficio de ambos.

—Maestro Li —dijo, haciendo una venia, al entrar con sus hijas en el *kwoon*—. Te traigo a mis chicas. Tienes que saber que se han propuesto buscarte una esposa de Bisnaga.

Las cuatro, madre e hijas, intentaban hacer ese tipo de comentarios cada vez que visitaban el *kwoon*, con la esperanza de provocar alguna reacción, una sonrisa, un sonrojo tal vez. Pero el rostro del profesor permanecía impasible.

—Aprended de él —les aconsejaba Pampa Kampana a sus hijas—. Ese increíble autodominio, esa quietud que inspira un temor reverencial, es algo a lo que todas nosotras deberíamos aspirar.

Mientras observaba a sus hijas ejercitarse en la colchoneta, luchando en parejas, Pampa Kampana reparó, y no por primera vez, en que estaban adquiriendo una destreza sobrenatural. En mitad de un combate eran capaces de escalar paredes como si corrieran por el suelo, podían saltar de balcón a balcón distancias que desafiaban la fuerza de la gravedad, podían girar tan rápido sobre sí mismas que creaban pequeños tornados a su alrededor, lo cual las hacía elevarse en el aire, y eran capaces de dar una voltereta en pleno vuelo —una voltereta en el sentido de que parecían estar subiendo por una escalera invisible—,

una técnica que el maestro Li juraba no haber visto hasta entonces. Su pericia con la espada era tan extraordinaria que Pampa Kampana comprendió que podrían defenderse solas contra un pequeño ejército. Confiaba, sin embargo, en no tener que constatar nunca si estaba en lo cierto.

Ella también practicaba con el maestro Li, pero en solitario; prefería ser únicamente una madre orgullosa mientras sus hijas tomaban lecciones y ocuparse de su propia educación por sí misma. Durante las sesiones privadas con Li pronto quedó claro que eran iguales.

—No tengo nada que enseñarte —le dijo Li Ye-He—. Pero luchar contigo hace que mi técnica mejore, o sea que sería más justo decir que eres tú la que me enseña a mí.

Fue de este modo como Pampa Kampana supo que la diosa le había concedido más dones de los que ella sospechaba al principio.

En la soledad de su regencia, viendo malos augurios por doquier, Pampa Kampana había empezado a sentirse profundamente pesimista. Como lo compartía todo con sus hijas, un día les habló de sus preocupaciones.

—Es posible que me pasara de la raya al insistir en lo de la igualdad —dijo—. Puede que acabemos pagando todas el precio de mi idealismo.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Yotshna—. O quizá debería decir, ¿de quién?

—Es solo una sensación —respondió Pampa Kampana—. Pero me preocupan vuestros tres hermanastros, y también vuestros tres tíos, y hay alguien que me preocupa aún más que todos ellos.

—¿Quién? —insistió Yuktasri.

—Vidyasagar —dijo su madre—. Él es el verdadero peligro.

—No te preocupes por nada —la tranquilizó Zerelda. Era la mejor luchadora de las tres hermanas y tenía plena confianza en su maestría —. Te protegeremos contra quien sea. Oh —añadió, llamando a su profesor—, y tú también protegerás a la reina, ¿verdad, maestro?

El maestro Li se acercó e hizo una reverencia.

—Con mi vida —afirmó.

—No prometas cosas así —dijo Pampa Kampana.

«Se diría que el mundo son “muchos” —gustaba de decir el sabio Vidyasagar—, pero en realidad “muchos” no existe; solo hay “uno”». Tras perder su cargo de primer ministro y completar su retiro en la cueva, había estado ausente de Bisnaga durante años. Viajó hasta la lejana Kashi para meditar junto al río sagrado y profundizar en su conocimiento. Ahora estaba de vuelta. Aposentado de nuevo en su lugar de honor al pie de la enorme higuera de Bengala en el corazón del complejo de Mandana, con su larga barba blanca enroscada a su alrededor como un cinturón, detrás de él una *devadasi* protegiéndolo del sol con un sencillo paraguas sobre su calva cabeza, Vidyasagar adoptaba la *padmasana* o postura del loto y permanecía quieto y con los ojos cerrados durante horas. Muchedumbres acudían a ver al santo con la esperanza de que hablara, cosa que no hacía a menudo. Cuanto más duraban sus silencios, mayor era la multitud. De este modo fue incrementando su ejército de discípulos sin que pareciera estar buscando seguidores; su influencia traspasó incluso los límites de la ciudad, pese a que él no hacía ningún esfuerzo aparente por influir en nadie. Cuando hablaba, lo hacía mediante acertijos. «No hay nada —decía—. Nada existe. Todo es ilusión». Un discípulo osado intentó sacarle algún comentario que pudiera ser interpretado como… bueno, como político. «¿La higuera no existe? ¿Ni Mandana? ¿Ni Bisnaga tampoco? ¿El imperio entero?». Vidyasagar tardó una semana en responder. Y luego dijo una vez más: «Nada existe. Solo hay dos cosas, que son la misma cosa». La idea no estaba clara, de modo que el discípulo le preguntó: «¿Qué son esas dos cosas? ¿Y cómo pueden ser una cosa si son dos?». Esta vez Vidyasagar tardó un mes en dar una respuesta, y la multitud que se arracimaba alrededor del árbol era ya inmensa. Cuando por fin habló lo hizo en voz baja, de modo que su respuesta tuvo que ser repetida muchas veces; las palabras fueron desplazándose por la multitud como olas sobre la superficie del mar.

—Está *Brahman* —dijo el santo—, que es la definitiva y única realidad, que es a un tiempo causa y efecto, que no cambia pero en

cuyo interior están todos los cambios. Y está *atman*, que está en todo aquello que vive, que es la única cosa verdadera en todo aquello que vive, que es de hecho la única cosa que vive, y que es ciento uno por ciento igual que *Brahman*. Idéntico. Tal para cual. El resto, todo lo demás, es ilusión: espacio, tiempo, poder, amor, lugar, casa, música, belleza, oración. Ilusión. Solo hay esas dos cosas, que son una.

Cuando la ola de estas palabras hubo barrido a toda la multitud, sutilmente alteradas a medida que se repetían, vinieron a sonar como una llamada a las armas. Lo que Vidyasagar decía, interpretó la muchedumbre, era que había Dos y que solo debía haber Uno. Solo Uno podía sobrevivir, y el otro tenía que ser… ¿qué?, ¿absorbido? ¿O quizá derrocado?

Durante todo su reinado, Bukka Raya I había hecho hincapié en la separación de templo y Estado, y Vidyasagar no había cruzado esa línea. «Si lo hiciéramos —les decía a sus discípulos—, la línea prendería fuego y sus llamas nos devorarían». Todo el mundo lo entendió como una alusión a la *rekha*, la línea mágica protectora trazada por Lakshman, el hermano de Rama, para defender a Sita, la esposa de Rama, mientras los hermanos estaban lejos, una línea que vomitaba fuego si algún demonio intentaba cruzarla. De este modo la gente entendió también, primero, que Vidyasagar se mantenía dentro del orbe de la religión recurriendo a una metáfora del *Ramayana*, y, segundo, que estaba hablando con modestia e incluso gran desprecio de sí mismo al compararlos, a él y a sus seguidores, con *rakshasas*, o sea demonios, cosa que él en realidad —en esa realidad que era solo ilusión — no era ni de lejos, y ellos tampoco. Pero a un nivel diferente sus discípulos entendieron también que con esta máxima Vidyasagar había creado un *nosotros* que no era *ellos*, un *nosotros* que ansiaba cruzar la línea y que apoyaba en secreto la intrusión de la fe religiosa en todos los resquicios de la vida, tanto política como espiritual, y un *ellos* que se oponía a tan «demoníacas» ideas. Así pues, poco a poco fueron formándose en Bisnaga dos campos enfrentados, los vidyaítas y los bukkaítas, aunque nadie los llamó nunca así, y todo el mundo convenía —al menos de puertas afuera— en que eran todos Uno y nada más.

Pero de puertas adentro la ilusión se desvanecía y estaba claro que eran Dos, y que cada vez era más difícil que esos Dos se reconciliaran. Si los vidyaítas se percataron de que estos desarrollos iban a contrapelo del no dualismo de Vidyasagar, de su insistencia en la identidad de *Brahman* y *atman*, se lo callaron para centrarse en cambio en la idea de que el imperio era una suerte de ilusión y así creer que la verdad —que era fe religiosa, o sea la suya propia, la verdadera fe, que excluía a todas las otras creencias falsas basadas en dioses hueros— no tardaría en levantarse y hacerse cargo de todo lo que Existía.

Entretanto, en otro rincón de Bisnaga, la Recriminación de Haleya Kote había experimentado toda una metamorfosis. Sus panfletos y pintadas no se oponían ya a la sodomía, la guerra o el arte, promoviendo en cambio el amor libre, la conquista y la creatividad de todo tipo. A consecuencia de ello había empezado a ganar partidarios, muchos de los cuales afirmaban que los líderes del movimiento no tenían ya por qué ocultarse, sino dar la cara y respaldar públicamente los valores bukkaístas que tanta gente en Bisnaga apoyaba; dicho de otro modo, asumir su papel de líderes de la facción bukkaísta contra los vidyaítas. (Aunque, repetimos, esos términos divisorios —«bukkaísta» y «vidyaíta»— nunca se utilizaron en público). Haleya Kote oyó esas voces, pero no se pronunció.

Cuando uno ha estado en las sombras durante una eternidad, la luz del sol le resulta insoportable.

Naturalmente, Bukka le había hablado a Pampa Kampana de la vida secreta de Haleya Kote. Ella no se opuso a la decisión de mantener la Recriminación como movimiento clandestino.

—Pide a tus amigos que estudien vías de escape —le dijo—. Si las cosas van mal en un futuro… en el futuro inmediato, me temo, puede que todos necesitemos una red clandestina.

Llegaron mensajeros del frente. La expedición contra Zafarabad no estaba yendo bien. Haleya Kote fue a comunicarle la noticia a la reina regente. Tras las escaramuzas iniciales Bukka tuvo que retroceder al sur

del río Bhima y entregar la orilla septentrional al sultán. Acto seguido el sultán se anexionó Warangal, que había sido parte del imperio Bisnaga, y mató a su gobernante. Pampa Kampana se sorprendió e inquietó incluso al enterarse de que Bukka había enviado emisarios a la corte del sultán de Delhi pidiendo a dicho príncipe que ayudara a Bisnaga contra sus propios correligionarios, una medida a todas luces desesperada y que, como no era de extrañar, el sultán rechazó. Pero luego las cosas habían mejorado. Bukka había lanzado una nueva ofensiva y capturado Mudgal en el norte. El informe de los mensajeros hablaba de la salvaje masacre de la población a manos de Bukka, cosa que horrorizó a Pampa Kampana.

—Ese no es el hombre que yo conozco —le dijo a Haleya Kote—. Si es así como se comporta ahora, entonces su proyecto está en peligro. Y nosotros también.

Estaba en lo cierto. Los siguientes mensajeros del frente hablaron de un ataque de las fuerzas del sultán Zafarabad contra el ejército de Bukka en Mudgal. La virulencia del ataque sembró el pánico en muchos miembros del ejército de Bisnaga, y rumores de que los guerreros espectrales del Sultanato Fantasma encabezaban la vanguardia de Zafarabad se extendieron rápidamente entre las tropas, causando terror y pánico. Cuando un ejército tiene miedo, no puede pelear aunque supere en número a sus adversarios. Bukka, dijeron los mensajeros, había huido del campamento. Sus tropas habían emprendido una rápida retirada y el sultán asesinó en su ofensiva a noventa mil personas que habían quedado atrás. Lo que siguió fue una derrota militar todavía peor.

—El rey vuelve a casa, pero el enemigo nos persigue —informaron los mensajeros—. Debemos prepararnos para un ataque o, como mínimo, un asedio.

El Bukka que volvió de la guerra era, en efecto, distinto del que había partido. La manera en que un hombre abordaba la victoria era algo que revelaba un tipo de verdad sobre él: ¿era un vencedor magnánimo o bien vengativo? ¿Seguiría siendo humilde o desarrollaría una opinión engreída de sí mismo? ¿Se volvería adicto a la victoria, codiciando

repetir su triunfo, o se contentaría con lo que había conseguido? La derrota planteaba preguntas aún más profundas. ¿Cuán grandes eran sus recursos internos? ¿Significaría la derrota un desmoronamiento personal o acaso revelaría una resiliencia no vista hasta entonces, una inventiva que ni él mismo creía poseer? El rey que entró en su palacio con la ensangrentada indumentaria de combate era un hombre rodeado de interrogantes, como de una nube de mosquitos. Ni la misma Pampa Kampana sabía cómo iba a responder.

Bukka no le dijo nada, solo meneó la cabeza, y la nube de mosquitos interrogadores se agitó al unísono. Una vez en sus aposentos privados, el rey dio órdenes de que no entrara nadie. Allí permaneció durante semanas y semanas, y fue Pampa Kampana quien se encargó de organizar las defensas de la ciudad con la ayuda de Haleya Kote y de sus tres hijas. Vidyasagar fue a verla a los muros defensivos, donde la reina estaba atareada desde el alba hasta que caía la noche, y le dijo que la derrota de Bisnaga era consecuencia de que el rey hubiera abandonado la «intimidad con los dioses en general, y con Shiva en particular». Si dicha intimidad lograba reanudarse, entonces el avance de Zafarabad fracasaría y el resultado sería el éxito militar.

—En Bisnaga mucha gente, me atrevería a decir que la mayoría de nuestro pueblo, está de acuerdo con este análisis de la situación —le dijo—. Hay momentos en que es el pueblo quien debe guiar e instruir al rey, y no al revés.

—Gracias —le dijo ella—. Me aseguraré de que el rey conozca este sabio consejo.

Después siguió con su trabajo y no volvió a pensar más en las sabias palabras de Vidyasagar, porque estaba supervisando las almenas a fin de que estuvieran bien provistas de calderos con aceite para calentar y verterlo sobre cualquiera que intentase asaltar las murallas, y controlando que los soldados apostados en los muros de defensa estuvieran bien armados y también descansados, durmiendo por turnos mediante cambios de guardia en estricta rotación. El ejército de Zafarabad estaba muy cerca. Era cuestión de días que comenzara el ataque —si de eso se trataba—, o al menos el asedio.

Pampa Kampana había empezado a desesperar, pero un viernes por la mañana, cuando la tierra temblaba bajo el peso del avance de las fuerzas enemigas, tanto humanas como animales, y cuando la nube de polvo que levantaba el ejército de Zafarabad estaba ya muy cerca, Bukka hizo de tripas corazón, salió en tromba de sus aposentos equipado con su panoplia y exclamó: «Demos al Sultanato Fantasma una bienvenida que los haga volver corriendo al mundo de los fantasmas». Aunque nunca había sido corpulento, recorrió a caballo las calles de Bisnaga como un coloso furibundo y luego, a la cabeza de sus tropas, cargó contra el ejército del sultán lanzando un grito tan aterrador que incluso aquel regimiento de soldados fantasma, suponiendo que fueran tal cosa, no dudó en dar media vuelta y huir corriendo en completa desbandada.

En el conflicto con Zafarabad, Bukka, al ver el peligro que suponía la fuerza cada vez mayor de su vecino del norte, había sido el agresor y había optado por un ataque preventivo, que no salió bien. El río Krishna siguió siendo la frontera entre ambos. No se ganó ni se perdió un *guntha* —ni siquiera un *cent*— de tierra, ni tan siquiera un solo *ankanam*. Ambos bandos conservaron su territorio y se estableció una tensa tregua.

Pero tras su última carga triunfal, Bukka empezó a sentirse mal. Su estado empeoró paulatinamente y el rey cayó en un sueño profundo. La noticia de su debilitada salud traspasó los muros de palacio y la gente empezó a hacer conjeturas sobre la causa de la enfermedad. Finalmente acabó imponiéndose la idea de que el rey había sido envenenado por un dardo fantasma. «Está luchando contra el veneno, pero el veneno lleva las de ganar», dijo el taxidermista. «Un fantasma mata lentamente, porque el paso de nuestro mundo al de los espectros requiere su tiempo», clamaba el vendedor de dulces. «Ahora está en la orilla del río Sarayu, como nuestro señor Rama —exclamó el pintor de letreros—, y pronto, al igual que Rama, se adentrará en sus aguas y desaparecerá».

Pampa Kampana no se alejaba de la cabecera de Bukka ni de día ni de noche. Le ponía compresas frías en la frente, intentaba hacerle tragar agua gota a gota. Él estaba dormido y no se despertaba. Pampa

comprendió que estaba agonizando, que sería la próxima persona amada que la abandonaría y la dejaría penando. Al tercer día de la enfermedad, Haleya Kote solicitó ser admitido en presencia del rey y la reina. Por la expresión de su cara, Pampa Kampana supo enseguida que las cosas estaban yendo tan mal fuera de la alcoba del rey como dentro de ella.

—Hemos estado ciegos —dijo Haleya Kote—. O, mejor dicho, solo mirábamos el peligro del norte, por eso no supimos ver los problemas que se acumulaban en el este, el oeste y el sur.

Chukka, Pukka y Dev Sangama, acompañados por Shakti, Adi y Gauri, las Hermanas de las Montañas, y sus ejércitos personales, estaban convergiendo sobre Bisnaga desde sus plazas fuertes de Nellore, Mulbagal y Chandragutti, informó Haleya Kote.

—No hay duda de que han persuadido a esas feroces esposas suyas de que el juramento que hicieron de salvaguardar la posición de Bukka en el trono expira en el momento en que el rey fallezca y que, después de eso, a quien deberán lealtad será a sus maridos. —Haleya Kote añadió que, por si fuera poco, los tres príncipes depuestos, ahora altivos y arrogantes jóvenes en vez de altivos y arrogantes niños, e incluso más iracundos que cuando eran pequeños, habían sido autorizados a abandonar Jaffna en compañía de un numeroso destacamento de ceilaneses, y también ellos se dirigían a Bisnaga para reclamar su derecho al trono—. Lamento decirte —concluyó— que aunque Bukka Raya lo decretara así y el consejo aprobara su decreto, son muy pocos los que respaldan el derecho de tu hija mayor a gobernar, tanto en el acantonamiento militar como en las calles de la ciudad. Para la mayoría de la gente, «reina Yotshna» es todavía un concepto muy remoto.

—Seis candidatos a un trono que todavía no ha quedado vacante —dijo Pampa Kampana—. ¿Y quién va a elegir entre todos ellos?

Haleya inclinó la cabeza. Era una pregunta cuya respuesta conocían ambos. La respuesta estaba en Mandana, sentado con los ojos cerrados al pie de una higuera, aparentemente ajeno a los acontecimientos, lejos de ser considerado un cómplice en la conspiración y ni siquiera

remotamente sospechoso de haber intercambiado correspondencia y conspirado con los seis aspirantes; no, tan solo un hombre santo bajo un árbol.

—Quienquiera que sea quien tome la decisión, y se lleve el premio quien se lo lleve —dijo Haleya Kote—, tu vida y la de tus hijas corren serio peligro. Sobre todo habida cuenta de que algunas mentes retorcidas siguen preguntándose sobre la identidad del verdadero padre.

—No huiremos —dijo Pampa Kampana—. Me sentaré junto a la cabecera de mi esposo, y si nos deja me aseguraré que lo haga con todos los honores de Estado. Esta es mi ciudad, la que edifiqué con semillas y susurros. Su gente, cuyas historias son mis historias, cuyo estar en el mundo viene de mí, no me va a echar.

—Lo que me preocupa no es la gente corriente —dijo Haleya Kote—. Pero que sea como tú deseas. Yo permaneceré a tu lado, con todos los defensores que pueda encontrar.

Muerto Bukka Raya I, dos de los tres fundadores de Bisnaga ya no estaban y solo quedaba uno: Pampa Kampana. El día después de que Bukka muriera apaciblemente sin despertar de su último sueño, los últimos ritos, *antyeshti*, tuvieron lugar en el *ghat* de las cremaciones que más tarde se convertiría en emplazamiento del monumento a su memoria. A falta de un hijo varón —los hijos varones aún estaban de camino, al frente de un ejército—, el papel de deudo más cercano lo asumió Haleya Kote, el cual se bañó a conciencia y luego, con prendas limpias, circunvaló el cadáver en la pira funeraria, cantó un breve himno, metió unas semillas de sésamo en la boca del rey muerto como símbolo de las semillas mágicas con las que había creado la ciudad, roció la pira con mantequilla clarificada, hizo los ademanes preceptivos en dirección a los dioses de la muerte y el tiempo, ejecutó el acto de romper el cántaro y encendió el fuego. Después él, Pampa Kampana y las tres hijas de esta caminaron varias veces alrededor de las llamas y, por último, Haleya Kote cogió una vara de bambú y la clavó en el

cráneo de Bukka para liberar su espíritu.

Todo ello se llevó a cabo con la debida solemnidad, pero después de que los dolientes abandonaran el *ghat* un destacamento de soldados separó a Haleya Kote de las cuatro mujeres de la realeza, que fueron conducidas al palacio y retenidas en la *zenana*, el ala de las mujeres, bajo vigilancia armada las veinticuatro horas. No estaba claro quién había dado la orden, y cuando Pampa Kampana preguntó a los guardias estos se negaron a contestar. El sacerdote Vidyasagar permanecía no muy lejos de allí, al pie de su higuera, meditando, y no había dicho una sola palabra. No obstante, de algún modo todo el mundo sabía que era él quien mandaba.

Esa noche Pampa Kampana, furiosa por el secuestro e incrédula ante el hecho de que Bisnaga pudiera tratarla de aquella forma, fue incapaz de pensar con claridad. A la guerrera que vigilaba la entrada a sus aposentos le ordenó: «Ve a buscar a Ulupi, enseguida». Ulupi, recordaréis, era la gigantesca capitana de la guardia, la de ojos de párpado caído y lengua de serpiente. Pero la guerrera se encogió de hombros y dijo: «No está disponible», dejando claro que quien había sido reina hasta un día antes ya no era nadie; y que Bisnaga había dado la espalda con desdén a su matriarcado.

Pampa Kampana se puso colorada de furia. Sus hijas, al verlo, se la llevaron de allí.

—Tenemos que hablar —le dijo Zerelda a su madre.

Pampa Kampana aspiró profundamente siete veces.

—Muy bien —dijo—, hablad.

Las tres mujeres rodearon a su madre, situándose muy cerca de ella para poder hablar en susurros. Y a Pampa se le ocurrió que después de haber susurrado a cada ciudadano de Bisnaga su historia personal, ahora su descendencia iba a susurrarle a ella la suya propia. El karma, pensó.

—En primer lugar —dijo Yotshna—, aquí nadie va a pelear por nuestros derechos, ni siquiera por nuestra seguridad. ¿De acuerdo?

—Sí, está claro —dijo Pampa Kampana, entristecida.

—En segundo lugar —prosiguió Yuktasri—, puede que no hayas oído

los rumores que corren sobre el consejo real. Un consejo sin cabeza visible, ahora que no hay rey. ¿Te has fijado en que nadie del consejo ha venido a confirmar tu nombramiento como reina regente mientras no se soluciona el asunto de la sucesión?

—Sí —dijo Pampa Kampana.

—Uno de los rumores —dijo Zerelda— es que querían forzarnos a sumarnos a la pira funeraria del rey. No ha ocurrido tal cosa, pero poco ha faltado.

—No sabía nada —dijo Pampa Kampana.

—En el consejo no se deciden sobre quién debe gobernar —dijo Yotshna—, o sea que cuando se reúnan todos, el que decidirá va a ser Vidyasagar.

—Entiendo —dijo Pampa Kampana.

—Ahora, lo más importante —dijo Yotshna— es que te busquemos un lugar seguro hasta que tengamos claro cómo va a ser el nuevo mundo.

—Y si en ese nuevo mundo hay un lugar para nosotras —añadió Zerelda.

—Así pues, un lugar seguro para las cuatro —dijo Yuktasri.

—¿Y dónde está eso? —preguntó Pampa Kampana—. ¿Y cómo conseguiremos llegar allí?

—En cuanto a fugarnos —dijo Yotshna—, tenemos un plan.

—Y por lo que respecta adónde ir —continuó Zerelda—, confiábamos en que tú quizá tendrías alguna idea.

Pampa Kampana reflexionó unos instantes.

—De acuerdo —dijo—. Huyamos de aquí.

—Tienes diez minutos para hacer el equipaje —dijo Yotshna.

*El maestro Li Ye-He fue nuestro salvador,*
*arrasando la* zenana *como el trueno*
*en el monte Kailash,*
*sus filos poderosos cual relámpagos*
*centelleando en la noche como la luz*
*de la libertad.*

Ofrezco aquí mi pobre traducción de los imperecederos versos de Pampa Kampana. No puedo ni acercarme a su genio poético (tampoco he hecho intento de respetar el metro ni la rima), pero lo hago para sugerir al lector actual la intrusión en la narración de un momento que pertenece a un universo de prodigios; y es que no solo apareció el maestro Li volando sobre los tejados como sobrenatural murciélago gigante para luego aterrizar en el patio de la *zenana* cual pantera devorando cuanto hallaba a su paso, no solo abrió un camino de muerte para llegar hasta las cuatro mujeres; sino que luego, las princesas, ágiles como el maestro, dos de ellas sujetando a su madre por las manos, corrieron tras él paredes arriba y por las alturas de la ciudad, saltando como con pies alados de templo a árbol y de árbol a almena, hasta que finalmente se posaron los cinco sin hacer el menor ruido al otro lado de las defensas de la ciudad, donde los estaba esperando Haleya Kote, vestido completamente de negro y con seis caballos negros ensillados y listos para partir.

*¿Adónde iremos, madre nuestra,*
*para escapar de quienes daño nos desean?*
*Queridas mías, amadas mías,*
*vayamos a los Bosques Encantados*
*como hacían en los cuentos de antaño*
*y pongámonos a salvo.*

SEGUNDA PARTE

# EL EXILIO

# 9

*La jungla está presente en todos los grandes cuentos de la antigüedad. En el* Mahabharata *de Vyasa, la reina Draupadi y sus cinco esposos, los hermanos Pandava, pasaban trece años en el exilio, y la mayor parte de ese tiempo transcurría en bosques. En el* Ramayana *de Valmiki, Sita y los hermanos Rama y Lakshman pasan exiliados catorce años, la mayoría de ellos en bosques. En el* Jayaparajaya*, cuenta Pampa Kampana que el tiempo que pasó en el exilio, lo que conocemos como el* vanvaas*, más el tiempo que estuvo escondida bajo un disfraz, o sea el* agyatvaas*, sumaron un total de ciento treinta y dos años. Para cuando Pampa Kampana reapareció triunfante, todas las personas a las que había amado estaban muertas. O casi todas.*

*La jungla engulle el pasado; allí solo existe el momento presente, pero a veces el futuro llega antes de hora y revela su naturaleza antes de que el mundo exterior sepa lo que va a pasar.*

Fue Pampa Kampana quien se puso en cabeza cuando partieron de Bisnaga a galope tendido.

—Son tantos bosques… —dijo—. El bosque de Dandaka donde se refugió Rama, el Vrindavan de Krishna. También el bosque de caña de azúcar de Ganesh el elefante, el Ikshuvana, y el Kadalivana, el bosque de plataneros del dios mono Hanuman. Y luego hay que añadir el Imlivana, el bosque de tamarindos de Devi. Pero nosotras iremos al más encantado de todos ellos, el Bosque de las Mujeres.

En su libro no dice cuánto tiempo cabalgaron, cuántas noches y días, ni en qué dirección. Es, pues, imposible saber con seguridad dónde estaba ese Bosque de las Mujeres, o si existe todavía una parte del mismo. Lo único que sabemos es: cabalgaron largo y tendido a través

de agreste terreno montañoso y verdes valles fluviales, tierra árida y tierra fértil, hasta llegar por fin al bosque, un muro de verdor que encerraba grandes misterios.

Antes de penetrar en el bosque, Pampa Kampana hizo una advertencia a Haleya Kote y al maestro Li.

—En este bosque, que existe bajo la protección de Aranyani, la diosa de los bosques —dijo—, los hombres pueden tener un grave problema. Se dice que todo hombre que entra aquí es transformado al instante en mujer. Solo aquellos que han alcanzado el completo autoconocimiento y el dominio de sus sentidos pueden sobrevivir aquí en forma masculina. Así pues, os damos las gracias y os advertimos de que quizá lo más seguro sea decirnos adiós.

Los dos hombres reflexionaron sobre este inesperado obstáculo.

Al cabo, el maestro Li dijo:

—Juré protegerte con mi vida. Esa promesa no expira hasta el día de mi muerte. Pase lo que pueda pasar, entraré contigo en el Bosque de Aranyani. —Desmontó de su caballo y cogió su espada y demás pertenencias—. Que te vaya bien, caballo —dijo, dándole una palmada en la grupa. El animal partió.

Zerelda, la alumna predilecta de Li, miró a este con gesto de admiración e incluso, advirtió Pampa Kampana, cierto cariño.

—Si alguien posee autoconocimiento y dominio de sus sentidos, ese eres tú, maestro —le dijo Zerelda—. El bosque no te causará ningún daño.

*(En este punto de su narración Pampa Kampana introduce una digresión sobre la lealtad de los caballos, sobre cómo nunca traicionaban a quienes de verdad los querían, y cuenta que ella les había hablado para pedirles que borrasen sus huellas en el viaje de vuelta, vadeando arroyos y cruzando terreno pedregoso a fin de que nadie pudiera averiguar el destino de los fugados. Hemos optado por no incluir este pasaje tal vez demasiado largo).*

Haleya Kote se rebulló incómodo en su silla de montar.

—Yo no soy como aquí el maestro Ye-He —dijo—. No medito ni presto mucha atención a la purificación del yo. No soy un sabio como Vidyasagar, que estudia los Dieciséis Sistemas Filosóficos. Solo soy alguien que, por casualidad, se convirtió en amigo de nuestro querido y difunto rey, un tipo al que le gustaba empinar el codo de vez en cuando y que no le hacía ascos a una pelea. Nunca he sido mujer. No sé si eso lo llevaría demasiado bien.

Pampa Kampana se acercó a él sin desmontar y le dijo en voz queda:

—Pero también eres un hombre que no se engaña a sí mismo. No eres un farsante. Sabes muy bien quién y qué eres.

—Bueno, puede que sí —dijo Haleya—. No soy nada especial, pero soy yo.

—En tal caso, creo que no te pasará nada.

Haleya Kote lo pensó un momento.

—Está bien —dijo al fin—. Al cuerno. Me quedo.

Soltaron al resto de los caballos y permanecieron unos segundos contemplando su verde destino. Acto seguido se adentraron en la floresta y las reglas del mundo exterior quedaron atrás.

El bosque los rodeó, y era un bosque lleno de ruidos. Cantos de pájaros en abundancia, como si todo un coro hubiera levantado el vuelo para recibirlos: se oía al bulbul gorgigualdo, al turdoide matorralero, a la urraca vagabunda; y también sastrecillos, golondrinas de bosque y alondras; y muchos más que no sabían nombrar, aves de sueño, pensaron, no del mundo real. Pues aquí lo que era irreal era el mundo real, sus leyes habían sido barridas como el polvo, y si en el bosque regían otras leyes, ellos no sabían cuáles podían ser. Habían llegado a *arajakta*, el lugar sin reyes. Una corona, aquí, no era más que un tocado innecesario. Aquí la justicia no se impartía de arriba abajo, quien mandaba era la naturaleza.

El primero en hablar fue Haleya Kote.

—Señoras, si me disculpan la vulgaridad, me he mirado bien y da la

impresión de que no he cambiado.

—Ah, estupendo —exclamó Yotshna, la mayor de las princesas, y por segunda vez Pampa Kampana advirtió un leve exceso de entusiasmo en la voz de una de sus hijas—. Es una gran noticia para todos nosotros.

—¿Y tú, maestro? —preguntó Zerelda.

—Me alegra poder decir —respondió Li Ye-He— que también yo parezco intacto.

—Nuestras primeras victorias —declaró Zerelda—. Eso es un buen presagio. Quiere decir que superaremos cualquier desafío que el bosque pueda depararnos.

—¿Aquí hay fieras salvajes? —preguntó Yuktasri, la más joven, procurando que su voz no trasluciera su aprensión.

—Sí —dijo su madre—. Hay tigres tan grandes como una casa y aves de presa de más envergadura que el *rukh* de Sinbad, y serpientes gigantes capaces de engullir un cabrito, y también puede que haya dragones. Pero con mi magia estaremos a salvo.

*(Cabe preguntarse hasta qué punto eran realmente grandes sus poderes y si en el bosque había en verdad fieras salvajes que, gracias a sus dotes de bruja —según se desprende del relato—, nunca los molestaron, o si por fortuna el bosque estaba libre de tales peligros y lo que ella dijo era solo una broma. ¿Podemos creer que la diosa que le había concedido el don de la longevidad, y la facultad de dar a unas semillas el poder de crear una ciudad, y el poder que le permitía susurrar a otros la biografía de cada cual, la dotó también de la capacidad de encantar al bosque encantado? ¿O acaso toda esta poesía, como tantas otras, era una fábula? La respuesta es: o bien es verdad todo, o todo es falso, y nosotros preferimos creer en la verdad del cuento bien contado).*

De repente oyeron música, música de tabla tocando un ritmo rápido en algún punto por encima de sus cabezas, un diálogo privado entre los dos tambores. Y alguien estaba bailando: pies invisibles que imitaban el

parloteo de la tabla. Oyeron el tintineo de las ajorcas de quien bailaba, arriba en las ramas más altas de los árboles, o tal vez suspendido en el aire entre unos árboles y otros.

—¿Es Aranyani? —quiso saber Yuktasri, sin poder reprimir un deje de reverencia y asombro en sus palabras.

—La diosa nunca se deja ver —respondió Pampa Kampana—, pero si nos ha dado su bendición en este lugar, la oiremos bailar a menudo cerca de nosotros. Ahora bien, si nos rechaza, los peligros irán en aumento. Acostumbraos a las ajorcas. Son parte de lo que nos protegerá.

—Si se me permite interrumpir —interrumpió Haleya Kote—, todo esto me parece muy interesante, pero habrá que encontrar respuesta a las preguntas de dónde nos alojaremos, y qué vamos a beber y comer.

—¡Sí! —exclamó Yotshna, con una sonrisa demasiado amplia—. Muy bien dicho.

Ahora que conocemos toda la historia de Bisnaga, aquella choza de madera, aquel palacio en el bosque donde Pampa Kampana fue reina en el exilio y donde tramó su regreso triunfal, se ha convertido en legendaria.

—Aranyani no es el único Ser de este bosque —dijo Pampa a sus compañeros cuando se disponían a iniciar los trabajos—. Cada arboleda, cada arroyo tiene sus propios espíritus familiares. Antes de empezar a talar y construir, debemos pedir permiso; de lo contrario, todo aquello que hagamos será deshecho de inmediato, y si los espíritus se enfadan con nosotros no podremos permanecer aquí.

Así pues, apelaron a los espíritus correspondientes, y no bien hubieron terminado empezó a caer una lluvia fina. El espesor de la foresta impidió que quedaran empapados, pero de las ramas y hojas a su alrededor caían pequeños regueros.

—No pasa nada —los tranquilizó Pampa Kampana—. La lluvia es la bendición que necesitamos.

Cuando dejó de llover, las cuatro mujeres y los dos hombres construyeron su nuevo hogar en un calvero donde los árboles parecían apartarse para que entrara la luz del sol tras la lluvia. Solicitaron

permiso a la diosa y también a las divinidades menores del árbol y de la hoja, emplearon sus destrezas de combate con espadas y hachas, y la fuerza adiestrada de sus manos desnudas, capaces de hender un tronco como si fuera de algodón. Nos los imaginamos a los seis remolineando por ese bosquecillo, rodeados de gigantescos árboles sin nombre, árboles de mito y leyenda, dando vida poco a poco a su nuevo hogar en un vertiginoso despliegue de condiciones físicas y elegancia de movimientos, elevándose del suelo para arrancar ramas altas, extendiendo sobre su selvático refugio un amplio dosel de follaje. El tocador de tabla y la bailarina invisible hicieron una breve pausa para contemplar aquel extraordinario espectáculo y luego se arrancaron de nuevo, y la casa cobró vida al compás de la música de los dioses escondidos.

Haleya Kote, viejo soldado, resultó ser el que había pensado de antemano en los asuntos prácticos. De las enormes bolsas que había cargado en su montura y que, tras partir los caballos, había acarreado sin proferir una queja, sacó dos cacerolas y también tazones y cuencos de madera para que pudieran beber y comer todos, así como unos pedernales para encender fuego.

—La costumbre —dijo, encogiendo los hombros con tímida satisfacción cuando la reina y las princesas le dieron las gracias—. No es a lo que estáis habituadas, pero tendrá que servir.

En cuanto a la comida, Pampa Kampana nos cuenta que fue el bosque mismo el que proveyó. Una lluvia de frutos secos sembró el suelo a su alrededor, y plataneros como los del bosque de Hanuman estaban bien cargados. De árboles desconocidos pendían frutos que jamás habían visto, y había arbustos con bayas tan deliciosas que lo hacían llorar a uno. Encontraron cerca de allí un torrente de agua dulce y fría, en cuyas orillas crecía *anne soppu*, la llamada espinaca de agua, y también centella asiática, cuyos usos medicinales iban desde aliviar la ansiedad a mejorar incluso la memoria. Encontraron ñames, coquitos, bayas moradas con sabor a regaliz, una variedad de ocra roja y también deliciosas calabazas blancas.

—De hambre no nos vamos a morir —dijo Pampa Kampana—. Yo he

traído semillas para plantar, o sea que tendremos más variedad de alimentos. Pero hablemos del pescado y de la carne.

El maestro Li tomó la palabra. Siempre había sido vegetariano, dijo, y con lo que el bosque les había concedido tendría más que de sobra. Haleya Kote carraspeó antes de hablar.

—En mi época de militar solo había una norma —dijo—. Come lo que encuentres, donde sea y lo que sea, y come lo que necesites para seguir adelante. O sea que he comido conejo y también coliflor, macho cabrío y también pepino, cordero lechal pero también arroz hervido. Eso sí, he procurado abstenerme de carne de vaca, ya que la mayoría están medio desnutridas y la carne no es muy buena. Cuesta de masticar… aparte de los otros motivos para evitarla. De las berenjenas también prescindo, pero es porque no las soporto. Si en este bosque hay ciervos, chitales, jabalíes, antílopes u otros tipos de comida que se mueva por sus propios medios, yo me ofrezco a cazarlo.

Las hijas de Pampa Kampana le dijeron a su madre lo que ella ya sabía.

—Solo verduras —dijo Zerelda, sonriendo al maestro Li con gesto conspiratorio.

—Yo de todo —dijo Yotshna, acercándose un poquito más a Haleya Kote.

Por su parte, Yuktasri se remangó las vestiduras, se adentró en el arroyo y se quedó allí con el agua por las rodillas, los ojos cerrados y los brazos extendidos.

—Carpa rohu, katla, pulasa, acercaos a mí —dijo en voz queda—. Rani, caminador, cabeza de serpiente, ¿me oís?

Según el relato de Pampa Kampana, pocos momentos después un pez de una especie que ninguno de ellos había visto nunca saltó del agua y fue a aterrizar en brazos de Yuktasri. Volvió con él a donde estaban los demás.

—A mí me gusta el pescado —dijo.

Su madre Pampa Kampana, que había abjurado tiempo atrás de la carne de cualquier animal, se sorprendió a sí misma pensando que quizá un pescado no estaría tan mal, no evocaría el terrible recuerdo de

la carne achicharrada de su madre. Sí, habían penetrado en un mundo nuevo.

Aquella primera comida en torno al fuego que había hecho Haleya Kote, cuando estaban todos extenuados y hambrientos, fue como un banquete para los seis vagabundos. El hecho de que hubieran abandonado su hogar y huido, de que el futuro fuera incierto hasta un nivel alarmante, de que ser reinas, princesas, maestros de artes marciales o antiguos soldados, borrachines y extremistas clandestinos convertidos en asesores del reino, ya no significaba nada, y que el bosque fuera un ámbito de inexplicada extrañeza donde sin duda acechaban peligros que le eran propios… en aquel cálido y bien alimentado momento todo aquello pareció carecer de importancia. Pampa Kampana se recostó en el tronco de un árbol, cerró los ojos y quedó absorta en sus pensamientos mientras los otros cinco reían y bromeaban.

—A mí me da igual el tiempo que tengamos que estar aquí si podemos estar juntos como ahora —dijo Zerelda Sangama, inclinando la cabeza hacia el maestro Li hasta posarla, pero no del todo, a escasos milímetros de su hombro.

—Estoy de acuerdo —dijo su hermana Yotshna. (Estaba sentada un poquito demasiado cerca de Haleya Kote).

—Buen pescado —exclamó la joven Yuktasri.

—Es hora de acostarse —dijo Pampa Kampana, poniéndose de pie—. Mañana habrá que averiguar qué está pasando exactamente en Bisnaga y qué podemos hacer al respecto.

Durante la noche los murciélagos no dejaron de revolotear sobre ellos, dando vueltas y más vueltas, como un ejército del aire que los protegiera.

Que Pampa Kampana y los otros fueran inmediatamente capaces de comprender y conversar con todos los seres vivos del bosque formaba parte, sin duda, de su naturaleza encantada. Evidentemente, eso hizo que los recién llegados se sintieran menos forasteros en su nuevo

entorno, pero al mismo tiempo, y con mucha frecuencia, resultaba agobiante porque el bosque estaba lleno de conversaciones, el incesante parloteo de las aves, los sinuosos susurros de las serpientes, las llamadas desde grandes distancias de los lobos, las agresivas voces de los tigres… Con el tiempo los seis encontrarían una manera de adaptarse mentalmente a aquella cacofonía sin tregua, pero al principio las princesas tenían que taparse constantemente los oídos, e incluso llegaron a pensar en llenarse de barro las orejas para poner coto a la algarabía.

Pampa Kampana no tuvo ese problema, y enseguida empezó a participar con evidente placer en muchas de las conversaciones, hasta el punto de dar alguna que otra orden o instrucción. Tal vez no fuese ya la reina de Bisnaga, pero allí, en el bosque, el aura de mágico poder que le había sido otorgado tiempo atrás por autoridad divina era indiscutible. La diosa Aranyani la había aceptado como una hermana y así la consideraban todas las criaturas del bosque. La segunda noche, una pantera hembra bajó de un árbol y se dirigió a los seis en un lenguaje que desconocían pero que les sorprendió ser capaces de entender. «No os preocupéis por nosotras —dijo—. Contáis con una poderosa protectora». Al día siguiente, antes incluso de que el coro del alba comenzara a parlotear, Pampa Kampana salió de su nuevo hogar para hablar a los pájaros. Desdeñó a diversas especies endémicas del bosque como insuficientemente serias para la labor y se concentró en loros y cuervos.

—Vosotros —dijo a los loros— volaréis hasta la ciudad, escucharéis lo que la gente dice y volveréis aquí y me lo repetiréis, palabra por palabra. Y vosotros, que sois astutos —dijo a los cuervos—, los acompañaréis para entender el significado, lo que se esconde tras las palabras, y así podréis ser mis sabios consejeros.

Obedientes, siete loros y siete cuervos partieron volando en dirección a la ciudad. Mantenían, cuervos y loros, una relación más o menos amistosa porque ambas especies eran vistas con malos ojos por muchos de los otros pájaros. En el mundo del bosque los cuervos eran auténticos proscritos, se los tenía por traicioneros y egoístas y se

desconfiaba de ellos. Su voz era desagradable al lado de la de bulbules y alondras; el cuervo no cantaba, graznaba con voz ronca. En la orquesta de las aves del bosque, los cuervos siempre desafinaban. Además, nadie había olvidado la guerra de doscientos años atrás entre los mochuelos y los cuervos y la conducta deshonrosa que, según un amplio consenso, habrían tenido estos últimos. Pampa Kampana conocía este sentimiento anticuervo y lo encontraba despreciable. Durante cientos de años, antes de dicha guerra, los cuervos habían sido obligados a actuar como siervos de las aves más aristocráticas, sobre todo de los mochuelos, y ella opinaba que aquella había sido una guerra de liberación. Hacia el final de la contienda muchos mochuelos habían muerto y los cuervos ya no obedecían órdenes, y, puestos a ser francos, en opinión de Pampa Kampana, las aves más bellas y de voz más melodiosa debían revisar sus prejuicios. Cierto, fueron muchas las víctimas, pero se trataba de una guerra por la independencia y como tal había que entenderla.

—Es una pena —dijo ante la galería de aves tempraneras— que seres alados tan bellos como vosotros puedan ser tan fanáticos como los pobres humanos, que son incapaces de volar.

En cuanto a los loros, tampoco ellos eran pájaros cantores, lo que los convertía, por decirlo así, en una casta inferior; y eran tan numerosos que los otros pájaros les tenían rencor por ocupar tantísimo espacio. Pampa Kampana había elegido a propósito a las dos especies marginadas para que fueran sus ojos y sus oídos. A fin de cuentas, ahora ella y sus compañeros también eran proscritos.

La delegación de loros y cuervos regresó al cabo de tres semanas, y con muchas noticias. Cuando los seis aspirantes al trono llegaron a Bisnaga (le contaron a Pampa Kampana), fue Vidyasagar quien les ordenó a todos que dejaran sus tropas extramuros de la ciudad y que entraran con un mínimo séquito de seguridad. «No habrá derramamiento de sangre en nuestras calles —decretó—. Todo se resolverá sin recurrir al asesinato». Vidyasagar tenía ya (informaron los pájaros) más de setenta años, y si los dioses le habían concedido realmente una longevidad igual a la que Pampa Kampana había

recibido por parte de la diosa cuyo nombre portaba, por desgracia no le habían dado al sabio el don de la inmunidad contra la vejez. Es decir, vivo sí estaba, pero hay que decir que también bastante decrépito. Sus manos eran como garras, todo hueso; había adelgazado mucho y ahora, francamente, parecía un esqueleto. Por pura cortesía los pájaros no entraron a comentar el estado de su dentadura.

—Su aspecto me importa poco —les dijo Pampa Kampana—. Contadme qué fue lo que se dijo y se hizo.

—Las apariencias tuvieron mucho que ver en ello —dijo el loro en jefe, cuyo nombre era algo así como To-oh-ah-ta—. Vidyasagar miró apenas un momento a los ya encanecidos Chukka, Pukka y Dev Sangama y les dijo que estaban demasiado viejos para la labor (¡qué ironía, viniendo de él!) y que el imperio necesitaba sangre joven, un gobernante que pudiera dar estabilidad mediante un largo reinado.

—O sea —aclaró el cuervo en jefe, cuyo nombre era, aproximadamente, Ka-ah-eh-va— que el que mandaría sería él, Vidyasagar, y el joven monarca haría lo que este le mandara.

—Los tres hermanos de Hukka I y Bukka I partieron de Ciudad Bisnaga sin protestar —informó el loro en jefe—. Dice la gente que sintieron alivio por no tener que matar a nadie o que los mataran a ellos, por no tener que asesinar a sus esposas o ser asesinados por ellas, y por poder terminar sus días tranquilamente en sus lejanas fortalezas en compañía de sus formidables mujeres. Así que, para ellos, fue un final feliz.

—Unos blandengues —intervino el cuervo en jefe—. Nunca tuvieron las agallas ni la voluntad ni la fuerza para hacerse con la corona, eso lo sabía todo el mundo. Ya no hemos de preocuparnos por ellos. Siempre fueron simples actores de reparto y se han quedado sin diálogo.

—¿Qué hay de mis hijos? —preguntó Pampa Kampana—. ¿Qué hay de Erapalli, Bhagwat y Gundappa, de quienes renegué pero que, según parece, me han ganado la partida?

—Es curioso —dijo To-oh-ah-ta— que Vidyasagar haya ungido al de en medio, Bhagwat.

—Es decir —comentó Ka-ah-eh-va—, que ahora gobernará Bisnaga

un fanático religioso cuyo principal asesor será otro extremista.

—Debo informar también —dijo el loro— de que, en primer lugar, Erapalli y Gundappa Sangama no han puesto peros a la decisión de Vidyasagar, así que, al menos por el momento, no habrá derramamiento de sangre.

—Pero ni el uno ni el otro están contentos —añadió el cuervo—, o sea que es de prever que habrá sangre.

—Y en segundo lugar —continuó el loro erizando sus plumas, molesto por la interrupción—, Bhagwat ha elegido como nombre de reinado el de su tío, decisión que ha sido ampliamente interpretada como un bofetón al difunto padre que lo rechazó. O sea que Bhagwat será Hukka Raya II. Hukka Raya *Eradu*. La gente ya lo llama «Eradu» para abreviar, aunque en los barrios bajos de la ciudad algunos lo llaman, menos educadamente, «Número Dos».

—¿Ha dicho algo de mí? —preguntó Pampa Kampana.

—Yo no creo que añore a su madre —dijo el cuervo con cierta crueldad—. Pudimos oír el discurso de coronación.

—«De ahora en adelante —repitió el loro, como loro que era—, Bisnaga será gobernada por la fe, no por la magia. La magia ha sido aquí la reina durante demasiado tiempo. ¡Esta ciudad no nació de unas semillas mágicas! ¡Vosotros no sois plantas, de modo que el vuestro no es un origen vegetal! Todos tenéis recuerdos, conocéis la historia de vuestra vida y la de quienes os precedieron, vuestros antepasados, que fueron los constructores de esta ciudad antes de que vosotros nacierais. Son recuerdos auténticos, no algo que una hechicera os implantara en el cerebro a base de susurros. Este es un lugar con historia propia; no se la inventó una maga. Nosotros reescribiremos la historia de Bisnaga para borrar de ella a la bruja, y a las brujas de sus hijas también. Esta es una ciudad como cualquier otra, solo que más gloriosa, la más gloriosa de este vasto territorio. No es ningún truco de magia. En el día de hoy declaramos a Bisnaga libre de brujería y decretamos asimismo que la brujería sea castigada con pena de muerte. A partir de ahora será nuestro relato, y solo el nuestro, el que prevalezca, pues es el único relato verdadero. Todo relato falso será suprimido. Tal es el caso del de

Pampa Kampana, que está repleto de ideas erróneas. Embustes semejantes no tendrán cabida en la historia del imperio. Que quede claro: el puesto de la mujer no está en el trono. El lugar que le corresponde a la mujer es, y será de ahora en adelante, la casa».

—Ya ves —dijo el cuervo.

—Sí. Lo veo claramente —dijo Pampa Kampana—. Ese apelativo que le dan en los barrios bajos, «Número Dos», le va que ni pintado.

Por primera vez en mucho tiempo, Pampa Kampana se encontró pensando en la derrota. Volver a Bisnaga estaba completamente descartado. Es más, daba la impresión de que el polémico Número Dos tenía un amplio respaldo entre el pueblo, o al menos en un porcentaje considerable del mismo. Esto era fallo de ella. Las ideas que había implantado en su momento no habían echado raíces, o bien, caso de haber arraigado, sus raíces no eran profundas y por lo tanto era fácil arrancarlas. Bisnaga estaba convirtiéndose en algo ajeno al mundo que ella había creado insuflándole vida con sus susurros. Y ella, mientras tanto, en la jungla, que no era una prisión pero que muy pronto empezaría a parecerlo.

«Tengo que hacer planes a largo plazo —pensó—. A saber lo que tardará en cambiar la dirección del viento. Mis hijas envejecerán poco a poco. Lo que necesito son nietas».

Dos linajes bien diferentes habían emanado de Pampa Kampana. Los hijos de su relación con Bukka Raya I eran hombres que exudaban un perfume de amargura del que ella era responsable por haberlos repudiado; y ahora uno de ellos era rey. El rey «Número Dos», un títere en manos de Vidyasagar, y por lo tanto su reinado sería una época de represión y puritanismo; los espíritus libres femeninos de Bisnaga iban a sufrir mucho. Cerró los ojos, escudriñó el futuro, y vio que las cosas irían incluso a peor después de Número Dos. La dinastía acabaría degenerando en riñas, una mayor intolerancia religiosa e incluso fanatismo. Ese era el legado de sus hijos varones. Sin embargo, las hijas de Pampa Kampana se habían convertido en jóvenes de mente abierta,

inteligentes, eruditas, y además guerreras, lo más original que una madre podría desear de su descendencia. Habían heredado también muchas de sus facultades mágicas, mientras que en la línea inculta y prosaica de los Sangama varones no había el menor rastro de lo prodigioso. Incluso sus creencias religiosas eran rematadamente ingenuas y banales. Los misticismos elevados les eran ajenos por completo y la religión se convirtió, para ellos, en poco más que una herramienta para mantener el control social.

«Lo que yo necesito a mi alrededor —decidió Pampa Kampana— son muchas más chicas».

Eran momentos difíciles para sacar el tema de la procreación. A sus tres hijas les estaba costando asimilar la idea de que su exilio en el bosque pudiera no ser breve, o que pudiera durar incluso hasta el final de sus días. De lo último que tenían ganas de hablar, conforme se acercaban ya a los cuarenta, era de bebés. Eran como árboles en un huracán, arrancados violentamente de raíz. Se resistían a creer que su hermanastro el rey les quisiera ningún mal, pero al mismo tiempo eran lo bastante mayores para saber que, cuando un rey moría, los enemigos más peligrosos de la familia real estaban dentro del círculo familiar. Eran mujeres muy decididas, con grandes reservas de carácter, de modo que apretaron los dientes y trabajaron con gran determinación para vivir en el bosque lo mejor que fuera posible.

—Si tenemos que ser «selváticas» a partir de ahora —le dijo Yotshna Sangama a su madre—, entonces seremos las «selváticas» más temibles que nadie haya visto jamás. Es la ley de la jungla, ¿no? Una de dos, o estás arriba o estás abajo. O comes o te comen. Mi intención es ser la cazadora, no la presa.

—Aquí no estamos en guerra —la reconvino su madre con dulzura—. Se nos acepta. Tenemos que aprender a coexistir, eso es todo.

Sí, pensó, es preciso que haya nietas; incluso puede que biznietas. Por motivos obvios tuvo que guardarse ese pensamiento para sí. Barajó mentalmente la posibilidad de que alguna de sus nietas tuviera sangre china, lo cual haría posible una gran alianza con los Ming. Temía asimismo que el viejo soldado por quien Yotshna se sentía atraída fuera

demasiado mayor para darle hijos. ¿Y Yuktasri?

Como en respuesta a su pregunta, esa noche, sentados alrededor del fuego, la hija pequeña le preguntó:

—¿Hay otras mujeres aquí en el bosque? Me ha parecido oír risas, cánticos y gritos por la noche. ¿Son seres humanos o demonios *rakshasa*?

—Es casi seguro que hay mujeres en alguna otra parte —respondió su madre—. Refugiadas como nosotras de algún que otro reino cruel, o simplemente mujeres salvajes de la foresta que han elegido vivir lejos de la burda presuntuosidad de los hombres, o que fueron abandonadas de pequeñas por sus madres en la linde del bosque y no conocen otro mundo más que este, habiendo sido amamantadas por lobas.

—Bien —dijo enfáticamente Yuktasri.

Y «vaya», pensó su madre. «Vaya».

# 10

Enseguida quedó claro que los animales del bosque no les deseaban ningún daño. En aquellos primeros días, los habitantes del bosque acudieron en grupo para saludar a los recién llegados. De los árboles se descolgaban serpientes, y osos y lobos fueron a rendir sus respetos. El tamborilero del aire les dio la bienvenida, Aranyani bailó invisible sobre sus cabezas, el ambiente era festivo. Paulatinamente los seis fugados fueron relajándose, y tanto el maestro Li como Haleya Kote aceptaron que no era necesario que uno de los dos estuviera montando guardia a todas horas y renunciaron a la idea, que de todos modos a las cuatro mujeres les había parecido un tanto paternalista.

—Esta fiesta para celebrar nuestra llegada —dijo Pampa Kampana con un punto de tristeza— me recuerda a cómo eran las cosas en Bisnaga en los viejos tiempos.

La gente de Bisnaga, en los viejos tiempos, participaba de las fiestas de los demás. Por Navidad Pampa Kampana decoraba un árbol en el palacio y le pidió a Domingo Nunes que le enseñara las canciones y rezos de alabanza a sus «tres dioses», en su lengua original, y también lo que significaban esas palabras extranjeras, *adeste fideles, laeti triumphantes*, traducidas a algo que ella pudiera entender. El Niño Jesús se convirtió en alguien que ella podía afirmar que conocía, siquiera un poquito. En cuanto a los seguidores del «dios único», se abstuvo siempre de decir que, en su opinión, un solo dios le parecía mucho menos interesante que su amplio y variopinto panteón de divinidades; en vez de ello, invitó a los seguidores del dios único a tomar parte en la fiesta de la luz, la fiesta del color y la fiesta de nueve noches en celebración de la victoria de la diosa Durga sobre el demonio Mahish-asura, otra forma de decir la victoria del bien sobre el mal, porque, consideraba ella, eso era algo que sin duda podía festejar cualquier

persona, independientemente de cuál fuera su culto y de si sus dioses eran plurales o singulares. Es lo que ella había querido para Bisnaga, esta polinización cruzada, esta mezcolanza. Ahora todo eso se estaba desdibujando. El cuervo y el loro hicieron repetidas visitas a la ciudad y le informaron de que la tensión entre comunidades iba en aumento. Zonas de la ciudad se habían vuelto peligrosas para los seguidores del dios único; por la noche se producían ataques no provocados. La noticia le rompió el corazón, pero, se dijo a sí misma, de momento su trabajo estaba en el bosque, en construir el futuro con sus hijas hasta que la historia le proporcionara un trampolín para su regreso.

Las convenciones del mundo exterior perdían todo su significado dentro del bosque. No había horarios. Uno comía cuando le entraba hambre y dormía cuando estaba cansado. Era un teatro en el que uno podía descubrirse a sí mismo, inventarse de nuevo o iluminarse mediante la meditación. La esperanza pendía de todas y cada una de las ramas. Los temores eran algo a controlar. El deseo estaba para ser satisfecho.

Pampa Kampana meditaba durante gran parte del tiempo. *Arajakta*, la ausencia de reyes, era considerada por los filósofos un estado de caos o desorden. No obstante, allí en el bosque, en la cuna de la *arajakta*, más bien se vivía como un estado de gracia. ¿Podía ser que el mundo estuviera mejor sin reyes? Claro que en el reino animal también había caciques, líderes de la manada, peces gordos. El método animal —la lucha— no era tampoco el mejor. ¿Existía alguna forma —¿era acaso posible?— de dejar que la gente eligiera?

Era una idea impactante, y Pampa Kampana la reservó para volver sobre ella en otra ocasión.

Yuktasri Sangama se convirtió en un animal nocturno. Sin pedir permiso a nadie adoptó la pauta de dormir durante gran parte del día, roncando a placer, y levantarse al caer la noche. Después cruzaba la invisible *rekha* protectora y se adentraba en el corazón del bosque. La primera vez que lo hizo, Pampa Kampana se despertó y hubo de contenerse para no seguir a su hija. Vio sombras que se movían entre la espesura, oyó risas, y comprendió que las mujeres salvajes habían ido al

encuentro de Yuktasri y que esa era la compañía que buscaba y necesitaba su hija. Al día siguiente se la llevó a un aparte y le pidió, con mucho tacto, que le hablara de ellas. En un primer momento su hija se mostró remisa, pero luego, en cuanto se puso a hablar, no podía dejar de hacerlo. Sus ojos brillaban de entusiasmo mientras hablaba, y su madre vio en ella una felicidad que nada tenía que ver con lo que la joven había experimentado en su vida anterior.

—Al principio —explicó Yuktasri—, me tomaron por una aristócrata mimada. Querían empujarme, lanzarme de la una a la otra como si fuera un juguete. Pero no me dejé pillar. Corrí descalza tronco arriba de un árbol y partí ramas con el canto de la mano y las ramas les cayeron en la cabeza y eso les hizo respetarme un poco. Hablan una extraña lengua que en un principio pensé que se habían inventado para poder comunicarse entre ellas, como una mezcla de muchas lenguas y también del habla de los lobos. Pero enseguida me di cuenta, a pesar de su acento horroroso, de que es el mismo lenguaje que usó la pantera y que entendimos por instinto. Ellas lo llaman la Lengua Maestra, bueno, o algo que viene a significar una cosa parecida, y la magia del bosque funciona, porque sé lo que significan las palabras aunque no las conozca. Es como si alguien me susurrara al oído la traducción. ¿Será que hay espíritus-intérprete aquí en el bosque, susurrándonos a todos? Yo creo que sí. La mayoría de esas mujeres no se molesta en llevar ropa encima y sus cabellos son todo greñas y, si te soy sincera, van sucias y huelen muy mal. Me da lo mismo. Quiero conocerlas a todas ellas. Anoche solo apareció un grupito, eran seis, como si las hubieran mandado a explorar. Pero el bosque es grande y tienen varios campamentos. Quiero aprenderlo todo, cada sendero y cada rastreo, cómo cazan y qué cazan, qué hacen para divertirse. Me han dicho que me enseñarán. A cambio, quieren que yo les enseñe lo que aprendí en el *kwoon* Verde Destino. La carrera en vertical, el salto volador, el tornado, la voltereta en escalera, las técnicas de golpeo manual. No tienen espadas pero les gustaría aprender a luchar con palos.

—Pero si el bosque es un lugar seguro para ellas —quiso saber Pampa Kampana—, ¿por qué les fascinan tanto las artes marciales?

—Están preocupadas —dijo Yuktasri—. Hay rumores de una banda de monos hostiles.

—¿Monos? ¿Qué clase de monos? Tú sabes que para nosotros los monos son criaturas sagradas. Son los hijos de Hanuman, descendientes de las tribus de su antiguo reino de Kishkindha.

—No son monos del templo —dijo Yuktasri—. Son salvajes y el bosque está lleno, los hay marrones y los hay verdes. Pero no debemos preocuparnos por los verdes ni por los marrones. No quieren hacer daño. Los que más temen las mujeres son los de color rosa, que además no pertenecen a este entorno. Seguro que no son hijos de Hanuman ni tienen que ver con Kishkindha. Extranjeros.

—¿Monos rosas extranjeros?

—Dicen que los monos rosas no tienen apenas pelo en el cuerpo y que su piel es de un horrible tono pálido. Dicen que son grandes y ariscos, que viajan en manada y que quieren apoderarse del bosque.

Esto dejó perpleja a Pampa Kampana.

—Pero el bosque está bajo la protección de Aranyani —dijo—, o sea que eso no va a pasar.

—No lo veo tan claro —dijo Yuktasri—. Quizá su magia no funcione contra ellos.

—¿Y alguien ha visto a esos monos rosas? —preguntó Pampa Kampana.

—Creo que no, pero las mujeres no paran de decir que vienen hacia acá. Y por lo visto no hay monos hembra. Es un ejército solo de machos.

—Me huele que debe de ser una historia que se cuentan entre ellas —dijo Pampa Kampana—. No parece real. Puede que tenga que ver con su rechazo general a los hombres. Además, si el hechizo de Aranyani funciona, puede que se volvieran hembras al adentrarse en el bosque y que cambiaran de planes y se instalaran aquí.

—Oh —dijo Yuktasri—, si las oyeras hablar de esos monos, no dirías eso. Te cantaré su canción. —Y así lo hizo.

*Ay, los monos se acercan,*

*son rosáceos como lenguas,*
*y en nada se parecen a los monos*
*de las canciones que hemos cantado*
*siempre.*
*No son ágiles ni amables ni peludos*
*pero sí grandes como un hombre.*
*Ay, los monos quieren hacernos daño*
*y gobernarnos si se les deja.*
*Ay, monos rosas se acercan,*
*y tienen el rabo muy corto,*
*y hablan una lengua cruel*
*que nadie nos enseñó jamás.*
*No es la Lengua Maestra*
*de la floresta y el bosque,*
*pero pretenden ser nuestros amos,*
*eso que quede bien claro.*
*Decidles a todos,*
*al Lobo y el Ave y el Ciervo,*
*al Tigre y el Oso y la Pantera,*
*que el peligro se aproxima,*
*que el peligro está ya muy cerca*
*y pronto llegará aquí,*
*y que debemos pelear unidos,*
*sin discusiones, dudas ni miedo.*
*Bueno, la diosa nos protegerá,*
*tal vez penséis, tal vez digáis,*
*pues sobre este mágico bosque*
*es ella quien ejerce el dominio.*
*Pero esos monos son impíos,*
*y aunque ella tenga mucho poder*
*tal vez haya llegado el día*
*de que aparezca alguien más fuerte.*
*Ay, los monos se acercan,*
*son rosáceos como lenguas,*
*y en nada se parecen a los monos*

*de las canciones que hemos cantado siempre.*

Pampa Kampana sintió un escalofrío. «Esto es un mensaje del futuro —se dijo a sí misma—, un futuro que escapa a mi imaginación y del que estas criaturas son heraldos. Quiero pensar que no es mi lucha. Yo estoy comprometida en una batalla diferente. Pero puede que esta se convierta también en nuestra lucha».

Ella era hija del mundo de Hanuman y, en cierto modo, Bisnaga era hija del reino de Kishkindha, el reino de los monos, y por esa razón siempre había pensado bien de ellos y creía en su benevolencia. Tal vez esto estaba cambiando también. Una derrota más. Quizá la historia humana pueda resumirse así: la breve ilusión de unas victorias felices en el marco de un largo continuum de amargas y decepcionantes derrotas.

—Muy bien —dijo en voz alta—. ¿Puedo hablar con esas amigas tuyas?

—Ahora no —respondió Yuktasri—. Aún no estoy preparada para eso.

Cada mañana, durante dos horas, el maestro Li y Zerelda Sangama se ejercitaban con espadas, puñales largos, puñales cortos para lanzar, tomahawks, palos y pies. Mientras peleaban se hubiera dicho que el bosque entero se paralizaba para observarlos. Yuktasri los miraba con tanta admiración como los demás, pero después le dijo en voz baja a su hermana:

—Ya sé que tú y el maestro Li sois los mejores, pero, por favor, no te inmiscuyas en mi vida. Es a mí a quien quieren las mujeres del bosque, no a ti.

—Todas tuyas —la tranquilizó Zerelda—. Yo tengo otras cosas en la cabeza.

Una de ellas era el Beijing del maestro Li, además de otras ciudades desconocidas de extraño nombre. De todos los Sangama ella era la

única con ganas de viajar al extranjero, de ver otros mundos más allá del que le había tocado en suerte. Al darse cuenta de ello, Pampa Kampana entendió la atracción que su hija sentía por el maestro chino y temió que el espíritu de aventura pudiera privarla de su hija para siempre. Un carácter aventurero similar había llevado a Li Ye-He hasta Bisnaga, y en el bosque le relató a Zerelda anécdotas de su viaje al sur por tierra y por mar; también historias que le había contado su amigo Cheng Ho, general, eunuco y viajero contumaz, en busca de tesoros por todo el mar de occidente y más allá; y, por añadidura, historias que Cheng Ho había oído contar a los descendientes de personas que habían conocido al italiano Marco Polo en la corte de Kublai Kan en los tiempos de la dinastía Yuan.

—He oído —le dijo el maestro Li— que al otro lado del mar hay una ciudad con tu nombre. En la ciudad de Zerelda, el tiempo vuela. Los ciudadanos, que saben que la vida es breve, corren de un lado para otro con grandes redes intentando capturar los minutos y las horas que flotan en el aire cual mariposas de vivos colores. Los afortunados que cazan un poco de tiempo y se lo tragan (se puede comer y es bastante delicioso) ven cómo se les prolonga la vida. Pero el tiempo es escurridizo y son muchos los que fracasan. Todos los habitantes de Zerelda saben que no va a haber suficiente tiempo para todos ellos y que al final se quedarán sin. Aunque están tristes, ponen cara de contento pues son gente estoica. Intentan sacar el mejor provecho al tiempo de que disponen.

—Yo quiero ir —exclamó Zerelda, batiendo palmas—. Y también me gustaría ver la ciudad de Ye-He, la metrópolis que lleva tu nombre, donde, según me han dicho, la gente, que posee el poder de volar, vive en las copas de los árboles mientras que los pájaros, que no vuelan, picotean por el suelo en busca de gusanos y lombrices. En los árboles hay multitud de tiendas donde venden ropa de abrigo, porque los que vuelan saben que el aire, conforme vas subiendo a través de sus capas, se vuelve enseguida muy frío y es necesario abrigarse puesto que no tienes plumas que te protejan. Debido a ello, los habitantes aéreos sin plumas entienden que todos los dones, no importa cuán maravillosos,

también acarrean problemas, de ahí que sean gente modesta, con expectativas modestas; no le piden demasiado a la vida.

Pampa Kampana, que escuchaba a hurtadillas sus conversaciones, no estaba segura de si intercambiaban anécdotas viajeras que habían oído contar o si estaban enviándose el uno a la otra mensajes cifrados de amor y deseo en forma de descripciones fabulosas. «Lo que está claro —se dijo a sí misma— es que tienen planes de marcharse». Lo asumió de la mejor manera posible, pues los hijos ya crecidos tarde o temprano se van de casa, y las madres deben contentarse con recuerdos y anhelos, pero le costó un gran esfuerzo contener las lágrimas. Fue entonces cuando oyó que el maestro Li decía:

—Pronto será la época del año en que el general Cheng Ho gusta de venir en barco para visitar el puerto de Goa y comer ese excelente curry de pescado.

Pampa Kampana comprendió que el momento de su partida no iba a demorarse mucho. Así pues, decidió tomar la iniciativa y ser ella quien sugiriera el traslado, para que Zerelda no se sintiese culpable por abandonar a su madre en el exilio.

—Viajar es bueno —le dijo—, pero también peligroso. Recuerda que Número Dos es rey de todo el país, y eso incluye Goa, y que a todas nosotras se nos ha declarado brujas, o sea que somos fugitivas de lo que él llamaría su justicia. Si quieres conocer al general Cheng Ho y embarcarte con él sin riesgos ni ninguna clase de problemas, tendremos que trazar un plan muy bien pensado.

Zerelda rompió a llorar.

—Volveremos —dijo—. Es solo una excursión.

—Si os van bien las cosas a los dos, no volveréis nunca —le dijo su madre—. Y yo en tu lugar, considerando cómo está la situación aquí, tampoco volvería.

—Ya le he explicado a la princesa Zerelda —intervino el maestro Li— que todo esto no es más que una fantasía que nos permitimos, un modo de viajar con la imaginación, y le he explicado también que no va a poder ser, porque yo me debo a mi juramento.

—Seguro que añoras tu país —dijo Pampa Kampana—; al fin y al

cabo, ya llevas mucho tiempo fuera, y que la suerte nos haya vuelto la espalda es algo que tú no podías haber previsto. Además, si bien pareces ser tan experto en viajar con la imaginación como en las artes marciales, la fantasía no es lo mismo que la realidad. Por consiguiente, te exonero de tu juramento. Mi hija te ama y veo que ama también el tipo de vida viajera que tú tienes en mente. De modo que habrá que buscar la manera de que podáis comer un curry de pescado en Goa con el general Cheng Ho y que luego prosigáis viaje, con él o sin él, hasta la China o Tombuctú o adonde sea que os lleve el espíritu u os empuje el viento, para experimentar lo que la suerte os depare. Pero antes de que partáis, para ir sobre seguro, hay alguien con quien debo hablar.

*(En este punto de su obra maestra es donde Pampa Kampana escribe sobre su primera visita a la diosa Aranyani, y el don que la diosa le concedió. Somos de la opinión de que este tipo de pasajes no deben interpretarse literalmente. Forman parte de la visión poética que permea la totalidad del* Jayaparajaya *y, como otras visiones de esa índole, deben ser consideradas como metáforas o símbolos. Compete a personas más sabias que el presente autor explicar la naturaleza y el significado de tales símbolos y metáforas. Nosotros nos limitamos humildemente a llamar la atención sobre dicha necesidad. Pondremos todo nuestro ahínco en tratar de entender cómo la poesía nos dice verdades que la simple prosa que pretende contar la verdad no puede revelarnos, pues no está a la altura de ese objetivo).*

Se vio envuelta (o así lo cuenta ella) en un súbito torbellino que formó una corona de follaje a su alrededor y se la llevó como en volandas muy lejos, hacia lo alto. Allá arriba, por encima de la bóveda del bosque, flotando en el luminoso aire por encima de la punta más alta del más alto de los árboles, había un globo dorado de luz, más brillante aún que el sol, que la deslumbró. Alrededor del globo dorado y por encima del mismo se cernía un grupo de agresivos milanos negros, las rapaces que vigilan a los marginados del mundo. La voz que le habló

desde aquel globo no era corriente, parecía existir sin más en el aire y ser un aspecto más del mismo. «Pídeme», dijo la voz. Y cuando Pampa Kampana volvió al calvero en el bosque, descendiendo suavemente en brazos del viento arremolinado que la había hecho ascender, dijo simplemente:

—Le he pedido cierto don y ella me lo ha concedido.

Se negó a dar más explicaciones.

—Cuando estéis listos para marchar, lo entenderéis —dijo—. Y cuando ese momento llegue, venid a buscarme cada uno con una pluma de cuervo en la mano.

Dicho esto se retiró hacia la espesura, donde estuvo meditando durante siete días, al cabo de los cuales regresó con una sonrisa apacible. Si estaba sufriendo, no lo dejó entrever.

—¿Preparados? —les preguntó a Zerelda y Ye-He, y estos respondieron que sí. Llevaban cada cual en la mano una pluma de cuervo—. Yo también tengo una pluma —les dijo—, pero la mía es de milano negro. Lo sensato es que vosotros seáis aves comunes que nadie se molestará en mirar dos veces, pero si yo he de estar guardándoos durante el viaje, necesito tener un aspecto lo más fiero posible.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Zerelda.

—De metamorfosis —dijo Pampa Kampana—. Solo funciona cuando no es un capricho o una frivolidad, sino que nace de una necesidad vital.

Una vez hecho el encantamiento, gracias al don que Aranyani le había concedido, quedarían los tres transformados y serían aves hasta que no soltaran las plumas que sostenían en sus garras.

—Que no se os caigan mientras voláis —les advirtió—, o recuperaríais vuestro antigua forma y os precipitaríais en picado. Ah, esas plumas funcionan solo tres veces: ave, persona, ave, persona, ave, persona. Cuidadlas. No hay forma de saber cuándo las podréis necesitar para salir de algún atolladero.

—¿Y no podemos llevarnos nada, entonces? —preguntó Zerelda.

—La ropa que lleváis puesta, el oro en el bolsillo, la bolsa en bandolera, la espada dentro de su vaina —dijo Pampa Kampana—.

Todo eso volverá cuando recuperéis vuestra forma normal. Pero nada más. Si no es algo vinculado a vuestro cuerpo, no podéis llevarlo para el viaje.

—Cuando nos encontremos con el general Cheng Ho —dijo el maestro Li—, yo soltaré mi pluma, pero tú, princesa, sujeta bien la tuya y pósate en mi hombro hasta que estemos a bordo de su barco y mar adentro, lejos del alcance de Hukka II.

—Pero ¿y tú? —dijo Zerelda—. ¿No correrás peligro en Goa?

—En cuanto estemos con Cheng Ho y los suyos, yo estaré a salvo —respondió el maestro Li—. Los chinos hemos comprobado que en este país la gente no sabe diferenciarnos.

Pampa Kampana dio a cada viajero un saquito con monedas de oro de su alijo secreto.

—Buena suerte y adiós —les dijo—, porque aunque yo volaré con vosotros, no podremos hablar. —Su rostro no mostraba la menor expresión. Cuando Zerelda se acercó llorando a ella para despedirse, las facciones de su madre no cambiaron un ápice—. Pongámonos en marcha —se limitó a decir.

Era la primera vez que abandonaba el bosque, su primer cambio del exilio, *vanvaas*, al disfraz, *agyatvaas*, y solo cuando los tres viajeros, dos cuervos y un milano, estuvieron allá arriba, volando en dirección al mar, cayó Pampa Kampana en la cuenta de que había olvidado algo importante. Ye-He y Zerelda iban a embarcarse en una vida juntos, pero no se habían casado. Reflexionó sobre este asunto en silencio y descubrió, para gran sorpresa suya, que le traía sin cuidado. «He empezado a vivir como una salvaje, según las leyes del bosque —pensó —. Allí nadie está casado y a nadie le importa». Se preguntó si antes o después su hija querría celebrar una boda formal, y ella misma se respondió: «Ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto».

Durante todo el camino hasta Goa no dejó de sorprenderse ante su propia actitud de indiferencia. ¿Acaso era una mala madre? ¿O quizá esa apatía era otro visitante del futuro lejano, donde el matrimonio sería algo arcaico e innecesario y a nadie le importaría un bledo? «Ese es un futuro que escapa a mi imaginación —pensó—. O sea que sí,

supongo que soy una mala madre y ya está».

La noche sobrevino como si unas manos invisibles dejaran caer un telón sobre el día, y luego, con un centelleo de luces, apareció Goa y, más allá, el mar. En el puerto de Goa —descendieron en picado para verlo— estaba anclado el mayor navío de madera que Pampa Kampana había visto jamás. Tenía muchas cubiertas, espacio suficiente a bordo para varios centenares de hombres, y pintada en la popa lucía algún tipo de bandera china. El general Cheng Ho había llegado ya y, al parecer, viajaba con un ejército privado. Buena cosa: Zerelda tendría quien la defendiera en caso de necesidad.

Pampa Kampana se quedó allá arriba en el cielo, planeando, mientras observaba cómo Li Ye-He y Zerelda bajaban hasta el mesón donde Cheng Ho gustaba de comer el curry picante de pescado. Un cuervo se posó en tierra y allí estaba el maestro Li, de pie con el otro cuervo posado en su hombro. Tras una breve pausa, el maestro entró en el establecimiento. A partir de ahí el tiempo se detuvo para Pampa Kampana. Pasó una hora interminable en el tejado del mesón oyendo ruido de jarana. Finalmente, el grupo del general salió cantando a pleno pulmón y fueron todos hacia el barco. Pasó otro interminable lapso de tiempo hasta que, en la proa, la sombra de un hombre se hizo apenas visible en la noche, con una sombra aún más difusa posada en su hombro, mirando hacia lo alto, al invisible milano negro en el cielo de la medianoche, y alzando una mano en señal de despedida.

Pampa Kampana, como era propio en ella, mantuvo sus sentimientos a raya mientras regresaba al bosque de Aranyani. «Al menos —pensó—, no tendré que verla envejecer y morir, no tendré que sentarme junto al lecho de muerte de una anciana que me mire aterrorizada como si estuviera viendo al fantasma joven de sí misma en sus horas finales. Al menos nos ahorraremos las dos ese final invertido. Y como no sabré ni cuándo ni cómo ha muerto, puedo seguir imaginándomela como es ahora, en el apogeo de su belleza y su poder. Sí. Eso es lo que quiero».

Como si flotara sobre mareas de tristeza, el tiempo discurrió sin un

propósito fijo tras la partida de Zerelda. Pasaron años sin que nadie lo notara. Nadie parecía envejecer: ni los hombres ni las mujeres. También ese fenómeno escapaba a la atención general, como si respondiera a una orden del propio bosque encantado.

Los sentimientos de las hermanas por la marcha de Zerelda no se desvanecieron. Habían vivido su partida como una especie de traición y reaccionaron a ella con menos pesar que ira. El campamento en el bosque hervía de actividad, pues las princesas volcaron toda su rabia en proyectos de construcción. Su morada fue creciendo conforme el tiempo pasaba; tenía múltiples habitaciones conectadas entre sí por un laberinto de pasillos, y ahora el suelo estaba cubierto por una espesa y blanda alfombra de frondas y había tocones de árbol convertidos en confortables asientos gracias a la destreza de las hermanas con el filo de la espada, así como bloques de madera a guisa de almohadas, tallados para acomodarse mejor al cuello. Pero la casa no respiraba paz, puesto que era fruto de la ira. Una vez que hubo bajado a tierra y recuperado su forma humana, Pampa Kampana se volvió muy retraída, pasaba días enteros e incluso semanas a solas; por su parte, Yuktasri desaparecía en el bosque durante largos periodos con sus amigas silvestres, y a su regreso al campamento su aspecto no podía ser más asalvajado, los pelos de punta, la ropa desgarrada, la cara sucia de barro. Yotshna, la más sentimental de las hermanas, buscó la curación en el amor. Se declaró a Haleya Kote, y el viejo soldado, que también estaba perdidamente enamorado de ella, intentó desanimarla lo mejor que pudo.

Haleya Kote era unos cincuenta años mayor que Yotshna Sangama. Había nacido antes que el padre de ella. Era ridículo, pues, que la joven pensara en él siquiera con pretensiones románticas, y así se lo dijo Haleya desde el principio.

—Me crujen las rodillas cuando me pongo de pie, y cuando me siento dejo escapar un «buf» como si alguien me sacara todo el aire de dentro. No puedo andar tan rápido como tú (qué diablos, ni corriendo aguanto tu paso) y tampoco pienso tan rápido como tú. Soy inculto, veo cada vez peor, soy lento leyendo, casi no me queda pelo en la cabeza, los

que me salen en el mentón son blancos, y la espalda me duele siempre. He matado a hombres, y en los viejos tiempos me hirieron tantas veces que se podría decir que estoy medio muerto. Como soldado fui un desastre, como rebelde en la clandestinidad no pasé de mediocre, como borrachín saqué bastante buena nota, y como asesor de tu tío mi principal cometido era contarle chistes guarros de los viejos tiempos de la milicia. ¿Te imaginas tener un hombre así al lado? Has pensado que te gustaba porque aquí no hay otros hombres aparte del maestro Li, y él era para Zerelda y además se ha marchado. Mi mayor logro en la vida ha sido no transformarme en mujer cuando entramos en el bosque. Eso es todo, más o menos. Tú eres joven. Ten paciencia. No tardaremos en marcharnos de aquí, y cuando volvamos a Bisnaga encontrarás al tipo adecuando, un hombre joven, galante, guapo y encantador.

—Es insultante, y mucho, que pienses que eso es lo que quiero —replicó Yotshna—. Un chico guapo y tonto. En la corte los he tenido rondándome como abejorros y, si te digo la verdad, puaj. La razón de que no te transformaras en mujer es que no eres un jovencito estúpido. Eres un hombre y has vivido lo suficiente como para saber quién eres. Muy pocos hombres lo saben, y por eso no pueden entrar aquí. Un hombre que sabe quién es, es oro puro.

—Me huele el aliento —dijo Haleya Kote—, y ronco aún más fuerte que Yuktasri. Tengo medio siglo de recuerdos de una época anterior a tu nacimiento, de cuando Bisnaga no existía, de cuando el mundo estaba repleto de cosas que te resultarían incomprensibles, porque ocurrieron hace muchísimo tiempo. En sueños, a veces desearía estar otra vez allí, joven como tú ahora, y fuerte y lleno de esperanza y determinación, sin saber nada de la dureza y la crueldad del mundo, que es lo que mata el optimismo y vuelve viejo al joven. Y no quiero ser yo quien destruya tu optimismo.

—Me encanta cuando hablas en plan romántico —dijo Yotshna—. Es entonces cuando sé que me quieres de verdad.

—¿Me querrás cuando enferme y empiece a decaer, a descender, como es inevitable, hacia la muerte? —dijo él—. ¿En serio quieres cuidar de un moribundo y tener que lamentarte por todo el amor que

malgastaste con él?

—El amor nunca se malgasta —dijo Yotshna—. Tú velarás por ti mismo, y el encantamiento del bosque lo hará también, al igual que yo, y si tenemos diez o quince años de felicidad, me daré por satisfecha. Y sí: cuidaré de ti hasta el último día, cuando llegue la hora de ese final.

—Eso no puede pasar —dijo Haleya Kote—. No debe pasar.

—Bueno —dijo ella—, pero pasará.

# 11

Llegó un momento en que Pampa Kampana no quiso resignarse más al exilio. Necesitaba saber qué estaba pasando exactamente en Ciudad Bisnaga a fin de tomar decisiones sobre sus próximos movimientos. Informó a Haleya Kote de que tenía trabajo para él dentro de las murallas de la ciudad.

—No puedo depender por siempre de loros y cuervos —le dijo—. Necesito ojos y oídos con experiencia. Y tú conoces vías secretas para entrar y salir de Bisnaga.

Yotshna se puso furiosa con su madre.

—Lo haces para alejar a Haleya de mí —le recriminó—. Estás dispuesta a poner en peligro su vida solo para que yo no tenga al hombre que quiero.

—Para empezar —le dijo Pampa Kampana a su hija—, eso no es cierto. Te conozco lo bastante bien para comprender que no permitirás que nada de lo que yo haga te detenga. Además, no subestimes a Haleya. Es un hombre bien versado en operaciones clandestinas y en las artes del *agyatvaas*, y yo también le ayudaré.

—¿Vas a convertirlo en cuervo?

—No —dijo Pampa Kampana—. Mi poder de transformar no es ilimitado. Solo puedo recurrir a él dos veces más, y debo esperar a que sea absolutamente esencial cambiar de forma. Haleya Kote tendrá que ir a Bisnaga en su forma humana.

—No vas a hacer por nosotros lo que hiciste por Zerelda y Ye-He —exclamó Yotshna—. Eso quiere decir que deseas que él muera, y si muere, te haré responsable de ello, jamás te perdonaré, y encontraré la manera de vengarme.

—Está claro que le amas —dijo Pampa Kampana—. Es bueno saberlo.

La ciudad de Bisnaga había crecido a la sombra de una cadena montañosa, aquellas mismas montañas en lo alto de las cuales se habían sentado el primer día Hukka y Bukka Sangama, contemplando incrédulos cómo el futuro brotaba de las semillas mágicas de Pampa Kampana. Ambos extremos de la muralla de la ciudad tocaban los montes, que completaban el círculo de las defensas y daban a la ciudad una apariencia inexpugnable. Pero hacía tiempo que Haleya Kote y la Recriminación habían descubierto que entre las rocas había oquedades, y, tras años de lento excavar, habían conseguido convertirlas en túneles, creando así senderos ocultos al mundo exterior, vías de escape por si eran descubiertos y perseguidos.

—Puedo entrar y salir —le aseguró el veterano soldado a Pampa Kampana—, y los miembros de la Recriminación me esconderán, si es que todavía queda alguno. En cualquier caso, no te preocupes, sé cuidar de mí mismo. Pero sin un caballo va a ser un viaje muy lento. A lo mejor puedo robar uno a la ida y otro para volver.

Durante la ausencia de Haleya Kote, Yotshna Sangama se negó a dirigirle la palabra a su madre, y conforme pasaban los días acabó convencida de que Haleya debía de haber muerto. Imaginaba cómo lo capturaban, cómo lo torturaban, sus terribles últimos momentos, y se preguntaba si habría muerto con el nombre de ella en los labios. Era un héroe a quien su madre había sacrificado deliberadamente, ¿y para qué? ¿Qué podía averiguar él en Bisnaga que fuera importante para ellas? Nada, pensaba Yotshna. O sea que había muerto por nada, y un héroe no debía morir así.

Pero Haleya Kote volvió ileso y, tal como había dicho, montando un caballo robado.

—Todo ha ido según el plan —consoló a una llorosa Yotshna, que se había lanzado a sus brazos en cuanto él desmontó, despidió al caballo y entró en el bosque… una vez más, sin ser transformado en mujer—. No ha habido un solo momento de peligro. Cuando eres un viejo y pobre diablo como yo, nadie te mira dos veces.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Yotshna—. Los riesgos, el

peligro, el viaje, todo te ha envejecido. Parece que tuvieras cien años.

—Y tú estás tan hermosa como siempre —contestó él—. Ya te dije que era demasiado viejo para ti.

El regreso sin problemas de Haleya Kote era la buena nueva, pero las noticias que traía costaron de asimilar. Número Dos había sustituido el consejo real por un cuerpo gobernante de santones, el SDA o Senado de la Divina Ascendencia, cuya cabeza visible era un tal Sayana, hermano de Vidyasagar, y la ciudad estaba ahora bajo el estricto control religioso de este nuevo senado, que había «derribado» la filosofía de budistas y jainitas y también de musulmanes para celebrar la Nueva Ortodoxia, una invención de los pensadores del *mutt* de Mandana supervisados por Vidyasagar, convirtiendo esa Nueva Ortodoxia —que en realidad no era sino la antigua Nueva Religión de Vidyasagar pero con otro nombre— en la base de la sociedad bisnaguiana. Este cambio reflejaba como un espejo lo sucedido en el sultanato de Zafarabad: el sultán Zafar había muerto (demostrando así que, después de todo, no era el legendario Sultán Fantasma) y su sucesor era otro Zafar, o sea otro Número Dos, un fanático de su propia fe, que había instaurado un «consejo de protectores» de la religión. Así pues, en lugar de la antigua tolerancia, que permitía a miembros de todas las confesiones participar activamente en la vida de ambos reinos, ahora había separación, así como un triste ir y venir entre un reino y otro de personas que ya no se sentían a salvo en casa.

—Qué estupidez —dijo Pampa Kampana—. El que haya decidido que sus dioses o los nuestros querrían esta clase de sufrimiento es que no ha entendido nada de la naturaleza divina.

Según Haleya Kote la gran mayoría de los ciudadanos de Bisnaga estaba descontenta con esta línea dura de gobierno, pero no lo expresaba en público para evitar la ira con que el nuevo cuerpo policial creado por Número Dos reaccionaba ante cualquier muestra de disensión.

—O sea que hay un pequeño núcleo duro gobernante al que teme y detesta buena parte de la gente mayor, pero, por desgracia, un porcentaje importante de gente joven lo apoya con el argumento de que

esa nueva «disciplina» es necesaria para salvaguardar su identidad.

—¿Y qué hay del ejército? —preguntó Pampa Kampana—. ¿Qué opinan los soldados de que hayan licenciado a miembros de la otra religión, entre los que sin duda había oficiales de alta graduación?

—Hasta ahora el ejército no se ha manifestado —respondió Haleya Kote—. Yo creo que los soldados tienen miedo de que les pidan cargar contra sus conciudadanos, lo cual resultaría muy duro para ellos, y para evitarlo insisten en su neutralidad.

Vidyasagar raramente aparecía en público. La vejez lo tenía en sus garras.

—Se niega a morir —le dijo Haleya Kote a Pampa Kampana—, o al menos eso comenta la gente, pero su cuerpo no parece ser de la misma opinión que su espíritu. Dicen que es como un hombre viviendo en un cuerpo que ya no vive. Habla por una boca de muerto y gesticula con manos de muerto. Pero sigue siendo la persona más poderosa de Bisnaga. Número Dos jamás le contradice, por muy descabellados que sean los deseos del sabio. Quiso cambiar los nombres de las calles, deshacerse de los que todo el mundo conoce y sustituirlos por los complicados títulos de diversos santos oscuros, o sea que ahora nadie sabe ya dónde está nada, y hasta los más viejos de la ciudad tienen que rascarse la cabeza siempre que necesitan encontrar una dirección. Una de las cosas por las que la Recriminación lucha estos días es recuperar la antigua nomenclatura. Así de desquiciada está la situación.

La Recriminación había crecido. Haleya Kote encontró a muchos miembros dispuestos a alojarlo, a darle de comer, a protegerlo de una atención indeseada. Ya no era una secta pequeña e insignificante, sus seguidores se contaban por millares, y había renunciado además a algunas de sus tempranas propuestas menos aceptables para adoptar una visión del mundo inclusiva, afable y sincretista, que la había convertido en un partido de oposición muy popular, si bien prohibido. Su plataforma tenía la insólita característica de mirar hacia delante mirando hacia atrás; en otras palabras, querían que el futuro recuperara lo que había sido el pasado. La nostalgia, pues, se convirtió en una especie de idea radical según la cual los términos «atrás» y

«adelante» eran sinónimos, más que opuestos, y describían el mismo movimiento y en la misma dirección.

Había panfletos escritos a mano por toda la ciudad y pintadas en las paredes, aunque ni los unos ni las otras duraban mucho. Las bandas del régimen barrían las calles para quemar los panfletos, y los artistas de las pintadas sabían que sus archienemigos estaban a la vuelta de la esquina y se veían obligados a trabajar rápido. Lo máximo que podían escribir eran una o dos palabras, y de todos modos a la mañana siguiente ya las habían borrado. Protestar, pues, no era fácil, y sin embargo la lucha continuaba. En la remozada Recriminación había personas muy motivadas. Haleya Kote oyó contar más de una vez la historia del heroico disidente que se atrevió a distribuir panfletos, allí plantado él solo, en medio del principal bazar de la ciudad. Cuando el escuadrón del SDA llegó para arrestarlo se encontraron con que los papeles que estaba repartiendo estaban en blanco. No tenían ningún texto escrito, ni tampoco había dibujos ni símbolos codificados, nada de nada. Y, de algún modo, la blancura de aquellos papeles puso aún más furiosos a los del SDA de lo que lo habría hecho cualquier eslogan o caricatura.

—¿Qué demonios es esto? —exigieron saber—. ¿Por qué no llevan ningún mensaje escrito?

—No hace falta —respondió el disidente—. Todo está muy claro.

Yotshna Sangama salió de su morada con una jarra de agua.

—Déjale que descanse y que beba —regañó a su madre airadamente —. El pobre acaba de regresar de la larga y peligrosa misión a la que le has enviado, ha tenido un largo y peligroso viaje de vuelta, mira cómo ha envejecido en ese tiempo, y tú vas e insistes en coserlo a preguntas sin dejarle que se siente siquiera, el pobre.

Haleya Kote bebió con ganas y dio las gracias a Yotshna.

—No te preocupes, princesa —dijo, poniéndole una cariñosa mano en el brazo—. Es mejor que saque todo lo que llevo dentro. Ya no tengo la memoria que tenía y no quisiera olvidarme de nada.

—Hmm —dijo Yotshna, nada convencida—. Ya veo que la reina sigue haciéndote bailar al compás que ella quiere. A lo mejor un día

empezarás a hacerme caso a mí.

Yotshna los dejó a solas. Pampa Kampana quiso saber qué pasaba con los hermanos de Número Dos, el poco imaginativo Erapalli y el malicioso Gundappa. ¿Qué tramaban? ¿Estaban buscando problemas o mantenían la paz?

—Por lo que respecta a los hermanos —le dijo Haleya Kote—, Número Dos los ha enviado a conquistar Rachakonda, donde la gente sigue apegada a la vieja cultura *gungajumna*. Es la palabra que utilizan en esa localidad para referirse a la mezcla de culturas hindú y musulmana. En Rachakonda esas dos culturas se fusionan para convertirse en una sola, como los ríos Ganga y Yamuna.

—Así solía pasar en Bisnaga —dijo Pampa Kampana.

—Número Dos no lo aprueba, y tampoco el SDA, así que Erapalli y Gundappa tienen instrucciones de destruir la fortaleza de Rachakonda y matar a gente suficiente como para curar al resto de esas ideas. Y luego gobernarán juntos la región.

—¿Y sus tíos? —preguntó por último Pampa Kampana—. ¿Qué noticias hay de esos tres viejos bandidos?

—Nunca han tenido el menor peso —dijo Haleya—. Sus historias terminaron a poco de empezar, y ahora son viejos y están enfermos. Además viven en sus fortalezas, lejos de Bisnaga. No debes preocuparte por ellos. Les queda poca vida.

Cuando Haleya Kote finalizó su informe del viaje, Pampa Kampana asintió despacio con la cabeza.

—Esas noticias sobre la Recriminación son alentadoras —dijo—. Las semillas del cambio han sido plantadas, pero tardarán un poco en germinar. Pronto tendré que ir yo misma a Bisnaga. He estado demasiado tiempo escondida como una rata y sin hacer nada. Es hora de que empiece a susurrar cosas a la gente. Si muchos jóvenes se dejan seducir por las necedades de ese Número Dos, la cosa se pondrá difícil. Al final la rueda siempre gira, pero si es cierto lo de los jóvenes, puede que tarde mucho en girar. Sea como sea, hay que darle un empujón.

—Lo he oído —exclamó Yotshna, saliendo a toda prisa de la morada en dirección al claro donde estaban su madre y Haleya Kota—. ¡Ni se os

ocurra decir que os marcháis los dos a Bisnaga para meteros literalmente en las fauces del lobo, y me dejáis aquí sola en este bosque!

—No estarás sola —dijo Pampa Kampana—. Tienes a Yuktasri.

—¿Ah, sí? —gimió Yotshna Sangama—. ¿No ves que se ha vuelto una salvaje? Está todo el tiempo con las otras, en la jungla, soltando tonterías sobre monos de color rosa. Soy la única del grupo que no ha perdido el juicio, y ahora piensas abandonarme para que enloquezca yo sola en este horripilante lugar.

—Debo ir a Bisnaga —insistió su madre—. No es posible cambiar el curso de la historia desde tan lejos.

—¿Y si os capturan? —exclamó Yotshna—. Entonces la historia cambiará, pero no como tú esperabas.

—Nadie me va a capturar —dijo Pampa Kampana—. Además, ha pasado tiempo y eso siempre calma los ánimos. Y la gente es olvidadiza. La historia es la consecuencia no solo de los actos de las personas, sino también de su desmemoria.

—A ti es difícil olvidarte —le espetó Yotshna—. Y todo esto me parece una locura.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla su madre—. Robaremos caballos para no estar tanto tiempo fuera.

Al traspasar el lindero exterior del bosque encantado en compañía de Yotshna y Haleya Kote, Pampa Kampana cayó en la cuenta de que la magia de Aranyani había difuminado la percepción que los exiliados tenían del paso del tiempo y que, en aquel mundo sin espejos, los había hecho a todos ciegos ante los cambios en sus propios cuerpos; o, más exactamente, los había preservado sin cambios, dejándolos tal como estaban al llegar. Y entendió en ese momento por qué Haleya Kote, a su regreso de Bisnaga, parecía tan viejo. Al salir del bosque camino de la ciudad su verdadera edad se había revelado en sus facciones; ahora parecía de una ancianidad inverosímil, debido sin duda a que la magia del bosque le había otorgado el don de la longevidad. Pampa Kampana

empezó a calcular su propia edad, cosa a la que no había prestado mayor atención —el bosque, de una manera que ella no comprendía, había impedido que su conciencia reflexionara sobre ello—, y la alarmó descubrir que debía de tener ochenta y seis años por lo menos; pero como la diosa le había otorgado el don de la juventud —no una juventud eterna, ¡pero sí muy duradera!—, seguía poseyendo el vigor y la apariencia de una joven de unos veinticinco años.

La voz horrorizada de su hija la sacó de sus cálculos aritméticos.

—¿Qué has hecho? —gritó Yotshna—. ¿Qué me ha pasado?

—Yo no he hecho nada —respondió Pampa Kampana—. Los años han pasado, pero dentro del bosque hemos vivido como en un sueño.

—Pero tú… ¡tú pareces una muchacha! —clamó Yotshna—. Podrías pasar por mi hija. Así que dime: ¿quién eres? Ni siquiera sé quién eres.

—Ya te lo he contado todo —dijo Pampa Kampana con una profunda desdicha en la voz—. Esta es mi maldición.

—¡No! La mía. Tú eres mi maldición. Fíjate en Haleya Kote. Parece a punto de morir en cualquier momento. Así que al final has encontrado la manera de arrebatármelo…

—Viviré —intervino Haleya Kote—, y volveré a por ti. Eso te lo prometo.

—No —dijo Yotshna, llorando—. Ella encontrará la manera de matarte. Lo sé muy bien. No te veré nunca más. —Y, dicho esto, huyó llorando hacia las profundidades del bosque.

Pampa Kampana sacudió la cabeza, entristecida, pero luego se recompuso.

—Vámonos —le dijo a Haleya Kote—. Hay trabajo que hacer.

Pampa Kampana volvió a Bisnaga envuelta en un manto que la cubría por entero, arrastrándose por el túnel secreto de la Recriminación y guiada por su fiel Haleya Kote hasta un lugar seguro, la casa de una astróloga de unos cuarenta años que se hacía llamar Madhuri Devi, una viuda menuda con aspecto de matrona, que accedió de buen grado a darle asilo. (Cuando Haleya Kote le dijo a Madhuri Devi quién era su

huésped, la astróloga abrió mucho los ojos en gesto de incredulidad, pero no hizo preguntas y acogió a Pampa Kampana en su casa). Resultó que en ese momento había muchos disturbios, tanto en la capital del imperio como en la ciudadela del enemigo, Zafarabad, de modo que nadie pensaba ya en la que fuera reina dos veces, y los recuerdos de la gente mayor que la había visto o había oído hablar de ella se iban desvaneciendo también. Lo que a todos preocupaba era la turbulencia en la dinastía reinante, así como entre los gobernantes de Zafarabad. Hukka Raya II había muerto de repente, y otro tanto le había ocurrido, cruzada la frontera septentrional del imperio, al sultán Zafar II: ambos Números Dos fallecían casi simultáneamente. Y, como era de esperar, la batalla por el poder estalló en ambos reinos.

Zafar II no había muerto apaciblemente mientras dormía, como Hukka Raya II. Su tío Daud, acompañado por otros tres asesinos, entró en la alcoba real y lo mató a puñaladas. Un mes más tarde, el asesino era asesinado a su vez mientras oraba en la Gran Mezquita de Zafarabad. Otro noble, Mahmud, subió al trono después de dejar ciego al hijo de ocho años del asesinado Daud, poniendo fin así a toda disputa referente a la sucesión. Zafarabad entera estaba inmersa en el caos y el desaliento.

Mientras tanto, en Bisnaga las cosas no iban mucho mejor. Hukka Raya II tenía tres hijos, Virupaksha (por el dios que era la encarnación local de Shiva), Bukka (otro Bukka, sí) y Deva (es decir, Dios, sin más). Virupaksha accedió al trono y en unos pocos meses perdió mucho territorio, incluido el puerto de Goa, para luego ser asesinado por sus propios hijos. Estos a su vez fueron liquidados por Bukka, el hermano de Virupaksha, que se convertiría en Bukka Raya II, pero tampoco iba a durar mucho tiempo. Fue asesinado por el tercer hermano, Deva, el cual estaba convencido de que, como encarnación real del dios con quien compartía nombre, poseía un derecho divino al trono. (Con él terminó el ciclo de asesinatos dinásticos; Deva gobernaría durante cuarenta años).

En aquellos años de revueltas llegó a Bisnaga un segundo portugués tratante de caballos, Fernão Paes, que tuvo la sensatez suficiente para

mantener un perfil bajo y limitarse a vender caballos, listo para salir por piernas en cuanto la cosa se torciera. Pero el negocio iba bien y Paes se convirtió en un visitante habitual. Llevaba un diario, y en él describía a Virupaksha y Bukka II diciendo que «solo les interesaba emborracharse y fornicar, normalmente por ese orden». Deva Raya podría haber seguido ese mismo camino, pero era el más influenciable de los tres y por consiguiente, como se verá, su historia iba a ser distinta, motivo por el cual consiguió salvar el cuello y acabar muriendo simplemente de viejo.

«El mundo está patas arriba —pensó Pampa Kampana—. Me toca a mí volver a enderezarlo».

Aunque había transcurrido mucho tiempo y para el nuevo rey, Deva Raya, la huida de Pampa Kampana era solo una historia pasada y concluida, el SDA seguía existiendo y en alguna parte estaba también el anciano Vidyasagar, de modo que había que actuar con prudencia. En el cuarto de Pampa había un nicho, y Madhuri Devi insistió en que durante el día su invitada se escondiera allí dentro. Luego Madhuri ponía delante un aparador de madera para ocultar lo que había detrás, y por la noche lo retiraba a fin de que Pampa Kampana pudiera salir. Como precaución extra, Madhuri compraba víveres en dos sitios diferentes, el bazar principal, que era donde lo hacía habitualmente y donde la conocían bien, y un pequeño mercado en una parte alejada del centro de la ciudad, donde nadie sabía quién era; de este modo a nadie le extrañaría que comprase más comida de la necesaria para una sola boca y, por tanto, no sospecharía que estuviera comprando para dos. Pampa Kampana comprendió que la viuda era una avezada agente clandestina y no puso ninguna objeción. En el nicho que le servía de escondrijo adoptaba la postura del loto durante las largas y calurosas horas del día, cerraba los ojos y dejaba que su espíritu recorriera Bisnaga como lo había hecho en los primeros tiempos de su susurrar, atenta a los pensamientos de la ciudadanía y a las maquinaciones de los reyes. No empezó a emitir susurros hasta pasado mucho tiempo. Solo

escuchaba, a la espera.

Aún no era el momento de dar ningún paso. No buscó a Vidyasagar porque, de haber entrado en sus pensamientos, el decrépito centenario se habría percatado sin duda de su presencia cerca de allí, y a renglón seguido habría puesto patas arriba toda la ciudad para encontrarla, de modo que su escondrijo secreto dejaría de ser secreto en poco tiempo. Solo lo veía en sus consecuencias, en la supervivencia y fortaleza de su hermano Sayana, para entonces muy viejo también pero todavía inmensamente poderoso y, a juicio de Madhuri Devi, la invisible mano negra detrás de todos los asesinatos.

—Desde el primer momento su objetivo ha sido poner a Deva en el trono —le dijo a Pampa Kampana—, porque la vanidad de Deva y su complejo de Dios lo hacen susceptible a halagos de todo tipo, y es por tanto el candidato más fácil de controlar. —Y si todo aquello lo había planeado Sayana, entonces era en realidad el plan de Vidyasagar, y Deva Raya no era más que un títere en manos del anciano.

—Me ocuparé personalmente de sacar a este joven rey de las garras de los dos viejos hermanos —dijo Pampa Kampana—, y ese será el comienzo de la renovación, Bisnaga volverá a ser la de antes.

—Puede que eso lleve más tiempo del que te imaginas —dijo Madhuri Devi.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Pampa Kampana.

—Según las estrellas —respondió Madhuri Devi—, tú volverás a casarte una vez más con un rey de Bisnaga, pero no será con este y tampoco será pronto.

—Madhuri, te agradezco mucho que me des cobijo, pero la verdad es que no hago mucho caso de las estrellas —dijo Pampa, y al cabo de unos instantes, añadió—: ¿Para cuándo crees que será?

—No sé ni si es siquiera posible —dijo Madhuri Devi, frunciendo el ceño—, claro que tampoco entiendo cómo tú eres posible. Recuerdo que cuando era pequeña mis abuelos ya hablaban de ti, y sin embargo te miro y pareces más joven que yo. En fin, las estrellas lo dicen muy claro: será dentro de unos ochenta y cinco años.

—Demasiado tiempo —dijo Pampa Kampana—. Habrá que hacer

algo al respecto.

En su época, el pueblo decía de Deva Raya que era un gran monarca, pero en el *Jayaparajaya* Pampa Kampana lo llama el «rey marioneta», porque permitió que no uno, sino dos amos invisibles manejaran sus cuerdas, cayendo así bajo el hechizo de dos rivales cuya pugna conformaba el meollo de la historia secreta de Bisnaga: primero el sacerdote Vidyasagar y luego la «protegida» de este, de quien él había abusado y que le rechazó para convertirse en su mayor adversario, esto es, la propia Pampa Kampana, que fue reina y que volvería a serlo.

En el inicio de su reinado Deva Raya era el obediente títere de Sayana y del SDA, o lo que es lo mismo, de Vidyasagar, el marionetista ausente. Hizo construir el hermoso templo de Hazara Rama en el corazón del Recinto Real, que, a partir de entonces, y hasta el final mismo, se convirtió en lugar privado de culto para los reyes de Bisnaga. El puritanismo del SDA y su intolerancia frente a otras confesiones siguió como antes. Y también bajo la influencia expansionista del SDA, Deva Raya partió a la guerra con mucha frecuencia. Durante casi veinte años combatió y derrotó a todos sus vecinos, incluido Mahmud de Zafarabad. Todo ello acrecentó su gloria, pero supuso también que la ciudad de Bisnaga quedara durante largos periodos en manos de Sayana, el cual empezaba a estar viejo y enfermo, y de Vidyasagar, viejo y enfermo desde hacía ya muchos años. El consejo real, controlado por el SDA, se había atrofiado también. Tanto tiempo en el poder, y el hecho de que sus principales miembros fueran ya viejísimos, había generado pereza e incompetencia, lo cual dio pie a su vez —en los miembros no tan ancianos del consejo— a una considerable corrupción fiscal y al gusto por perversiones sexuales que la política oficial condenaba con firmeza. Como resultado de ello, los ciudadanos de Bisnaga empezaron a suspirar por un cambio.

Era la oportunidad que Pampa Kampana estaba esperando. Durante las horas que pasaba escondida en el nicho y también gran parte de la noche, empezó a susurrar.

—No comes nada —le decía Madhuri Devi, preocupada—. Si eres humana, en algún momento tendrás que comer.

Pampa Kampana accedió educadamente a reservar media hora diaria para comer y charlar con su anfitriona. El resto del tiempo lo pasaba con los ojos cerrados, visitando la mente de los bisnaguianos.

—No duermes nunca —se maravillaba Madhuri Devi—. Que yo sepa, al menos. ¿Qué clase de ser eres tú? ¿Una diosa que se ha colado en mi casa?

—Cuando era pequeña fui habitada por una diosa —explicó Pampa Kampana—. Eso me cambió de muchas maneras, algunas de las cuales ni siquiera todavía ahora comprendo.

—¡Lo sabía! —dijo Madhuri Devi, y se postró de rodillas.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Pampa Kampana.

—Adorarte —dijo Madhuri Devi—. ¿No es eso lo que debe hacerse?

—No, por favor, no hagas eso —dijo Pampa—. He perdido a una hija por un extranjero y por el mar, y dejado a otras dos en un bosque. Me doy cuenta ahora de que esta tarea puede llevarme muchos años, y es posible que mis hijas estén muertas antes de que la termine. Haleya Kote seguro que lo estará, y puede que tú también hayas llegado al final del camino. Sin embargo, en mi interior hay algo que es indiferente a todo eso, que solo piensa en la tarea que me ha sido encomendada. He dado la espalda a mis hijas igual que mi madre me la dio a mí. No soy persona a la que debas venerar. Levántate ahora mismo.

Susurrar no fue una operación tan simple como lo había sido al principio. Aquella vez se trataba de la Generación Creada, personas nacidas de semillas, y no tenían nada en la cabeza, eran páginas en blanco, y cuando ella escribió la historia de cada cual en esas páginas, todo el mundo aceptó sin protestar el relato que les metía en la cabeza. Ella se los inventaba y ellos se convertían en las personas de su invención. Apenas si hubo resistencia. Pero la gente a la que ahora tenía que susurrar ya no era invención suya. Esas personas habían

nacido y se habían criado en Bisnaga, tenían una historia familiar propia que se remontaba a dos y hasta tres generaciones, y por lo tanto no eran fantasías maleables. Por otra parte, las autoridades actuales, es decir el SDA, habían fomentado la idea de que la historia del nacimiento de Bisnaga era mentira, y que otra mentira era la verdad: Bisnaga no había nacido de semillas, sino que era un reino muy antiguo con una historia cuyo origen nada tenía que ver con los desvaríos de una bruja susurradora.

Y otra cosa más: la ciudad había crecido, y con ella la población. Esta vez tendría que convencer a muchos de ellos de que el relato culto, abierto y refinado que les estaba ofreciendo de Bisnaga era mejor que el provinciano, elitista y —según su manera de pensar— bárbaro relato oficial del momento. No era nada seguro que la gente prefiriera lo refinado a lo bárbaro. La política de partido respecto a miembros de otras confesiones —nosotros somos buenos, ellos son malos— era de una claridad contagiosa. Y otro tanto la idea de que toda disensión era antipatriótica. Si al pueblo se le daba a elegir entre pensar por sí mismo o seguir ciegamente a sus líderes, serían muchos los que optarían por la ceguera antes que por la visión clara, tanto más cuanto que el imperio estaba prosperando y había comida en la mesa y dinero en los bolsillos. No todo el mundo tenía ganas de pensar, si podía comer y gastar dinero. No todo el mundo quería amar a su prójimo. Algunos preferían el odio. La cosa no iba a ser fácil.

Haleya Kote fue a verla por la noche, cuando Pampa Kampana había salido unas horas de su nicho de introspección. Yotshna le había comentado que tenía un aspecto horrible, y ahora Haleya estaba aún peor que cuando ella se lo había dicho.

—No me queda mucho tiempo —le dijo— y tengo una promesa que cumplir.

—Ve —dijo ella. De un pliegue de su vestido sacó una bolsita con monedas de oro—. Ve en busca del nuevo extranjero, ese tal Paes, y cómprale el caballo más veloz que tenga. Ve al bosque y abrázala. Y dile que le mando mi amor.

—Ella también te quiere —dijo Haleya Kote—. ¿Y si vienes conmigo?

—Sabes que no puedo —dijo Pampa Kampana—. Tengo que meterme en un agujero detrás de un aparador para intentar crear un movimiento de masas. En un tiempo fui reina. Ahora soy una revolucionaria. ¿O suena demasiado grandilocuente? Digamos que soy una bruja escondida detrás de un armario.

—Entonces me despido de ti y parto para mi último viaje —dijo Haleya Kote.

*(En el* Jayaparajaya *Pampa Kampana nos cuenta la extraordinaria historia de ese viaje de regreso. Cabe preguntarse cómo pudo ella saber lo que ocurrió, ya que no estaba presente. Sería perdonable deducir que todo el episodio es inventado. La poetisa borra esas dudas de un plumazo. Se lo contaron los pájaros, escribe. Al cabo de los años, cuenta, cuando salió de su reclusión, cuervos y loros le hablaron en la Lengua Maestra).*

—No le fue fácil regresar —explicó el cuervo—. Primero tuvo que sobornar al portugués para que sacara el caballo de la ciudad y lo llevara a un lugar de encuentro secreto. Y luego, camino del bosque, empezó a encontrarse mal.

—Cerca ya del bosque empezó a tener fiebre alta y a delirar —dijo el loro—, y mientras cabalgaba iba gritando cosas sin sentido.

El cuervo prosiguió el relato:

—Para cuando llegó al bosque, había perdido totalmente la cabeza y no sabía ya quién era. Lo único que sabía era que necesitaba verla.

—Pero como tú sabes —dijo el loro—, el bosque es un lugar peligroso para aquellos que no saben, o han olvidado, quiénes son.

—Entró en el bosque a la carrera gritando el nombre de su amada —continuó el cuervo—. Pero entonces soltó un alarido, pues la magia del bosque se había apoderado de él. Cayó de bruces y ya no se levantó.

—Ella acudió corriendo —dijo el loro—, pero era demasiado tarde.

—Cuando llegó, la persona que yacía en el suelo no era ya su amado Haleya Kote —declaró el cuervo con gran solemnidad.

—Era una mujer moribunda, parecía que tuviera cien años —dijo el loro con tristeza.

—E iba vestida con las prendas del viejo soldado —añadió el cuervo.

# 12

Por fin, a la muerte de Sayana, el consejero del rey, Pampa Kampana decidió que era el momento de actuar. Para entonces nada se sabía de Vidyasagar. Si efectivamente vivía aún, lo más seguro era que estuviese postrado en un catre como un bebé anciano, indefenso, aferrándose a la vida con uñas y dientes, pero incapaz de hacer absolutamente nada. Sus horas habían terminado. Los principales miembros del SDA estaban igual de marchitos y desdentados. Se diría que el imperio estaba al mando de cadáveres, que los muertos gobernaban a los vivos, y los vivos ya estaban hartos de eso.

Desde su nicho detrás del aparador Pampa Kampana empezó a susurrarle al rey. En algún lugar de palacio Deva Raya se agarró la cabeza con ambas manos, ajeno al origen de aquella tromba de pensamientos nuevos y extraordinarios —sin comprender cómo era posible que estuviera teniendo aquella inspiración cuando nunca en su vida le había pasado—, hasta que acabó atribuyéndose el mérito de haberse convertido en un verdadero genio. Así se lo dijo la voz que oía dentro de su cabeza. Le halagó diciéndole que ella, la voz, era la manifestación de ese genio. Tenía que escuchar y dejarse guiar por lo que ella —¡por lo que él mismo!— le decía que hiciera.

Esa voz en su cabeza le dijo que olvidara la guerra y el fanatismo.

—Tú eres Deva, un ser divino, sí, lo eres, pero ¿por qué ser solo un dios de la Muerte? ¿No estás harto de volver del campo de batalla salpicado de sangre y vísceras? ¿No prefieres ser un dios de la Vida? En lugar de ejércitos, podrías enviar diplomáticos y hacer la paz.

«Sí, sí —pensó Deva—, haré exactamente lo que justo ahora me estoy sugiriendo a mí mismo, enviaré diplomáticos y firmaré la paz con todos, claro que sí. Incluso con Zafarabad, por qué no».

—Y el fanatismo —le recordó la voz—. Olvídate también del

fanatismo.

«Sí, sí —pensó él—. ¡Demostraré lo tolerante que me he vuelto! ¡Me casaré con una jainita! Bhima Devi es guapa, me casaré con ella e iré a rezar a sus templos preferidos. Y como segunda esposa tomaré a una musulmana. No sé dónde la voy a encontrar, pero seguro que alguna sale. Parece ser que en Mudgal hay un orfebre musulmán cuya hija es muy hermosa. Investigaré. ¿Y qué más, brillante cerebro mío, qué más?

—Agua —le susurró Pampa Kampana.

«¿Agua?».

—La ciudad ha crecido tanto que no hay suficiente agua para que todos beban. ¡Haz construir una presa! Que sea más abajo de donde confluyen el Tunga y el Bhadra, allí donde se convierten en el ancho y torrentoso Pampa, y luego construye un gran acueducto para llevar el agua dulce del río hasta la ciudad, y pon surtidores en todas las plazas para que beban los que tienen sed y se bañen los que están sucios y puedan lavarse la ropa, y así el pueblo te amará. Es más fácil crear amor con el agua que con la victoria.

«¡Eso, eso! ¡Una presa! ¡Un acueducto! ¡Surtidores! El agua es amor. Seré el dios-rey de las amadas presas. Haré que el amor fluya por toda la ciudad y me convertiré en el predilecto del pueblo, su ser más querido. ¿Algo más?».

—¡Tienes que ser un mecenas de las artes! Haz venir poetas a la corte, Kumara Vyasa para la lengua kannada, Gunda Dimdima para el sánscrito, y al rey de los poetas, Srinatha, para la lengua telugu. ¿Y sabes qué? ¡Seguro que tú también sabes escribir excelentes poemas!

«Sí, sí, poesía, poetas. ¡Y romances! Eso sé escribirlo, ¡y lo haré!».

—Trae también a matemáticos. ¡Nuestro pueblo adora las matemáticas! Y constructores de barcos, no solo de guerra, sino también mercantes y barcazas reales con las que podrás visitar los trescientos puertos del imperio. Y asegúrate de que mucha de esa gente nueva, pintores, poetas, calculadores, diseñadores, sean mujeres, ¡porque se lo merecen tanto como los hombres!

«¡Sí, sí! Haré todo eso y más. Mis pensamientos son más brillantes que yo, pero de ahora en adelante seré tan magnífico como mis

pensamientos».

—Ah, y una cosa más. Deshazte de esas momias de sacerdotes que te rodean y que te llenan la cabeza con sus anticuados conceptos, y restaura el viejo consejo real. Puedes introducir allí a los poetas, los matemáticos, los arquitectos del acueducto y la presa, los diplomáticos; el brillo de su inteligencia redundará en el de la tuya propia.

«¡Buena idea! Me alegro de que me haya venido todo esto a la cabeza. Voy a poner manos a la obra».

«Y ahora —pensó Pampa Kampana—, el asesino de mi nieto es mi propia marioneta».

En aquellos tiempos la gente de Bisnaga tenía una relación complicada con los recuerdos. Quizá desconfiaban de ellos inconscientemente, sin saber ni mucho menos creer que en el principio de los tiempos Pampa Kampana había plantado en sus antepasados historias de ficción, y que con su fértil imaginación había creado la ciudad entera. En cualquier caso eran personas con escasa consideración por el pasado. Preferían —¡como los habitantes del bosque encantado de Aranyani!— vivir totalmente en el presente, sin demasiado interés por lo ocurrido antes, y puestos a pensar en otro día que no fuera hoy, entonces pensaban en mañana. De ahí que Bisnaga fuera un lugar dinámico, capaz de una inmensa energía de cara al futuro, pero también un lugar aquejado del problema de todos los amnésicos, esto es, que dar la espalda a la historia era hacer posible una repetición cíclica de sus crímenes.

Noventa años habían pasado desde que Hukka y Bukka Sangama esparcieran las semillas mágicas, y a estas alturas la mayoría de la gente consideraba esa historia un simple cuento de hadas; estaban seguros de que «Pampa Kampana» era el nombre de un hada buena, no una persona real sino un personaje de cuento. Incluso su propio nieto, Deva Raya, así lo creía. Conocía la historia de cómo su padre Bhagwat Sangama, el hijo repudiado de la hechicera, se convirtió en Hukka Raya II y juró vengarse de Pampa, su nada maternal madre —la abuela de Deva Raya—, y vengarse también de las favoritas de Pampa Kampana,

sus tres hijas. Incluso aunque la mitad de todo ello fuera verdad, pensaba Deva Raya, esa historia había terminado. En caso de estar viva, su abuela tendría unos ciento diez años, lo cual era absurdo, claro. Y todas aquellas necedades sobre sus poderes de brujería, también eran una absurdez. Sí, probablemente había sido una mala mujer, pero no una bruja, y ahora todo aquel mundo antiguo desaparecería con ella. Lo único que le importaba a Deva era escuchar la voz de su propio genio en su cabeza, la voz que le indicaba el camino a seguir hacia el futuro. Ahora tocaba acueductos, matemáticos, barcos, embajadores, poesía. ¡Sí, sí!

¿Y Vidyasagar? El enemigo de Pampa Kampana estaba a pocos días de la muerte, tras fracasar en su intento de vivir tanto como ella y frustrar sus planes. Pampa Kampana no tenía que preocuparse más por él.

Hubo disturbios en las calles a raíz de que Deva Raya anunciase su repentino y radical cambio de dirección. Los matones de la antigua estructura de poder no se rindieron fácilmente. Desde el plácido refugio de su antigüedad en el cargo, la vieja guardia recusada guio a sus fuerzas de asalto en un intento de controlar las calles. No estaban acostumbrados a ver malogrados sus planes, y sí a hacer siempre la suya, a ser temidos y por tanto obedecidos. Pero se encontraron con una inesperada resistencia. Los años de susurros habían dado un fruto imprevisto. De todos los puntos de la ciudad, tanto de los bajos fondos como de las grandes vías comerciales, desde los tranquilos retiros de los ancianos hasta los ruidosos lugares de reunión de la juventud, la gente salió a la calle y opuso resistencia. La bandera de la Recriminación, una mano con un amonestador dedo índice enhiesto, apareció en todos los bulevares, y ese símbolo fue pintado en muchas paredes. La transformación forjada por Pampa Kampana se hacía patente en toda su prodigiosa fuerza. Ese fue el nacimiento de la Nueva Recriminación, como se la conocería: ya no iba contra el arte ni contra las mujeres ni era hostil a la diversidad sexual, y abrazaba en cambio la poesía, la libertad, la feminidad, la alegría de vivir; del manifiesto fundacional solo quedaban la Primera Recriminación (sobre la implicación del orbe

religioso en el gobierno), la Segunda Recriminación (sobre las congregaciones masivas de culto) y la Cuarta (que anteponía la paz a la guerra). Los gorilas armados del *ancien régime* hubieron de batirse en retirada. El aparato de aquel régimen que antes parecía todopoderoso e invencible se desmoronó en cuestión de días y se esfumó como el polvo, así de podrido estaba por dentro; no pudo tenerse en pie cuando lo empujaron.

En palacio, el rey estaba perplejo ante la rapidez con que se sucedían estos acontecimientos. Entonces oyó el susurro de la voz, esa voz que él había dado en pensar que era la de su propio genio.

—Lo has conseguido.

«Sí, sí —se aseguró a sí mismo—. Lo he conseguido».

Un nuevo día amaneció en Bisnaga. Pampa Kampana abandonó su nicho y salió a la luz del sol. Su disfraz, su *agyatvaas*, resultó no ser otro que su propio aspecto. En los años de la segunda edad de oro que siguieron al gran Cambio y a la asunción por miembros de la Recriminación de puestos destacados en el gobierno del Estado, Pampa Kampana estaba irreconocible, todo el mundo la veía como una joven de veintitantos años, y solo un pequeño círculo de íntimos sabía que era la gran fundadora de la ciudad y que rondaba los ciento diez. Su persona de confianza, la astróloga Madhuri Devi, que se había convertido en una de las principales dirigentes de la Recriminación, fue nombrada miembro del consejo real y recomendó a su amiga al rey, diciéndole que era una mujer de insólitas cualidades y que estaría bien contar con ella para servir al Estado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Deva Raya cuando Pampa Kampana fue conducida a su presencia.

—Pampa Kampana —respondió Pampa Kampana.

Deva Raya soltó una sonora carcajada.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó, enjugándose los ojos—. ¡Sí, sí, jovencita! Tú eres mi abuela, pues claro que sí, y además estás de suerte: no te guardo rencor como mi padre, aparte de que necesitamos una matriarca de tu sabiduría en el equipo.

—No, gracias, majestad —dijo Pampa Kampana, altiva—. En primer

lugar, si no me crees ahora, cuando no soy nadie, entonces no confiarás en mí cuando sea tu consejera. Y, en segundo lugar, tal como me ha contado mi amiga la astróloga Madhuri Devi, no es este mi momento, para el cual faltan décadas todavía y en el que me casaré con un rey diferente. Además, no podría casarme contigo porque eso sería incesto.

Deva Raya volvió a desternillarse de risa.

—Madhuri Devi —exclamó—, qué gran humorista, esta amiga tuya. ¿Y si le propongo que venga en calidad de nuevo bufón de la corte? Hacía años que no me reía tanto.

—Debo excusarme, majestad —dijo Pampa Kampana, intentando no parecer ofendida—, pero tengo que irme.

El reinado de Deva Raya fue una época de grandes triunfos para Pampa Kampana, y ella bien podría haberse sentido más que orgullosa por ese motivo. Sin embargo, en las estrofas donde describe aquellos días se muestra ferozmente autocrítica.

«Empiezo a tener la sensación —escribió— de que soy más de una sola persona, y no todas ellas admirables. Soy la madre de la ciudad (aunque pocas personas crean que soy ella), pero estoy lejos de mis hijas, y durante esta separación no me siento en absoluto como su madre. Los años pasan y no me he preocupado de saber si están vivas o muertas. En qué ancianas se habrán convertido si es que todavía viven, damas de ojos verdes desconocidas para mí y que tampoco a mí me conocen, aunque yo siga siendo, en la superficie, la que era hace una eternidad. Esa persona, la que veo reflejada en agua o cristal, no sé tampoco quién es. Mi hija Yotshna me hizo esa pregunta —"¿Quién eres?"— y yo no tengo respuesta.

»Esta eterna juventud es una especie de condena. Este poder de influir en los pensamientos ajenos y alterar la historia es otra maldición. La brujería, el encantamiento de semillas mágicas y la metamorfosis, cuyos límites ni siquiera yo conozco: un tormento más. Soy un fantasma dentro de un cuerpo que se niega a envejecer. Al fin y al cabo, Vidyasagar y yo no somos tan diferentes. Ambos somos

espectros de nosotros mismos, perdidos en nuestro propio interior. Lo que sí sé es que soy una mala madre, y tanto mis hijos como mis hijas convendrían en esta afirmación. A veces no me siento siquiera persona, como si ya no existiese, como si ya no hubiera un "yo" con el que pueda identificarme. Quizá debería cambiar de nombre, o ir variando a lo largo del interminable futuro que se extiende ante mí. Cuando digo cómo me llamo nadie me cree, porque, naturalmente, soy inverosímil.

»Soy una sombra, un sueño. Es posible que algún día, cuando caiga la noche, me funda sin más con la oscuridad y desaparezca. A menudo pienso que eso no sería mala cosa».

El día en que Vidyasagar murió y la ciudad entera se sumió en el lamento y la oración, Pampa Kampana, aquejada por otro tipo de melancolía, hizo su primera visita a la taberna conocida como el Anacardo y pidió una jarra del potente licor de feni que Haleya Kote solía beber en compañía de un hombre que se convertiría en rey. Iba por la mitad de la jarra cuando alguien se le acercó, un individuo de aspecto extranjero, pelirrojo y con los ojos verdes.

—Una dama hermosa como tú no debería estar aquí sentada con una jarra de solitaria tristeza —dijo el hombre, con un fuerte acento—. Me gustaría aliviar tu carga, si me lo permites.

Ella le miró de arriba abajo.

—No es posible —dijo—. Hace tiempo que estás muerto. Yo soy la única que no se muere.

—Te aseguro que estoy bien vivo —replicó el desconocido.

—No seas absurdo —dijo ella—. Te llamas Domingo Nunes, lo sé muy bien porque fuimos amantes durante muchos años, y esto es solo una aparición producto del alcohol, porque tú desde luego ya no existes.

Y a punto estuvo de decir, aunque no lo hizo: «Y por cierto, tú eres el padre de mis tres hijas».

—He oído hablar de un tal Nunes —dijo el hombre, asombrado—. Fue uno de los pioneros que allanaron el camino para el negocio que

me ha traído aquí. Pero es alguien de otra época, demasiado lejana para ti desde luego. Yo también soy portugués. Me llamo Fernão Paes.

Pampa Kampana le hizo un repaso aún más minucioso.

—Fernão Paes… —repitió.

—A tu servicio.

—Qué locura —dijo ella—. Sois prácticamente iguales.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Paes.

—Soy demasiado mayor para ti. Pero en cierto modo también soy extranjera en este lugar. Nadie me reconoce. Yo edifiqué esta ciudad y soy una extraña en ella. O sea que ambos estamos simplemente de paso. Tenemos algo en común. Siéntate.

—No sé de qué hablas —le confesó Fernão Paes—, pero me gustaría averiguarlo.

—Tengo ciento ocho años —dijo Pampa Kampana.

Fernão Paes mostró la más zalamera de sus sonrisas.

—Bueno —dijo—. A mí me gustan las mujeres mayores.

Se había hecho rico vendiendo caballos al rey, a sus nobles y al ejército, lo que le permitió hacerse construir una mansión de piedra al estilo portugués, con grandes ventanas con postigos y vistas a la ciudad, y un pequeño jardín regado por uno de los primeros canales que se construyeron para llevar agua desde el enorme embalse contiguo a la presa. Tenía también un sembrado de caña de azúcar y hasta una pequeña arboleda. Pampa Kampana dejó la casa de la astróloga y se mudó a la residencia del extranjero. «Ahora no tengo techo —comprendió—. He de recurrir a la generosidad de otros».

Fernão Paes era un hombre con sustancia y complejidad emocionales, capaz de amar a Pampa Kampana pese a que no creyera las historias que ella le contaba de su vida. Cuando uno recorría océanos y continentes, oía contar cosas en las que ninguna persona sensata podía creer. En el puerto de Adén conoció a un marinero pobre que juraba que en tiempos más felices había descubierto el secreto de transmutar metales comunes en oro, pero unos corsarios le habían robado la fórmula tras capturarlo en el mar Mediterráneo, y ahora, debido a un golpe en la cabeza, no lograba recordarla, etcétera. Y había conocido a

una enana que aseguraba haber sido antes una gigante, hasta que una hechicera la hizo encoger, etcétera, etcétera; y a un muchacho de Brindisi que tenía una vista más aguda que nadie a quien hubiera conocido Paes y que afirmaba haber nacido águila hasta que un encantamiento lo hizo bajar a la superficie de la tierra convertido en un niño con vista de águila, etcétera, etcétera, etcétera.

En todas partes del mundo había personas que aseguraban no ser lo que parecían ser, que antes eran mejores, o peores, pero en todo caso diferentes, diferentes en muchísimos aspectos. Paes había conocido incluso a una mujer centenaria que pedía limosna a orillas del mar Rojo y que le dijo que cuando tenía veintiún años un ángel se había enamorado de ella y se la había llevado al cielo, pero a los vivos no les sentaba bien entrar en el cielo, envejecían rápidamente y a las pocas horas estaban muertos, o sea que le pedí al ángel —contaba la mujer— que me devolviera a la tierra, y este es el aspecto que tenía cuando aterricé, señor, y de eso hace solo dos años, señor, y tiene que creerme si le digo que han pasado dos años y sigo teniendo solo veintitrés. Tras haber escuchado la historia de la anciana que aseguraba ser joven, a Fernão Paes no le extrañó toparse con una joven que aseguraba ser vieja, de modo que le siguió la corriente a Pampa Kampana, sin juzgarla. El mundo entero estaba loco. Si en algo creía Paes, era en esto. El único que estaba cuerdo era él.

Al principio, una vez en casa de Paes, Pampa Kampana pensó que se había enamorado de él, pero luego comprendió que lo que sentía no era amor sino alivio. Desde que abandonara el bosque se había sentido molesta, ofendida incluso, por la incredulidad general, salvo en el caso de Madhuri Devi, un escepticismo que había culminado en la descortés carcajada del rey, pero ahora, en lugar de sentirse insultada, lo que experimentaba era el placer del nuevo anonimato. Por primera vez desde que tenía nueve años se la podía eximir de ser Pampa Kampana, o, mejor dicho, podía ser «esta» Pampa Kampana, la pobre diabla con nombre famoso, en vez de la Pampa «de verdad», quien, en opinión de casi todo el mundo, no existía más que en el recuerdo. Se le ofrecía una segunda oportunidad en la vida; no solo eso, sino también la

posibilidad de ocupar un puesto común y corriente en el mundo en lugar de uno constantemente extraordinario. Aquel hombre, Fernão Paes, era intrépido y vivaz, daba la impresión de ser sincero respecto a lo que sentía por ella y, lo mejor de todo, estaba ausente durante largas temporadas, viajando entre Bisnaga y las tierras de Persia y Arabia en busca de buenos caballos para vender. «A decir verdad —se dijo a sí misma—, es el mejor hombre que podía encontrar. Además de leal y cariñoso, me ha proporcionado un techo y comida, y la mayor parte del tiempo ni siquiera está en casa».

Así fue como Pampa Kampana entró en la segunda fase de su exilio. Durante la misma estuvo físicamente presente en Bisnaga, pero convino con el grueso de los ciudadanos en que ella no era la persona que ella sabía que era, sino alguien del montón, una persona distinta con quien solo compartía el nombre. Lo único que seguía atormentándola, debido al asombroso parecido de Fernão Paes con Domingo Nunes, tenía que ver con sus hijas, que no requerían cuidados maternos, cierto, pues eran ya mujeres casi ancianas, pero no saber cómo estaban, si bien o mal, si eran felices o desdichadas, si estaban vivas o muertas, eso la angustiaba. Zerelda había escogido un camino que le iba como anillo al dedo, una vida viajera en la línea de la de Domingo Nunes («o sea que ha heredado eso de él», pensó Pampa Kampana), y Yuktasri estaba muy a gusto con las mujeres silvestres del bosque, incluso se había convertido en una más de ellas, pensaba a menudo con alivio Pampa Kampana, así que de tres, dos. El problema era Yotshna. Yotshna era la que lo pasaba mal, la que no perdonaba a su madre. Y era su mirada acusadora lo que acosaba en sueños a Pampa Kampana.

Fernão le dijo que el rey lo tenía perplejo.

—Cuando llegué por primera vez a Bisnaga, todo el mundo asesinaba a todo el mundo —comentó una mañana durante el desayuno. (Él desayunaba como un salvaje: cantidades de pan con levadura, pedazos de queso hecho con leche de vaca, café ahogado también en leche de vaca, que él llamaba *galão*; cosas que ninguna persona en su sano juicio comería de buena mañana)—. Y un día escribí en mi diario —continuó — que a Deva Raya y a los criminales de sus hermanos solo les

interesaba emborracharse y fornicar. Pero debería haber añadido: «y matarse unos a otros».

«Ay, mi descendencia masculina —pensó Pampa Kampana—. Un hatajo de inútiles, escoria todos ellos. Los padres que fueron mis hijos y sus hijos también».

—Luego Deva Raya cayó bajo el influjo de Vidyasagar, Sayana y el SDA, y se calmó. Hasta se volvió puritano —prosiguió Paes—. Pero de golpe y porrazo volvió a cambiar, repudió a los sacerdotes y toda Bisnaga celebró su nueva actitud, abierta y tolerante, y ahora hay ferias y festejos a menudo, la gente dice que es un gran rey y que esta es una edad de oro. Yo tengo la impresión de que el tipo no piensa por sí solo, que necesita a alguien que le diga cómo comportarse y actuar, pero que me aspen si sé quién le ha apartado de los teócratas. Tiene que haber uno o varios individuos en la clandestinidad diciéndole al oído lo que debe hacer.

«Sí, querido —pensó Pampa Kampana—, pero cuando te lo conté no quisiste creerme».

—Puede que sea Madhuri Devi —dijo ella—. La Nueva Recriminación parece haberse convertido en el partido gobernante, el grupo que el rey utiliza para labores de gobierno.

Pampa Kampana y Madhuri Devi continuaban siendo amigas, y la astróloga, ahora consejera real, solía hablarle de lo que pasaba en palacio. Aunque Madhuri disponía de aposentos en el recinto palaciego, no había dejado su antigua casa y se reunían allí las dos, en privado, para tomar té y charlar.

—La verdad es que Deva Raya ha perdido todo interés en la tarea de ser rey —le comentó un día Madhuri—. Lo deja todo en nuestras manos y ha vuelto a las juergas de cuando era joven, solo que ya no está para hacer muchas locuras.

—Beber y fornicar —dijo Pampa Kampana—. Sobre todo lo segundo, según parece. En el mercado la gente habla de su ejército de esposas.

—Lo de fornicar es más que nada teórico —dijo Madhuri Devi—. Sí, tiene doce mil esposas. Eso es para alardear de potencia sexual. Pero dudo que haya sido capaz de hacer nada vigoroso con ninguna de ellas.

No está muy en forma, ni bien de salud. Le gusta ponerse prendas de raso verde con collares de piedras preciosas y muchos anillos en los dedos, y pasar el rato tumbado con la cabeza en el regazo de una de ellas mientras las otras le rodean. Hay planes de sacarlas a todas en procesión por la ciudad para alardear de ellas ante el pueblo. Cuatro mil esposas irán a pie, para que se vea que son poco más que criadas. Cuatro mil irán a caballo, para indicar su condición más elevada. Y cuatro mil serán transportadas en palanquines. Eso es lo peor de todo.

—¿Por qué?

—Deva Raya quiere que esas cuatro mil se inmolen en su pira funeraria cuando él muera. Es la condición que puso cuando las hizo reinas, y como ellas han aceptado les corresponde el máximo honor.

—No, no se quemará a ninguna otra mujer en la pira de un hombre aquí en Bisnaga —exclamó Pampa Kampana con gran vehemencia—. Nunca más.

—Estoy de acuerdo —dijo Madhuri Devi—. Yo creo que es porque aún le queda un poco de la mentalidad del viejo SDA.

Mientras miraba cómo Fernão Paes daba buena cuenta de su salvaje desayuno extranjero, Pampa Kampana se acordó de su madre y de aquellas terribles llamas, y tomó la decisión de susurrarle al rey una vez más, lo antes posible. Terminado su ágape, Fernão Paes se levantó de un salto para empezar la jornada. Antes de ir a los establos, se detuvo un momento y le dijo estas sabias palabras a Pampa Kampana:

—Cuando la gente empieza a hablar de edad de oro, suele pensar que ha nacido un mundo nuevo y que va a durar siempre. Pero lo cierto de eso que llaman edades doradas es que nunca duran mucho. Unos cuantos años, quizá. Siempre surgen problemas.

En la estación cálida, antes de que llegaran las lluvias, dormían en el tejado plano de la casa en sendas camas de cuerda tejida, *charpais*, encerradas dentro de mosquiteras blancas, y Pampa Kampana se imaginaba que el mundo entero era un fantasma y ella el único ser vivo. Dentro de aquel cubo de blancura, en la oscuridad de la noche,

tenía la sensación de no haber nacido aún, de estar en la antesala de la vida y con el anhelo de hacer de ella algo nuevo, algo nunca visto. Empezó a abrigar esperanzas; soñaba que iba a lomos de un *yali*, una especie de leogrifo, y que cruzaba el umbral de la vida para entrar al futuro. Por aquel entonces Deva Raya había ordenado la construcción de un nuevo templo, el Vitthala, que no se terminaría hasta noventa años después. En aquellos primeros días de su construcción toda una hilera de *yalis* de piedra se pavoneaban bajo el cielo despejado a la espera de que el gran edificio fuera creciendo a su alrededor. Siempre que uno entraba o salía de un templo de estas características, o cuando uno empezaba una nueva empresa, era aconsejable pedir la bendición a un *yali*. Pampa Kampana comprendió que su sueño era un buen auspicio para empezar de nuevo.

Sabía también que tales supersticiones eran una sandez, y que había que fiarse tan poco de ellas como de las predicciones astrológicas de su amiga Madhuri.

Una noche en que el aire estaba impregnado de la humedad que aún no había empezado a caer del cielo, el graznido de un cuervo junto a su oído despertó a Pampa Kampana. Comprendió de inmediato que su otro mundo había venido para llevársela.

—Ka-ah-eh-va —dijo en voz baja Pampa Kampana, para no despertar a Fernão Paes, que dormía bajo la mosquitera de al lado.

—Bueno, no exactamente. —El cuervo habló en la Lengua Maestra—. Pero de la familia, eso sí. Puedes llamarme por ese nombre, si quieres.

—Me traes un mensaje —dijo ella—. Mis hijas… ¿cómo están?

—Hay una sola hija —respondió el cuervo—, y de ella es el mensaje.

—Pero ¿y mi otra hija? —preguntó Pampa Kampana aun sabiendo cuál sería la respuesta.

—Murió hace tiempo —dijo el cuervo sin ambages—. De mal de amores, según dicen, pero yo no sé nada. Solo soy el mensajero. No me mates. No soy más que un cuervo.

Pampa Kampana inspiró hondo, pugnando por contener las lágrimas.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó.

El mensaje de Yuktasri era el siguiente: «Guerra».

# 13

Los monos rosas llegaron al principio en grupos pequeños y su conducta fue cortés. Se comunicaban a duras penas mediante una torpe aproximación a la Lengua Maestra; se les entendía, pero su pronunciación daba risa. Dijeron ser, básicamente, comerciantes a sueldo de una sociedad mercantil con base en un lugar lejano, que incluso allí habían llegado noticias de las riquezas del bosque de Aranyani, donde por lo visto podían encontrarse productos que no crecían en ninguna otra parte del mundo: bayas de sabores desconocidos que hacían llorar de placer a quienes las degustaban, exquisitas calabazas de un dulzor sin parangón, y frutos que carecían de nombre porque no habían salido al mundo exterior, donde todo necesitaba ser nombrado para existir; y que en los ríos de la jungla había peces desconocidos, de carne tan suculenta que hombres y hasta monos eran capaces de atravesar el mundo para probarlos.

Solicitamos vuestro permiso, dijeron los monos rosas, para recibir parte del botín del bosque; os pagaremos en cualquier moneda que sea de relevancia para vosotros. Tal vez sería hora de que aprendierais el valor de la plata y el oro, sugirieron los monos rosas a los monos verdes y los monos marrones y, a través de ellos, al bosque en general e incluso a la propia Aranyani. El sonido que hicieron para describir aquellas monedas recordaba a una palabra de la lengua de la costa oriental, *kacu*, que, como no eran capaces de pronunciar bien, convirtieron en *cash*. «*Kacu*, *cash*, ahí está el futuro —aseguraron—. Con *kacu* podéis tener un lugar en ese futuro. Sin él, por desgracia, no seréis nada y al final el futuro aparecerá como un incendio forestal y arrasará toda esta jungla».

La gentileza mostrada por los monos rosas sedujo a los monos verdes y los marrones, que finalmente se avinieron a cooperar en vista de las

amenazas. Las otras criaturas de la jungla ignoraron las embajadas de aquellos esperpénticos forasteros de horrible acento. Solo las mujeres silvestres y, según se dice, la propia diosa Aranyani comprendieron que su modo de vida estaba en peligro. «El futuro» era una amenaza a la que no deseaban hacer frente. Pero pasó mucho tiempo sin que supieran qué medidas tomar.

*(Probablemente se entenderá mejor el relato de los monos rosas si se lo considera un aspecto de la fascinación del* Jayaparajaya *por el tiempo, tiempo dividido en ayer, hoy y mañana. Los monos que salen primero en estas estrofas, los langures grises de Hanuman, son, podríamos decir, el gesto de la poetisa hacia el pasado mítico de las grandes leyendas, mientras que estos recién llegados de color rosa representan un mañana todavía por conocer, un mañana que llegará plenamente mucho después de que la obra de la poetisa esté terminada. Esta es, al menos, la tesis que, con toda la modestia debida, aquí se presenta).*

Cuando Pampa Kampana le comunicó a Fernão Paes que debía partir y que le agradecería que le regalara un caballo, el extranjero no puso la menor objeción.

—Al principio de todo dijiste que solo estabas de paso en mi vida —dijo—, por tanto no puedo quejarme de que me hayas engañado. Y si, como tú afirmas, eres una anciana milagrosa que en otro tiempo fue la amante de Domingo Nunes, entonces debo aceptar también, aunque no pueda creerlo, que tú me ves como poco más que un eco, o un sustituto, de tu otrora enamorado. Sea como fuere, te agradezco el tiempo que me has brindado, y un caballo es lo menos que puedo ofrecerte a cambio.

Pampa Kampana se reunió una última vez con Madhuri Devi en la vieja casa del nicho.

—No volveremos a vernos —le dijo a la antigua astróloga—, pero sé que dejo mi ciudad y el imperio en las mejores manos. Asegúrate,

cuando llegue tu hora, de dejar ambas cosas en manos seguras.

—Nunca te he tenido por un ser sobrenatural, aunque lo seas —repuso Madhuri Devi—. Pero ahora veo tu soledad y la tristeza que eso conlleva. Para ti solo somos sombras fugaces tras un biombo. Debes de sentirte tremendamente sola.

—Anoche susurré cosas al oído del rey —dijo Pampa Kampana—. No te sorprenda, pues, si anuncia su decisión de prohibir la inmolación de viudas en el conjunto del imperio, y de restaurar el estatus de las bisnaguianas al que fue en otro tiempo.

—De todos modos, la Nueva Recriminación no habría permitido esa inmolación —dijo Madhuri Devi—. Pero gracias, es más fácil si el rey está de acuerdo.

—No más viudas en la hoguera —dijo Pampa Kampana, en lugar de «adiós».

—No más viudas en la hoguera —repitió Madhuri Devi.

Y dicho esto se separaron, sabiendo que era para siempre.

Después de que Pampa Kampana se marchara de Bisnaga por segunda vez, la llamada «segunda edad de oro» llegó a un abrupto final, como si con su partida ella hubiera bajado el telón sobre esos años. Deva Raya murió y, por fortuna, no ardieron mujeres en su pira funeraria. Las doce mil viudas fueron abandonadas a su suerte para que se apañaran lo mejor que pudieran. A esto siguió un periodo de incompetencia y corrupción. Pasaremos de largo la serie de reyes incompetentes, cada uno de ellos asesinado por quien le sucedería. Hubo numerosas decapitaciones y cabezas rellenadas de paja. Hasta que finalmente el último y patético rey Sangama fue decapitado por un general de nombre Saluva y la dinastía fundadora de Bisnaga tocó a su fin.

Poco nos cuenta Pampa Kampana sobre la breve «dinastía Saluva», pese a que durante este periodo fue restaurada buena parte de las arcas del imperio, pero escribe con afecto sobre un tal Tuluva Narasa Nayaka, otro general, cuya «dinastía Tuluva» suplantaría pronto a los Saluva y que reconquistó el resto de los territorios perdidos, mantuvo a

raya Zafarabad y demás adversarios, y fue el padre de un hombre durante cuyo reinado Pampa Kampana aprendería la más profunda lección sobre el amor en toda su larga vida. En su poema épico nos engatusa a nosotros, sus lectores, con la insinuación de que más adelante habrá una historia de amor, pero luego rehúsa explayarse y se limita a escribir, con su característica sencillez de expresión:

«Antes de todo eso, tuvimos que luchar contra los monos».

Al salir a lomos de caballo de Bisnaga, entristecida por su última conversación con Fernão Paes, gracias a la cual había entendido que él no era sino un eco del pasado, Pampa Kampana iba pensando en Domingo Nunes y en las tres hijas de las que este había sido padre, un padre obligado a permanecer en la sombra y cuya paternidad nunca le fue reconocida. «Le traté mal —se dijo para sus adentros—, y tal vez por eso no tengo nietos de su linaje. Es la venganza de su sangre». Sus hijas, que habían heredado al menos un poco de la magia que la diosa inoculara en su madre, serían las últimas de ese linaje, no el comienzo de una dinastía. La magia iría desapareciendo del mundo y sería reemplazada por la banalidad. Mientras cabalgaba de vuelta al bosque de Aranyani, es decir hacia el corazón mismo de lo fabuloso, Pampa Kampana lloraba ya la victoria de lo anodino, de lo mundano, sobre esa otra realidad. La victoria del linaje de unos chicos ordinarios sobre el de unas chicas extraordinarias. Y quizá la de unos monos rosas sobre el bosque de las mujeres.

Yuktasri Sangama, que la estaba esperando en el lindero del bosque, parecía el fantasma de su madre. Se mostró indiferente a la disparidad de sus respectivos aspectos externos.

—Sé lo que supone ser tu hija —le dijo a Pampa Kampana—: convertirme en tu abuela antes de que me muera. —No tenía el menor interés en seguir hablando de ello—. Debería haberte llamado antes —dijo—. Las cosas van mal, y el conflicto definitivo está a punto de comenzar.

El inicio del problema fue la buena disposición de los monos verdes y

marrones a invitar a sus árboles a grupos de monos rosa. Varios líderes de la facción rosa habían convencido a los monos verdes de que la tribu de los marrones era de temer, mientras otros jefes rosa persuadían a los marrones de las malas intenciones de los verdes. Eso quebró la paz en el bosque; los monos rosas se aliaron astutamente con los verdes en una zona del bosque y con los marrones en otra, y los ayudaron a derrotar a sus «rivales». Como única recompensa, pidieron el control de parte del orbe arbóreo de las tribus derrotadas. En poquísimo tiempo los monos rosas habían conseguido hacerse con zonas estratégicas del bosque, de las que se valieron para ir expandiendo el territorio bajo su control. Incluso recurrieron a los servicios de muchos monos de las otras tribus para que les ayudaran en su empresa. A partir de ahí, la riqueza del bosque quedó en sus manos.

—Nosotras no hicimos nada —le dijo Yuktasri a su madre—. Pensamos que eso era algo que debían resolver los monos y no intervinimos. Fue una estupidez. Deberíamos haber adivinado que llegarían cada vez más monos rosas, una oleada tras otra, y ahora dominan todo el bosque.

La diosa Aranyani podría haber impedido la invasión, apuntó Pampa Kampana, pero Yuktasri negó con la cabeza.

—Ella puede rodear el bosque con su línea de poder, su *rekha* protectora —dijo—, pero si son los propios moradores los que invitan a entrar a los intrusos, entonces no sirve de nada. Ahora los rosas son también moradores del bosque, y muchos de los otros, verdes y marrones, los apoyan e incluso hablan de dividir el bosque en zonas verdes y zonas marrones, y son tan tontos que no entienden que esa postura conducirá a que exista una sola zona, pero ni verde ni marrón. ¿Monos? No hay nada que hacer —dijo Yuktasri, cuya deslealtad al tradicional respeto mutuo entre habitantes de la jungla hablaba bien a las claras de la gravedad de la situación—. No se les puede enseñar nada.

—¿Y yo cómo puedo ayudar? —dijo Pampa Kampana—. Si ya ni siquiera vivo aquí…

—No lo sé —respondió su hija—. Pero me dije que si iba a morir

luchando contra la invasión rosa, entonces quería que tú también estuvieras aquí.

—¿Porque necesitas a tu madre —preguntó Pampa Kampana—, o porque quieres que muera yo también en la batalla?

—No lo sé —contestó Yuktasri—. Quizá las dos cosas.

*(En este punto del manuscrito se rompe la continuidad sin que haya explicación. Es posible que la autora destruyese algunas páginas, quizá porque le resultaba demasiado doloroso conservar en detalle el enfrentamiento con su hija, o tal vez simplemente porque Pampa Kampana dejó de lado ese asunto de familia para completar su relato de la crisis. En el siguiente párrafo pasa bruscamente de esta escena madre-hija a su segunda visita a Aranyani, la nunca vista diosa del bosque. He aquí la escena, tal como Pampa Kampana la dejó escrita. Cabe decir que es el único ejemplo en toda la literatura antigua en que la diosa del bosque se muestra a un ser humano tal como es).*

Ella, Pampa Kampana, extendió los brazos y llamó a la diosa por su nombre. El remolino se presentó como la otra vez, y momentos después, escondida dentro del follaje que giraba a su alrededor, era transportada hacia el cielo. Allí estaban los furiosos milanos negros, planeando como la otra vez sobre la bóveda del bosque, y el globo de luz dorada, y ella, Pampa Kampana, de pie sobre la rama más alta del más alto de los árboles. Pero esta vez el globo de luz se hizo aire y allí estaba la diosa Aranyani, flotando en el cielo, ofreciéndose a Pampa Kampana sin ostentaciones, no con la corona de oro y el enjoyado esplendor de un dios, sino vestida con sencillas prendas de bosque.

—Pídeme —dijo, como lo había hecho anteriormente.

—Cuando yo tenía nueve años la gran diosa Pampa penetró en mí —dijo Pampa Kampana—. Y si algún aspecto de ella permanece en mi interior, puede que yo albergue una fuerza mayor que la que conozco, y si esa fuerza se puede liberar y combinarla con la tuya, entre ambas

podríamos librar a la jungla de esta plaga de forasteros sin pelo y rabicortos.

—Sí, el poder está dentro de ti —le dijo Aranyani—, y de hecho es un poder mucho mayor que el mío; y, sí, yo puedo liberarlo. Pero cuando una fuerza semejante brota de un cuerpo humano mortal es más que probable que el cuerpo en cuestión quede destruido. Si haces esto, no puedo garantizarte que sobrevivas.

—Siempre les he fallado a mis hijas —dijo Pampa Kampana—. Al menos esta vez podré responder a la llamada de ayuda de una de ellas.

—Hay algo más —dijo Aranyani—. Se acerca el momento de que los dioses se retiren del mundo terrenal y dejen de interferir en su historia. Muy pronto los seres humanos, y, ya puestos, los monos de todos los colores, tendrán que aprender a apañárselas sin nosotros y a escribir sus propias historias.

—¿Qué será del bosque cuando deje de estar bajo tu custodia? —le preguntó Pampa Kampana.

—Sufrirá el destino de tantos bosques en la era del hombre —dijo Aranyani—. Vendrán hombres y, o bien convertirán esto en campos de cultivo, o bien construirán casas y carreteras, y tal vez quede un pequeño reducto fantasma de bosque, y las mujeres dirán: Mira, ahí está el recuerdo del bosque de Aranyani, y los hombres las mirarán con escepticismo o simple indiferencia.

—¿Y eso no te causa preocupación?

—Nuestra hora pasó —dijo Aranyani—; ahora es la vuestra. Incluso si tú (o la diosa que salga de ti) y yo juntas conseguimos ganar esta batalla, ni los animales ni los humanos podrán contar después con nosotros para que los protejamos o los guiemos o les brindemos ayuda. Puede que la victoria sea real, pero será provisional también. Eso debes entenderlo.

—«Por siempre» es una expresión sin sentido —dijo Pampa Kampana —. Mi única preocupación es el ahora.

Cuando Aranyani descendió en majestad hacia el lecho del bosque, todos los seres vivos inclinaron la cabeza con temor y respeto. Ninguno de ellos había visto antes a un ser divino, y la única reacción apropiada

era mostrar gratitud y sobrecogimiento. Ese día, todos los monos rosas fueron expulsados de la jungla. Se marcharon en silencio o, como mucho, murmurando sobre la injusticia cometida y sobre su certeza de que, algún día, volverían. Las mujeres silvestres los escoltaron fuera del bosque, pero todos sabían que el grueso de los invasores estaba acercándose y que aquello no era más que una maniobra preliminar. Pampa Kampana y la diosa del bosque fueron juntas a enfrentarse al enemigo. Cerca ya del perímetro septentrional, del otro lado del cual iba a tener lugar la batalla, Yuktasri Sangama se acercó a su madre por última vez.

—Te digo adiós y te doy las gracias —dijo.

*Avanzaron juntas*
*las dos grandes damas,*
*Diosa y Mujer,*
*en glorioso dueto*
*contra la delgada línea rosa*
*de nuestros invasores*
*y sembraron muerte y destrucción*
*entre el enemigo.*

(Nos cuenta —Pampa Kampana— que, mucho tiempo después, las mujeres silvestres le dijeron que Yuktasri había «muerto dichosa y apaciblemente mientras te veía ganar la guerra»; y los animales de la jungla le contaron en la Lengua Maestra lo que habían visto, y ella lo tradujo a su personal e inmaculada poesía).

*La guerra no fue en verdad una batalla,*
*sino apenas un instante de acción.*
*En dos soles dorados se convirtieron*
*Diosa y Mujer,*
*llameando y cegando y quemando,*
*consumiendo por completo al enemigo*
*con su fuego.*

Después de tan extraordinario y cataclísmico acontecimiento, el cuerpo inerte de Pampa Kampana fue transportado por las mujeres de la jungla a su antigua casa en el bosque y colocado sobre un lecho de musgo y hojas. Tenía la boca y los ojos abiertos y hubo que cerrárselos; las mujeres la dieron por muerta y pensaron en hacer una pira funeraria, pero entonces se oyó la voz de Aranyani en la que sería la última vez que la diosa se dirigía a las criaturas de la tierra: «No ha fallecido, solo está durmiendo. La he hecho caer en este profundo sueño curativo, y haré que grandes arbustos espinosos crezcan a su alrededor. Es preciso que la dejéis donde está hasta que un acto de amor la despierte».

Pasó el tiempo. (¿Notáis cómo pasa?) Cual fantasma que avanzara flotando por un pasillo de cortinas al viento frente a ventanas abiertas, como barco en la noche, o bandada de aves migratorias allá en lo alto, pasó el tiempo, las sombras se alargaron y encogieron de nuevo, crecieron hojas y cayeron de las ramas, hubo vida y hubo muerte. Y un día Pampa Kampana sintió como si una suave brisa le rozara la mejilla, y abrió los ojos.

Vio un rostro de mujer joven que la miraba, y era tan parecido al de ella que llegó a pensar si no estaría flotando sobre su cuerpo yacente y mirándose a sí misma. Pero entonces su mente se despejó. La joven vestía como un guerrero y, cruzada a la espalda, llevaba una espada enorme dentro de su vaina.

—¿Quién eres? —dijo Pampa Kampana.

—Soy Zerelda Li —respondió la otra—, la hija de la hija de la hija de la hija de la hija de Zerelda Sangama y el maestro Li Ye-He. Todos mis parientes han abandonado esta vida de una forma u otra y me han dejado con un solo familiar vivo, alguien de quien mi madre habló momentos antes de morir, las mismas palabras que su madre le había dicho a ella, y a esta su madre, y antes su madre, y su madre, y la madre de esta. «La matriarca de nuestra casa es una mujer llamada Pampa Kampana», me dijo. «Y todavía vive. Ve al bosque de Aranyani y haz que te dé lo que debe». Yo, mientras, le tenía la mano cogida con fuerza. «¿Qué es lo que me debe, madre?», le pregunté, y ella dijo:

«Todo». Y luego expiró.

—O sea que has venido —dijo Pampa Kampana.

—Ninguna de mis antepasadas creyó lo que le decían, pues daban por hecho que tú no podías estar todavía en este mundo. Yo en cambio no tuve ninguna duda, de modo que me puse a investigar. Fue una búsqueda larga y dura. He tenido que abrirme paso entre las espinas para encontrarte —dijo Zerelda Li—, con esta espada que ves, y que a buen seguro reconoces. Después te he besado; espero que no te importe, pero parece ser que eso es lo que te ha hecho revivir.

—Un acto de amor —dijo Pampa Kampana—. Y tu madre llevaba razón.

—¿En que me lo debes todo?

—Sí —dijo Pampa Kampana—. Te lo debo.

El tiempo volvió para recibirla y la historia nació de nuevo. Era el año 1509. Pampa Kampana tenía ciento noventa y un años y parecía una mujer de unos treinta y cinco, treinta y ocho a lo sumo.

—Al menos de momento —le dijo a Zerelda Li—, sigo pareciendo mayor que tú. Y, sí, ya veo que has heredado la famosa espada. Pero ¿has heredado también la pericia de tu antepasada?

—Me han dicho que soy tan buena como Zerelda Sangama y el maestro Li Ye-He juntos —respondió la joven.

—Estupendo —dijo Pampa Kampana—. Puede que necesitemos esa pericia.

Por segunda vez, de las tres que la diosa le había concedido como don, Pampa Kampana utilizó el poder de la metamorfosis. Sacó de uno de sus bolsillos una pluma de milano para Zerelda y ella sostuvo otra en la mano, y un instante después estaban volando, volando hacia Bisnaga, donde el más grande rey en la historia del imperio se disponía a subir al trono, y la historia de amor que Pampa Kampana había insinuado estaba a punto de empezar; al principio no sería ella la protagonista, pero esa historia iba a causarle gran dolor y, al final, se convertiría en la más extraña descripción del amor que ella hubiera conocido jamás.

TERCERA PARTE

# LA GLORIA

# 14

Hubo veintiún *rayas* de Bisnaga antes de la destrucción final de la ciudad, y Krishna Raya fue el decimoctavo y el más glorioso de todos. No mucho después de convertirse en rey empezó a añadir *deva* (dios) a su nombre para mostrar la elevada opinión que tenía de sí mismo, convirtiéndose así en Krishnadevaraya, Krishna-dios-rey; pero al comienzo de su reinado era simplemente Krishna, por la amada divinidad de piel azul, sí, aunque ni azul ni divino, si bien lo de «amado» le iba como anillo al dedo. A lo largo de su vida y después de su muerte fue homenajeado en tres lenguas por los poetas de su corte, que lo retrataron siempre en términos laudatorios, y las muchas estatuas que de él se hicieron eran halagadoras también: en piedra se lo veía más apuesto, más esbelto y más musculoso, y si el escultor hubiera puesto una flauta en su mano y unas cuantas lecheras adorándolo a sus pies, habría sido fácil confundirlo con el dios de quien había tomado el nombre. En realidad, para qué engañarnos, estaba un poco gordo y su cara mostraba las marcas de una viruela infantil a la que por fortuna sobrevivió. Eso sí, lucía un exuberante mostacho con guías y tenía una mandíbula poderosa, y se rumoreaba —aunque tal vez se tratara de otra lisonja por parte de los cortesanos— que su potencia sexual no tenía parangón.

Para un relato de su ascensión a lo que ahora se llamaba el Trono del León, o a veces también el Trono Diamante —pues para entonces los *gaddis* (o colchones) reales originales habían sido sustituidos por un verdadero trono—, contamos en la actualidad no con uno, sino con dos manuscritos recientemente descubiertos. Seguiremos, como hasta ahora, echando mano principalmente de la obra de Pampa Kampana, pero ha salido también a la luz el diario de un viajero italiano que visitó Bisnaga en tiempos de Krishnadevaraya, de nombre Niccolò de'

Vieri, y que se apodó a sí mismo Signor Rimbalzo, es decir Señor Brincos, porque había pasado gran parte de su vida brincando de un lugar a otro. Entre ambos textos proporcionan siete versiones diferentes de cómo llegó al trono Krishnadevaraya. (En las de Vieri hay más sangre que en las de Pampa Kampana, que quizá se centra más en florituras narrativas que en el hecho histórico en sí).

El italiano nos cuenta que había mala sangre entre Krishna y su hermanastro Narasimha, mucho mayor que él. Ambos eran hijos del primer rey de la dinastía Tuluva, el propio Tuluva, un militar de casta inferior que se había apoderado del trono; pero las madres de aquellos, ambas antiguas cortesanas con mucha ambición —Tippamba era la madre del hijo mayor; Nagamamba la del menor—, se odiaban a muerte y criaron a sus respectivos hijos en ese odio compartido. Cuando Tuluva estaba en su lecho de muerte, Narasimha ordenó al «primer ministro» del rey que dejara ciego a su hermano pequeño Krishna y que le trajera los ojos como prueba (escribe Niccolò de' Vieri). Sin embargo, el ministro en cuestión, Saluva Timmarasu, sobre el cual se contarán muchas cosas más, mató un cabrito, le sacó los ojos y se los llevó a Narasimha, y luego se aseguró de que fuera Krishna quien sucediera al rey a la muerte de este.

Pampa Kampana, en cambio, nos cuenta que no había mala sangre entre los hermanastros y que en realidad Narasimha cedió de buen grado su derecho al trono y le entregó a Krishna el sello de la realeza.

¡No, señor!, dice Vieri. Lo que pasó fue que la madre de Narasimha, la maliciosa Tippamba, organizó un complot a fin de asesinar a Krishna, y para salvarlo Timmarasu tuvo que esconderlo.

Bobadas, responde Pampa Kampana, la verdad es que el brillante príncipe Krishna estaba tocando la flauta en la orilla del río y todos acudieron maravillados a escucharlo, diciendo, no hay duda, el dios camina entre nosotros, y eso fue todo.

A lo cual Vieri contesta con la anécdota de que, en su lecho de muerte, el padre de ambos, Tuluva, dijo a sus hijos Narasimha y Krishna que el que pudiera arrancarle el sello del dedo sería el nuevo rey. Narasimha lo probó, pero el dedo estaba muy hinchado porque el

viejo tenía ya un pie en la tumba; y entonces Krishna fue y le cortó el dedo a su padre y se quedó el anillo.

Está claro que Pampa Kampana no se detiene a regodearse en las toscas y violentas historias que tanto parecen gustar al extranjero Vieri. Ella sugiere que, de hecho, el viejo rey colocó un puñal en mitad de una alfombra grande y retó a sus hijos a hacerse con él pero sin caminar por dicha alfombra. Narasimha no supo qué hacer, pero Krishna enrolló la alfombra hasta que el puñal quedó a su alcance, y así se llevó el gato al agua.

Vieri contraataca con rumores de una pelea a muerte entre los dos hermanastros, al término de la cual Krishna levantó en alto la espada ensangrentada con la que había matado a su rival y de este modo se hizo con la corona.

Todas estas historias pueden considerarse respetables o bien meras patrañas, lo que el lector prefiera. Para lo que nos interesa, la versión más relevante —aunque tal vez la más difícil de creer— es la octava, en la que aparece Pampa Kampana en persona, acompañada de Zerelda Li.

El día de la muerte de su padre (*cuenta Pampa Kampana*) Krishna y su hermanastro fueron juntos hasta las puertas de palacio para anunciar el fallecimiento de Tuluva Raya a la multitud allí congregada. Mientras caminaban, Krishna levantó la vista al cielo y vio allá arriba dos milanos negros planeando en el aire, que rielaba por el calor. Las aves giraron en círculo una, dos, tres veces, y eso le hizo creer que podía tratarse de un augurio.

«Si giran siete veces a nuestro alrededor —dijo—, entonces seguro que traen un mensaje de los dioses». Y así fue: los milanos describieron siete círculos, al tiempo que descendían un poco en cada uno de ellos, de forma que al final quedaron suspendidos sobre la cabeza de los dos príncipes. Finalmente se posaron a los pies de ambos y, para asombro de todos los presentes, se metamorfosearon en sendas mujeres de belleza sin igual, hermanas del cielo, o eso parecía. Con un rápido movimiento, se postraron a los pies del príncipe Krishna, inclinaron la cabeza y le ofrecieron sus magníficas espadas. «Nos ponemos a tu servicio y al del imperio de Bisnaga», dijeron. Después de aquello ya no

hubo nada que discutir respecto a la sucesión al Trono del León. El hermanastro Narasimha desaparece del manuscrito de Pampa Kampana y no volvemos a saber más de él. Cabe esperar que Krishna Raya le permitiese vivir en un confortable anonimato hasta el fin de sus días.

La espectacular llegada a Bisnaga de Pampa Kampana y Zerelda Li fue una apuesta que dio sus frutos. Una entrada de tal bravura y audacia conllevaba sus riesgos, podía ser muy bien que esos seres que se dejaban ver tal como eran engendrasen temor y hostilidad antes que aceptación. Pero esta vez Pampa Kampana estaba decidida a entrar en Bisnaga literalmente por la puerta grande, y no arrastrándose por un túnel. Esta vez quería que la vieran por quien era y por lo que era. Quiso la fortuna que el momento elegido fuese perfecto. El recién coronado Krishna Tuluva —ahora Krishna Raya— quedó convencido de que Pampa Kampana y Zerelda Li eran seres sobrenaturales, *apsaras* (ninfas celestiales capaces de cambiar de forma) enviadas desde las alturas para bendecir su reinado; y con eso se garantizó la seguridad de ambas. Les dieron lujosos aposentos en el palacio y ellas mostraron su agradecimiento, si bien Pampa Kampana, que recordaba los tiempos vividos en las dependencias de la reina, se vio obligada a reprimir una oleada de decepción. Era evidente que el joven rey estaba embriagado por las dos mujeres caídas del cielo (todo el mundo las consideraba hermanas) y ya pensaba en una aventura amorosa, aunque ni siquiera él tenía claro a cuál de las dos prefería. Pero al principio estaba demasiado ocupado en labores de gobierno y comprendió que amor y matrimonio tendrían que esperar.

A todo esto, el gran sultanato de Zafarabad había quedado dividido en cinco reinos más pequeños: Ahmadnagar, Berar, Bidar, Bijapur y Golconda; y ya nadie hablaba de un «Sultanato Fantasma». Así es como avanza la historia; la obsesión de un momento concreto se ve relegada al vertedero del olvido por el siguiente. Los cinco nuevos sultanes, sin arredrarse por la pequeñez de sus territorios, codiciaban expansionarse, de manera especial el sultán de Golconda —país rico en diamantes—,

que se alegraba de haber escapado al control del antiguo régimen de Zafarabad y tenía planes para establecer un nuevo dominio sobre toda la región. Por añadidura, el reino de la dinastía Gajapati, al este de Zafarabad, era cada vez más poderoso y también ambicionaba anexionarse territorios del imperio Bisnaga. La llegada al Trono del León de un nuevo rey, joven e inexperto, los animó a probar suerte.

Cuando el ejército de Krishna Raya se disponía ya a marchar contra las fuerzas combinadas de Bidar y Bijapur, Pampa Kampana y Zerelda Li solicitaron una audiencia con el rey.

—No nos cuentes entre las engalanadas damiselas de la corte, acostumbradas a holgazanear entre eunucos y telas sedosas, a cantar todo el día canciones de amor, a fumar opio y beber zumo de pomelo azucarado —le dijo Pampa Kampana—. No encontrarás mejores guerreras a tu servicio que nosotras.

Krishna Raya quedó muy impresionado.

—El antiguo *kwoon* construido en tiempos del maestro Li aún sigue en pie —dijo—. Llevaremos allí a nuestras mejores guerreras de la guardia de palacio, a ver qué papel hacéis contra ellas.

—Hemos sido adiestradas por los mejores —dijo Zerelda Li—. Preferiríamos que nos pongas a prueba también contra hombres.

—No subestiméis a las luchadoras que tenemos aquí —dijo la voluminosa mujer que comandaba la guardia de palacio—. Mi antepasada fue la invencible Ulupi, en cuyo honor he tomado su nombre. Veréis que estoy a la altura de cualquier hombre.

Al rey le divirtió este intercambio.

—Bueno, basta, basta —dijo, riendo—. Ulupi II peleará contra vosotras, mis *apsaras*, y buscaremos algún hombre para que os ponga a prueba también.

Hizo llamar a Thimma el Enorme (así llamado tanto porque se ajustaba a su descripción como para evitar confusiones con el primer ministro Saluva Timmarasu). De este callado coloso se decía que era más elefante que hombre, sus brazos como dos largos troncos capaces de levantar en vilo a un enemigo y lanzarlo a grandes distancias, sus inmensos pies capaces de aplastar rivales bajo su inimaginable peso.

Necesitaba comer tanto que, al igual que un elefante de carga, tenía que llevar la comida en un saco colgado del cuello, y si no estaba peleando o durmiendo, era que estaba comiendo. Su simple aparición en el campo de batalla bastaba para que pelotones enteros de adversarios echaran a correr despavoridos. Su arma habitual era la maza, pero al entrar en el *kwoon* agarró también una lanza. Los balcones de la escuela estaban abarrotados. Nadie pensaba que las dos mujeres tuvieran la menor oportunidad por más que hubieran venido del cielo, y los espectadores empezaron a apostar contra ellas. Thimma y Ulupi II eran los claros favoritos. Solamente el rey, en muestra de amistad hacia las recién llegadas que habían bendecido su derecho al trono, y contra todo pronóstico, hizo una cuantiosa apuesta por las sobrenaturales damas.

Y dio comienzo el combate. Rápidamente, todos aquellos que habían respaldado a los dos héroes locales comprendieron que habían tirado el dinero. El espectáculo de las dos *apsaras* elevándose en el aire al tiempo que giraban sobre sí mismas para caer sobre sus adversarios, o corriendo pared arriba y por los tejados del *kwoon* para lanzarse en picado, atacar y retroceder de nuevo, era vertiginoso tanto para los espectadores como también para los propios contrincantes, que pronto quedaron pegados espalda contra espalda en medio del cuadrilátero, dando golpes y embestidas al aire. El ballet aéreo de las dos mujeres, salpicado por momentos de esgrima de una belleza casi extática, dejó exhaustos a Thimma el Enorme y Ulupi II, con solo una maza medio aplastada, una jabalina partida en dos y una espada quebrada para defenderse. Cuando finalmente Thimma se dejó caer de rodillas, jadeante, el rey lanzó un paño escarlata a la lona dando por terminada la pelea. Después de aquello ya no hubo discusión sobre quiénes eran los combatientes más temibles de la ciudad, y Krishna Raya declaró: «Los cuatro luchadores me acompañarán siempre a la guerra y no habrá fuerza humana capaz de hacerles frente».

Los espectadores de más edad, y por tanto más familiarizados con las historias antiguas, se decían unos a otros: «Las únicas mujeres que han sido capaces de luchar así fueron Pampa Kampana y sus tres hijas,

sobre todo Zerelda Sangama». Aquel recuerdo corrió por las galerías del *kwoon* con la rapidez de la pólvora y bajó hasta el cuadrilátero y llegó a oídos de los combatientes y del rey.

—Entonces llamadme Pampa Kampana —dijo Pampa Kampana—, y yo seré su segundo advenimiento. O el tercero, para ser exactos.

—Y a mí llamadme Zerelda —dijo Zerelda Li—, y seré esa gran dama renacida.

Las monedas de oro que Krishna Raya había ganado apostando a las dos mujeres se invirtieron en comprar alimentos para distribuirlos entre los pobres. De este modo tanto el rey como las damas victoriosas empezaron a ser vistos como virtuosos benefactores del pueblo, y a ganarse la estima de los ciudadanos. La gente iba diciendo: «Es una nueva era para Bisnaga», y así resultó ser.

Cuando el ejército hizo un alto por la noche en su camino hacia el norte para enfrentarse a las huestes de Bijapur y Bidar, Pampa Kampana y Zerelda Li compartieron tienda, y ahí fue donde por fin, tras el mucho ajetreo subsiguiente a su primer encuentro, tuvieron un poco de tiempo para conocerse mejor.

—Háblame de ti —dijo Pampa Kampana, y la joven, que era de natural reticente e introvertida debido a la extrañeza de su vida, se sinceró ante aquella aparición de un antepasado de aspecto juvenil que era la encarnación misma y el punto de partida de dicha extrañeza.

—Nací en un barco —dijo—, y nadie puede echar raíces en el mar. Así ha sido desde que Zerelda Sangama y el maestro Li se unieron al general Cheng Ho. Hemos sido mujeres a bordo de barcos diversos, abriéndonos camino aquí, allá y en todas partes, conociendo a hombres y no casándonos con ellos (siguiendo el camino de Zerelda Sangama y el maestro Li, que no llegaron a casarse pero que fueron fieles el uno al otro toda su vida), teniendo hijas y tirando para adelante, llevando siempre el nombre de Zerelda Sangama, Zerelda tras Zerelda tras Zerelda, hasta llegar a mí, ¡la sexta de ese linaje! Y hemos conservado también el apellido del maestro a lo largo de las generaciones. O sea

que todas nos hemos llamado Zerelda Li, desde la primera a la última. Por lo que a mí respecta, yo solo tuve a mi madre, nada más. Mi padre se extravió en no sé qué puerto. No había otros niños a bordo; así que desde el principio me trataron como si fuera adulta, esperando que me comportara como tal. Crecí callada y vigilante, y creo que los hombres de a bordo (con sus tatuajes, sus dientes de oro, sus patas de palo, sus parches en el ojo, fachas de pirata que habrían aterrorizado a una niña normal) me tenían un poco de miedo, y mucho más a mi madre, o sea que no se nos acercaban demasiado.

»El barco en sí era mi único barrio, era la calle donde vivía, pero cada vez que arribábamos a un puerto había un nuevo mundo esperando ser descubierto, y ese mundo se convertía, durante un breve tiempo, en mi mundo también. Java, Brunéi, Siam, las lejanas tierras de Asia, y en la otra dirección las tierras de Arabia, el Cuerno de África, la costa swahili… Cuando llegamos a China con la jirafa de Malindi, el emperador dijo que era una prueba de que el Mandato del Cielo aprobaba y bendecía su gobierno. También llevamos avestruces, pero por culpa de su aspecto un poco ridículo no se los consideró divinos. Así era mi vida, en todas partes y en ninguna, y un buen día descubrí que poseía el don de conservar en la mente la forma de las cosas. Me convertí en un mapa del mundo.

»Aprendí que el mundo es infinito en su belleza pero que también es despiadado, implacable, codicioso, indiferente y cruel. Aprendí que el amor brilla generalmente por su ausencia y que, cuando surge, suele ser fugaz e intermitente y en definitiva insatisfactorio. Aprendí que las comunidades que el hombre construye se basan en la opresión de unos pocos sobre la mayoría, y no entendí, y sigo sin entenderlo, por qué esa mayoría acepta ser oprimida. Quizá sea porque, cuando no lo aceptan y se sublevan, lo que viene después es una opresión aún mayor de la que han soportado. Empecé a pensar que lo que pasaba era que no me gustaban los seres humanos, pero en cambio me encantaban las montañas, la música, los bosques, bailar, cantar, los anchos ríos y, por supuesto, el mar. El mar era mi casa. Y por último aprendí que el mundo te roba tu casa sin el menor remordimiento. En algún puerto del

África oriental la fiebre amarilla subió a bordo. Yo no me contagié, pero murieron muchos, entre ellos mi madre. Solo me quedó lo que ella me había enseñado, las excelsas artes de la batalla, y sus palabras al morir, las mismas últimas palabras de todas las Zereldas: "Busca a Pampa Kampana". Y aquí estoy. Ahora lo sabes todo.

—Hablabas de un mapa del mundo… —dijo Pampa Kampana—. ¿Tienes realmente un mapa en la cabeza? ¿Eres capaz de ver cómo se conecta el mundo? ¿Cómo lo de aquí conecta con lo de allá y cómo lo uno afecta y modifica a lo otro? ¿Puedes ver la forma de las cosas?

—Sí —dijo Zerelda Li—. La veo con toda claridad.

—Entonces te diré quién soy —dijo Pampa Kampana—. Yo soy un mapa del tiempo. Llevo dentro de mí casi dos siglos y aún absorberé medio más antes de llegar al final. Y del mismo modo que tú ves cómo lo de aquí conecta con lo de allá, yo percibo cómo el entonces se une con el ahora.

—Bueno, pues hagamos cada cual su mapa —propuso Zerelda Li, batiendo palmas—. Yo pasaré el mío a papel si tú accedes a hacer lo mismo con el tuyo. Solicitaré al rey una Sala de Mapas y cubriré las paredes enteras e incluso el techo con imágenes del gran mundo allende el mar, y tú pídele un libro en blanco para llenarlo de historia y de sueños y, ya puestos, para contar también cómo será el futuro.

Allí, en aquel espartano campamento militar, de camino a la guerra, nació la obra maestra de Pampa Kampana. Se puso a trabajar con ahínco en el *Jayaparajaya*, pese a que ello significaba revivir el horror de las llamas que consumieron a su madre; y Zerelda Li, por su parte, empezó a dibujar los mapas que, durante cincuenta y cinco años, iban a ser considerados la obra más perfecta del arte de la cartografía. Pero la Sala de Mapas no sobrevivió a la destrucción de Bisnaga, y ni un solo trazo del genio de Zerelda Li ha quedado para maravillar al mundo de nuestros días.

La batalla de Diwani duró poco, y de hecho cabría describirla como una derrota aplastante. Mientras los ejércitos de Bijapur y Bidar se batían en retirada, los sultanes vencidos se postraron a los pies de Krishna Raya esperando ser pisoteados por el elefante de combate,

Masti Madahasti, a lomos del cual iba él sentado en su *howdah* dorada, luciendo sus dientes amarillos en una gran sonrisa de victoria. Pero Krishna refrenó a su elefante.

—Tiene las plantas sensibles —informó el rey a los sultanes—, y no quiero que se lastime si puedo evitarlo. Propongo, pues, que viváis y que regreséis a vuestros insignificantes tronos, pero de ahora en adelante vuestros sultanatos estarán subordinados al imperio Bisnaga y vosotros aceptaréis mi supremacía y pagaréis el tributo que corresponde. Espero que aceptéis esta generosa oferta, pues de lo contrario Masti Madahasti se verá obligado a rasguñarse las tiernas plantas de sus pies.

—Solo hay un pero —dijo el postrado sultán de Bijapur—. No estamos dispuestos a convertirnos a vuestra religión, con sus mil y un dioses, y si insistes en ello, entonces deja que el elefante se emplee a fondo. ¿No te parece, amigo Bidar?

El sultán de Bidar meditó su respuesta. Luego dijo:

—Supongo que sí.

Krishna Raya soltó una risotada que poco o nada tenía de alegre.

—¿Y para qué iba a insistir yo? —dijo—. Primero, las conversiones de esa índole no son sinceras. Nuestra historia nos enseña que los fundadores de Bisnaga, Hukka y Bukka Sangama, fueron obligados a convertirse por el sultán de Delhi y que durante un tiempo fingieron aceptar a vuestro tedioso Dios unitario; pero escaparon a la primera ocasión, y lo primero que hicieron fue renunciar a todas esas bobadas. Segundo, si os convirtierais perderíais el apoyo de vuestro pueblo y, por lo tanto, no podríais convencerlos del valor de la lealtad al imperio Bisnaga, con lo cual no me seríais de ninguna utilidad. Y, tercero, suponiendo que por algún milagro vuestro pueblo se convirtiera en masa siguiendo vuestro ejemplo, ¿quién iba a ocupar todas esas bellas mezquitas que habéis hecho construir? En resumidas cuentas, no cambiéis de religión, a mi elefante eso le da igual. Ahora bien, si mostráis la más mínima deslealtad al imperio, entonces Masti Madahasti quizá tendrá que arriesgar las tiernas plantas de sus pies y aplastaros a los dos.

En una era de decapitaciones, cabezas rellenas con paja, asesinatos varios y elefantes machacadores, la misericordia de Krishna Raya para con los sultanes derrotados se extendió rápidamente y se consideró en gran parte mérito suyo. Así empezó la leyenda del nuevo Dios-Rey, un monarca tan divino como el dios cuyo nombre ostentaba, leyenda a la que, por desgracia, el propio Krishna empezó muy pronto a dar crédito. Aquel día, sin embargo, Pampa Kampana percibió que su acto de clemencia respondía a un motivo más inmediato. En el momento en que Krishna Raya decretaba el perdón, sus ojos se apartaron de los dos humillados sultanes para moverse rápidamente entre Zerelda Li y la propia Pampa Kampana. Ambas se encontraban a la derecha del elefante real, montadas a caballo. A la izquierda de aquel, a pie, estaban Ulupi II y Thimma el Enorme, pero la mirada del rey no se desvió ni un instante hacia ellos. Zerelda Li mantuvo la vista al frente sin dar muestras de haber advertido que el rey la observaba, pero Pampa Kampana no tuvo reparos en devolverle la mirada, hasta que la sonrisa de él se ensanchó, aún más amarilla, e incluso se le vio ruborizarse.

Pampa Kampana juntó las manos y le aplaudió por su sabiduría. Krishna Raya se hizo eco del gesto con una leve inclinación de cabeza, porque había descubierto que la aprobación de sus dos *apsaras* era algo que deseaba mucho. No cabía la menor duda de que ahí estaba empezando algo.

Era el *Mahamantri* o gran ministro Saluva Timmarasu quien había enseñado al joven Krishna Raya la importancia del número siete. Había, le dijo, siete maneras de manejar al adversario: podías razonar con él; sobornarlo; provocar conflictos en su territorio; mentirle en tiempos de paz y engañarle en el campo de batalla; podías atacarle, claro está, y ese era el método recomendado; o, por último —nada recomendable—, podías perdonarle. Cuando Krishna Raya perdonó a los dos sultanes en Diwani, casi todo el mundo aprobó y elogió su magnánimo gesto. Timmarasu, no obstante, lo recibió a su vuelta a

palacio con estas palabras:

—Confío en que eso no fuera realmente un perdón, porque sería un signo de debilidad. Pero si es un truco, es de los buenos.

—Primero los ataqué y los vencí —dijo Krishna Raya—, y luego los soborné con sobrevivir, disfrazándolo como un gesto de perdón y haciéndome pasar por un hombre razonable. Enviaremos espías a Bidar y Bijapur para provocar conflictos allí, de manera que tengan que estar ocupados con las disensiones internas y por tanto no puedan intentar nada contra nosotros. Y si nos acusan de ser los causantes de ello, les mentiremos. Llámalo truco, si quieres. Yo prefiero pensar que estoy utilizando las siete técnicas a la vez.

Timmarasu quedó muy impresionado.

—Veo que el alumno ha superado al profesor —dijo.

—Tú me has salvado la vida más de una vez —dijo Krishna Raya—, por tanto siempre serás mi mano derecha, y seguiré aprendiendo las cosas que tengas que enseñarme.

—En tal caso, bienvenido a casa —dijo Timmarasu—. Y debo instruirte sin tardanza sobre los siete vicios de los reyes.

Krishna Raya se acomodó en el Trono del León.

—De entrada, puedo descartar dos de ellos —dijo—. No bebo ni me gusta apostar, o sea que no hace falta que me cuentes la historia de aquel Yudhisthira que se jugó a los dados su reino y a su esposa y perdió lo uno y la otra, como cuenta el *Mahabharata*. Es una historia conocida. Y ahórrame también la alegoría del dios de la muerte y las aguas envenenadas del lago.

—Has demostrado también que evitas la crueldad en la guerra —dijo Timmarasu—. Pero el vicio de la arrogancia ya lo llevas encima. Es algo que tendremos que trabajar.

—Pero no ahora —dijo el rey, con un gesto de desdén—. Quedan tres.

—La caza —dijo Timmarasu.

—Odio la caza. Es una práctica de bárbaros. Prefiero la música y la poesía.

—Derrochar el dinero —prosiguió Timmarasu.

—Lo del dinero te lo dejo a ti —dijo el rey, riendo, aunque no quedó claro si era o no una broma—. Las arcas del tesoro están en tus manos, así como el poder fiscal. Si te vuelves codicioso o malgastas el dinero, haré que te corten la cabeza.

—Me parece justo —dijo Timmarasu.

—¿Y el vicio número siete? —preguntó Krishna Raya.

—Las mujeres —respondió el gran ministro.

—Si vas a decirme que solo puedo tener siete esposas —replicó Krishna Raya—, calla. Hay ciertos asuntos para los que el número siete es inapropiado.

—Entendido —dijo Timmarasu—, aunque puede que más adelante tenga algo que decir al respecto. Por ahora me limitaré a felicitarte: cinco de siete no está nada mal. Serás un excelente rey.

No bien hubo dicho esto, se acercó al monarca y le dio un bofetón en plena cara. Antes de que Krishna Raya tuviera tiempo de mostrar su enfado y su sorpresa, Timmarasu le dijo:

—Esto es para que recuerdes que el pueblo llano sufre dolor todos los días.

—Y eso me parece lección más que suficiente para un solo día —dijo el rey, frotándose la mejilla—. Tienes suerte de que hace solo un momento haya dicho que estoy dispuesto a que me instruyas.

# 15

Hablando del «vicio de las mujeres»: poco después de la victoria cosechada en Diwani, Krishna Raya decidió transformar la *zenana*, el ala de las mujeres contigua a su residencia personal, el Palacio del Loto, en un glorioso simulacro del mundo de su tocayo divino, y anunció a los ciudadanos de Bisnaga que ciento ocho de sus más bellas hijas tendrían el honor de ser seleccionadas como *gopis* reales. Eso les ahorraría la tarea de ordeñar vacas, porque, después de todo, era evidente que no se proponía convertir la residencia real en un palacio para bovinos. Los Sangama habían empezado siendo vaqueros; era probable, pues, que en tiempos de Hukka y Bukka su palacio oliera a estiércol, pero esa dinastía había quedado atrás, era historia antigua, y por lo tanto no habría vacas. Las lecheras, a quienes no se exigiría ordeñar apestosas ubres, estarían muy bien cuidadas, llevarían una vida holgada —por no decir casi de esplendor—, y su único cometido sería el amor incondicional. Cuando al rey le apeteciera tocar la flauta, ellas bailarían para él la danza de la adoración divina, el *Ras Lila*. Habría tres categorías de consortes: las humildes mensajeras; las sirvientas intermedias; y por encima de todas ellas estaría su reina, a la cual, una vez que la hubiese elegido, le daría el nombre de la eterna Radha; y luego estarían las ocho *varisthas*, las *gopis* de más categoría, que serían sus acompañantes habituales y a quienes bautizaría con los nombres que llevaban en los cuentos antiguos: Lalita, Visakha, Champaka-Mallika, Chitra, Tungavidya, Indulekha, Ranga y Sudevi. El papel de Radha requeriría un escrutinio especialmente arduo, ya que la joven en cuestión debería ser la encarnación misma del Éxtasis. «¡Pero que empiece ya la búsqueda! —decretó—. Cuando las tenga a todas, cambiaré también el nombre de la *zenana*, que pasará a llamarse Bosque de la Albahaca Sagrada, en homenaje al bosque sagrado del

dios; y de este modo el reino del amor quedará establecido en todo el imperio».

Fue también este el momento en que, por emplear sus propias palabras, «a regañadientes y con toda la debida modestia y un profundo sentido de ser indigno de tal honor, cedí a la demanda popular», y permitió que se cambiara su nombre regio. En adelante, y hasta el fin de sus días, sería Krishnadevaraya, el Dios-Rey.

Cuando Saluva Timmarasu se enteró de que el rey pretendía hacer pública esta proclamación, empezó a preocuparse. «El orgullo siempre precede a la caída —pensó—, y ponerse uno a la altura de una deidad comporta el riesgo de provocar su ira». Pero en vista de que no habría modo de disuadir al rey, decidió que lo que más le convenía a él era organizar todo el proyecto con la máxima eficiencia y así no perder el favor del monarca. Dio comienzo, pues, el desfile de jóvenes; las seleccionadas por el ministro fueron del agrado del rey hasta que ciento cinco de los puestos quedaron cubiertos por mujeres ansiosas por complacer, ya que para casi todas ellas el repentino cambio de suerte transformaría por completo y a mejor la vida de sus familias, mientras que el horizonte de sus propias y escasas posibilidades parecía extenderse ahora hasta el infinito. Si Krishnadevaraya quería amor incondicional a cambio, aquellas jóvenes no tendrían el menor reparo en darle al menos la apariencia de ese amor. Merecía la pena. Así pues, también ellas, las ciento cinco, estaban creando un simulacro, un fingimiento, una vida de parodia. Pero parecía real, o sea que, en cierto modo, se volvió real, o cuando menos todo el mundo lo consideró como si fuera algo verdadero, que venía a ser lo mismo.

Saluva Timmarasu era un hombre de orígenes humildes, poco conocedor de los textos, un individuo mundano y brusco que se había abierto camino como soldado; un hombre vulgar que se sabía inadecuado para la tarea de instruir a aquellas seudo-*gopis* para los papeles que iban a tener que representar a fin de complacer a su regio amo. Solicitó, pues, ayuda a la que a su juicio era la mayor de los dos seres celestiales que habían descendido de las alturas y que, por ser celestiales, conocerían sin duda las excentricidades y características de

los personajes que habitaban ese otro mundo. Resultó que, sin que Timmarasu lo supiera, dicho Ser Celestial era asimismo la persona de Bisnaga más versada en los libros, la que había pasado su infancia desde los nueve años en compañía del sabio Vidyasagar, estudiando y esforzándose por entender los textos antiguos. Se trataba, cómo no, de Pampa Kampana, y si Timmarasu fue aceptado por el rey como su tutor personal, Pampa Kampana se convirtió en profesora de Timmarasu, además de instructora y confidente de las ciento cinco consortes.

Al principio, Pampa Kampana no quiso encargarse de tal cometido. Su visión progresista de la posición que le correspondía a la mujer en la sociedad era incompatible con un harén de más de cien esposas. Lo que quería era abordar al rey y decirle: Elige a una sola y magnífica mujer y gobierna junto a ella, hombro con hombro. Pero Timmarasu le dio a entender que eso sería desaconsejable.

—Está muy encariñado contigo y también con Zerelda Li —dijo el ministro—, debido a vuestra naturaleza mágica y a vuestra destreza sin parangón en el combate. Pero el rey está empezando a considerarse a sí mismo un dios y, por lo tanto, piensa que está por encima de dos simples *apsaras* metamórficas. Te aconsejo que, de entrada, no te pongas en su contra. Despacio, despacio es la manera de hacerle cambiar. Además, he advertido cómo os mira a las dos. Es muy probable que una de vosotras, o tal vez las dos, sea elevada a un rango muy superior.

—Hay cosas que debo contarle a Krishna Raya sobre nosotras… bueno, sobre mí, que confío en que le harán tomarme muy en serio —dijo Pampa Kampana—. Pero tienes razón. Cada cosa a su debido tiempo. Esperemos hasta que Bisnaga tenga una reina.

—En cuanto a eso —dijo Timmarasu—, confío y tengo intención de influir en la decisión del rey. Se trata de un asunto de Estado, no de amor.

—Entiendo. Así que al final descubriré de qué lado estás tú…

Pampa Kampana empezó su cometido por la consorte número ocho, ahora rebautizada como «Sudevi», que era hija de un vendedor de flores y había sido escogida por su tez del color de un estambre de loto.

—Tienes mucho que hacer —le dijo—. Procura en todo momento mostrarte dulce, independientemente de las provocaciones. Debes llevar agua al rey siempre que tenga sed y darle masaje en todo el cuerpo con aceites perfumados cuando vuelva cansado tras una dura jornada. Adiestrarás loros para que le distraigan, y gallos para pelea. Serás también la guardiana de las flores de la *zenana*, y debes asegurarte de que estén frescas en los jarrones. Algunas florecen cuando sale la luna. Esas son flores de buen agüero. Aprende sus nombres y asegúrate de que las haya en abundancia. Además de eso, criarás abejas. Y una vez que la reina haya sido coronada, le trenzarás el pelo y espiarás a las otras *gopis* para asegurarte de que no conspiren contra ella. ¿Podrás hacerlo?

—Lo haré con amor —respondió la octava *gopi*.

La número siete era «Ranga», antes hija de una lavandera.

—Tu trabajo —le dijo Pampa Kampana— consiste en coquetear sin tregua con el rey cuando la reina esté ausente, y cuando la reina esté presente junto con el rey, hacerla reír contándole chistes sin parar. Cuando haga mucho calor en verano deberás abanicarlos, y en lo más crudo del invierno llevar carbón para la lumbre. Pero deberás estudiar también lógica para que, si al rey le da por filosofar, tú puedas participar en la conversación con verbo y solvencia. ¿Podrás hacerlo?

—Lo de la lógica no va a ser fácil —dijo la *gopi* número siete—, pero lo compensaré coqueteando con más ahínco.

Cuando la *gopi* número seis, la hija de un cocinero de palacio llamada ahora «Indulekha», fue llevada a presencia de Pampa Kampana, esta exclamó:

—Ah, tú eres la exaltada, supongo que por culpa de todo ese calor que hace en las cocinas. Prepararás comida para el rey que sepa a néctar y le abanicarás mientras come. Además, aprenderás a encantar serpientes para que bailen para él, y también el arte de leer la mano, a fin de que cada mañana puedas decirle la buenaventura para que esté preparado antes de empezar el día. Una vez que tengamos reina, el rey y ella te utilizarán para enviarse mensajes, o sea que conocerás sus secretos; y serás también la encargada de las joyas y el vestuario de

ella. Si alguna vez cometes la torpeza de contarle a cualquier otra persona un secreto real, o de robar…

—Yo jamás seré tan torpe —gritó la sexta *gopi*—, así que ten la bondad de no acusarme ni de bocazas ni de ladrona.

La *gopi* número cinco, conocida ahora como «Tungavidya», hija de un maestro de escuela, había sido seleccionada por su elevada inteligencia y sus amplios conocimientos, así como por su dominio de las artes.

—Estás aquí —le dijo Pampa Kampana— para estimular al rey con tu maestría en las dieciocho ramas del saber, entre ellas la moralidad y la literatura. Y también para que bailes. Tengo entendido que además sabes tocar la vina y cantar al estilo *marga*. Eso irá muy bien. Podría ocurrir que si el rey desea establecer una alianza política, quiera echar mano de tus dotes diplomáticas. Y en caso de que el rey y la reina discutieran, deberás suavizar la situación con tu diplomacia, aunque en tales casos será siempre Chitra, tu superiora inmediata, quien tome la iniciativa, y tú harás lo que te pida que hagas.

—Me parece bien todo —dijo la quinta *gopi*—, pero confío en que se me permita también alguna licencia amorosa.

«Chitra», la *gopi* número cuatro, era una de las pocas elegidas que procedía de familia aristocrática, y por consiguiente se daba ciertos humos y se mostró reacia a ser instruida por Pampa Kampana.

—Ya sé de qué va —le dijo a Pampa—. Intercedo en las desavenencias reales y lisonjeo cada día a sus majestades. Hablo y leo muchas lenguas y puedo interpretar cualquier texto para explicarle al rey lo que el autor quiere decir en realidad, no lo que parece a simple vista. Sé cómo sabrá cada comida con solo echarle un vistazo, por lo tanto puedo adivinar si está o no envenenada. Sé hacer música tocando mis palillos en recipientes con diferentes cantidades de agua. Estaré a cargo de los jardines de palacio para poder llevarle al rey hierbas que lo transporten a un estado trascendental, y otras que lo curen cuando esté enfermo. Los animales de la casa estarán a mi cuidado. Y mostraré un extremado afecto y una gran sensualidad hacia el rey, pero seré de lo más recatada cuando la reina esté presente. Nada de esto es muy difícil.

—Ya lo veremos —dijo Pampa Kampana.

Su última alumna era «Champaka», o «Champaka-Mallika», la reina Magnolia, procedente de una humilde familia de leñadores.

—No tengo gran cosa que decirte —le comunicó Pampa Kampana—, salvo lo que les he dicho a las otras, todo junto. Eres la más eminente de las damas de la casa, solo por detrás de la futura reina y de sus dos todavía anónimas compañeras más íntimas. Tú serás la última responsable de todo lo que hagan las que estén por debajo de ti, pero aprenderás, con el tiempo, el arte de delegar. Si logras encarnar bien tu papel, serás la número cuatro en Éxtasis y se te avisará para que procures goce al rey cuando las tres que están por encima de ti se encuentren cansadas o poco predispuestas. Tus manos son habilidosas, o deberán aprender a serlo, para poder crear esculturas de barro y también preparar dulces, tan deliciosos que todo el mundo te llamará «Mano Dulce».

—Yo no sé cocinar —dijo la reina Magnolia—. Todo el mundo lo dice. ¿Qué pasa si fallo?

—No falles —dijo Pampa Kampana, al límite de su paciencia—. Aprende. Y que sea rápido.

Para gran sorpresa de Pampa Kampana, su tatara-tatara-tataranieta Zerelda Li no puso ningún reparo al larguísimo proceso de selección de las consortes reales; de hecho, le complacía que Pampa Kampana estuviera participando en ello y ayudando a las jóvenes a comprender la importancia y diversidad de sus nuevas responsabilidades.

—Quién sabe —dijo, y su aire de rutilante inocencia dejó atónita a Pampa Kampana—, a lo mejor el rey me elige para que sea una de sus dos compañeras principales, o incluso… ¡sí!, ¿por qué no?, su reina…

—Pero ¿qué dices? —exclamó Pampa Kampana. El ardor con que pronunció estas palabras sorprendió a ambas; tal vez era fruto de haber tenido que instruir con desgana a las recién nombradas consortes—. Tú has viajado por todo el mundo, seguro que habrás visto que hay mejores maneras de ser mujer.

—Cierto, me he pasado la vida errando, sin echar raíces, sin saber de dónde venía ni cuál era mi sitio, y sin saber, caso de encontrar ese sitio, en qué podría convertirme —respondió Zerelda Li—. Si ahora se me presenta una oportunidad de formar parte de algo, de sumarme a una antigua tradición y convertirme asimismo en parte de la dinastía gobernante, la pienso aprovechar. Y tú deberías comprender el motivo. Estar al lado del rey me permitirá creer que mi periplo ha llegado a su término y que por fin podré echar raíces.

—Yo siempre he creído que una mujer puede echar raíces en sí misma —dijo Pampa Kampana—, sin definirse por el hecho de estar al lado de ningún hombre, ni siquiera un rey. ¿No te encontraste a ninguna mujer, en tus viajes, que pensara así?

Estaban en el viejo *kwoon* Verde Destino, ejercitándose en las artes marciales, y la pequeña discusión —la primera vez que no estaban de acuerdo— añadió vehemencia a su entrenamiento.

—En los mapas que guardo dentro de mi cabeza —dijo Zerelda Li mientras peleaban—, veo lugares donde las mujeres son esclavas, o siervas, pero donde son libres tampoco se las respeta. En la China les atan los pies y las dejan tullidas cuando son niñas. En la Ciudad de Piedra de Zanzíbar las mujeres no pueden estar en espacios públicos. En el Mediterráneo y también en el mar de la China Meridional había mujeres pirata, es cierto, pero una fue depuesta por su yerno y la otra se casó con su hijo adoptado y acabó regentando un burdel en Macao. Ser reina me parece mucho mejor que cualquiera de esas cosas.

—Yo he sido reina —dijo Pampa Kampana, bajando su espada—. Y no hay para tanto.

Después del entrenamiento fueron a los baños.

—En la antigua Bisnaga —le dijo Pampa Kampana a su nieta—, las mujeres eran abogadas, comerciantes, arquitectas, poetas, gurús, de todo.

—Cuando yo sea reina —dijo Zerelda Li—, eso volverá ser una realidad.

—Si llegas a ser reina —la corrigió Pampa Kampana con un suspiro.

—He dicho «cuando» —insistió Zerelda Li—. ¿Es que no te has fijado

en cómo me mira?

Fue entonces cuando Pampa Kampana dijo una cosa que no tenía intención de decir, algo surgido de un lugar en su interior de cuya existencia no sospechaba.

—A mí me mira de la misma manera —dijo.

Después de aquello, Zerelda Li estuvo toda una semana sin dirigirle la palabra, encerrada en la Sala de Mapas del Palacio del Loto. Pidió que le llevaran la comida mientras trabajaba, e incluso dormía allí en una cama que hizo que le trajeran. Cuando al cabo de los días abrió por fin la puerta, todo el mundo vio que había hecho, una y otra vez, mapas de dos únicos países, ambos imaginarios, sospechó Pampa Kampana: el país de Zerelda, que el maestro Li había inventado para embelesar a su amada, y el país de Ye-He, mediante cuya invención la antepasada de Zerelda Li, es decir Zerelda Sangama, la hija de Pampa Kampana, había hallado un lenguaje con el cual decirle a Li Ye-He que ella también le amaba. La ciudad del tiempo fugaz y de los cazamariposas, y la ciudad de humanos voladores y aves no voladoras, aparecían ambas dibujadas con vivos colores y gran profusión de detalles. Aquí, en una esquina de Zereldaville, una anciana empujada en silla de ruedas por sus hijas, se aferraba con desespero a las aleteantes horas que ya no era capaz de capturar, mientras que, observándola con una expresión en la que se mezclaban piedad y desdén, unos muchachos mordisqueaban emparedados de tiempo y frutas que parecían relojes, creyéndose inmortales; mientras que allá, en un panel contiguo, mujeres extáticas revoloteaban sobre las nubes de Ciudad Ye-He, desnudas como el día en que vinieron al mundo y bailando juntas en el aire sin que nada les importara; y luego esas mismas mujeres, ateridas de frío, comprando prendas de abrigo en las tiendas de ropa entre las nubes, no porque ahora les avergonzara su desnudez, sino porque a esa altitud estaban muertas de frío. En los rostros de los ciudadanos de ambas poblaciones brillaban el estoicismo de los zereldianos y la mundana sabiduría de los ye-he-ítas.

Por fin, cuando consideró que el trabajo estaba terminado, Zerelda Li permitió que su abuela mirara lo que había hecho. Pampa Kampana

rompió a llorar, porque los mapas eran preciosos, y elogió largamente su obra. Luego, con voz grave y sin embargo afectuosa, se sintió obligada a decir:

—Mi querida niña, estos son lugares adonde viajar en sueños, ¿no es cierto?, no sitios que una pueda visitar en sus momentos de vigilia.

—Al contrario —replicó Zerelda Li—. Cada uno de estos mapas es un retrato de donde nos encontramos en este preciso momento. Todos ellos son mapas de Bisnaga.

De pronto la puerta de la Sala de Mapas se abrió. El rey era el primer visitante y tampoco él pudo contener las lágrimas ante la belleza de aquella cartografía. Después llegaron los cortesanos de más categoría, y también ellos prorrumpieron en llanto para demostrar que no se emocionaban menos que el rey, y a partir de ahí todos aquellos que visitaron la sala se vieron obligados a verter grandes cantidades de lágrimas, reales o imaginarias, hasta el punto de que la gente empezó a llamarla (aunque evitando hacerlo si el rey estaba cerca) «la Sala del Llanto Forzoso».

El recién renombrado Krishnadevaraya convocó a la corte en el Salón del Trono del León —los cortesanos fueron entrando, enjugándose los enrojecidos ojos— y declaró públicamente su amor por la cartógrafa Zerelda Li. Le dijo a ella que tenía pensado cambiarle el nombre por el de «Radha-Rani», reina Radha, en honor a la amada del dios, y le pidió que eligiera ella misma a sus compañeras más íntimas, «una de las cuales, imagino —le dijo—, será la otra *apsara*, tu hermana o lo que ella afirme que es». Tres cosas ocurrieron acto seguido en rápida sucesión:

Primero, que Zerelda Li declaró que aceptaba humildemente el regalo de su amor;

… segundo, que Pampa Kampana, con cierta desmesura y el rostro colorado, afirmó que no tenía el menor deseo de convertirse en una de las damas de compañía, ya fuera una seudónima «Lalita» o una «Visakha» postiza.

—Si me lo permites —le dijo al rey—, seguiré siendo simplemente Pampa Kampana mientras viva.

—Estoy confuso —admitió Krishnadevaraya—. Puesto que evidentemente no eres la verdadera y legendaria Pampa Kampana de otrora, sino que has adoptado ese nombre a guisa de bandera de conveniencia, ¿por qué habría de ser un problema adoptar otro nombre, un nombre que te reportaría gran prestigio y reconocimiento?

—Puede que llegue el día, majestad —dijo Pampa Kampana—, en que pueda explicarte quién y qué soy yo. Por el momento, ruego que me disculpes. —Y, dicho esto, abandonó la sala del trono;

… y, tercero, que el *Mahamantri* Timmarasu, de pie en ese momento a la diestra del rey, se inclinó y le dijo a este en voz baja:

—Solicito con urgencia decir unas palabras en privado al inmaculado oído de su majestad.

Krishna, que con el tiempo había aprendido que cuando su primer ministro hablaba en ese tono de voz más valía prestarle atención, descendió del trono y se dirigió a sus aposentos. Solo a Timmarasu se le permitió acompañarle. Una vez que estuvieron a solas, el ministro meneó la cabeza con gesto consternado.

—Deberías haber hablado de esto conmigo —dijo—. La elección de una esposa primera es asunto que no puede decidirse por la mera atracción física.

—Es que la amo —dijo Krishnadevaraya—. Y eso ha de ser suficiente y decisivo.

—Tonterías —replicó Timmarasu con firmeza—, si se me permite la expresión.

—Entonces ¿qué factores son suficientes y decisivos? —exigió saber Krishnadevaraya.

—Razones de Estado —respondió Timmarasu—. En una cuestión así, lo demás no es relevante.

—¿Y se puede saber a qué razones de Estado te refieres?

—A la frontera sur del imperio. Ha llegado el momento de una alianza. Tras la victoria en Diwani, las cosas en el norte se han estabilizado, al menos de momento. Pero en el sur necesitamos ayuda. En concreto, necesitamos que el rey Veerappodeya de Srirangapatna, un gobernante muy capaz además de temible jefe militar, conquiste y

después administre para nosotros unas cuantas regiones sureñas, en especial la ciudad y el principado de Mysore.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con mi amor por la *apsara* Zerelda Li? —exigió saber el rey en un tono arrogante, su rostro cada vez más encendido por la rabia que iba creciendo en su interior.

(Que el rey tenía malas pulgas era cosa sabida, y Timmarasu acabaría descubriendo las consecuencias de su ira. Pero también era cierto que cuando Krishnadevaraya se calmaba, sentía muchos remordimientos y se desvivía por compensar a las víctimas de su mal genio. Como se verá más adelante. De momento no tiene importancia).

—El único modo de asegurarnos el afecto y el apoyo del rey Veera —le dijo Timmarasu al monarca— es que te cases con su hija Tirumala.

—¿Cómo, esa Tirumala? —bramó Krishnadevaraya, y su voz resonó en todos los rincones del palacio, llegando a los oídos de Zerelda Li, Pampa Kampana y el resto de la corte—. ¿La infame princesa telugu de quien la gente dice que es una tremenda pendenciera, de tiránicas costumbres y negada para el amor?

—Ya sabes cómo son estas cosas —dijo Timmarasu en plan conciliador—. A un hombre fuerte se lo admira como líder, pero a una mujer fuerte se la denigra como arpía. Mediante esta unión demostrarías a todas las mujeres del imperio que hemos vuelto a una época en que la fortaleza femenina será tratada con respeto.

—O sea que me convertiré en el amado benefactor de las mujeres de Bisnaga —dijo el rey.

—En efecto —dijo Timmarasu.

—Y de todos modos seguiré teniendo a mis *gopis*; no será necesario que pase mucho tiempo con esa señora —dijo Krishnadevaraya, como para sí mismo.

—Según dicen, es muy buena militar. Quizá podrías hacer que peleara junto a tus otras grandes heroínas, Ulupi II, Zerelda Li y Pampa.

—No se llevarán bien —profetizó el rey.

—Tendrán que hacerlo. Porque tú se lo ordenarás, y tú eres el rey.

Krishnadevaraya se quedó un momento pensativo.

—¿Y ahora qué hago? —dijo al cabo. El tono de voz ya no era

atronador, sino más bien de súplica—. Hace apenas unos minutos he proclamado a los cuatro vientos que Zerelda Li sería mi Radha. ¿Y ahora se supone que debo degradarla antes de empezar siquiera?

—En la corte real se aprende a base de palos —dijo Timmarasu—. Tiene sus momentos altos y sus momentos bajos. Creo que para la muchacha será una lección muy valiosa.

—Entonces debo salir a decirle que no podrá ser Radha pero sí Lalita, que está solo un escalón por debajo. Sigue siendo una posición muy importante.

—Estoy convencido de que Tirumala pedirá a su madre que la acompañe a Bisnaga —dijo Timmarasu—. Es posible que no esté con nosotros todo el tiempo, pero el puesto de primera dama de compañía deberá ser suyo. O sea que el papel de «Lalita» le corresponde a ella.

—¿Pretendes que rebaje a Zerelda Li al tercer puesto? —exclamó Krishnadevaraya—. No puede ser Radha y tampoco Lalita, o sea que le toca ser Visakha. Le será duro de aceptar.

—Piensa que es medio extranjera —le soltó brutalmente Timmarasu —. Tiene bastante de china, y puede que incluso de otras razas. Dile que ningún extranjero ha ocupado jamás un puesto tan elevado en el imperio. Hubo en su momento un extranjero a cargo de explosivos, pero aquí hablamos de un cargo mucho más importante. Dile que es imposible ponerla en un puesto más alto, porque eso podría hacer pensar al emperador de la China que tú estarías dispuesto a aceptar cierto grado de autoridad de los chinos en Bisnaga. Esto podría conducir a una invasión, una flota enemiga en el puerto de Goa, y luego una guerra que no deseamos. De hecho, lo mejor sería que ella no tuviera ningún rango en la corte.

—Estás yendo demasiado lejos —le dijo Krishnadevaraya a Timmarasu—. Se trata de la mujer que amo. Me veo obligado a herirla por tus «razones de Estado», pero seguiré amándola. Puede que Tirumala sea la emperatriz de Bisnaga, pero Zerelda Li siempre será la emperatriz de mi corazón.

—¿En serio? —objetó Timmarasu—. ¿No será uno de tus caprichos? Apenas si has hablado con esa chica desde que llegó. No sabes cómo es.

—No se trata de ningún encaprichamiento —dijo el rey—. Cuando ves a alguien pelear en el campo de batalla, todo su ser se te hace aparente. Cuando vida o muerte son las únicas opciones, no hay espacio para esconderse. La vi en Diwani. Era majestuosa. Extraordinaria. No se me ocurre ninguna otra que no sea ella para tenerla a mi lado durante el resto de mi vida. Sí, la otra *apsara*, esa que se hace llamar Pampa Kampana, es quizá más extraordinaria aún, pero a pesar de su belleza y juventud aparentes, despide, por alguna razón que se me escapa, un aire de mujer muy anciana, y aunque yo respeto y admiro esa alma anciana que parece poseer, necesito que la juventud se comporte como tal. Mis sentimientos responden a un motivo. No son algo superficial. Son profundos. Y añadiré una cosa que tal vez agrade a tu mente calculadora. Puede que sea incluso una «razón de Estado».

»Si es cierto, como ella afirma, que es descendiente de Zerelda Sangama, entonces la unión con ella une a las dinastías Tuluva y Sangama y convierte así nuestro derecho al Trono del León, el mío y el de nuestros hijos, en algo irrefutable. No hay por qué mencionar esto ni a Tirumala ni a su padre, pero creo que sería la mejor línea de sucesión: la mejor línea de sucesión para mi casa.

Timmarasu lo observó con detenimiento.

—Veo que dices la verdad sobre tus sentimientos y que además estás anticipando cosas de manera interesante —dijo al cabo—. Así pues, me ocuparé de posibilitar y proteger tu amor. Pero la reina primera tiene que ser Tirumala. Cuando llegue el momento ya abordaremos la cuestión de qué pasa si hay descendencia. Ahora debemos volver a la sala del trono y dejar las cosas claras.

—Muy bien —dijo Krishnadevaraya—. Acabemos con esto de una vez.

Después de abandonar la sala del trono, Pampa Kampana había ido a sus aposentos, y allí, a solas, se preguntó cuál debía de ser el problema. Su conducta reciente la tenía perpleja. ¿Por qué le había hablado a Zerelda Li en términos de competencia respecto a las miradas del rey?

(«A mí me mira de la misma manera»). ¿Por qué había salido hecha un basilisco de la sala del trono? Cierto, no había querido saber nada del sucedáneo que pretendía hacer Krishnadevaraya del Vrindavan, su «Bosque de la Albahaca Sagrada», con sus malas copias del séquito de la deidad. Cierto, le dolía haber sido arrastrada por el ministro Timmarasu a aquella farsa idiota, en calidad de educadora y mentora de las chicas. Y cierto también que Radha era el nombre de su propia madre y que le resultaba doloroso que se lo pusieran a otra. Pero nada de todo eso debería haber creado un abismo entre Zerelda Li y ella. Además, las ansias de Zerelda Li por tomar parte activa en su nuevo mundo eran más que comprensibles, así como sus ganas de penetrar en el corazón de una cultura que era la suya pero que en buena parte le era desconocida; su deseo de pertenecer a un sitio concreto. Entonces, se preguntó Pampa Kampana, ¿qué era lo que pasaba? ¿Por qué estaba tan enfadada, tan molesta?

¿Acaso se había enamorado del rey ella también?

Una idea ridícula. La vanidad de aquel hombre, sus delirios divinos, su cara picada de viruela. Había un centenar de motivos para no querer a un hombre como él. Era la antítesis de lo que a ella le gustaba. Y, de todos modos, apenas si le conocía.

Pero ¿se había enamorado de él?

¿Y cuánto tiempo necesitas conocer a alguien para enamorarte de él? ¿Siete años? ¿O solo siete minutos?

«El reino del amor quedará establecido en todo el imperio». Sí, lo había dicho él, y en gran parte cabía atribuirle ese mérito. Pampa Kampana no había oído, en toda su larga vida, que un soberano —o cualquier hombre— pusiera el amor por encima de todos los demás valores. También ella, en el fondo de su alma, soñaba con una cosa así, con una Bisnaga en la que todas las divisiones —de casta, de color de piel, de religión, de pensamiento, de forma, de región— quedaran al margen para dejar paso al *premarajya*, el reino del amor. Nunca le había confesado a nadie, tal vez ni siquiera a sí misma, que albergara un deseo tan sentimental, y ahora venía ese Krishnadevaraya y lo decía en voz bien alta para que todos lo oyeran.

El reino del amor.

Probablemente, se dijo Pampa Kampana, él ni siquiera sabía qué había querido decir. Era una frase lanzada al vuelo, pura y simple retórica. Pero de ser ella quien estuviese a su lado, podría enseñarle lo que significaba esa frase. Si recuperaba su antigua posición de gloria, podría susurrarle al oído palabras de amor, y también al oído de su gran ministro, y al de todos los habitantes del país. Sería la obra de su vida, la vida que todavía le quedaba por vivir tras casi doscientos años.

Pero eso podía hacerlo de todas formas, ¿no? En otra ocasión le había susurrado a una ciudad entera. ¿Por qué no poner manos a la obra y divulgar el mensaje del amor si ese, como se decía ahora a sí misma, era su máximo deseo?

*Su posición de gloria*. ¿Era esa la razón de que hubiera perdido los estribos? ¿Qué era en realidad lo que quería, después de tantos años, después de tantas cosas? ¿El deseo de una gloria renovada, disfrazado de supuesto deseo por un hombre no especialmente deseable, y por su corona?

Hubo de reconocer para sus adentros, pese a que se sintió avergonzada por ello, que esa era probablemente la respuesta. Su nieta Zerelda Li no era la única que había pasado muchos años en el exilio, ni la única que anhelaba pertenecer a un lugar, ser de alguna manera refrendada. Pero Zerelda Li apenas si sabía nada de Bisnaga aparte de lo que su madre le había explicado, y lo que su madre sabía era tan solo lo que le había llegado a través de varias generaciones. No había vivido la experiencia; ahora estaba ávida por vivirla, sin duda, pero una mujer hambrienta de experiencias era, obviamente, una mujer que no había recibido el alimento necesario.

Por el contrario, Pampa Kampana lo sabía todo. Sabía lo que había hecho para convertir Bisnaga en lo que era, y recordaba muy bien la amarga experiencia del exilio en el bosque. Tener algo y perderlo, pensó, era mucho peor que no haberlo tenido nunca y no saber siquiera lo que era. Pampa Kampana quería recuperarlo todo: que la vieran otra vez como el ser mágico que era, la persona humana en cuyo interior moraba la diosa, la que había creado un imperio a partir de unas

semillas y susurrado luego su historia, para, de este modo, convertirla en algo real. Quería sentarse a solas con el rey y contarle la verdadera historia de su reino y del papel que ella había desempeñado en ese proceso, y hacerle ver que no se trataba de un cuento de hadas transmitido a lo largo de dos centurias, sino la pura verdad, encarnada en la mujer que se lo estaba contando y que, aunque en apariencia no tuviera más de treinta y siete años, en realidad ya había cumplido los ciento noventa. Eso sería mejor que una corona en la cabeza. Y si ese reconocimiento llevaba emparejado el amor, el del rey y quizá también el del pueblo de Bisnaga, si se le ofrecía una corona, ella la aceptaría de buena gana, junto con todo lo demás, como una especie de confirmación.

Pampa Kampana se acusó a sí misma de vanidad.

En ese instante irrumpió Zerelda Li en la habitación, llorando y riendo al mismo tiempo.

—Al final resulta que no voy a ser reina —dijo—, ¡pero seré la reina segunda! —Y en un tumulto de palabras, sollozos y risitas le contó a Pampa Kampana que el rey iba a casarse con Tirumala de Srirangapatna por motivos políticos—. Pero a mí me da igual, porque seguro que es una arpía, ¿no te parece?, si la única manera que tiene de conseguir marido es mediante un frío acuerdo político, qué poco romántico, ¿verdad?, y además no importa, porque él me ha llevado al más privado de sus aposentos privados y me ha dicho que yo soy su único y verdadero amor, y me ha explicado que el dios del amor soltó cinco de sus flechas y lo traspasó a él cinco veces y eso es todo, que me amará hasta el fin de sus días, qué bonito, ¿no?, y él es tan, tan sincero…

—Ya —dijo Pampa Kampana, abrazando a Zerelda Li, que se había lanzado a sus brazos nada más entrar—. Bueno, enhorabuena.

—Reina segunda no deja de ser una reina, ¿verdad? —dijo Zerelda Li entre sollozos, la cara pegada al hombro de Pampa Kampana.

—Pues claro que sí.

Zerelda Li se frotó los ojos.

—¿Tú sabes lo de las cinco flechas de Kama? —preguntó, todavía

llorosa.

—Sí —respondió Pampa Kampana, pero la joven no podía dejar de hablar.

—Pues yo no lo sabía, pero él me lo ha explicado de la manera más hermosa. Ha dicho que la flecha decorada con flores de loto, *Aravinda*, se le clavó en el corazón y le hizo sentirse entusiasmado, joven y feliz. La segunda flecha, decorada con flores *Ashoka*, le alcanzó en la boca y le hizo gritar pidiendo amor. La tercera flecha, con flores de mango pintadas en el fuste, *Choota*, penetró en su cerebro y le volvió loco de admiración. La cuarta flecha, la de flores de jazmín, *Navamallika*, se le clavó en un ojo, y a partir de entonces cuando me miraba veía un gran halo de belleza como solo irradian las grandes diosas. Y la quinta, la de los lotos azules, *Neelotpala*, se le clavó en el ombligo. En realidad, me explicó, da lo mismo dónde te alcance la quinta flecha, sientes como si te ahogaras en un mar de amor y todo lo que deseas es ahogarte.

—Una manera muy bonita de hablar —concedió Pampa Kampana—. Entiendo que te haya afectado tan profundamente, como si fueras tú y no él quien ha recibido los flechazos.

—Creo que a mí también me han alcanzado —dijo Zerelda Li—, pero como entonces no sabía lo de Kama el dios del amor y su arco hecho con caña de azúcar, no me di cuenta.

Pampa Kampana se mordió la lengua y solo enseñó una escueta y enigmática sonrisa.

—¿Te alegras por mí? —exclamó su tatara-tatara-tataranieta—. Tienes que alegrarte. Necesito que te sientas alegre y feliz por mí. Necesito que te sientas alborozada.

Y Pampa Kampana pensó: «Se lo debo todo. Así lo dijo mi propia hija justo antes de morir, y también su hija, y la hija de esta, y así sucesivamente. Bien, pues todo le daré. Suya sea la gloria. Yo simplemente me haré a un lado, permaneceré en las sombras como Pampa y nada más, y así aprenderé que el significado más profundo del amor es la renuncia, renunciar a tu propio sueño para que el del ser amado se haga realidad. Además, estoy cansada de ver cómo envejecen y mueren las personas a quienes quiero. Que los que mueren amen a los

que mueren. Los que no morimos solo nos tenemos a nosotros mismos».

—Me siento alborozada por ti —dijo, estrechando a su nieta entre sus brazos—. Me colma una alegría divina.

# 16

Pampa Kampana se hallaba frente a su puesto de fruta favorito del gran bazar saboreando el primer mango perfecto de la temporada, un Alphonso de Goa, cuando divisó al extranjero Niccolò de' Vieri, que venía paseando por la calle como si fuera el amo de la misma. Lucía un sombrero flexible de color vino tinto y al cuello un fular a juego. Su espesa barba castaño rojiza le iba que ni pintada a su indumentaria, y un alado león, dorado y rampante, adornaba el blusón que llevaba puesto. Por su aspecto se habría dicho que Vieri iba a que le hicieran un retrato. Y sus largos cabellos eran de un rojo subido y sus ojos de un verde esmeralda.

—No es posible —dijo en voz alta Pampa Kampana—. Pero aquí estás de nuevo, por tercera vez.

Niccolò de' Vieri —alias Signor Rimbalzo, el de los brincos— la oyó. Como todo el mundo en Bisnaga, conocía la historia de las dos *apsaras* que habían descendido del cielo. No acababa de creérselo —sonaba al tipo de saga fabulosa que un gobernante ambicioso podía inventarse y hacer circular con la idea de justificar su asalto al poder— y, como hemos visto, conocía también otras versiones de cómo Krishnadevaraya había llegado al trono. Pero no bien sus ojos se posaron en Pampa Kampana, pensó: «Yo me creo todo lo que esta mujer me cuente, y lo que me pida lo haré sin pensarlo dos veces». Luego, tras hacer una venia, dijo:

—Si esta fuera la tercera vez, sin duda me acordaría de la primera y de la segunda, porque tales encuentros serían imposibles de olvidar.

—Hablas bien nuestra lengua —dijo Pampa Kampana—, pero ¿de dónde eres, extranjero?

—Vengo de La Serenissima, La Dominante —respondió el otro, extravagante, como lo era todo en él—. Ciudad de puentes, ciudad de

máscaras, ciudad sin príncipe, o lo que es lo mismo, la República de Venecia, más bella a la vista que cualquier otra ciudad sobre la faz de la tierra, y cuya verdadera naturaleza, como su hermosura misma, es invisible pues se halla en el singular y variopinto espíritu de sus ciudadanos, que recorren el mundo sin abandonar nunca su casa porque la llevan siempre consigo.

—Ah —dijo Pampa Kampana—. Bueno, al menos en esta ocasión no eres portugués.

Resultó que Vieri se hospedaba en lo que, desde los tiempos de Fernão Paes, la gente conocía como «la casa del extranjero», aquella mansión de piedra con grandes ventanales orientados hacia la ciudad y que antaño tuviera un huerto y un sembrado de caña de azúcar; ahora, sin embargo, era una posada cuyos terrenos habían desaparecido bajo el empuje urbanístico de la ciudad. El veneciano invitó a Pampa Kampana a ir a verle cuando lo deseara.

—Incluso tienes la misma voz —dijo ella—. Ahora llevas barba, pero estoy segura de que debajo está la misma cara. Supongo que debería sentirme agradecida. Apareces una vez en cada generación para levantarme el ánimo.

—Nada me haría más feliz que eso —dijo Niccolò de' Vieri.

El frutero, el afable y barrigudo Sri Laxman, que se enorgullecía mucho de su mercancía, interrumpió la conversación.

—Los mangos también la hacen feliz, ¿no es cierto? —dijo.

—Los mangos me proporcionan placer —repuso Pampa Kampana—. Envíame una cesta de Alphonsos, y envía otra a la vivienda de este caballero extranjero, para que pueda comprobar de qué son capaces los portugueses.

La variedad Alphonso había sido creada en Goa por los portugueses, producto de su destreza para los injertos, y había sido bautizada en honor al general Alphonso de Albuquerque, quien estableció la presencia colonial de su país en la costa occidental. Niccolò de' Vieri cogió uno de los mangos allí expuestos y lo hizo botar ligeramente en su mano.

—Cualquier cosa que hagan los portugueses —dijo—, los venecianos

la hacemos mejor, y con más elegantes ropajes.

El vendedor del puesto vecino era Sri Narayan, hermano de Sri Laxman. Vendía legumbres, granos, arroz y semillas.

—Cómprenme algo a mí también, señor, señora —clamó, haciéndose el ofendido—. El arroz también da felicidad. Las semillas sacan a flote el botín de la tierra, y qué puede haber más placentero que eso.

—Hoy no es día para semillas —dijo Pampa Kampana—. Pero no desesperes, que todo llegará.

—Cuando puedes ordenar sin más que cualquier mujer de Bisnaga te ame incondicionalmente —le dijo Krishnadevaraya a Zerelda Li en la alcoba real—, me resulta imposible dar a cambio mi amor incondicional a ninguna de ellas. Pero tú eres diferente porque viniste de las alturas. Si puedo tener una amante divina sin que me consuma el poder de su divinidad, entonces es que dentro de mí anida ese mismo poder. Tú has hecho que me revele a mí mismo, y solo por eso jamás dejaré de amarte.

—Gracias a ti —repuso Zerelda Li—, siento por primera vez en la vida que hay tierra firme bajo mis pies, noto cómo voy echando raíces en esa tierra. Tú también me has dado a mí misma, y solo por eso jamás dejaré de amarte.

—Todo amor verdadero es amor hacia uno mismo —dijo Krishnadevaraya—. En el amor, el otro se funde con el yo y se convierte en su igual, y en consecuencia amar al otro es también amar al otro en el yo, pues son iguales y son el mismo.

Zerelda Li se incorporó en la cama y cogió un dulce de pistacho de un plato que había sobre la mesita de noche.

—¿Cuándo llega? —preguntó—. La bruja, quiero decir. Bueno, y su madre.

—Llegan mañana —dijo el rey.

—Entonces tú y yo ya no podremos ser iguales después de hoy. Es simplemente imposible.

—No es imposible que una cosa sea posible e imposible al mismo

tiempo —dijo Krishnadevaraya—. Y esta es una de ellas.

—Ya se verá —contestó Zerelda Li, atrayéndolo hacia ella, cada vez más segura de sí misma—. La prueba de ello dependerá de tu comportamiento.

La princesa Tirumala de Srirangapatna —que de bruja no tenía nada, pues era una mujer de extraordinaria belleza con, eso sí, una altiva e incluso cruel, pero innegablemente impresionante nariz, una nariz que había inspirado al menos un gran poema— llegó a las puertas de Bisnaga sentada en un trono dorado sobre un carruaje también dorado del que tiraban doce caballos del color del oro, cubiertos de arneses dorados que refulgían a la luz del sol. Detrás de Tirumala, en pie, iban su padre, el rey Veera, y su madre, la reina Nagala, ambos con altos tocados dorados, grandes collares dorados y cinturones de oro con piedras preciosas incrustadas. Todo el mundo había oído hablar de la riqueza del emperador de Bisnaga, y la familia real de Srirangapatna quería asegurarse de que no parecía la parentela pobre del sur.

Krishnadevaraya los esperó en la arcada ceremonial del palacio, y el estilo de su indumentaria dejó atónitos, por no decir estupefactos, a los recién llegados. En lugar de llevar el pecho al descubierto como era tradicional entre los sureños, Krishnadevaraya llevaba una larga túnica brocada a la manera árabe, conocida como *kabayi*, y un gorro alto de forma cónica al estilo turco-persa, también con brocados, lo que se conocía como *kulldyi*, o también *kuldh*; y como única joya, el sello real que lucía en un dedo. Incapaz de contenerse, el rey Veera reaccionó al recargado saludo formal del de Bisnaga con un gesto descortés de su índice enhiesto, acompañado por estas bruscas y asimismo descorteses palabras:

—¿Qué significa esto?

Krishnadevaraya se puso furioso.

—Puede que la noticia no haya llegado aún a las provincias, pero nos complace vestirnos como el sultán de los reyes hindúes —dijo, recurriendo al plural mayestático—. Tu hija no solo será reina, sino

también sultana, y para el final de nuestro reinado los cinco sultanatos del Decán serán parte del imperio. Dos de ellos, Bijapur y Bidar, son ya vasallos nuestros. Ese es el motivo de que, por ejemplo, veáis por doquier en nuestro palacio las excepcionales artesanías *bidri* de Bidar: cajas y *hookahs* y jarrones y muebles hechos de cobre y zinc renegridos y decorados con las más delicadas tracerías de plata maciza…

—Sí, sí, vale —le interrumpió Veera, impaciente—. Me parece muy bien integrar la artesanía musulmana, por qué no, pero ¿a qué viene vestirse como ellos?

—Me gustan sus ropajes —dijo Krishnadevaraya—, y también muchas otras cosas de su manera de vivir. Y ahora, si me permites, le daré la bienvenida a tu hija, mi futura esposa.

La princesa Tirumala, a las puertas del que iba a ser su nuevo hogar, sacó a pasear su célebre nariz y dijo:

—Si he de entrar aquí, quiero que se me otorgue el rango de Tirumala Devi. Si tú eres Deva, qué menos que tener a una diosa a tu lado. Y mi madre, que se alojará conmigo, será Nagala Devi mientras permanezca aquí. Y nuestra vestimenta no será la de esas sultanas del norte. Nada de blasfemias árabes, persas o turcas para mí ni para mi madre.

El gran ministro Timmarasu, viendo que la ira empezaba a refulgir en los ojos de Krishnadevaraya, decidió intervenir.

—Concedido —dijo—. Y ahora, que comiencen los festejos.

El séquito de la novia —siguiendo al carruaje real dorado había otros muchos de menor categoría— desfiló hacia el interior del palacio. La multitud que observaba lanzó algunos vítores, no muchos. Al parecer, la nueva pareja no era muy del agrado de la ciudad. Aquella misma noche espías de Krishnadevaraya infiltrados entre la muchedumbre informaron de que, cuando el cortejo nupcial pasaba entre el gentío, hubo muchos que murmuraron las palabras «Shrimati Visha». Krishnadevaraya frunció el entrecejo. «Mala cosa», dijo.

Zerelda Li se encontraba a su lado en la alcoba del rey, pese a que era su noche de bodas y él debería haber estado en otra cama, una cama sobre la que habían esparcido pétalos de flor como preparativo

para la desfloración y junto a la cual ardía incienso, mientras varias doncellas vestían a la novia con sus mejores galas nocturnas y trenzaban sus largos cabellos y los untaban con aceite de coco, y unos músicos tocaban flojito en un rincón apartado; o bien él debería haber invitado a la novia a su propia alcoba.

—Lo siento —dijo Zerelda Li—. Aún no domino el idioma. *Shrimati* sé lo que significa, claro, quiere decir «señora». Pero ¿y *Visha*?

—En telugu, la lengua que ella habla, sería *Visham* —le explicó el rey —. *Visha* o *Visham*, da lo mismo. Significa la misma cosa: «Veneno». Así que *Shrimati Visha* es «Señora Veneno».

—¿De quién lo dicen? —preguntó Zerelda Li—. ¿De la madre o de la hija?

—No está claro —respondió él—. Estamos haciendo discretas pesquisas acerca del origen de ese apelativo y del porqué; pero por ahora no tenemos nada.

—Entiendo —dijo Zerelda Li, incorporándose en la cama—. Será mejor que vigile lo que como.

Krishnadevaraya la besó y, tras despedirse de ella, se fue a otro lugar para cumplir con las obligaciones de la noche nupcial.

La instantánea hostilidad surgida entre Tirumala Devi y Zerelda Li no tardó mucho en degenerar en una guerra abierta. Krishnadevaraya no disimuló apenas su preferencia por la reina segunda. Lógicamente Tirumala Devi, que era una mujer de suyo orgullosa e incluso arrogante, se lo tomó muy mal, y no es de extrañar que empezara a sentir un amargo rencor hacia Bisnaga. Ella había esperado que su esposo sabría apreciar sus dotes administrativas y que delegaría en ella una parte del peso de controlar el imperio, pero al principio no hubo nada de eso. También había esperado ir con él a la guerra, y se sintió humillada al conocer que el rey había elegido ya al cuarteto que lo flanquearía en el campo de batalla: Ulupi II y Thimma el Enorme a su izquierda, y Pampa Kampana y Zerelda Li a su derecha. «Si insistes en acompañarme —le dijo a Tirumala Devi—, preferiría que fueses la

responsable del campamento militar, de las cocinas y los hospitales de campaña y demás. Ya nos encargamos nosotros de la pelea». A ella no le quedó más opción que agachar la cabeza. Bisnaga no estaba en guerra, de modo que aquellos asuntos eran meramente hipotéticos. Ya habría tiempo, pensó, para reivindicar el puesto que le correspondía cuando hubiera una campaña militar. Entretanto, el odio que le tenía a Zerelda Li fue enconándose cada vez más.

Poco tiempo después fue la fiesta del Gokulashtami en celebración del cumpleaños del dios Krishna, que había nacido a medianoche, de modo que las *gopis* de la corte estuvieron cantando y bailando a lo largo de todo el día hasta que dieron las doce, y llevándole dulces y tentempiés al rey, sabrosos bocaditos que se decía eran los preferidos de la deidad: nuez de betel y fruta y *seedai* dulce, unas pequeñas bolas fritas de harina de arroz y azúcar de caña que las damas se turnaron en colocar entre los labios del rey, hasta que este gritó «¡Basta!», pues era imposible comerse ciento cinco bolas. La última se la puso en la boca Zerelda Li, con tan sensuales insinuaciones que su superior en rango, Tirumala Devi, que se hallaba sentada a la derecha de Krishnadevaraya, exclamó exasperada: «¡Cíñete a tu puesto, forastera de ojos rasgados!», a lo que Zerelda Li reaccionó riéndose en la cara de la reina primera.

—Sé muy bien cuál es mi puesto —dijo—, y dudo mucho que el tuyo sea ni de lejos tan placentero como el mío.

Le mandó un beso al rey soplando sobre la palma de su mano y retrocedió con una profunda reverencia y las manos juntas. Una vez que se hubo ido, Krishnadevaraya se volvió hacia Tirumala.

—Si vuelvo a oír de tu boca semejantes prejuicios —dijo—, haré que las costureras de palacio te cosan los labios para toda la vida.

La reina se puso colorada y dio un respingo como si la hubieran abofeteado, pero se abstuvo de protestar.

En el clímax de los festejos nocturnos, las *gopis* ejecutaron la danza teatralizada del *Ras Lila* en el patio interior del palacio, exactamente como el rey había ordenado que hicieran. Zerelda Li representó el papel de Radha pese a que la vida le había negado precisamente ese papel, y dejó bien claro que su talento para la danza no le andaba a la zaga a su

maestría con la espada. Su manera de acercarse seductoramente al rey y echarse luego repentinamente hacia atrás le ganó un nuevo apodo en la corte. En el poema donde glosaba los acontecimientos de aquella noche, el poeta Dhurjati la llamó «bailarina huidiza». «Así es como te retendré —venía a decirle con su danza a Krishnadevaraya—, zafándome de tu abrazo cada vez que creas haberme atrapado, y así haré que me necesites más desesperadamente aún que ahora». La reina primera Tirumala Devi, consciente de que ella era incapaz de ejecutar una danza tan grácil y potente y a la vez tan erótica —comprendiendo en ese momento que la capacidad de Zerelda Li para el Éxtasis era mucho mayor que la suya propia— quiso abandonar el patio, pero se vio obligada por el protocolo a seguir donde estaba y ver cómo su enemiga seducía a su marido ante sus propios ojos.

Domingo Nunes había regalado a Bisnaga el arte pirotécnico, y los fabricantes locales de fuegos de artificio eran ya tan buenos que podían lanzar al firmamento de la noche imágenes de dragones escupefuego peleando contra el dios hasta ser aniquilados por este, así como gigantescas imágenes de Krishna y Radha juntos en una serie de enardecidos pero no por ello menos tiernos abrazos. Cuando el espectáculo hubo concluido, el rey se puso en pie y dio gracias a todos los que le habían entretenido durante la velada.

—No recuerdo mejor cumpleaños que este —dijo, y acto seguido se retiró, solo, dejando que una furibunda Tirumala Devi y su no menos malhumorada madre, Nagala, se las apañaran por su cuenta. En los ojos de ambas bailaban dragones pirotécnicos, y también demonios danzantes.

—¿Has oído eso? —le dijo Tirumala a su madre—. Se imagina que realmente es su cumpleaños, como si él fuera el dios Krishna y no un mortal como cualquier otro. ¿Será posible que crea de verdad que es el gran dios venido a la tierra?

—Mucho me temo, querida —respondió su madre sin molestarse en bajar la voz, de modo que todos los allí reunidos pudieron oír lo que decía—, que tu exaltado esposo, Krishnadevaraya el Grande, se ha vuelto un poco loco.

El gran ministro Timmarasu se les acercó.

—No es muy sensato, señoras, que en un día de tan buenos auspicios se os oiga hacer comentarios tan adversos. Sugiero que vayáis a vuestros aposentos y recéis pidiendo perdón. Me consta que el rey es un hombre extraordinariamente generoso; estoy seguro de que vuestras oraciones no serán desatendidas.

Madre e hija se retiraron al interior del palacio. Algunos afirmaron después haber oído a Nagala decirle a la reina: «Tenemos otros medios, aparte de la oración, para alcanzar los fines que deseamos». Pero nadie ha corroborado ni confirmado este particular.

*Zerelda Li no erraba* (escribe Pampa Kampana)
*al decir que debía ser precavida*
*con lo que se metía en el cuerpo.*
*Pues la comida, que de la vida es sustento,*
*puede también acabar con ella*
*si pasa por las manos indebidas.*

La primera víctima de envenenamiento en el palacio real de Bisnaga fue un poeta de la corte, o así empezó a creerlo Pampa Kampana, y en su libro hizo responsable de ello a Nagala Devi y su hija, pese a que una de las cosas que Krishnadevaraya y Tirumala Devi tenían en común era el amor por la poesía. Krishnadevaraya había otorgado lugar de honor en la corte a los así llamados «Ocho Elefantes», maestros de la poesía cuyo genio sostenía el cielo en lo alto, como gustaba de decir el rey. Entre ellos estaban los dos grandes maestros Allasani Peddana y Tenali Rama; el infausto versificador Dhurjati; y el propio Krishnadevaraya, aunque esto para algunos era la prueba evidente de las cada vez mayores inmodestia y arrogancia del monarca. Además, entre el séquito que había traído a Bisnaga, Tirumala Devi tenía a un tal Mukku Thimmana, es decir «Thimmana el que mete la nariz», debido a que su poema más famoso era ese al que hemos aludido anteriormente, una oda a la belleza de una nariz femenina, y Tirumala

Devi tenía sobrados motivos para creer que la nariz en cuestión era su propio y muy distintivo rasgo facial. Krishnadevaraya accedió a incluir en su panteón de poetas vivos al autor de dicha oda, a pesar del numinoso poder del número siete. De ahí que fueran los Ocho Elefantes poéticos, en lugar de siete.

Entonces murió Dhurjati, agarrándose la tripa después de cenar en sus aposentos, y siendo hallado muerto con las manos todavía aferradas al vientre y un poco de espuma en las comisuras de la boca. Nadie estuvo dispuesto a asegurar que había sido envenenado —¿quién iba a querer asesinar a un individuo estimado por todo el mundo?— y el consenso entre los médicos fue que algo le había reventado por dentro y provocado una toxicidad mortal. Eran cosas que pasaban, por muy triste que fuera, pero no se podía hacer nada al respecto. Después de eso volvieron a ser los Siete Elefantes. Un supersticioso podía llegar a creer que un octavo elefante era una afrenta al orden natural, y que el orden natural había tomado medidas para enderezar la situación.

Pampa Kampana se acordó de la obra final de Dhurjati, aquella larga y bella balada en celebración de la noche de Gokulashtami, cuando Zerelda Li, la «bailarina huidiza», había danzado delante del rey y puesto furiosa a la reina primera. Y se preguntó si el poeta no habría sido objeto de una horrible venganza por deshacerse en elogios hacia la reina que no debía, la reina segunda que no sabía ceñirse a su rango. ¿Era quizá una advertencia, una forma de decirle a Zerelda Li que no se extralimitara y que aceptara de una vez por todas su estatus secundario? El mote de «Señora Veneno» seguía circulando en susurros por el bazar, y tras la muerte de Dhurjati empezó a sonar un poco más alto. Pampa Kampana comenzaba a dar crédito a los rumores. Era difícil para ella, en aquel momento, plantarse ante el rey y acusar directamente a la reina primera.

Pero Krishnadevaraya tenía sus propias sospechas.

Pronto quedó claro que Tirumala Devi había declarado la guerra no solo a la reina segunda, sino también a toda la troupe de *gopis* suplentes. Irrumpió en las habitaciones de placer de la *zenana* para enfrentarse a su marido durante su momento de solaz diario. Las

esposas de menor categoría se apartaron nada más verla.

—Este paraíso de segunda fila, esta parodia del Bosque de Albahaca, ¿qué significa? —exigió saber Tirumala Devi—. Tal vez sea por tu amor a la cultura musulmana, eso de las muchas esposas y concubinas, los espíritus de sus siete cielos, esas huríes «que ni hombre ni jin han tocado». Deberías vestirte con ropajes varoniles y renunciar a esta basura afeminada.

Krishnadevaraya no se arredró.

—Hasta tu padre tiene un buen establo de esposas —dijo—. Esto no tiene nada que ver con hindúes o musulmanes. Honro a mi tocayo el dios Krishna recreando su espacio de goce aquí en nuestra Bisnaga.

—¿Sabes lo que pienso que sería un buen paraíso? —le preguntó Tirumala, revelando una línea de pensamiento sorprendentemente similar a la de Pampa Kampana—. Sería un lugar, o quizá una época, en que a un hombre le bastara con una sola mujer.

—Ese paraíso ya existe para la mayoría de la gente —replicó Krishnadevaraya—. Se llama pobreza.

—Quizá tendríamos que cambiarle el nombre —dijo la reina primera —, y pensar en ello como riqueza. A lo mejor eres tú el pobre, ya que ni con tantas mujeres tienes bastante.

—Me habían dicho que eras muy peleona —dijo el rey—. Me gusta. Vamos, no pares.

—Vístete como es debido —repuso ella—, y luego ya veremos lo de conversar.

—Por cierto —añadió el rey cuando Tirumala se marchaba—, te habrás enterado de la muerte del pobre Dhurjati.

—Sí —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Algo le reventó por dentro, seguramente el corazón. Ya sabes lo que dicen de los poetas. Se pasan toda la vida en un duelo constante y al final mueren todos de tristeza, porque nadie podrá amarlos nunca lo bastante para satisfacerlos.

—También se dicen otras cosas —repuso el rey—. Parece ser, por ejemplo, que la gente musita las palabras «Shrimati Visha» cuando pasáis tú o tu madre.

—La muerte es inevitable —contestó ella—. Los pobres ven asesinato por todas partes. Yo solo veo destino, al que llamo karma, pues no es sino algo justo y necesario, pero tú en cambio, disfrazado de musulmán y con el urdu constantemente en la boca, seguramente lo llamarías *kismet*.

—Te voy a dar un consejo —dijo el rey—. El envenenador suele acabar bebiendo también el veneno. Es solo para que medites sobre ello.

—Aquí la envenenadora es esa reina segunda tuya —exclamó Tirumala Devi, antes de alejarse con la cabeza bien alta—. Esa extranjera es quien debería preocuparte, si estás pensando en veneno.

La «extranjera» Zerelda Li había ido a visitar a Pampa Kampana en «la casa del extranjero». Llegó en un carruaje plateado con sirvientes y guardias, pero entró en la casa sola, y durante su visita se convirtió en una simple hija de la familia, no ya la reina segunda. Encontró a Pampa Kampana sola, acurrucada en una banqueta junto a la ventana, contemplando el bullicio de la calle con el aire melancólico de quien siente que su tiempo ya ha pasado, y que el amado en cuya casa está viviendo no es más que un modo de ayudar a que las horas que le quedan transcurran lo menos ruidosamente posible. «No es alguien especial —reconoció para sus adentros—. Sus cabellos son como un hermoso fuego, sus ojos son piedras preciosas y sus modales son a la vieja usanza, y todo eso está muy bien. Pero es una imitación de un hombre anterior en otra vida. De hecho, es una imitación del hombre que era en sí mismo una imitación del verdadero hombre. Soy demasiado vieja para enamorarme de una imitación de una imitación, por más que tenga sus cabellos y sus ojos y sus modales, y que haga el amor tal como recuerdo y todavía prefiero, aunque no sea portugués. Yo he visto el original, he escuchado la música de ese amor, y un eco de otro eco no me deja satisfecha. Niccolò es muy agradable y ha visto mucho mundo, como dice que es común entre venecianos, pero bien mirado es alguien irrelevante».

Y luego pensó: «Quizá es eso lo que me pasa a mí también, después de tanto tiempo, a punto de cumplir doscientos años. Quizá yo también soy irrelevante».

—Tatara-tatara-tatarabuela —dijo Zerelda Li—. ¿Qué querías?

—Dos cosas —respondió Pampa Kampana—. Y la primera es: quiero que tengas lo que deseas. Si deseas a ese rey, y todo lo que ello supone, si de ese modo descubres adónde perteneces y quién eres, entonces es mi deuda contigo asegurarme de que lo consigas y que te dure mientras así lo quieras, y que no mueras accidentalmente envenenada antes de que te hartes de la vida.

Se levantó de la banqueta e hizo señas a Zerelda Li de que la siguiera.

—Los bosques que hay cerca de Bisnaga no son como el bosque encantado de Aranyani —dijo—, pero tampoco lo eran las arboledas que había cerca de la cueva de Vidyasagar donde me crie. Él encontraba allí todo lo que necesitaba para vivir, y también estos bastarán para lo que me propongo, aunque no estén encantados. Mientras tú te entretenías con intrigas palaciegas, yo he estado recolectando hierbas.

—¿Y para qué? —preguntó Zerelda Li.

Pampa Kampana puso una sonrisa de autocomplacencia antes de responder.

—Vidyasagar era un hombre de muchas facetas —dijo—. Por un lado estaba su sabiduría, motivo de que mucha gente lo adorara; y, por otra, su astucia para la política, que lo convirtió en un hombre muy temido. Luego había ciertas facetas, nocturnas, que nunca podré perdonar, pero esos recuerdos los tengo cerrados a cal y canto hasta el punto de que hay días en que no encuentro la llave para acceder a ellos, y hoy no veo razón alguna para desempolvarlos. Y luego hay ciertas facetas que pueden sernos útiles. Útiles, en todo caso, para ti.

Estaban en la habitación de Pampa Kampana, y en un rincón de la misma había una pequeña pieza de cerámica de largo cuello que recordaba un poco a un gallo pavoneándose.

—Vieri me ha dicho que esta vasija tiene mil años de antigüedad y

que procede de un país donde la utilizaban para guardar la sangre de los rivales vencidos. Cuando me la regaló quedaban todavía dentro los restos secos de esa sangre, y yo supe, porque me lo enseñó Vidyasagar, que esta clase de sangre, si se la potencia con las hierbas adecuadas, produce un bebedizo que convierte a quien lo toma en una persona invulnerable a todo lo que pueda comer o beber.

—Ya, un antídoto —dijo Zerelda Li.

—Reuní las hierbas necesarias —dijo Pampa Kampana—. Las machaqué y las introduje por el largo cuello de la vasija. Lo calenté todo al fuego y pronuncié las palabras que Vidyasagar me enseñó. Lo tengo listo.

Colocó un cuenco de madera al lado del gallo de barro, levantó la vasija por el cuello y la rompió golpeándola contra el cuenco. Un líquido oscuro y espeso salió de entre los fragmentos rotos.

—¿Mil años de antigüedad, has dicho? —Zerelda Li no pudo disimular cierto asombro escandalizado en su voz.

—Así es —dijo Pampa Kampana—. Ha estado esperando mucho tiempo a que llegara este momento y así cumplir su función. —Vio que Zerelda Li seguía torciendo el gesto—. Hoy en día —añadió con amargura—, tener muchos años no es ningún privilegio. Yo solía hacer cerámica, así que para mí no resulta fácil hacer añicos una pieza.

Vertió el espeso líquido en un vial de cristal y lo tapó con un corcho pequeño.

—Lleva esto colgado del cuello —le dijo a Zerelda Li—. Haz que prueben antes la comida y toma todas las precauciones, pero si eso fallara y notas veneno en el cuerpo, toma un sorbito de esto; unas cuantas gotas pueden salvarte la vida.

—¿Y cómo sabré si la comida o la bebida están envenenadas? —preguntó Zerelda Li—. Los platos especiados pueden disimular el sabor del veneno, ¿no?

—Tu cuerpo te lo dirá. Cuando se siente amenazado, siempre manda una señal. Lo sabrás si llega el momento. Que, naturalmente, espero que no llegue nunca.

—¿Cuál era tu otro deseo? —quiso saber Zerelda Li, colgándose el

vial del cuello y remetiéndolo bajo la ropa—. ¿Me lo vas a decir?

—No sé de qué me hablas —dijo Pampa Kampana.

—Antes has dicho que había dos cosas que querías —le recordó la joven—. ¿Cuál es la segunda?

Pampa Kampana guardó silencio durante un buen rato, y finalmente se decidió a hablar.

—Yo soy la madre de Bisnaga —dijo—. Todo lo que ha pasado aquí es de mi cosecha. Las semillas que planté hicieron nacer a las personas, mi arte levantó las murallas. He ocupado el trono de la reina junto a los dos reyes fundadores. ¿Qué es lo que quiero? Quiero que se me reconozca por lo que soy. No quiero ser invisible. Quiero que todos me vean.

Zerelda Li la escuchó muy seria y con gran atención.

—Hablaré con él —dijo al cabo—. Se lo explicaré. Estoy segura de que se quedará estupefacto cuando empiece a creerme. Seguro que te hará ir a palacio para otorgarte el mayor de los rangos, más alto aún que el de la reina primera. Pero ¿sabes qué le convencería mejor que lo que yo pueda decirle?

—No —respondió Pampa Kampana.

—Más murallas —dijo Zerelda Li.

Influido por el poder místico del número siete, Krishnadevaraya había decidido que la ciudad ahora en expansión debía ser defendida no por uno, sino por siete círculos de murallas. La población había aumentado de manera espectacular, sobrepasando el recinto original. Nuevos barrios estaban siendo construidos fuera de las fortificaciones, lo que dejaba indefensa a la ciudadanía frente a posibles enemigos. Hacían falta murallas nuevas urgentemente.

—Ha pasado mucho tiempo desde que hice levantar la primera —dijo Pampa Kampana—. Entonces era mucho más joven, y más fuerte también. Y eso fue antes de la guerra contra los monos rosas, que casi me mata y que me tuvo durmiendo hasta que tú me despertaste. Cierto, nos transformamos en pájaros para venir aquí, pero hasta ese don está ya casi agotado, y no sé qué más puede quedarme. No sé si soy capaz todavía de levantar siquiera una muralla, ¡imagínate seis más!

—Inténtalo —dijo Zerelda Li.

Al día siguiente Pampa Kampana fue a ver a Sri Narayan y le compró todo un saco de semillas varias.

—¿Hoy no quiere fruta, señora? —le preguntó desde su puesto Sri Laxman, el hermano de Sri Narayan—. La temporada del mango acabará pronto. Y el mango también tiene semillas. Más vale que compre algunos rápido, antes de que se terminen.

Para complacerle, Pampa Kampana compró unos mangos y los metió en el saco. Sri Narayan resopló, molesto.

—Ese tiene más labia que yo —dijo—, pero ¿qué diantres va a crecer en este suelo tan pedregoso?

—De las semillas de mango no crecerán solamente mangos —dijo ella—. Ni tampoco de las tuyas.

Una vez que se hubo alejado, los hermanos se miraron rascándose la cabeza.

—¿Qué ha querido decir con eso? —se preguntó en voz alta Sri Narayan.

—Cualquier tontería —dijo Sri Laxman—. Esa señora es una excelente persona, pero a veces temo que esté un poquito chiflada. —E ilustró su comentario llevándose un dedo a la sien.

Pampa Kampana se acostó temprano. Niccolò de' Vieri se metió en la cama más tarde, procurando no molestarla. Luego, cuando aún era de noche, ella salió de la alcoba sin hacer ruido para no despertarlo. De madrugada, cruzó descalza las puertas de la ciudad, vestida únicamente con dos piezas de tela tejida en casa, marcas en la frente que indicaban la seriedad de su objetivo, y al hombro un saco de yute lleno de semillas (había unos mangos también). Se dirigió hacia la pedregosa llanura y se quedó contemplando las lomas circundantes, como si estuviera comunicándoles el gran cambio que iban a experimentar. Luego se adentró en el vacío y nadie volvió a verla durante semanas.

Más adelante, en el *Jayaparajaya*, describía su largo deambular por la llanura, remontando cerros, bajando a valles, y explicaba las cosas que iba diciendo y cantando al andar.

*Árida es la tierra, sí,* (escribió)
*pero el canto hace que crezcan frutos*
*incluso en un desierto.*
*Y los frutos de la canción se convierten*
*en las maravillas del mundo.*

Por fin, bajó de nuevo a la amplia planicie de Bisnaga, con la piel cubierta de polvo y los labios cuarteados. Era otra vez el alba, las sombras de las lomas retrocedían y el sol derramó su luz sobre ella, un río de calor. Pampa Kampana permaneció muy quieta en las siete horas siguientes, haciendo caso omiso del sudor que le bajaba por la frente, de la transpiración que fluía de todos los poros de su cuerpo, del polvo que al humedecerse se volvía barro sobre su piel, del rielar del calor en el aire, del retumbo del calor en sus oídos. Pasadas siete horas cerró los ojos, alzó ambos brazos y el milagro dio comienzo.

Murallas de piedra surgieron allí donde ella había plantado las semillas, a lo largo de la ribera, en la planicie, subiendo y bajando las lomas de aquel ingrato terreno. El río bañó las piedras, los llanos quedaron dominados por su eminencia y la sierra que rodeaba la ciudad elevó hacia el cielo las nuevas defensas. Había torres de vigilancia esperando a centinelas, muros almenados donde solo faltaban arqueros y cañones y calderos de aceite hirviendo. Había puertas lo bastante robustas como para resistir los arietes más pesados. Desde aquel día hasta el último día ni un solo enemigo logró poner el pie en el corazón del imperio, y si ese último día el enemigo consiguió entrar fue solo porque el pueblo había perdido la esperanza. Únicamente la desesperación podía hacer que los muros se vinieran abajo, y para eso faltaban todavía muchos años.

Seis nuevos círculos de altas murallas, nacidas de semillas encantadas, y siete círculos en total: las maravillas del mundo.

Las murallas no dejaron de crecer al ponerse el sol, sino que siguieron haciéndolo entrada la noche, pero antes de que el milagro tocara a su fin ya había gente saliendo de Bisnaga, a pie, a caballo o en carruaje, para contemplar boquiabiertos las defensas de la ciudad en plena formación. El propio rey salió a caballo y no daba crédito a lo que veía. Pampa Kampana, figura solitaria en mitad de la gran llanura, permanecía con los ojos cerrados y los brazos en alto, y nadie, al principio, relacionó a aquella asceta solitaria con el surgimiento de los muros de piedra. La multitud crecía por momentos y la gente, en su ignorancia, daba empellones a Pampa Kampana. Pero ella permaneció estática y en silencio, sin abrir los ojos, ordenando a las imponentes fortificaciones que siguieran creciendo, piedra a piedra, perfectamente alineadas, los muros parejos y lisos, como si un ejército de mamposteros espectrales estuviera allí trabajando, un ejército capaz de sacar piedras del aire mismo y de apilarlas a velocidad de vértigo. Cuando el sol se puso finalmente tras los siete círculos de piedra, la gente de Bisnaga experimentó una mezcla de temor y de gozo, como ocurre cuando lo milagroso cruza la frontera del mundo de los dioses y penetra en lo cotidiano, revelando a mujeres y hombres que dicha frontera no es algo impenetrable, que lo milagroso y lo cotidiano son dos mitades de un mismo todo y que los propios humanos somos los dioses que buscamos adorar, capaces además de grandes logros.

Zerelda Li había salido a la par que el rey y, por la noche, cuando vio que la muchedumbre empezaba a empujar a la pequeña silueta femenina de brazos en alto, se lanzó al galope para defender a Pampa Kampana.

—¡Atrás! —gritó—. ¿No veis que es ella la responsable de todo esto?

Tras el milagro de las murallas, toda Bisnaga creyó en el poder de Pampa Kampana, comprendiendo al fin que vivían en una ciudad que ella había creado de la nada, que había *sembrado* gracias a unas semillas; supieron así que los viejos mitos eran literalmente ciertos. Todo el mundo, desde Sri Narayan que le había vendido las semillas y su hermano el persuasivo vendedor de fruta Sri Laxman, hasta Niccolò de' Vieri, el extranjero cuya cama había ella abandonado para iniciar su

obra, estaba sobrecogido por el asombro. El propio rey no pudo sino reconocer que él no era la única persona en el imperio tocada por una deidad. Zerelda Li le contó la verdadera historia de Pampa Kampana tal como se la habían contado a ella previamente, y Krishnadevaraya no pudo objetar nada. La prueba estaba a la vista a todo su alrededor, hecha de piedra.

—He sido bendecido por la gloria de esa mujer —dijo—, que a su vez agrandará la mía.

Por fin, a medianoche, Pampa Kampana dobló las rodillas, exhausta, y se desplomó inconsciente en el polvoriento suelo. Fue llevada a Bisnaga en el propio carruaje del rey, escoltada por este y por Zerelda Li a caballo, así como por el gran ministro Timmarasu. (Tirumala Devi no estaba presente, enfurruñada en sus aposentos, sabedora de que su influencia en la corte acababa de disminuir poderosamente). Acostaron a Pampa Kampana en una de las habitaciones reservadas para soberanos de visita en la ciudad, y Zerelda Li durmió a su lado, en el suelo, con un ojo abierto y la mano en la empuñadura de su espada: como un tigre al acecho, dispuesta a destruir a cualquier enemigo que pudiera acercarse a ellas.

Pampa Kampana no despertó hasta un mes más tarde, y allí estaba Zerelda Li, humedeciéndole los labios con agua como había estado haciendo durante todo su largo sueño.

—¿Las murallas siguen en pie? —preguntó Pampa Kampana, y cuando Zerelda Li le dijo que, en efecto, seguían en pie y eran altas y fuertes, la otra sonrió y asintió con la cabeza.

—Bien —dijo—. Entonces iré a ver al rey.

Cuando Pampa Kampana entró en la sala del trono, con paso inseguro y una mano apoyada en el hombro de Zerelda Li, Krishnadevaraya descendió del Trono del León, se postró de rodillas y le besó los pies, enviando un mensaje a las esposas y los cortesanos allí presentes, y también a todo el imperio más allá de palacio.

—Perdóname, madre —dijo—. Estaba demasiado ciego para ver y demasiado sordo para oír, pero ahora mis oídos están abiertos y mis ojos han visto la verdad. Tú no eres una simple *apsara*, aunque una

*apsara* sea también algo prodigioso. Ahora entiendo que la propia diosa vive dentro de ti y que te ha sustentado desde que hiciste nacer nuestro mundo hace casi doscientos años, y que tu juventud y tu belleza son la manifestación de ese divino sustento. A partir de ahora se te conocerá como la madre de todos nosotros, la madre del imperio, y tu rango será más alto aún que el de cualquier reina, y yo haré construir un templo para que veneremos cada día a la diosa que hay en ti.

—No necesito rango, corona ni templo —dijo Pampa Kampana. Su voz era débil, pero ella no permitió que le temblara—. Y tampoco necesito veneración. Quería que se me conociera, eso es todo, y quizá que se me permita estar junto al *Mahamantri* Timmarasu y ofrecer consejo y orientación ahora que el imperio entra en su momento de mayor gloria.

—Excelente —dijo el rey—. Pues que empiece la época de gloria.

—A este respecto, majestad —intervino Tirumala Devi, adelantándose para postrarse a los pies del rey—, permíteme comunicarte con inmensa dicha que me honro de estar encinta de tu hijo primogénito.

A Zerelda Li se le subieron los colores a la cara y también ella se adelantó, dejando a Pampa Kampana detrás y plantándose frente a Krishnadevaraya. (No hincar la rodilla fue una callada pero despectiva crítica a la obsequiosa genuflexión de su rival).

—A lo que me gustaría añadir —le dijo al rey— que, como estoy segura de que te alegrará mucho saber, yo también lo estoy.

# 17

¡Bueno, bueno! Los embarazos contendientes de Tirumala Devi y Zerelda Li pusieron a las mangostas entre las cobras, ¡como reza el dicho! Los meses siguientes fueron testigos de un calvario de conjeturas, disputas e indecisiones, no solo en la corte, sino también en buena parte del imperio. ¿Y si Zerelda Li paría un niño y Tirumala Devi una niña? ¿Cómo afectaría esto al equilibrio de poder en palacio? ¿Y si las dos tenían un varón o las dos una niña? ¿Se plantearía de nuevo el viejo y espinoso tema —que siempre había rondado por la cabeza de Pampa Kampana— del derecho de la mujer a heredar el trono? ¿Qué inesperadas consecuencias podía tener un debate semejante? Si Tirumala Devi era rebajada de categoría a resultas de la lotería natalicia, ¿cómo afectaría ello a la alianza de Bisnaga con su padre el rey Veera de Srirangapatna? Si Veera se retractaba de dicha alianza, ¿hasta qué punto quedarían debilitadas las defensas del imperio en su frontera meridional? Y, caso de producirse un conflicto armado en el sur, ¿sería entonces Bisnaga vulnerable ante nuevas ofensivas de los Cinco Sultanatos en el norte? ¿Se alzarían otra vez Bidar y Bijapur, los derrotados en la batalla de Diwani, y unirían fuerzas con Golconda, Ahmednagar y Berar (recreando así el ejército del ahora fragmentado sultanato de Zafarabad) para lanzar un peligroso ataque conjunto? ¿Qué postura había que tomar? ¿De qué lado debían ponerse los cortesanos, o era mejor no alinearse con nadie? ¿Cabía la posibilidad de que una facción Tirumala quisiera hacer daño a Zerelda Li, o viceversa? ¡Ay, cuán incierto se presentaba ahora el universo! ¿Se habrían enojado los dioses con Bisnaga? Este enigma fecundativo ¿no sería una prueba que les ponía el Divino, y cómo tenía uno que actuar a fin de pasar dicha prueba y de este modo aplacar a los dioses? ¿Qué tenía que decir el *Mahamantri* Timmarasu al respecto? ¿Por qué no se pronunciaba?

¿Por qué el rey guardaba silencio también? Si los líderes del imperio no sabían qué directrices dar, ¿cómo iba a entender el pueblo qué era lo más conveniente?

Durante aquellos meses las dos damas protagonistas se trataron mutuamente con una cortesía glacial que a nadie engañaba, mucho menos a las damas en cuestión. Cuando se enteró de que Zerelda Li sufría náuseas matinales, Tirumala Devi le hizo llegar una bebida anónima que según ella le calmaría el estómago de forma instantánea. Zerelda Li vertió el contenido del frasco en una maceta que tenía en sus aposentos e hizo público que la flor de dicha maceta se había marchitado y muerto al momento. Poco después Zerelda Li supo que Tirumala Devi tenía antojo de dulce y que no podía reprimirse de comer pasteles, a pesar de que la contrariaba estar engordando tanto. De inmediato envió a la reina primera una serie de cestas con gran cantidad de los más irresistibles dulces de todo el país: *pak* y *kozhukkattai* de Mysore, así como *bebinca* de Goa y *adhirasam* tamiles, e incluso varias delicias exóticas de tierras más lejanas, como *sandesh* de Bangla y *gujjiya* del territorio del sultanato de Delhi; una cesta al día, durante varias semanas, y el odio de Tirumala Devi por su rival fue creciendo a la par que su barriga.

El ministro y mano derecha de Krishnadevaraya Saluva Timmarasu aconsejó en privado al rey no hacer nada que pudiera perjudicar el estatus de la reina primera. Aunque Zerelda Li tuviese un varón y Tirumala Devi una hembra, el hijo de la reina segunda no debía ser nombrado heredero al trono. Sería preciso, en cambio, dar nuevas oportunidades a Tirumala Devi de parir un niño, el cual, llegara cuando llegase, debía ser el primero en la línea de sucesión.

Krishnadevaraya meneó la cabeza.

—Eso no me parece nada bien —dijo.

Timmarasu osó contradecirle.

—Supongo, mi rey, que has querido decir que no te parece justo, y, sí, me atrevería a decir que sería injusto. Pero hay veces en las que una injusticia es también la medida correcta que debe tomar un soberano.

—Preguntemos a la madre del imperio si ella está de acuerdo —dijo

el rey.

Pampa Kampana no se encontraba bien. Desde el milagro de las murallas había venido sintiéndose mareada, presa de un cansancio perpetuo, con dolor de huesos y las encías irritadas. «Necesitas descansar —le dijo Zerelda Li—. No eres tú». Pero Pampa sabía que en el fondo era precisamente ella misma, que estaba experimentando el lógico peso de su ancianidad. Por primera vez en su vida, se sentía vieja.

No había vuelto a la casa de Niccolò de' Vieri, y el instinto le decía que pasara lo que pasase, tanto si recuperaba sus fuerzas y su determinación como si se iba apagando lentamente, el tiempo del Señor Brincos se había acabado. Hizo llegar un mensaje al frutero Sri Laxman pidiéndole que enviara unos Alphonsos a «la casa del extranjero» y que incluyera el papel lacrado que el mensajero llevaba, donde había escritas unas palabras que solo el veneciano debía ver. «Estos que tienes delante son los últimos Alphonsos —decía la nota—. La temporada del mango ha terminado». Cuando Vieri recibió el regalo y leyó el mensaje, comprendió que ella le estaba diciendo adiós. Al momento hizo el equipaje y, menos de veinticuatro horas después, partía de Bisnaga para no volver nunca más, rumbo a un nuevo destino en su periplo interminable y llevándose consigo las palabras de ella y el recuerdo de su amor, dos cargas de las que no se desprendería hasta el día de su muerte. Fue el último extranjero en la vida de Pampa Kampana. Esa faceta de su historia tocaba también a su fin.

Seguía alojándose en la suite para monarcas de visita en la capital del imperio, pero vivía inmersa en sí misma, ajena a la majestuosidad de sus aposentos, a las pipas de agua de artesanía *bidri* en piedra y plata procedentes del conquistado sultanato de Bidar, al *Nataraja* de bronce del periodo Chola representando a Shiva como señor de la danza, así como a los cuadros de la singular escuela bisnaguiana, cuyos artistas se distinguían por no pintar dioses ni reyes sino gente común haciendo su trabajo o, excepcionalmente, tomándose un merecido descanso. A todo

esto, por el momento, Pampa Kampana estaba ciega. Para el caso, podría haber estado viviendo dentro de una cueva sin mobiliario como la que compartiera con Vidyasagar durante nueve años, o en una choza en la jungla como la que habían construido ella y sus hijas en el bosque de Aranyani. Apenas si hablaba, sumida en sus pensamientos, y gran parte del tiempo lo pasaba examinándose obsesivamente la cara, las manos y el cuerpo para ver si por fin la vejez, que había empezado a notar en los huesos, pasaba factura a su aspecto externo.

Se repetía a sí misma que no debía preocuparse por la aparición de canas y arrugas como si fuera una casquivana cualquiera. Su fuerza radicaba en ella misma, no en su aspecto… Sí, pero, se respondía, si empezaba a parecer una bruja, entonces el rey no la miraría igual… Aunque quizá, contraargumentaba, la trataría con la seriedad, el respeto, que la vejez exigía y merecía. Podía ser que su autoridad ganara enteros precisamente por ello.

Pero su piel no dejaba ver signos de deterioro. El don de la juventud que le había concedido la diosa parecía intacto, al menos en el exterior. Por dentro, Pampa Kampana había empezado a notar el peso acumulado de sus dos siglos de vida. Por dentro, empezaba a sentir que había vivido demasiado.

Zerelda Li, luciendo una tremenda preñez, fue a verla muy enfadada. El embarazo le estaba sentando muy mal, tenía todo tipo de dolencias, pero su malhumor no se debía a eso.

—El rey quiere verte —le dijo a Pampa Kampana, furiosa y sofocada a la vez—. Tienes que venir enseguida.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Pampa Kampana.

—Pasa que él quiere que decidas si mi hijo va a ser una persona de importancia, una persona de cierta enjundia en este maldito imperio, o si habría que apartar a mi bebé como si fuera un pedazo de mierda —respondió Zerelda Li—. Y solo para que me vaya preparando, ¿me vas a decir cómo piensas responder a eso?

Pampa Kampana se lo explicó. Y lo que dijo no hizo feliz a su nieta.

La «madre del imperio» ya no estaba acostumbrada a la deferencia con la que ahora estaba siendo tratada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que recorriera aquellos corredores como reina por dos veces, y este nuevo respeto iba incluso más allá de los saludos formales ofrecidos a todo monarca. Se dio cuenta de que la reverenciaban, como habían hecho en otro tiempo con su viejo adversario Vidyasagar en su época de apogeo. Pampa Kampana no estaba segura de que le gustase tanta veneración pero, si tenía que ser sincera, tampoco estaba segura de que le disgustase. Aún no se sentía con fuerzas; entró en la sala del trono apoyándose en una ceñuda Zerelda Li, y de inmediato una oleada de cortesanos retrocedió a su paso como la marea al retirarse. Krishnadevaraya la estaba esperando y, al aproximarse ella al Trono del León, tanto el emperador como el ministro Timmarasu se arrodillaron para tocarle los pies. Tirumala Devi había oído rumores de que a Pampa Kampana se le había pedido juzgar entre los dos hijos todavía por nacer, razón por la cual había corrido a la sala del trono —corrido, en todo caso, hasta donde le permitía su embarazo—, resuelta a impugnar cualquier veredicto que no fuera el que ella quería. Tirumala Devi no hizo ni venia ni genuflexión, ni tocó los pies de Pampa. Permaneció erguida y muy seria, cual ángel vengador. La mirada de Zerelda Li se encontró con la de su rival; ni la una ni la otra apartaron la vista. Un fuego mortífero devoraba poco a poco la línea de visión entre ambas.

—Vaya, vaya, parece que el ambiente está un poco caldeado —dijo Pampa Kampana, jovial—. Veamos si es posible temperar los ánimos. Mi veredicto es el siguiente: sería ridículo solventar la cuestión sucesoria antes de que los candidatos hayan aprendido siquiera a respirar el aire o a soltar una ventosidad. ¿Cuál de los dos sería el más capaz para gobernar? Bien, volvamos a plantearnos esta pregunta dentro de dieciocho años o así, y puede que para entonces sepamos la respuesta. Dejemos para entonces la discusión sobre si mejor niña o mejor niño.

Su respuesta no agradó a nadie y confundió a muchos. Tirumala Devi y Zerelda Li empezaron las dos a hablar en voz alta, exigiendo la

intervención del rey, y la multitud de cortesanos se dividió en facciones contrapuestas. El propio Krishnadevaraya no sabía a qué atenerse. Por su parte, el ministro Timmarasu, firme defensor de Tirumala, le susurró con urgencia al oído.

Pampa Kampana tomó de nuevo la palabra.

—Mientras nuestro rey goce de buena salud, esté en perfectas condiciones mentales y siga teniendo el mando del imperio —dijo—, es absurdo que estemos perdiendo el tiempo hablando de los derechos de quien no ha nacido todavía. Nuestra única preocupación, como nos enseñó hace más de un milenio y medio el gran emperador Ashoka, cuyo nombre significa «sin tristeza», debería ser el mayor bienestar y la máxima felicidad de nuestros ciudadanos. Cuando hayamos hecho todo lo posible por crear ese paraíso en la tierra, ese lugar sin tristeza, entonces sí, hablemos de quién es el mejor para preservarlo.

—Ashoka era budista —dijo Tirumala Devi—. Él no creía en nuestros dioses. ¿Cómo vamos a tener fe en un rey de la antigüedad que adoraba a un hombre que declinó reinar?

—Ashoka era el corazón que daba vida a nuestro país —replicó Pampa Kampana—. Quien no conoce el corazón, difícilmente puede entender el cuerpo.

Tirumala Devi no dijo nada al respecto. Pero cuando sobrevino la fatalidad, fue la primera en afirmar que los dioses habían juzgado a Pampa Kampana no solo por sus malos consejos, sino también por su «blasfemia».

Zerelda Li, reina segunda de Bisnaga, la muy querida consorte de Krishnadevaraya el Grande, murió durante el parto; su hijo, un varón, nació también muerto. Una semana más tarde, Tirumala Devi daba a luz a un niño también mortinato. Ella, sin embargo, sobrevivió. La triple tragedia fue sentida en toda Bisnaga como un mal presagio, y fuera de las fronteras del imperio se interpretó como un signo de debilidad. Krishnadevaraya hizo desalojar la sala del trono y no reapareció en público hasta cuarenta días después. Se suponía que no

veía a nadie excepto a Timmarasu. Se suponía que Tirumala Devi solo contaba con el consuelo de su madre, y que Pampa Kampana había pedido que la dejaran llorar a solas a su tatara-tatara-tataranieta, la última de su linaje. Fue como si le hubieran cortado la cabeza al imperio y el cuerpo yaciera, en consecuencia, inerte. Los enemigos de Bisnaga se aprestaron a invadir.

El cuerpo de Zerelda Li envuelto en llamas había provocado una inundación dentro de Pampa Kampana. No haber podido o sabido llorar debidamente a los seres queridos le pasó factura, y toda aquella pena no manifestada se apoderó de ella. Le había pedido al rey empuñar personalmente la vara de bambú y partir el cráneo de Zerelda Li para liberar su espíritu, y aunque eso era tradicionalmente trabajo para un hombre, el rey tuvo la generosidad de permitírselo. Tras haber cumplido con su cometido, Pampa Kampana perdió el conocimiento y cayó en redondo, y hubo de ser transportada a sus aposentos para que se recobrara. Esta escena fue también motivo de discusiones y habladurías. Para Bisnaga y sus amigos era un ejemplo de la amplitud de miras por la que Bisnaga había sido elogiada con frecuencia, y daba a entender que el viejo proyecto de valorización de la mujer, que había llevado a Bisnaga a promover a las mujeres en todas las facetas de la vida desde los inicios mismos del imperio, había cobrado nuevo impulso bajo el actual monarca. Demostraba que su promesa —«el reino del amor será establecido en todo el imperio»— no había sido solo una jactancia vacua. Para los enemigos de Bisnaga todo ello era un signo más de la debilidad de un centro de poder que se derrumbaba.

Así estaba el mundo en aquellos días. La tragedia engendró ejércitos, y el significado simbólico o alegórico de la respuesta individual a la catástrofe —congoja, generosidad, pérdida de la conciencia— hubo de ser probado en el campo de batalla. Todo era un signo, una señal, y los signos se prestaban a muchas interpretaciones, y solo el campo de batalla —solo la fuerza— podía decidir cuál de las versiones era más verdadera.

Krishnadevaraya lo entendió mejor que nadie y, vía el *Mahamantri* Timmarasu, dio orden de que sus fuerzas armadas se prepararan para la

guerra.

Pampa Kampana despertó de su colapso a una nueva realidad. Zerelda Li ya no estaba, y con ella había desaparecido toda esperanza de una nueva estirpe de muchachas mágicas. Su dinastía fabulista había llegado a su fin. El futuro pertenecía a Tirumala Devi, quien, una vez salida de su propio retiro luctuoso, iba a tener sin duda muchas otras oportunidades de parir un heredero, y sin duda también daría al menos a luz a un varón, y el niño viviría. El viejo orden no iba a cambiar. Krishnadevaraya tal vez fuera glorioso, tal vez ganara muchas batallas, pero nunca llegaría a convertirse en lo que habrían hecho de él las mujeres del linaje pampakampiano.

Toda Bisnaga sintió profundamente la muerte de una reina y dos reyes en potencia. El mismo Krishnadevaraya, en vez de estar preparándose para su campaña militar como debería, se había despojado de su habitual indumentaria de «sultán» —aquellas prendas que con tanta contundencia criticaban Tirumala Devi y su madre— y se había vestido con las dos piezas de tela tejida a mano típicas de los mendigos pedigüeños y los ascetas santones. Se había encerrado a cal y canto en el Templo del Mono y allí, de rodillas y con la cabeza gacha, pedía consejo a Hanuman mientras la ciudad entera contenía el aliento a la espera de su reaparición.

Así transcurrieron varios días.

Y entonces una mañana, al despuntar el día, una nerviosa criada despertó a Pampa Kampana para informarle de que el rey la estaba esperando fuera, todavía semidesnudo en sus harapos de pobre. «Hazle pasar», ordenó a la criada, y cogiendo su ropa se levantó de la cama y fue a recibir al rey.

Cuando Krishnadevaraya entró, no permitió que ella se arrodillara ni que hiciese el menor gesto de obediencia.

—No hay tiempo para eso —dijo—. Tengo mucho que contarte. En el templo, mientras esperaba con los ojos cerrados una respuesta del dios Hanuman, lo único que veía era tu rostro. Y al final lo he comprendido.

El consejo que busco está en ti y solo en ti, de modo que debo ofrecerte ahora mismo una nueva y más profunda clase de amor, no el amor vulgar que los hombres muestran por las mujeres, sino el amor más elevado que los devotos muestran por la manifestación de lo Divino.

Después de pronunciar estas palabras, fue él quien se postró de rodillas y le tocó los pies.

La velocidad con que estaba llegando este nuevo giro de los acontecimientos tenía perpleja a Pampa Kampana.

—Es demasiado pronto —dijo—. Todos nuestros pensamientos deberían estar centrados en el duelo por los que han muerto. Las declaraciones de amor, ya sean elevadas o vulgares, deberían esperar a otra ocasión. Tus palabras son inapropiadas, mi señor.

—Te refieres, me parece, a que sería mal visto ahí fuera, en los pasillos de palacio, en las calles de la ciudad —dijo Krishnadevaraya—. Pero a veces lo que un rey debe hacer para perfeccionar su majestad va en contra de todo eso. No tengo tiempo que perder. Me enfrento al asunto más importante de mi vida. Veo extenderse ante mis ojos años y años en los que mis días estarán llenos de sangre y donde mis noches de sosiego aquí en palacio serán escasas. Quiero que seas la reina regente durante mi ausencia, pues no otra cosa significan las visiones que he tenido en el templo, y para ello debemos casarnos cuanto antes. Sí, tú serás la reina segunda, esa es la vacante que hay que llenar, pero en todos los demás aspectos serás tú quien mande. Tirumala Devi afirma que es buena administradora y no dudo que lo sea, pero yo te pongo por encima de ella, y Timmarasu está de acuerdo con lo que digo. Como ves, las razones de Estado deben triunfar sobre los convenciones sociales. Un rey debe actuar cuando es momento de actuar. Debe amar cuando es momento de amar, no cuando sea demasiado tarde o cuando al pueblo le parezca oportuno. Tú eres mi gloria hecha carne y por ello debes gobernar en mi puesto. Tirumala posee muchas cualidades, pero no es gloriosa.

—Extraño uso el que haces de la palabra «amor» —dijo Pampa Kampana—. La mezclas con otros términos que no son nada amorosos. Además, tú fuiste amante de Zerelda Li y por tanto no puedes serlo

mío. Sería algo demasiado indecente. En fin, de acuerdo, me casaré contigo y gobernaré Bisnaga en tu ausencia, pero eso es todo. Dormiremos en camas separadas.

Una gran turbulencia se agitaba dentro de ella. Se lo había debido todo a Zerelda Li y había dejado a un lado sus propios sueños a fin de que la joven pudiera hacer los suyos realidad. Pero ahora su nieta ya no estaba, y se le ofrecía a Pampa Kampana ese mismo todo, por segunda vez, y con mayor fuerza aún que la primera. La veneración de que había sido objeto desde que levantara las nuevas murallas —el milagro que había hecho de Bisnaga capital una fortaleza inexpugnable— era, a fin de cuentas, poco más que una cortesía, un gesto de asombro y gratitud. Pero ahora se la invitaba al corazón mismo del imperio, lo que significaba también al corazón del rey. Se le ofrecía la realidad en lugar de una educada apariencia, y ya no era necesario que negara sus propios sueños para cumplir las esperanzas de Zerelda Li. Era la más extraña declaración de amor que le habían hecho jamás, un amor que, al mismo tiempo, tenía algo de abstracción, algo de impropio, e incluso un deje de blasfemia. Ella había sido tocada por una diosa pero no era ninguna divinidad, y sin embargo ahora le ofrecían el puesto, si no de la diosa, sí de su representante en la tierra. O algo muy similar. La habían amado muchos hombres y de muchas maneras distintas, como resultado de lo cual se la había considerado promiscua, y en algún momento habría podido aceptar lo justo de esa acusación, pero este amor era algo que nunca le habían ofrecido; no era una cosa del cuerpo, sino, por el contrario, una exaltación más elevada, en la que el amor y el cuidado de Bisnaga se mezclaban con la obsesión —la «visión», había dicho él— del rey. Ella, que tan a menudo había anhelado el amor puramente físico, empezaba a ver, en medio de aquella agitación, que el amor carnal solo había sido un sustituto de lo que ella quería realmente; ella quería lo que se le estaba pidiendo que aceptara.

*En mi vida* (nos cuenta Pampa Kampana en su libro, el libro del que este libro es apenas una pálida sombra)*, he querido muchas cosas que no podía tener. He querido que mi madre saliera ilesa de la hoguera. He*

*querido un compañero de por vida aunque sabía que yo sobreviviría a cualquier hombre que se cruzara en mi camino. He querido una dinastía de muchachas que gobernaran el mundo. He querido un determinado modo de vivir pese a saber, cuando lo quería, que estaba soñando con un futuro distante que tal vez no iba a llegar nunca, o que lo haría a medias y dañado en cierto modo, o que llegaría para ser destruido después. Pero tal parece que lo que yo más quería era esto:*

*Quería ser rey.*

—Ya te dije en otra ocasión que no deseo que me construyas un templo —le dijo a Krishnadevaraya—. Pero hay un templo invisible que tú y yo podemos construir, y sus cimientos serán la prosperidad, la felicidad y la igualdad. Y también, por descontado, tu abrumador éxito militar.

—Hay dos cosas más —dijo el rey—. Para empezar, yo voy a seguir intentando que Tirumala Devi sea la madre de mi heredero.

—No me importa —dijo Pampa Kampana, aunque no era así, aunque se consoló pensando: «Pero tú no vas a estar por aquí mucho tiempo, ¿verdad?, o sea que no lo tendrás fácil», y eso la hizo sentir bien—. ¿Y la segunda cosa? —preguntó.

—La segunda —dijo Krishnadevaraya— es esta: cuidado con mi hermano.

*(Esta es la primera vez que se menciona al hermano de Krishnadevaraya en el* Jayaparajaya. *El lector lo recibe como una sorpresa, como quizá lo fuera en su momento para la propia Pampa Kampana).*

Unos cuatrocientos kilómetros o poco más al sudeste de Bisnaga sigue todavía en pie la fortaleza de Chandragiri, construida en el siglo XI. Al olvido de esta vetusta fortaleza —vetusta, cabe decir también, incluso en tiempos del imperio Bisnaga— había enviado Krishnadevaraya a su hermano menor Achyuta, un individuo de tan rastrera personalidad, tan poco idóneo para reinar, tan violento, cruel y cobarde, que el rey,

no deseando derramar sangre de su propia familia, lo hizo encerrar bajo estricta vigilancia y apenas si reconoció su existencia ni una sola vez.

—Pero es muy escurridizo —le dijo a Pampa Kampana—. Intentará escapar a base de sobornos, trampas y asesinatos, como ha hecho desde el día en que lo envié allá. Debes mandar a espías de confianza para que se aseguren de que no ha corrompido a sus guardianes. Vigílalo bien o saldrá de allí como alma que lleva el diablo sembrando a su paso el caos y la destrucción.

Pampa Kampana asimiló esta información en calidad de futura regente, pero ella pensaba que había otras personas más cercanas a quienes había que apaciguar, o al menos hablar con ellas. La primera a la que abordó fue Saluva Timmarasu, el poder en la sombra, quien había insistido con éxito en que Tirumala Devi fuese la reina primera y que por tanto podía no ser un aliado de Pampa Kampana en su nuevo papel, pese a que el rey dijera que estaba de acuerdo. Encontró al ministro en la azotea del palacio, dando de comer a sus palomas. Era un hombre viejo y corpulento, calvo, con mucha papada y unas manos enormes, y estaba mirando cómo los pájaros posados en sus palmas picoteaban las semillas. La saludó sin levantar la vista.

—Cuando te conocí —le dijo a Pampa Kampana—, tú también eras un pájaro. A mi modo de ver, eso habla en tu favor. Estas pequeñas aves grises son mis amigas y mis mensajeros de mayor confianza. En muchos sentidos las aves son criaturas de un orden más elevado que los seres humanos.

Ella entendió que estaba teniendo un gesto de amistad y quiso responder con uno propio.

—Y yo pude conocerte bien cuando tuvimos que elegir a todas aquellas ridículas muchachas que querían ser *gopis* para complacer al rey.

Timmarasu echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

—Es que el rey se aburre con facilidad —dijo—. Ahora esas damas van envejeciendo discretamente en la *zenana*, ignoradas, olvidadas incluso. Pronto podremos darles la jubilación y enviarlas de vuelta al

lugar de donde vinieron, sea donde sea. Pero recuerdo bien la danza de la reina Zerelda Li. Mereció la pena verlo.

Fue su manera de sacar a colación el tema de Tirumala Devi, a quien la danza en cuestión había desagradado profundamente.

—Espero —dijo Pampa Kampana— que la reina primera no se sienta empujada a emplear tácticas bajo mano mientras dure mi regencia.

El rostro de Timmarasu se ensombreció.

—Debes comprender que si recomendé el matrimonio con la hija del rey Veera de Srirangapatna fue por motivos puramente políticos —dijo —. Era una alianza necesaria. No debes tomártelo como muestra de ninguna preferencia.

—Bien —dijo Pampa Kampana—. Entonces somos amigos.

—Mi impresión —dijo el ministro— es que la reina Tirumala está demasiado obsesionada con sus ambiciones dinásticas como para emprender la tarea cotidiana de dirigir el imperio. Ella quiere acostarse con el rey y tener hijos, y si no me equivoco el rey ya te ha explicado que eso va a pasar. Lo cual permite a la reina primera tener la convicción de que al final ganará ella, pariendo al heredero al Trono Diamante.

—Ya iremos viendo —dijo Pampa Kampana, disponiéndose a marcharse.

Justo antes de salir, Timmarasu la llamó.

—Respecto al asunto del veneno, etcétera, etcétera —dijo—. Esa clase de melodrama no va a tener lugar en Bisnaga mientras yo esté vivo y atento a lo que sucede. Se lo he dejado bien claro a las damas en cuestión. Ellas saben que se las vigila.

—Gracias —dijo Pampa Kampana—. Se lo mencionaré yo también a ellas. Y mantendré los ojos bien abiertos.

—El rey es tonto —dijo Nagala Devi—. Casarse contigo es una idiotez, y nombrarte reina regente no es solo de necios sino de dementes. Ya nos perdonarás, a mi hija la reina primera y a mí. No asistiremos a la ceremonia nupcial, o a la ceremonia de, hablemos

claro, tu muy temporal ascensión al trono, no sé si del León o de Diamante, comoquiera que lo llamen.

—El palacio es un lugar de muerte —dijo Tirumala Devi—. Mi hijo ha muerto. Tú nos has traído esta maldición y nunca te perdonaremos.

Estaba fumando opio en su profusamente alfombrada alcoba, arrellanada en uno de los numerosos cojines, y entre el perfume de la droga y el denso olor del aceite de pachuli, el aire estaba muy cargado. El poeta Thimmana, el que mete la nariz, estaba de pie a su lado.

—Thimmana nos ha escrito una nueva obra maestra —dijo Nagala Devi—. Vamos, recítasela a nuestra invitada.

Pampa Kampana no tardó en comprender que se trataba de una sátira maliciosa sobre la célebre danza de Zerelda Li, que el poema describía como torpe y sin gracia y motivo de vergüenza ajena para todos los que la presenciaron.

—Me marcho —dijo Pampa Kampana—. Una mentira no se vuelve verdad solo porque se la exprese con palabras. Esto es difamar a la difunta. Poeta, tú mismo te deshonras.

—¿Seguro que no quieres beber algo antes de irte? —preguntó Nagala Devi, señalando hacia una jarra de cristal que contenía un líquido rosado.

—Le da miedo beber con nosotras —dijo con sorna Tirumala Devi—. Será mejor decirle lo que estoy segura de que ella ignora.

—¿Otra mentira? —dijo Pampa Kampana.

—Una simple verdad —replicó Tirumala Devi—. Mientras tú languideces aquí en Bisnaga, ocupada en asuntos clericales, reparaciones varias y disputas legales, yo estaré acompañando al rey en su campaña militar. A nuestro regreso estoy segura de que el próximo rey vendrá con nosotros, dentro de mi útero, o montando a mi lado.

—Eso no es cierto —dijo Pampa Kampana.

—Pregúntaselo tú misma —dijo la reina primera, y se rio en la cara de su rival.

A los elefantes de combate de Bisnaga se los tenía en tan alta estima

como a la aristocracia humana de la ciudad, y la Casa del Elefante, en el Recinto Real, era uno de los edificios más majestuosos de la capital, una suntuosa construcción de ladrillo y piedra con once gigantescos arcos tras los cuales estaba el hogar de las bestias personales del emperador, dos dentro de cada arco, y el de sus *mahouts*, es decir, sus adiestradores y cuidadores. Cuando Krishnadevaraya necesitaba un lugar tranquilo donde prepararse mentalmente para el combate, aquel solía ser su retiro favorito, del mismo modo que la azotea del Palacio del Loto lo era para el ministro Timmarasu y sus palomas. El rey pasó entre sus colosos grises acariciándoles el flanco y murmurando palabras en la lengua de los *mahout* que ellos comprendían; a menudo se sentaba en un sencillo taburete de madera junto a su preferido, que no en vano era el más grande y más temible elefante de todo el país, Masti Madahasti el de las plantas sensibles, que se mostraba remiso a aplastar enemigos con sus patas por temor a lastimárselas, pero que lo hacía sin vacilar si así se lo ordenaba el rey. Allí estaba, pues, Krishnadevaraya, aspirando el tranquilizante aroma de los excrementos de elefante, y las bestias permanecían en silencio a fin de que pudiera poner orden en sus pensamientos. Fue allí donde Pampa Kampana lo encontró la víspera de la partida hacia unas guerras que iban a tenerlo ocupado la mayor parte de la siguiente década. Ella se presentó coronada de rayos y truenos que destruyeron la paz del lugar.

Huelga explicar la discusión. Protestó porque no se le había comunicado que la reina primera acompañaría al monarca en su campaña. El rey contestó diciendo que había dejado clara su postura acerca de un heredero varón. Ella arreció sus protestas, él bramó en respuesta. Los podemos imaginar, ambos gesticulando y levantando la voz entre los elefantes cada vez más inquietos, elefantes alzándose sobre sus cuartos traseros, amenazadores, y gritando en su propio lenguaje, que no nos ha sido dado entender. Finalmente, el rey levantó una mano con la palma hacia fuera, y ahí terminó la cosa. Pampa Kampana giró sobre sus talones y lo dejó a solas con sus amigos elefantes, que continuaban barritando.

No despuntaba aún el día cuando el ejército de Bisnaga se puso en marcha, una impresionante fuerza compuesta de más de cuarenta mil hombres y ochocientos elefantes, con Krishnadevaraya al frente en su *howdah* dorado a lomos de Masti Madahasti, seguido por Tirumala Devi y Saluva Timmarasu en sendos elefantes reales, mientras Nagala Devi y Pampa Kampana les decían adiós desde la cúpula real en la muralla más exterior de la ciudad, Nagala con aire victorioso, Pampa Kampana mortificada, pero resuelta a convertir en un triunfo su paso por el trono en ausencia del rey, de su ministro principal y de la reina primera.

Ahora que hemos leído el libro de Pampa Kampana y conocemos la historia completa del imperio, hemos empezado a referirnos a la década siguiente —aproximadamente entre los años 1515 y 1525 de nuestra era, lo que duraron la guerra y la regencia— como «la tercera edad de oro» del imperio Bisnaga, pero con la advertencia de que el decenio empezó con una pelea, y ya sabemos aquel dicho que afirma que lo que empieza con discordia no suele durar mucho. Sorprendentemente, duró sus buenos diez años, así que lo mejor será dejar que los viejos dichos descansen en esos confortables lugares de reposo con que sueñan los viejos y que a veces incluso encuentran.

El libro relata la triunfal campaña de Krishnadevaraya como si ella hubiera estado allí, como si hubiera sido ella y no Tirumala Devi quien montaba el elefante contiguo al del rey, como si ella y Thimma el Enorme y Ulupi II hubieran peleado con él en todas las batallas. Krishnadevaraya se comunicaba regularmente con la reina regente a fin de mantenerla informada de sus progresos, así que es posible que dichos mensajes le sirvieran de base para su narración. O el lector puede pensar también que Pampa Kampana se imaginó a sí misma mirando a través de los ojos del rey-guerrero. O podría ser que ambas cosas sean verdad.

—De momento la frontera norte está a salvo —les dijo Krishnadevaraya a sus generales—. Además, gracias a la alianza con mi suegro el rey Veera, el sur está razonablemente seguro. Por lo tanto la ofensiva que planean nuestros enemigos vendrá por el este, así que el

plan será lanzar nosotros un ataque preventivo.

Al este se encontraba el legendario país de Kalinga, contra el cual el mítico emperador Ashoka había emprendido su más sangrienta guerra hacía mil ochocientos años, una guerra en la que habían muerto cien mil hombres y que condujo, según contaban, a la conversión del emperador al budismo. Seguir los pasos de Ashoka era una idea atractiva, por más que Krishnadevaraya no tuviera inclinaciones budistas. Pero la puerta a Kalinga era la Montaña Oriental, y el rey de la Montaña Oriental era el más poderoso enemigo de Krishnadevaraya, Prataparudra, de la dinastía Gajapati, conocido por muchos como el gemelo de Krishnadevaraya debido a que eran iguales en grandeza y, según se dice, se parecían también físicamente. Así pues, para ganar aquella guerra Krishnadevaraya tendría que enfrentarse al espejo, y, para conseguir la victoria, sería su propia imagen especular la que tendría que destruir.

La Oriental era una montaña de novecientos metros de altitud, un muro de roca profusamente arbolado en cuya cima se encontraba la ciudadela fortificada. El jefe de las fuerzas de Pratapa, el general Rautaraya, estaba allá arriba con miles de hombres y abundantes provisiones. No había manera de subir; la única posibilidad era sitiar la ciudadela.

Dos largos años transcurrieron hasta que la hambruna obligó a Rautaraya a rendirse. Durante ese tiempo Krishnadevaraya hizo siete peregrinaciones al famoso templo local de Tirupati para rezar a Vishnú en maratonianas y extravagantes sesiones, suplicando al dios que le diese un heredero. (Tras las plegarias, hizo también sustanciosos donativos a las arcas del templo para ayudar a que el dios viera con buenos ojos su solicitud). Por lo demás, el rey y Tirumala Devi tomaron lo que podría denominarse educadamente directas medidas nocturnas para que sus rezos se hicieran realidad.

Así, durante los dos años de asedio, Krishnadevaraya y la reina Tirumala Devi engendraron dos hijos, primero una niña —Tirumalamba, una versión alargada del nombre de su madre—, y luego, para gran regocijo general, ¡un varón! Y ambos niños sobrevivieron. La

noticia no tardó en llegar a la capital. Es interesante hacer notar que la historia de Pampa Kampana apenas si menciona a los recién nacidos. Su silencio, podría decirse, es más que elocuente.

Tras el nacimiento del niño, a quien Tirumala Devi puso otra versión de su propio nombre, Tirumala Deva, la Montaña Oriental se rindió por fin, como en respuesta al feliz acontecimiento. Krishnadevaraya dio el mando de la fortaleza conquistada al hijo de su ministro Timmarasu. Se llevó además muchos trofeos de la montaña. Uno fue la tía de Prataparudra. Otro fue una colosal estatua del dios cuya encarnación él decía ser. La tía, finalmente, fue devuelta ilesa. La estatua de Krishna, empero, no regresó. Fue transportada a Bisnaga e instalada en una capilla especial del palacio.

A la primera regencia de Pampa Kampana, un siglo y medio antes de la segunda, había seguido toda una eternidad de exilio. Ella sabía que, en esta su segunda ocasión, necesitaba hacer las cosas de otra manera. Para establecer su autoridad sobre la corte, decidió adoptar una rutina diaria muy en la línea de la del rey, para que la vida cotidiana no variara apenas. Se levantaba antes del amanecer y se bebía un tazón del aceite ambarino que se extrae de las semillas de sésamo tostadas, y luego pedía a sus doncellas que le dieran masaje en el cuerpo con ese mismo aceite. Después de esto, el rey tenía costumbre de ejercitarse con pesas. Pampa Kampana descartó levantar pesadas marmitas; en su lugar, iba al viejo *kwoon* de Li Ye-He y practicaba con su espada a la luz de unos braseros, y cuantos la miraban desde las galerías sentían una especie de temor reverencial. Con el ejercicio, sudaba todo el aceite que había bebido antes. Hecho esto, salía a montar a caballo por la amplia llanura de Bisnaga más allá de las puertas de la ciudad. Cuando el sol salía, Pampa Kampana se apeaba del caballo. Era el momento religioso de la jornada, y también la parte de la rutina que más extraña se le hacía, como una prenda que no le sentara bien. Iba al templo de Hazara Rama para la *puja* matutina, para lo cual se ponía una versión de las ropas que el rey gustaba de llevar cuando oraba: un holgado vestido de

seda blanco con bordados de rosas doradas, un collar de diamantes y un gorro alto de forma cónica con brocados. Después de rezar iba a sentarse al *mandapa*, una columnata abierta a los elementos, cada columna intrincadamente tallada en forma de animales o bailarinas, y allí escuchaba los asuntos del día, los informes de sus ministros, las quejas de ciudadanos descontentos. Evaluaba los informes, daba su veredicto sobre las peticiones y luego impartía las órdenes diarias mientras los nobles de Bisnaga permanecían en fila y callados con la cabeza gacha, y solo levantaban la vista si ella los llamaba por el nombre. En caso de que deseara honrar a alguno de ellos en especial, lo invitaba a compartir una nuez de betel. Nadie más osaba mascar betel en la corte. Fue tal la pericia con que supo preservar e imitar las costumbres del rey, que la gente decía: «Es como si el rey no se hubiera ido y siguiera aquí con nosotros».

Amparada tras la fachada de tan minucioso mimetismo, Pampa Kampana puso manos a la obra para cambiar discretamente el mundo. Ordenó la creación de nuevas escuelas para chicas a fin de corregir el desequilibrio entre las plazas de varones y féminas. En esas nuevas escuelas —y también, de forma más gradual, en todas las ya existentes —, propuso que la educación dejara de centrarse en la enseñanza teológica, que no estuviera exclusivamente en manos de los brahmanes del cada vez más grande *mutt* de Mandana, el complejo de templos y seminarios donde la influencia de Vidyasagar y sus Dieciséis Sistemas conservaba toda su fuerza. Lo que ella tenía en mente era crear una nueva clase profesional de personas a las que se denominaría simplemente «profesores», miembros procedentes de cualquier casta que tuviesen y quisiesen impartir los mejores conocimientos posibles en una amplia variedad de campos: historia, leyes, geografía, salud, civismo, medicina, astronomía. Las llamadas «materias» serían enseñadas sin enfoques o énfasis religiosos de ningún tipo, con la idea de producir una nueva clase de personas de mente abierta y amplios conocimientos, gente versada en asuntos de fe, sí, pero con una profunda comprensión de la belleza del saber en sí mismo y de la responsabilidad de los ciudadanos en una coexistencia pacífica, y con el

compromiso de mejorar el bienestar de toda la comunidad.

En este punto de su narración Pampa Kampana, impulsada por un ansia de contar la verdad, nos presenta al imponente personaje de Madhava Acharya, o lo que es lo mismo el pontífice Madhava, cabeza visible del *mutt* de Mandana y el encargado de preservar y revigorizar la filosofía del fundador del *mutt*, Vidyasagar. «¡Oh, poderoso Madhava! —(En el texto se dirige directamente a él, como si lo tuviera delante)—. ¡No te pongas en mi contra, pues no soy tu enemiga!». De lo cual podemos deducir que el pontífice era contrario a las reformas de Pampa Kampana, un poderoso antagonista a quien ella necesitaba apaciguar con más o menos urgencia.

El sumo sacerdote rondaba los cuarenta y cinco años, había medrado rápidamente en el sistema de seminarios de Mandana y desde hacía poco ostentaba el liderazgo del *mutt*. Según cuenta Pampa Kampana, era un hombre inusualmente alto, un palmo o más que la mayoría de varones en Bisnaga, y hubiera mirado desde arriba al propio Krishnadevaraya de no ser porque el protocolo de la corte obligaba a agacharse un poco en presencia del rey. De su carácter no dice gran cosa, solo da a entender que era enérgico e imponía respeto, que era propenso a arrebatos de mal genio —cosa que, según la gente, tenía en común con el rey, conocido por sus explosiones de ira—, y que inspiraba un gran temor en todo el complejo de Mandana.

Cuando el rey partió hacia las guerras, acompañado por su ministro principal, su reina primera y dos de los más poderosos guerreros, Madhava Acharya —dando escaso valor a que la regencia estuviera en manos femeninas— creyó ver un vacío de poder y se aprestó a aprovecharse de ello. Pronunció toda una serie de alocuciones, sentado simbólicamente con las piernas cruzadas bajo la higuera favorita de Vidyasagar, dejando claro que Bisnaga se había apartado en demasía del camino del fundador… o lo que es lo mismo, venía a decir, del camino de los dioses. Reinstauró el culto masivo que desde hacía tiempo apenas se practicaba, y fueron enormes las multitudes que acudieron al complejo, dando así a Mandana una base de poder que resultaba difícil de obviar. Madhava estaba totalmente en desacuerdo

con las reformas de Pampa Kampana, y sus primeros ataques verbales contra ellas —en particular contra el hecho de que los sacerdotes ya no fueran el núcleo duro de la educación— no podían ser ignorados.

Fue ahí cuando Pampa Kampana tuvo la idea de resucitar la Recriminación, o de crear al menos un nuevo movimiento a partir de sus cenizas.

A veces las ideas radicales se quedan sin fuelle, y después de que la Nueva Recriminación entrara en el gobierno de Bisnaga en tiempos de Deva Raya, pasara a formar parte de la clase dirigente y dejara de ser un movimiento de protesta, llegó un momento en que hubo de disolverse, pues había perdido su razón de ser. Eso era ya historia antigua, pero una vez que los espías le aseguraron a Pampa Kampana que sus reformas educativas eran del agrado del pueblo, encargó a dichos espías la misión de fundar un movimiento que las defendiera. Por otra parte, da a entender en su narración, reanudó también las sesiones de susurros, ganando así para su causa a muchos bisnaguianos. Pero el acto de susurrar le resultó más duro aún que la última vez. Pampa Kampana notaba el peso de los años. O podía ser que el mundo hubiera cambiado y que hubiera gente a la que ya no le afectaban sus dulces murmullos, gente que era leal a otro tipo de cosas y no se dejaba influenciar, gente imperturbable que seguía a Madhava Acharya como si este fuera un profeta y no un simple sacerdote. Por fortuna, hubo otros que se alegraron de recibir sus callados susurros, y todo apuntaba a que estos otros eran más numerosos que los devotos del culto a Madhava. Así pues, puso manos a su obra nocturna pese a que era más exigente, más agotadora que antes; y una vez que estuvo segura de la cantidad de ciudadanos que podría movilizar en caso de necesitarlo, pidió a Madhava Acharya que se reunieran en el *mutt*.

«¡… Pues no soy tu enemiga!». Es razonable suponer que estas palabras se las dijo en efecto la reina regente al jefe del *mutt* de Mandana, probablemente en persona. No en vano tenemos su propio y detallado relato de aquella reunión en la cumbre, en el que la autora abandona su lirismo natural para ofrecernos un sesudo informe sobre cómo hacer tratos en política.

Se vieron los dos a solas en una sala del complejo Mandana, herméticamente cerrada y vigilada. Como muestra de respeto, Pampa Kampana no le pidió a Madhava Acharya que mantuviera la cabeza por debajo de la de ella, pese a que, como reina haciendo las veces de rey, tenía derecho a exigírselo. Fue su manera de expresar que se reunían en igualdad de términos. Madhava Acharya manifestó su agrado por el generoso detalle y enseguida entró en materia. Pronto les quedó claro a ambos que tanto la una como el otro podían convocar a multitudes en las calles de Bisnaga en un abrir y cerrar de ojos, de modo que en eso estaban empatados. Pampa Kampana tenía a su disposición los batallones que habían quedado en la ciudad para protegerla, lo cual le daba cierta ventaja, pero, como Madhava Acharya se apresuró a señalar, si ella mandaba a los soldados contra los ciudadanos de la capital, perdería enseguida la ventaja de su popularidad y tal vez se enfrentaría a un motín de la soldadesca, además de a una sublevación en las calles. Así pues, esa ventaja existía sobre el papel pero no en la práctica.

Para salir del impasse, Pampa Kampana hizo primero una oferta y luego se sacó un as de la manga. Desde los tiempos de Bukka I, el *mutt* de Mandana había gozado para financiarse de poderes limitados en cuanto a recaudación directa. La regente proponía ahora un aumento considerable de dichos poderes, lo que haría a Mandana más rico de lo que había sido nunca y serviría para financiar un sistema paralelo de educación en el *mutt*, centrado en asuntos de fe y de tradición, en tanto que las nuevas escuelas que ella había creado se ocuparían de otras materias.

Dicho de otro modo: un soborno.

Esa era la oferta. Para obligar a Madhava Acharya a aceptar su propuesta, le mostró a continuación una carta escrita por el rey (su caligrafía era muy característica), respaldando todas las decisiones que ella tomara como regente. Una vez que hubo leído la carta, Madhava entendió que no podía provocar disturbios políticos en Bisnaga, porque el rey, a su vuelta, no tardaría en vengarse; y comprendió también que el soborno que había precedido al as en la manga —bueno, digamos la

oferta de un compromiso— le permitía renunciar a la batalla de manera honrosa.

—Está claro que eres una gobernante muy hábil —le dijo a la reina regente—. Acepto, por supuesto.

Pampa Kampana esperó a que Krishnadevaraya regresara de la campaña militar para confesarle que había estado practicando a fin de imitar su letra y que la carta que le había mostrado a Madhava Acharya no era más que una falsificación.

—Me pongo a tu merced —dijo ella, pero Krishnadevaraya se echó a reír con ganas.

—No podría haber encontrado mejor regente que tú —exclamó satisfecho—. Has encontrado la manera de plegar Bisnaga a tus designios, incluso aquellos sectores que no miraban con buenos ojos tus decisiones. Cuando eres rey, no son las propias decisiones lo que más importa, sino la habilidad para imponerlas sin que haya derramamiento de sangre. Yo no lo habría hecho mejor. Además —dijo, frunciendo ahora el entrecejo—, yo sí te he escrito muchas cartas. Me parecía estar oyendo tu voz susurrándome al oído: «Cuéntamelo todo». ¿Estás segura de que esta carta que mencionas no era una de aquellas?

—Cuando uno se ve obligado a decir una mentira importante —respondió Pampa Kampana con una sonrisa—, lo mejor es disimularla entre un montón de verdades indiscutibles.

He aquí una carta (genuina, no falsificada) que Krishnadevaraya le escribió a Pampa Kampana: «Amada reina regente: Cuando pienso en ti me colmo de asombro, pues tú, que has obrado milagros, eres un milagro en ti misma. A veces me cuesta creerlo aun sabiendo que es la verdad: tú lo has visto todo, a todos nos has conocido desde el inicio hasta el momento presente, y todas las respuestas a nuestras preguntas pueden hallarse en ti. A veces me pregunto sobre aquellos comienzos, qué debieron de pensar Hukka y Bukka, con qué fin peleaban. En el nacimiento de Bisnaga, me dije a mí mismo, luchaban por la supervivencia, por reafirmar su transformación de vaqueros en reyes.

Tú conoces sus corazones mejor que ninguna otra persona viva. Dime si estoy en lo cierto, pues ahora, conforme los años de batalla se van alargando, me hago yo también esas mismas preguntas. ¿Por qué lucho? Si es para defender Bisnaga contra enemigos que nos creían débiles, entonces la victoria en la Montaña Oriental ha dejado claro que somos tan fuertes como antes. Nuestras defensas, por los cuatro costados, están bien aseguradas. Entonces ¿es por venganza? No, porque ese sería el más mezquino de los motivos. Ningún rey vengativo dejaría volver ilesa a la querida tía de su enemigo, y ella desde luego puede atestiguar lo bien que se la trató mientras estuvo bajo nuestra custodia. Es evidente que yo no lucho por motivos religiosos, pues Prataparudra es correligionario nuestro, y algunos de mis mejores generales y soldados veneran a su presunto dios único y eso no es problema para nadie. Tal vez lucho por conquistar territorio, por el simple deseo de expandir el imperio hasta que sea lo más grande que se haya visto jamás. En ese sentido, la conquista sería una consecuencia del deseo de gloria. Muchos dirán que mis razones son una combinación de todo lo anterior, pero yo he descubierto que no es ninguna de ellas, y quien me ha revelado la verdad no es otro que mi enemigo Pratapa.

»Te escribo esto, amada reina regente, mientras avanzo con mis huestes hacia el corazón de Kalinga, dispuesto a asaltar el fuerte de Kondavidu, lugar donde reside la esposa de Pratapa y donde su hijo es el gobernador; y he interceptado a un mensajero que portaba un mensaje de Pratapa para su hijo. En este mensaje Pratapa no solo me insulta a mí sino a toda nuestra estirpe, nos llama bárbaros, dice que no tenemos sangre azul porque nuestros antepasados no eran aristócratas sino vulgares soldados. Injuria todavía más la historia de Bisnaga al decir que es un lugar creado por simples vaqueros, gente de baja estofa, de casta inferior, y que por tanto no puede esperarse de nosotros un buen comportamiento. “No te rindas a un hombre como ese Krishna —escribe Pratapa—, pues en nada se diferencia de un simple salvaje, y temo por la seguridad de la reina y también por la tuya si cayerais en manos de una persona sin educación”. ¡Y esto después de que su tía

volviera a Kalinga sana y salva!

»Así pues, deduzco que toda la historia de Bisnaga responde tal vez a nuestra necesidad —la mía y la de cuantos me precedieron— de demostrar que somos iguales —¡no!, ¡mejores!— que príncipes tan arrogantes como ese. A qué dioses adoren es lo de menos. Es su altivez, su sentido de la superioridad de casta, lo que debemos derribar. Hay una sola clase social que importe: la del vencedor. Es por eso por lo que lucho. Puede que no sea la misma razón por la que lucharon Hukka y Bukka. Tú me dirás si estoy o no equivocado. Mas, en cuanto a mí, esa es la razón».

Y Kondavidu cayó y el hijo de Prataparudra se quitó la vida y la reina se convirtió en prisionera de Krishnadevaraya. Pero, quién sabe si para demostrar que no era ningún bárbaro, trató con cortesía tanto a ella como a su séquito y se la devolvió ilesa a su enemigo, con una nota que decía: «Así es como tratamos a nuestros enemigos en el reino del amor». Y después de Kondavidu, victoria tras victoria, Krishnadevaraya hizo gala de una extraordinaria bondad para con los vencidos, como si estuviera librando una guerra de etiqueta. En un momento dado, y preocupado por ello, el ministro Timmarasu le hizo esta advertencia: «Verás, por ser un poco fieles a la tradición, o a lo que se considera convencional, sería aconsejable que de vez en cuando cortaras unas cuantas cabezas y las hicieras rellenar de paja y las enviaras de ronda por la región. Es lo que la gente espera. Ahorcamientos, torturas, decapitaciones, cabezas en estacas… el pueblo disfruta con el espectáculo de la victoria. Además, el miedo es una herramienta eficaz; en cambio, los buenos modales no infunden respeto».

Influido por estas palabras, Krishnadevaraya marchó hacia el norte y arrasó la capital de Pratapa, Cuttack. Esta vez autorizó la ejecución de los cien mil soldados que defendían la plaza. «Ahí tienes —le dijo al ministro Timmarasu echando fuego por los ojos—, tantas decapitaciones como durante toda la campaña del gran Ashoka en Kalinga, tiempo ha. Esto es para ti». Pero Krishnadevaraya ordenó

también que los civiles no sufrieran el menor daño. Hizo además conciliatorios donativos en monedas de oro a todos los templos de la zona. Con todo esto —pese a las cien mil cabezas cortadas— creía haber conservado su reputación de rey que conquistaba con amor.

(No fue así).

Pratapa solicitó firmar la paz. En la firma del tratado, que tuvo lugar en el monte Simhachalam, Krishnadevaraya conoció por primera vez en persona a su derrotado adversario y le hizo una sencilla pregunta.

—¿Te das cuenta de que en el fondo somos iguales, tú y yo, espejo el uno del otro, y que no hay ninguna diferencia entre nosotros?

Prataparudra sabía que se le estaba pidiendo una disculpa por su insistencia en el abismo de clase, historia dinástica y casta existente entre su propia estirpe y la de los reyes de Bisnaga. Se puso firme ante tal humillación.

—Te confieso —dijo— que no percibo la supuesta similitud.

—Si tan ciego y vanidoso eres —le gritó Krishnadevaraya, furioso—, entonces rompamos este papel, y te juro que reduciré a cenizas tu derrotado imperio y mataré a cuantos de tu familia pueda encontrar, empezando, como es natural, por ti.

Pratapa agachó la cabeza.

—Estaba equivocado —dijo—. Ahora que me fijo bien, veo que somos exactamente iguales.

Como parte del tratado de paz, Prataparudra dio en matrimonio a su hija Tuka al victorioso rey. Tirumala Devi, que estuvo presente en la ceremonia de rendición en Simhachalam, montó en cólera. Irrumpió furiosa en la tienda de su esposo y le espetó:

—Primero, esto es un insulto a mi persona. Y, segundo, ¿tan necio eres que no ves que este «matrimonio» es parte de un complot contra ti?

Krishnadevaraya intentó calmarla, pero, durante la ceremonia nupcial, Tirumala Devi intervino justo antes de que Tuka le diera a comer al rey el dulce tradicional. Tirumala se empeñó en que un

catador probara antes un trozo; el hombre en cuestión cayó muerto al instante, y gracias a ello el magnicidio quedó frustrado.

—Te lo advertí —le dijo Tirumala Devi al horrorizado rey.

Tuka no trató de negar su papel en el complot.

—¿Cómo va este hombre de baja estofa —gritó en cambio—, este rey de las cloacas, a casarse con una mujer de alta cuna como yo?

A raíz del incidente, Tuka fue enviada a la zona más remota del imperio para acabar allí sus días en solitaria cautividad, y el rey, en un ataque de ira, ordenó que sus dependencias fueran terriblemente incómodas y que la comida fuese lo más desagradable posible.

—No te apures —le dijo Tirumala Devi—. De eso me encargo yo.

En el libro de Pampa Kampana no se explica claramente cómo acabó la historia de Tuka, pero en los versos siguientes hay más que una insinuación de cómo pudo terminar:

*No tientes a la Señora Veneno*
*intentando envenenar a nadie,*
*o tu destino podría quedar sellado*
*por tu estupidez.*

Habían pasado seis años desde que Krishnadevaraya partiera de Bisnaga capital al frente de sus hombres (y mujeres). Por fin había llegado el momento de volver a casa.

# 18

De regreso en su palacio, Krishnadevaraya descubrió que Ciudad Victoria se había convertido durante la regencia en el lugar fabuloso con que Pampa Kampana había soñado siempre. Su riqueza era visible por doquier, en las bellas prendas que vestían los ciudadanos, en los productos a la venta en los comercios y, sobre todo, en la suntuosidad de sus lenguas, que habían sido llevadas al éxtasis por los grandes poetas a quienes ella había proporcionado casas donde vivir y escenarios donde hablar. Barcos mercantes zarpaban de Bisnaga hacia todos los destinos posibles y divulgaban así la noticia de sus maravillas, y ahora se veía en sus calles a visitantes extranjeros —comerciantes, diplomáticos, exploradores—, aplaudiendo la belleza de la ciudad y comparándola favorablemente con Beijing y Roma. «Cualquiera puede ir y venir y vivir de acuerdo a sus propias creencias. Igualdad y justicia se aplican a todos por igual, no solo por parte de los gobernantes, sino también entre la propia gente». Esto lo escribió un portugués pelirrojo y de ojos verdes que había recalado en Bisnaga. Se llamaba Hector Barbosa, era escribano e intérprete de malayo y residía en Cochin, y era la última encarnación de los extranjeros que habían poblado la vida de Pampa Kampana. Sin embargo, esta vez ella se resistió a sus encantos. «Ya he tenido bastante de tus reapariciones —le dijo a un perplejo Barbosa—. Tengo mucho que hacer».

Permitió, eso sí, que le hablara de sus viajes. Por Barbosa y otros extranjeros supo de las extrañas cosas que había en lugares muy lejanos, como, por ejemplo, una localidad llamada Toruń, en el norte de lo que llamaban Europa, donde horneaban grandes cantidades de pan de jengibre y donde un individuo había empezado a insinuar que no era la tierra, sino el sol, el centro alrededor del cual se movía todo; y una ciudad llamada Firenze o Florencia en el sur de Europa donde

bebían los mejores vinos del mundo, pintaban los mejores cuadros y leían a los filósofos más profundos, pero donde los príncipes eran cínicos y crueles. Pampa Kampana se acordó de cuando Vidyasagar le había contado que un astrónomo indio, Aryabhata, había propuesto un sistema heliocéntrico mil años antes que el hombre de Toruń, idea que fue rechazada por sus colegas; y ella sabía también que la crueldad y el cinismo de tipo florentino no eran características exclusivas de príncipes extranjeros. «En cualquier caso —escribió—, bueno es saber que "allá" las cosas no son muy diferentes de "acá", y que tanto la inteligencia como la estupidez humanas, y por ende la naturaleza humana, lo peor y lo mejor de la misma, son las grandes constantes en este mundo cambiante». Bisnaga se había convertido en la más cosmopolita de las ciudades. Hasta los pájaros parecían diferentes, como si también ellos hubieran venido desde muy lejos, atraídos por la creciente fama de Bisnaga. Pampa Kampana supo por pescadores que en el mar de Goa y Mangalore había peces nuevos, y Sri Laxman había empezado a exponer y vender fruta de la que nadie había oído hablar. Al dar la bienvenida al rey y poner punto final a su regencia, ella lo saludó con estas palabras: «Te devuelvo tu ciudad, corazón del imperio, que es ahora una de las maravillas del mundo».

Había hecho construir un pabellón nuevo para el rey, el Pabellón de la Conquista del Mundo, donde cada día se congregaban los grandes poetas para cantar en diversas lenguas sus alabanzas al monarca mientras las más bellas mujeres de la corte lo abanicaban con abanicos hechos de cola de yak. En las calles hubo música y danza para festejar a los héroes, y también fuegos artificiales, tan espectaculares como los que en su día creara Domingo Nunes. Fue un regreso por todo lo alto, y todo ello organizado por Pampa Kampana para desviar la atención del hecho de que Tirumala Devi, que volvía de la guerra con dos hijos, niña y niño, pretendía dejar claro que ella —no solo reina primera sino reina madre del próximo rey—, ella, y no la reina regente saliente, era quien ostentaba el mando en el país junto con Krishna el Grande.

Nagala Devi, convertida en abuela del futuro rey, se aseguró de que Pampa Kampana entendiera cómo estaban ahora las cosas. Fue a

situarse al lado de la exregente, supuestamente para contemplar con ella los festejos, pero en realidad para regodearse.

—Seas lo que seas —le dijo—, una anciana disfrazada de mujer joven por arte de magia, o un simple fraude muy bien orquestado, ya no tiene importancia. Como reina regente fuiste una especie de criada ascendida, por motivos pragmáticos, a un estatus que no te correspondía. Ahora vuelves a ser una criada, y si tenías algún tipo de ambición ha quedado totalmente anulada por el nacimiento del príncipe heredero Tirumala Deva y de su hermana la princesa Tirumalamba. En cuanto muera Krishnadevaraya, tú no serás nadie. Bueno, yo diría que ya no cuentas para nada en absoluto.

Y entonces, poco tiempo después del triunfal regreso de Krishnadevaraya, empezó la sequía. Sin agua, hasta el país más próspero se va marchitando, y Bisnaga no fue una excepción. Los campos se resecaron en grandes grietas que engullían a las vacas. Los agricultores se suicidaban. El río menguó y hubo que racionar el agua en la ciudad. El ejército pasaba sed, y un ejército sediento no pelea bien, a menos que sea para conseguir agua. Muchos extranjeros abandonaron la ciudad en busca de lluvia. El pueblo, siempre ávido de alegorías, empezó a preguntarse si la sequía no sería una maldición, si el rey, a pesar de todas sus ofrendas en el templo, no habría disgustado a los dioses y esa aridez sin final no sería un castigo por la matanza de los cien mil. Esta conjetura cobró fuerza cuando se tuvo noticia de que ciento cincuenta kilómetros al nordeste de Bisnaga, en Raichur, población situada en el *doáb* —la zona entre los ríos Pampa y Krishna —, estaba lloviendo a cántaros, y que del famoso manantial de agua dulce que había en la ciudadela de Raichur esta salía a borbotones, o sea que tenían agua en abundancia y la cosecha prometía ser buena.

Los cada vez más frecuentes arrebatos de mal genio de Krishnadevaraya empezaron a alarmar al ministro Timmarasu, y también a Pampa Kampana. Al principio ambos atribuyeron su irritabilidad a la tensión y la fatiga de los seis años pasados lejos de casa, pero incluso ahora que estaba de vuelta en el seno de su capital, bien abanicado y bien entretenido a todas horas, el rey solía estar de un

humor de perros. Hasta que, un día, entró en la sala del trono batiendo palmas y rebosante de energía.

—Ya lo tengo —declaró—. Hemos de conquistar Raichur; así seremos los amos de su lluvia.

Esto era una locura a casi todos los efectos, pero ni la exregente ni Timmarasu pudieron evitar que Krishnadevaraya pusiera en marcha su plan.

—He tenido una visión —proclamó—. Mi padre, el viejo soldado, se me apareció en sueños y me dijo: «Sin Raichur el imperio no estará completo. Toma esa fortaleza y será la joya de nuestra corona».

Krishnadevaraya dio orden de que el ejército hiciera todos los preparativos.

—Raichur está en manos de Adil Shah, el sultán de Bijapur —le advirtió Timmarasu—, y lanzar una ofensiva contra él tras el largo periodo de amistosa paz con ese sultanato desde la batalla de Diwani, tras la cual, como recordará su majestad, Bijapur reconoció la supremacía de Bisnaga… una acción así podría parecer de mala fe y provocar que los otros sultanatos se levanten en armas y acudan en defensa de su correligionario.

—¡Esto no tiene nada que ver con la religión, sino con el destino! —bramó Krishnadevaraya.

La batalla por la conquista de Raichur resultó ser el conflicto más arriesgado de su reinado. Krishnadevaraya partió hacia el norte con medio millón de hombres, treinta mil caballos y quinientos elefantes de combate. En la orilla opuesta del río Krishna los esperaban las fuerzas igualmente poderosas de Adil Shah. Era imposible anticipar un vencedor. Pero, al final, fue el ejército de Adil Shah el que se batió en retirada.

Krishnadevaraya hizo enviar a Adil Shah un insultante mensaje: «Si quieres vivir, ven y bésame los pies». Al leer esto, el muy ofendido sultán huyó, jurando presentar batalla en otra ocasión y salvándose, por el momento, de elegir entre la humillación y la muerte; pero las puertas del fortín fueron echadas abajo e izada la bandera blanca de la rendición. Los soldados bisnaguianos se precipitaron hacia el manantial

y bebieron copiosamente; ningún otro sultán de la península del Decán, al conocer la caída de Raichur, se atrevió a marchar contra Krishnadevaraya, y el imperio de Bisnaga quedó así como único dueño de todo el territorio al sur del río Krishna. Un día después, tanto en Bisnaga capital como en el resto del imperio, la sequía tocó a su fin y llegaron las lluvias. La vida volvió a las calles.

En ausencia del rey, Pampa Kampana ejerció una vez más de reina regente, lo cual enfureció a Tirumala Devi y a su madre Nagala, en cuya opinión ese honor debería haber recaído en el príncipe heredero Tirumala Deva —aun siendo este un niño todavía—, con el asesoramiento de su madre y su abuela. Pero, a la vista de cómo había florecido la ciudad bajo la égida de Pampa Kampana, Timmarasu había vetado esa idea. Después de aquello, la reina primera y su madre se convirtieron en enemigas acérrimas del ministro. Sin embargo, durante un tiempo tuvieron otras preocupaciones más urgentes, pues tanto el príncipe como la princesa no se encontraban bien.

El insoportable calor producido por la sequía había desatado una enfermedad que estaba matando a muchos ciudadanos, y ni siquiera el frescor de las habitaciones de palacio, con sus gruesas paredes, ofrecía protección suficiente. Nadie conocía la causa de aquella impredecible dolencia; era una maldición que se sumaba a otra. A los más jóvenes les subía mucho la fiebre, después bajaba, luego volvía a subir. Tosían, dejaban de toser, volvía la tos. Había días de diarrea, luego paraba, después volvía. Arriba y abajo, arriba y abajo: era como cabalgar una gran ola. Tirumala Devi y Nagala Devi sufrieron junto con sus vástagos, y es cierto que una parte de dicho sufrimiento nacía del amor y la preocupación de una madre y una abuela, pero hay que decir que ambas sabían que su futuro estaba íntimamente ligado al de los pequeños, de manera especial al del príncipe heredero. La primera en ponerse bien fue la princesa Tirumalamba, quien no pudo evitar percatarse de que la buena noticia causaba en su madre y su abuela mucha menos alegría que la recuperación de su hermano Tirumala

Deva diez días después. Eso la hirió, hizo que no se sintiera querida, y fue la causa de que hasta el fin de sus días sintiera acritud contra las mujeres de su familia. A raíz de ser desposada a los trece años por un tal Aliya Rama, un hombre mucho mayor, ambicioso y conspirador, con sus propias aspiraciones reales, Tirumalamba se apartó de su madre y su abuela y decidió tomar un nuevo rumbo.

No hay edad de oro que dure mucho, como dijo una vez Fernão Paes, el comerciante de caballos. La época de gloria de Krishnadevaraya se acercaba a su fin. La sequía empañó el oro, las lluvias lo lustraron de nuevo, el rey regresó victorioso de Raichur, la enfermedad del calor pasó, pero no mucho después empezó el deterioro, y el principio de todo fue la muerte de Tirumala Deva, el príncipe heredero. El rey había vuelto a Bisnaga con un gran plan en mente. Abdicaría en favor de su hijo, con lo que se aseguraba una sucesión libre de conflictos, y después haría las veces de mentor y consejero del muchacho, formando una trinidad de expertos asesores en tareas de gobierno con Timmarasu y la exreina regente Pampa Kampana. Pero apenas había acabado de anunciar sus intenciones cuando el príncipe volvió a caer enfermo; su frente ardía mientras todo él tiritaba, y esta vez no hubo recuperación. Fue apagándose poco a poco y al final murió.

Después de partir el cráneo de su hijo en la pira funeraria, el rey cayó en un estado de agonía entre gritos e imprecaciones, transido de dolor, enfurecido con los dioses y alimentando delirantes sospechas acerca de cuantos le rodeaban. El caos se apoderó de palacio, mientras los cortesanos intentaban evitar a toda costa la presencia real por temor a ser acusados de tener algo que ver en la muerte del muchacho. Rumores de intrigas y maquinaciones traspasaron los muros de palacio para convertirse en la comidilla de los bazares. La hipótesis más repetida era que un traidor al servicio del derrotado Adil Shah habría conseguido, no se sabía cómo, envenenar al príncipe. Y tan pronto la palabra «veneno» salió a relucir, la gente pensó de inmediato en las dos famosas Damas Envenenadoras, la reina primera y su madre, pero a

nadie se le ocurrió un motivo para que desearan asesinar a su propio hijo y nieto. Imperaba, pues, una gran confusión. Fueron precisamente la reina Tirumala Devi y su madre Nagala Devi quienes lanzaron entonces una acusación que cambiaría la historia de Bisnaga.

«El rey, sentado en su Trono Diamante, lloraba sin consuelo buscando a alguien a quien culpar —nos cuenta Pampa Kampana—, y las dos malvadas damas, con sus uñas largas como puñales y pintadas de rojo sangre, señalaron al viejo y sabio Saluva Timmarasu, y a mí también».

—¿No lo ves? ¿Acaso estás ciego? —clamó Tirumala Devi—. Esta mujer, esta farsante y asesina, se ha emborrachado de poder y pretende apoderarse del trono con ayuda de tu pérfido ministro. Murmuran sobre ti a tus espaldas. «El rey está loco», dicen entre susurros, «el rey ha perdido el juicio y no puede gobernar, y nos compete a nosotros, las dos personas más capaces de la corte, ocupar su puesto». Las habladurías se extienden rápidamente y el pueblo empieza a darles crédito. Cada mañana se despiertan con esos susurros en la cabeza.

»Tu hijo fue la primera víctima de esta pareja de traidores. Y si no haces nada, tú serás la segunda. Te lo pregunto una vez más: ¿estás tan ciego que no ves lo que pasa delante de tus narices? Solo un ciego dejaría de ver algo tan evidente. ¿Es que mi esposo el rey se ha vuelto ciego?

En su tormento, Krishnadevaraya le gritó a su ministro:

—¡Timma! ¿Qué tienes que decir a esto?

—Me parece despreciable —respondió Timmarasu—. No digo nada. Prefiero que hablen por mí todos estos años de leal servicio a la corona.

—Tú me dijiste que matara a más gente —le espetó el rey—. Es lo que espera el pueblo, dijiste. Y así lo hice, decapité a todos aquellos soldados, nada menos que cien mil. «¿Te parece suficiente?», te pregunté. «¿Quedará satisfecho el pueblo?». Pero entonces el pueblo empezó a llamarme loco. «El rey está chiflado». Sí, veo claramente tus intenciones. Esa fue tu idea desde el principio. Luego se volvió hacia Pampa Kampana.

—¿Y tú? ¿Tampoco vas a alegar nada en tu favor?

—Solo diré que el mundo se ha trastornado por completo si una simple acusación, sin respaldo alguno, se convierte en un veredicto de culpabilidad. De ese modo la locura miente por todos nosotros —dijo Pampa Kampana.

—Otra vez «la locura» —bramó el rey—. Sedujiste al pueblo durante mi ausencia. Sí, sí. Te hiciste reina de sus corazones y ahora quieres abrirte paso hasta este trono. Las mujeres deberían reinar también, es lo que tú dices siempre, ¿no? Que las mujeres tienen el mismo derecho a reinar que los hombres. Eso es lo que hay detrás de tus actos. Lo veo con toda claridad.

Pampa Kampana no dijo más. Se hizo un terrible silencio. Entonces Krishnadevaraya se levantó y estampó un pie contra el suelo.

—No —declaró—. El rey no está ciego. El rey ve claramente lo que pasa. Pero estos dos no van a ver nunca más. ¡Prendedlos! ¡Sacadles los ojos!

Habrían de transcurrir cuarenta años más hasta el colapso final de Bisnaga, pero su larga y lenta caída se inició el día de aquella salvaje y terrible y caprichosa orden, el día fatídico en que a Saluva Timmarasu y Pampa Kampana les arrancaron los ojos con hierros candentes. No hubo resistencia por parte de ninguno de los dos cuando las guerreras de la guardia cortesana los cargaron de grilletes y cadenas. Las mujeres de la guardia lloraban, y cuando Thimma el Enorme y Ulupi II escoltaron a los sentenciados fuera del Recinto Real, lloraban también a moco tendido. Caminaron despacio con sus cautivos hacia el taller del herrero por la calle del gran bazar, repleta de gente horrorizada lanzando alaridos de incredulidad, y ya cerca de la herrería aminoraron el paso como si no quisieran llegar nunca. Momentos más tarde, mientras gritos de dolor sacudían la fragua, primero los de un hombre y luego los de una mujer, se pudo oír también los sollozos del herrero, incapaz de soportar lo que se había visto obligado a hacer. El llanto y los gritos no fueron a menos sino que aumentaron de volumen y se extendieron por toda la ciudad, inundando las amplias avenidas y también las estrechas callejuelas, colándose por puertas y ventanas, hasta que el aire mismo lloraba también y la tierra soltaba grandes

suspiros. Unas horas más tarde el rey se aventuró a salir en su carruaje para evaluar el estado de ánimo de la ciudad y la muchedumbre le lanzó zapatos para expresar su contrariedad.

«¡Recriminación! —clamaba la gente—. ¡Recriminación!». Fue una amonestación sin precedentes al poder, un fragor en la calle, y después de aquello la población miró con otros ojos a Krishnadevaraya y el sol de su gloria se fue poniendo para no volver a salir.

Una vez cegados, Saluva Timmarasu y Pampa Kampana permanecieron sentados y temblando en sendos taburetes de la herrería. El herrero no paraba de pedir disculpas, a pesar de que ellos ya le habían perdonado. El mejor médico de Bisnaga acudió corriendo con emplastos calmantes para las ensangrentadas cuencas de sus ojos; y desconocidos se presentaron con comida y agua. Les fueron quitados los grilletes y se les dio libertad para ir a donde quisieran, pero ¿adónde podían ir así? Se quedaron en la fragua, mareados y al borde del desmayo debido al dolor, hasta que apareció un joven monje del *mutt* de Mandana con un mensaje de Madhava Acharya.

—De hoy en adelante —dijo el monje en voz queda, recitando el mensaje de Acharya—, los dos seréis nuestros más respetados huéspedes, y para nosotros será un gran honor serviros y atender a todas vuestras necesidades.

Los dos desventurados fueron conducidos con sumo cuidado hasta una carreta tirada por bueyes, con la que avanzaron lentamente por las calles en dirección a Mandana. El monje conducía; Thimma el Enorme y Ulupi II iban a pie, uno a cada lado de la carreta; y fue como si la ciudad entera observara su trayecto hasta el *mutt*. No se oía otra cosa que el sonido de la pena inconsolable, y una palabra sola, alzándose por encima del llano.

«¡Recriminación!».

# 19

Al principio solo había dolor, esa clase de dolor que hace deseable la muerte, el bendito alivio. Finalmente el dolor extremo remitió y luego, durante mucho tiempo, no hubo nada. Sentada en la oscuridad, Pampa Kampana comía algo cuando le llevaban comida y bebía un poco de agua de la jarra que le habían dejado en un rincón de la estancia, con un tazón metálico dispuesto boca abajo sobre el cuello de la vasija. Durmió un poco pese a que dormir parecía algo innecesario; la ceguera había borrado el límite entre sueño y vigilia, como si ambos fueran la misma cosa, y no había sueños de ninguna clase. La ceguera borró también el tiempo, y muy pronto perdió la cuenta de los días. En dos o tres ocasiones oyó la voz de Timmarasu y dedujo que lo habían llevado a verla a su habitación, pero estar ciegos hacía que no tuvieran nada que decirse entre ellos; él sonaba débil y enfermo, y ella entendió que la ceguera había abrasado gran parte de la vida que le quedaba. Esas visitas cesaron muy pronto. Recibió también la visita de Madhava Acharya, pero ella tampoco tenía nada que decirle, cosa que él entendió, de modo que simplemente le hacía compañía durante quién sabe si horas o minutos, ya no había distinción. No fue más gente a verla y no le importó. Sentía que su vida había llegado al final pero que una maldición la obligaba a seguir viviendo. Se había separado de su propia historia personal, y ya no creía ser la Pampa Kampana hacedora de milagros a quien la diosa tocó muchos años atrás. Ahora la diosa la había abandonado a su suerte. Tenía la sensación de estar en una cueva sin luz, y aunque a veces, por la noche, entraba alguien y encendía un hornillo para mantenerla caliente, el fuego era invisible y no arrojaba sombras en la pared. Lo único que había era la nada, y ella era nada también.

Habían procurado que su habitación fuera confortable, pero ese tipo

de cosas carecía ya de importancia. Intuía que había una silla y una cama pero no hacía uso de ellas, se quedaba agachada en un rincón, los brazos al frente apoyados en las rodillas y la espalda pegada contra la pared. Así se despertaba y en la misma postura se dormía. No le era fácil lavarse, o dejar que otro lo hiciera, ni llevar a cabo sus funciones naturales, pero era consciente de que eso ocurría de cuando en cuando, que alguien se ocupaba de ella, que la lavaban y le ponían ropa limpia, le cepillaban el pelo y se lo untaban con aceite. Salvo en estas ocasiones, permanecía en su rincón esperando el final, ni muerta ni moribunda.

Solo la molestaron una vez. Oyó un tumulto en la puerta y una voz que decía: «El rey, ha venido el rey». Y allí estaba, una ausencia singular, estridente, prolija, dentro de la envolvente, indiferenciada y silenciosa ausencia, y ella notó un contacto y supo que el rey le estaba besando los pies e implorando perdón. Estaba postrado en el suelo balbuciendo como un chiquillo malcriado. Era un sonido que daba náuseas. Ella quería que parase.

—Sí, sí —le dijo. Era la primera vez que hablaba desde que la dejaran ciega—. Ya lo sé. Estabas enojado, te dejaste llevar, no estabas en tus cabales, no eras tú mismo. ¿Necesitas el perdón? Yo te perdono. Ve a suplicar a los pies del viejo Saluva, que fue como un padre para ti. Lo has dejado al borde de la muerte, le vendrá bien oír tus necias disculpas antes de morir. ¿Y yo? Yo viviré.

Krishnadevaraya le rogó que volviera al palacio, donde podría vivir con las comodidades de una reina, pues reina era; que allí se lo darían todo hecho, que la atenderían los mejores médicos, y que podría sentarse a su diestra en un nuevo trono exclusivo para ella. Pampa Kampana negó con la cabeza.

—Esto es ahora mi palacio —dijo—. En el tuyo hay ya demasiadas reinas.

Tirumala Devi y su madre Nagala Devi habían sido confinadas en sus dependencias, le explicó él. Lo que habían hecho era imperdonable. No quería verlas nunca más.

—Tampoco yo las veré —dijo Pampa Kampana—. Y parece que te

cuesta más conceder el perdón que recibirlo.

—¿Qué puedo hacer, entonces? —preguntó Krishnadevaraya, suplicando.

—Marcharte —respondió ella—. Yo tampoco voy a verte nunca más.

Le oyó partir. Oyó que llamaban a la puerta de Timmarasu. A continuación, el arrebato de ira del viejo. Con las últimas fuerzas que le quedaban, el ministro torturado maldijo al rey y le dijo que su fechoría sería una mancha en su nombre para toda la eternidad.

—No —bramó Saluva Timmarasu—, yo no te perdono, y no lo haría aunque viviese un millón de vidas.

Aquella noche falleció. El silencio intemporal se impuso de nuevo y se cernió sobre Pampa Kampana.

Los primeros sueños que tuvo fueron pesadillas. En ellos veía de nuevo la cara culpable del herrero cuando sumergía en el horno la vara de hierro y volvía a sacarla con la punta ya incandescente. Notaba detrás de ella a Ulupi II sujetándole los brazos mientras Thimma el Enorme, de pie a su lado, le cogía la cabeza para que no la moviera. Veía aproximarse el hierro, sentía su calor. Entonces despertaba, temblando de pies a cabeza, exudando la visión perdida a través de todos los poros de su cuerpo. Soñaba también con lo que le hicieron a Timmarasu, aun sabiendo que él había muerto y ya no tenía que temer el ceño del poderoso ni el látigo del tirano. A él lo habían cegado primero, de modo que ella tuvo que verlo, anticipando así el destino que la aguardaba. Fue como si la dejaran ciega no una, sino dos veces.

Pero, sí, volvía a haber imágenes, la oscuridad ya no era absoluta. Soñó con su vida entera sin saber si estaba despierta o dormida mientras la soñaba; todo, desde el fuego que devoró a su madre hasta el hierro que le abrasó los ojos. Y dado que la historia de su vida era también la de Bisnaga, recordó cuando su tatara-tatara-tataranieta Zerelda Li le dijo que debía tomar nota de todo.

—Papel —dijo en voz alta, dirigiéndose a quienquiera que estuviese allí velando por ella—. Necesito papel, una pluma y un poco de tinta.

Madhava Acharya fue otra vez a sentarse con ella.

—Quiero decirte —empezó diciendo— que tu ejemplo me ha enseñado lo que es la bondad y que la bondad es algo que abarca a todas las personas, no solo a los verdaderos creyentes sino también a los agnósticos y a los que tienen otras creencias, no solo a los virtuosos sino también a quienes no conocen la virtud. Una vez me dijiste que no eras mi enemiga y no lo entendí, pero ahora sí lo entiendo. He ido a ver al rey y le he dicho que en su caso la virtud ha quedado empañada por su fechoría, pero aun así debo velar por él como lo hago por toda nuestra gente. Le he mencionado ese poema épico suyo, *El que ofreció la guirnalda usada*, donde habla de la mística tamil a quien conocemos como Andal, y le he dicho: «Aunque tú no lo supieses, al escribir sobre Andal en realidad no hacías sino escribir sobre nuestra reina Pampa Kampana, toda la belleza de Andal es la belleza de Pampa Kampana, y toda la sabiduría es también la de ella. Cuando Andal se puso la guirnalda y miró el agua del estanque, la imagen que vio allí reflejada era el rostro de Pampa Kampana. Es decir, que has mutilado precisamente lo que pretendías celebrar, te has privado de la sabiduría misma en la que tu poema se regocija, y de este modo has cometido un crimen contra ti mismo además de contra ella». Todo esto le he dicho a la cara y he podido ver que la ira se apoderaba de él, pero mi posición al frente de Mandana me ha protegido, al menos de momento.

—Gracias —dijo ella. Le costaba pronunciar palabras. Quizá le sería más fácil escribirlas.

—El rey me permitió ir a tus aposentos y coger algunas prendas —le explicó Madhava Acharya—. Lo hice yo personalmente. Te he traído también todos tus documentos, tus escritos, en este zurrón que ahora dejo aquí ante ti, y te haré llegar papel, pluma y tinta. Si quieres puedo enviarte a nuestro mejor escriba, para que guíe tu mano hasta que puedas hacerlo sola. A partir de ahora es la mano la que debe ver lo que no ven tus ojos, y lo conseguirá.

—Gracias —respondió ella.

Su mano aprendió rápido, le fue fácil retomar la familiar relación con el papel y el tintero, y sus cuidadoras quedaron asombradas ante la delicadeza y precisión de su letra, lo rectas que se veían las líneas de palabras conforme iban llenando la página. A medida que escribía, Pampa Kampana sintió que recuperaba su yo. Trabajaba despacio, mucho más que antes de quedar ciega, pero la caligrafía era pulcra y clara. No se atrevía a declararse feliz —la felicidad, pensaba, se había ido de su lado para siempre jamás—, pero la escritura le permitió acercarse más que nunca antes a ese lugar adonde se había mudado la felicidad.

Y entonces empezaron los susurros. Al principio no entendió bien qué era lo que pasaba; pensó que era gente hablando en el pasillo y quiso pedirles que por favor guardaran silencio, o que al menos fueran a hablar a otra parte, pero no tardó en comprender que allí fuera no había nadie. Eran las voces de Bisnaga, que sonaban dentro de su cabeza y le contaban sus historias. Las cosas habían invertido el sentido, como si los ríos empezaran a fluir corriente arriba. Cuando era pequeña un santo religioso la había tomado bajo su custodia, pero aquel lugar seguro se había vuelto inseguro y la amistad había devenido enemistad; ahora otro hombre santo, que antes era su adversario, se había metamorfoseado en amigo y le había proporcionado seguridad y atenciones. Y en los primeros días de Bisnaga ella había susurrado a los primeros pobladores la vida de cada uno para que pudieran empezar a vivirla; ahora, en cambio, los descendientes de aquellas personas le susurraban a ella sus propias vidas. Por los vendedores de artículos para hacer ofrendas en los numerosos templos de la ciudad —flores, incienso, cuencos de cobre— se enteró de que las ventas habían aumentado drásticamente, ya que tras las condenas a la ceguera de Pampa Kampana y el *Mahamantri* Timmarasu (y su posterior muerte) la gente sentía una gran incertidumbre respecto al futuro y ahora rogaban ayuda a los dioses. Procedentes de la calle de los comerciantes extranjeros escuchó nuevas dudas y preocupaciones: ¿estaba Bisnaga a punto de desmoronarse pese a sus éxitos militares?, ¿deberían hacer el equipaje y marcharse antes

de que fuera demasiado tarde? Le hablaron voces chinas y malayas, persas y árabes, y solo pudo asimilar una parte de lo que decían, pero le fue fácil detectar pánico en sus voces. Oyó a sirvientas relatando lo que habían oído contar a sus amas, y a astrólogos que profetizaban un negro futuro. La guardia femenina del palacio estaba muy afligida y había incluso quienes no descartaban amotinarse. Las *devadasis*, las bailarinas de los templos Yellamma, manifestaron no estar dispuestas a danzar. A Pampa Kampana le pareció que podía identificar algunas de las voces, como la de Ulupi II, y también la de Thimma el Enorme. Toda Bisnaga estaba en crisis, y las voces de esa crisis poblaban los pensamientos de Pampa Kampana durante sus horas de vigilia. Oyó refunfuñar a soldados del acantonamiento militar, oyó las habladurías de monjes jóvenes, oyó las mofas de cortesanas malhabladas. A todo esto el rey, que hacía tan poco había regresado triunfante de sus guerras, había alcanzado el punto más bajo de su estima y popularidad, y eran muchos los ciudadanos que creían posible que se produjera un golpe de Estado. Pero ¿quién osaría sublevarse, y cómo, y cuándo, y acaso tendría éxito, y si así fuera, oh, entonces qué, y si fracasaba, oh, qué ocurriría si fracasaba? En lo que empieza ya a conocerse como las estrofas «ciegas» del *Jayaparajaya*, Pampa Kampana prestaba voz a la gente anónima, al ciudadano corriente, a la gente común e invisible, y muchos estudiosos afirman que en estas páginas de la inmensa obra kampaniana Bisnaga cobra más vida que nunca.

Ella misma escribió que los susurros fueron una bendición. Le devolvieron el mundo y la devolvieron al mundo. Sobre la ceguera nada podía hacerse, pero ahora no era solo oscuridad, se había llenado de personas, sus caras, sus esperanzas, sus temores, sus vidas. La alegría la había abandonado, primero con la muerte de Zerelda Li, y luego al quedarse sin vista y comprender que no había escapado a la maldición del fuego. Pero ahora, poco a poco, los secretos susurrados de la ciudad hacían renacer la alegría. Alegría por el nacimiento de un hijo, por la construcción de una casa, por entrar en el corazón de buenas familias a las que nunca había conocido; por un caballo bien herrado, por la fruta madurando en los huertos, por la abundancia de la cosecha. Sí, pasaban

cosas horribles, se recordó a sí misma, horribles como lo que a ella le había pasado, pero la tierra todavía era pródiga y generosa, todavía era buena. A pesar de estar ciega, ella veía que había luz.

En palacio, sin embargo, el rey estaba sumido en tinieblas. El tiempo se había detenido alrededor del Trono del León. Krishnadevaraya empezó a encontrarse mal. Comentaban los cortesanos que lo habían visto vagar por los pasillos del palacio hablando solo, o, según otros informes, como si estuviera conversando con fantasmas. Le hablaba a su difunto ministro y le pedía consejo… sin recibir ninguno. Le hablaba a su reina segunda, que le fuera arrebatada al dar a luz, y le pedía amor… sin recibir amor alguno. Paseaba por los jardines con sus hijos muertos, quería enseñarles cosas y subirlos a los columpios y cogerlos y lanzarlos al aire, pero ellos no querían jugar y eran incapaces de aprender. (Curiosamente, para su hija aún viva, Tirumalamba Devi, tenía mucho menos tiempo. Parecía pensar mucho más en los hijos que nunca se harían mayores que en su hija ya adulta).

*(El texto de Pampa Kampana habla aquí de Tirumalamba Devi como una adulta. Nos vemos obligados a comentar que, como el lector atento —¡por no decir puntilloso!— habrá calculado tal vez, Tirumalamba en «realidad» debía de ser aún una niña. Para estos lectores, y para todos aquellos que se topen en nuestras páginas con el* Jayaparaya*, ahí va un consejo: no hay que ceñirse a una descripción convencional de la «realidad», dominada por relojes y calendarios. La autora ya ha dado muestras —su relato del «sueño» en el bosque de Aranyani dura seis generaciones— de estar dispuesta a comprimir el Tiempo a efectos narrativos. Aquí se ve que también está dispuesta a hacer lo contrario, extendiendo el Tiempo en lugar de abreviarlo, plegándolo a su voluntad, dejando que Tirumalamba crezca dentro de las horas mágicamente expandidas por la autora; los relojes en pausa fuera de su burbuja pero sin dejar de hacer tictac dentro de ella. Pampa Kampana es la señora de la cronología, no su criada. Lo que sus versos nos induzcan a creer que fue así, debemos aceptarlo. El resto, todo lo demás, es puro sinsentido).*

Krishnadevaraya fue a todos los templos de la ciudad para rezar pidiendo ser liberado de su tormento, pero los dioses hicieron oídos sordos al hombre que había dejado ciega a la creadora de Bisnaga, en quien la diosa había morado durante más de doscientos años. Escribió poesía pero luego lo rompió todo. Pidió a los genios poéticos que residían en la corte, los Siete Elefantes Restantes, cuyo talento sostenía el cielo en lo alto, que compusieran obras nuevas cuyo lirismo renovara la belleza de Bisnaga, pero los siete confesaron que la musa había partido y que eran incapaces de escribir una sola palabra.

«El rey está loco», decían los susurros.

O podía ser también que, arrepentido y avergonzado de sus actos, consumido por el horror del autoconocimiento —el hecho de saber que sus arrebatos de ira habían acabado destrozando su propio universo privándolo de sus dos ciudadanos más valiosos—, el rey estuviera poseído por la necesidad de expiación y no supiese ni cómo ni dónde encontrarla.

Su salud empeoraba por momentos y hubo de guardar cama. Los médicos de la corte no supieron qué diagnosticar. Parecía haber perdido toda razón de vivir, sin más. «Solo quiere —decían los susurros — encontrar un poco de paz de espíritu antes de abandonar este mundo».

En algún momento, durante su rápido declive, el rey se acordó de su hermano, exiliado en el fortín de Chandragiri. En un estado en el que muchos cortesanos creyeron ver el inicio de un delirio terminal, exclamó: «¡Ese es el error que puedo enmendar!». Dio órdenes de liberar a Achyuta de su exilio y traerlo a Bisnaga capital. «Bisnaga necesita un rey —proclamó Krishnadevaraya—, y será mi hermano quien gobierne cuando yo falte». Muy pocos en la corte habían conocido a Achyuta, pero todos eran conocedores de los rumores sobre su mal carácter, su crueldad, su naturaleza violenta. Nadie, sin embargo, osó poner objeciones al decreto real… hasta que Aliya, el esposo de la princesa Tirumalamba, decidió intervenir.

Aliya fue a ver a Krishnadevaraya en lo que muchos empezaban a considerar su lecho de muerte.

—Pido disculpas, majestad —dijo sin ambages—, pero es bien sabido que tu hermano Achyuta es un salvaje. ¿Para qué hacerle venir estando yo aquí? Como esposo de tu única descendiente viva y hombre serio y responsable a ojos de todo el mundo, ¿no te parece que sería un candidato al trono mucho mejor y menos arriesgado?

El rey sacudió la cabeza, como si tuviera dificultades para recordar quién era Tirumalamba, y más aún aquel hombre mayor que decía ser su esposo.

—Debo hacer las paces con mi hermano —respondió, haciendo un débil gesto desdeñoso con la mano—. Aunque Chandragiri tampoco es un mal lugar —añadió, casi patéticamente—. El Raj Mahal es bastante confortable. Pero debo poner en libertad a Achyuta. En cuanto a ti, ocúpate de cuidar a mi hija lo mejor posible. Cuando su tío Achyuta sea rey, os tratará a ambos con todo el respeto que sin duda merecéis.

Aliya acudió a la reina Tirumala Devi y a la madre de esta, Nagala Devi.

—Como reina primera —dijo—, debes interceder ante el rey. ¿No es acaso la corona el motivo de que quisieras que Tirumalamba se casara con un hombre importante, de más edad y con más autoridad que un jovencito imberbe? ¿No fue esta la manera de conseguir que tu familia accediese al trono de Bisnaga? Pues bien, ha llegado el momento de que actúes.

Tirumala Devi meneó la cabeza con tristeza.

—Mi hija me odia —dijo—, y también le ha dado la espalda a su abuela. Ella piensa que cuando estuvo enferma a nosotras no nos importó si vivía o moría, que nuestra atención solo estaba centrada en nuestro hijo. Ahora ya ni nos mira. No vamos a ganar nada ayudándoos, a ti y a ella, a conseguir el Trono del León.

—¿Y es verdad eso? —preguntó Aliya—. ¿Lo de vuestra atención hacia ella?

—¡Qué pregunta! —dijo Nagala Devi—. No son más que tonterías. Tirumalamba siempre fue una chiquilla muy irritable.

Aliya volvió a visitar al depauperado Krishnadevaraya.

—Cometiste un gran error con el *Mahamantri* Timmarasu y con Pampa Kampana —le dijo—. No cometas otro error colosal antes de abandonar este mundo.

—Haz venir a mi hermano —le ordenó Krishnadevaraya—. Él será vuestro rey.

Fue la última decisión de su vida. Unos días más tarde fallecía. El antaño grande Krishnadevaraya, señor de todo el territorio al sur del río cuyo nombre compartía, el hombre más victorioso que hubiera gobernado jamás la ciudad de la victoria, y en cuya época Bisnaga fue más próspera que nunca en toda su historia, murió en una especie de tácita desgracia, su honor arrastrado por los suelos; la gente se mostró ciega ante sus logros, como si el fenecido rey hubiera cegado a Bisnaga entera al arrancarles los ojos a Pampa Kampana y el *Mahamantri* Timmarasu.

Los susurros dijeron a Pampa Kampana que la última palabra del rey había sido un amargo reproche hacia sí mismo.

«Recriminación».

CUARTA PARTE

# LA CAÍDA

# 20

Tras la muerte de su padre, la princesa Tirumalamba Devi empezó a vagar por las calles como un alma en pena, escoltada a cierta distancia por Ulupi II. Pero nadie se acercó a la princesa triste con malas intenciones. Su tristeza era como un velo que la protegía de miradas lascivas y desconocidos groseros. En la calle del gran bazar Sri Laxman y su hermano Sri Narayan le ofrecieron fruta, legumbres, semillas y arroz, pero ella pasó de largo negando lastimosamente con la cabeza. Al alba, en las orillas del río, veía a gente alabando a Surya, el dios del sol, pero ella había perdido todo deseo de venerar a los dioses. El montañoso paisaje de enormes rocas la empequeñecía, haciéndola sentir más insignificante aún. Se sentía como un mosquito, o una hormiga. Su padre había muerto sin reconocerle sus derechos y había insultado además a su esposo echándolo sin mediar palabra. Su madre y su abuela eran dos ponzoñosas arpías. Se hallaba sola en el mundo, salvo por aquel hombre ya viejo con quien estaba casada, un hombre que andaba siempre metido en intrigas, intentando colocar a sus aliados en puestos de influencia antes de que el nuevo rey llegara a la ciudad. No tenía tiempo para los problemas de su esposa. Tirumalamba recorrió el distrito de los extranjeros, donde podías encontrar porcelana, vino y muselina de calidad, así como las calles donde vivían las familias nobles y los barrios bajos de las cortesanas. Lo único que no despertaba su interés era el Recinto Real donde se había criado, con sus estanques esmeralda y sus bellezas arquitectónicas. Vagó hasta dejar atrás los canales de regadío y los templos de Yellamma, cuyas bailarinas era las mejores de Bisnaga. «Yo ya no tengo un lugar en este lugar donde todo el mundo conoce su lugar», pensó. Así, caminando sin rumbo, acabó llegando al *mutt* de Mandana, y sus pies —que sabían mejor que su cabeza lo que necesitaba— la condujeron hasta la puerta

de Pampa Kampana.

Toda la ciudad contenía el aliento. Achyuta y su séquito se aproximaban, precedidos por rumores sobre noches salvajes en los mesones del camino, borracheras, comilonas, mujeres, reyertas, de modo que Bisnaga tenía motivos para pensar que su nueva era iba a ser muy diferente de la mejor época de regio esplendor de Krishnadevaraya, nada que ver con la cultura de arte y tolerancia que la reina regente había fomentado durante los años de ausencia del rey por causas militares. Se acercaba algo más tosco y más ruidoso. Habría que mantener la cabeza gacha y las narices limpias. A saber en qué dirección apuntaría la ya acreditada vulgaridad de Achyuta Deva Raya, por no hablar de su propensión a la violencia. Historias de hombres ahorcados y dejados colgando a la vera del camino por alguna real o imaginaria falta de respeto llegaron rápidamente desde Chandragiri, como heraldos del nuevo orden, y alimentaron el miedo en todos los corazones.

—¿Puedo entrar? —preguntó tímidamente Tirumalamba Devi, y la mujer acuclillada en un rincón de la estancia movió apenas una mano invitándola a pasar.

La princesa se apresuró a entrar, se quitó las sandalias y se acercó para tocar los pies de la ciega.

—No hagas eso —dijo Pampa Kampana—. En este lugar somos todos iguales, o no somos nada.

Tirumalamba Devi se sentó a su lado.

—Tú eres la madre de Bisnaga y has sido tratada con gran crueldad por sus hijos, que son también los tuyos. Yo soy una hija tratada con crueldad por su madre y también por su abuela. O sea que quizá lo que busco es una madre, y puede que tú necesites una hija.

Se hicieron amigas. Tirumalamba Devi iba a verla cada día. Al poco tiempo Ulupi II la dejó ir sola, diciéndole que en aquel lugar no necesitaba que la escoltaran, pues allí todo el mundo estaba a salvo. A veces la mujer del rincón no tenía ganas de hablar y pasaban el rato en

silencio. Era un silencio bueno en el que ambas se sentían queridas, un silencio que las acercaba la una a la otra. Otros días Pampa Kampana quería hablar, y entonces le contaba a la joven historias de su vida anterior, la de las semillas con las que Hukka y Bukka dieron vida a la ciudad, la de la batalla contra los monos rosas, y todo lo escuchaba Tirumalamba Devi con asombro reverente.

Pampa Kampana intentaba escribir a diario. La joven veía lo duro que le resultaba hacerlo, a pesar de la pericia de su mano. Al final se decidió a hablar.

—Lo que yo veo —le dijo— es que, debido a la ceguera, tu mano se mueve muy despacio, mucho más despacio que tu mente, y eso te resulta duro. En realidad puedes componer versos a gran velocidad, ¿no?, pero no ponerlos por escrito con la suficiente rapidez, y esa lentitud forzada debe de ser muy frustrante, supongo.

Pampa Kampana movió ligeramente la cabeza, como diciendo: «Quizá sí, pero no hay nada que hacer».

Tirumalamba Devi se armó de valor y le hizo una osada sugerencia.

—Cuando el inmortal Vyasa estaba componiendo el *Mahabharata*, también lo hacía a mucha velocidad, ¿no es cierto? —preguntó—. Pero Ganesh, que escribía al dictado, podía seguirle el ritmo, ¿verdad? Incluso cuando se le rompió la pluma, arrancó un colmillo a su elefante y escribió con él, ¿no es así? Por esa razón lo llamamos también Ekdanta, o sea Ganesh el de Un Solo Diente.

—Pero yo no soy Vyasa —dijo Pampa Kampana, y una extraña sonrisa iluminó su rostro—. Y estoy segura de que tú conservas todos tus dientes, y sé también que tus orejas no son tan grandes.

—Pero puedo escribir a la misma velocidad con que tú recitas —dijo Tirumalamba Devi con un brillo en los ojos—. Y si se me rompe la pluma, haré todo lo que sea preciso para seguir escribiendo sin parar.

Pampa Kampana meditó estas palabras.

—¿Sabes bailar? —preguntó—. Porque Ganesh es un gran bailarín. ¿Sabes cabalgar una rata? ¿Te arrollarás una serpiente al cuello como si fuera un pañuelo, o alrededor del talle a guisa de cinturón? —Ahora sonreía de oreja a oreja.

—Si es lo que hace falta —respondió con firmeza Tirumalamba Devi —, aprenderé.

Achyuta Deva Raya entró en el Palacio del Loto buscando alguien a quien matar. Era un hombre atezado de cincuenta y tantos años, con una barba espesa, dentadura mellada, barriga prominente, y colérico como solo puede serlo alguien obligado por su reclusión en un lugar remoto a sufrir los cuidados de dentistas rurales. Iba vestido como para el combate, con un jubón de piel sobre una cota de malla, botas muy raídas, una espada al cinto y un escudo a la espalda. Sus compinches, la única vida social que había tenido en Chandragiri, eran una desorganizada ralea de rufianes bebedores, y detrás de ellos venía la escolta real propiamente dicha, un grupo de guerreras de la guardia de palacio cuyos semblantes daban testimonio de su ira ante los lascivos avances de los amigos del rey a lo largo del camino, la propia conducta inadecuada del monarca y su bochorno profesional a la vista de los toscos modales del nuevo rey, a quien se veían obligadas a acompañar hasta el Salón del Trono (o de Diamante).

Esperando para darle la bienvenida estaba lo que quedaba de la familia real bisnaguiana: la reina primera Tirumala Devi y su madre Nagala Devi, la princesa Tirumalamba Devi y el esposo de esta, Aliya Rama, cuya decisión de vestirse como Aliya Rama Raya, si bien técnicamente justificable por su matrimonio con la única descendiente viva de Krishnadevaraya, sin duda iba a ser vista como una incendiaria provocación, por no decir una declaración de guerra.

—Cuando un hombre ha estado exiliado tanto tiempo como yo —dijo Achyuta—, regresa con ganas de venganza. El responsable de haberme arruinado la vida, mi noble hermano, ya no está aquí para hacer frente a mi ira. Pero, puesto que él no está, la descargaré sobre vosotros.

—Veinte años es mucho tiempo, sí —dijo Aliya—, y es obvio que tu destierro no ha hecho bien a tu aspecto físico ni a tu carácter. No obstante, bienvenido seas, tío; empleo este término respetuoso a pesar de que te llevo unos años. Bisnaga te pertenece, como decretó el

difunto rey, y ten por seguro que ninguno de los aquí presentes piensa rebelarse contra su última voluntad. Pero debes saber que la gente de palacio (los aristócratas de la ciudad, sus ministros y funcionarios, y estas formidables mujeres de la guardia), todos ellos son leales al imperio, no solo al ocupante del trono. Son leales a quienes los han tratado bien durante los veinte años de tu ausencia. Deja que lo exprese en términos más sencillos: aman a la hija del difunto rey, su único descendiente vivo. Y yo soy el hombre a quien eligió como marido. Quiere decirse que también son leales a mí. Otro tanto vale para los que están al otro lado de las verjas de palacio. Aman Bisnaga, y consideran al rey un servidor de su amada, de modo que el rey no debe traicionarla. Así pues, sé precavido con tus actos, o tu reinado podría ser breve.

—Añadiré —intervino Tirumala Devi— que mi padre el rey Veera de Srirangapatna, esposo de mi madre y guardián de tu frontera meridional, está muy atento a cuanto aquí ocurra; si algo le desagradara, las consecuencias no serían buenas para ti.

Achyuta se volvió hacia la princesa Tirumalamba Devi.

—¿Y tú, damisela? ¿Qué tienes que decir? —le preguntó—. ¿Vas a amenazarme también?

—Mi mejor amiga y segunda madre, Pampa Kampana, lo ve todo con los ojos que le fueron cegados —respondió—. Yo seguiré su ejemplo y lo diré todo con los labios cerrados.

Achyuta se rascó el cogote. Luego la mano bajó hasta la espada y asió la empuñadura, la soltó, la asió de nuevo, volvió a soltarla. Después se rascó la coronilla con la mano derecha, se alborotó los espesos y descuidados cabellos entrecanos y frunció el entrecejo, mientras su mano izquierda viajaba hasta la axila derecha, como si se rascara las pulgas. Finalmente meneó la cabeza en un gesto de incredulidad. Miró a sus compinches de borrachera con una expresión que parecía decir: «Vaya, no me servís de mucho, ¿eh?». Entonces, de súbito, prorrumpió en una sonora carcajada y batió palmas de contento.

—Vida de familia, ¿eh? —exclamó—. No hay nada mejor. Me alegro de estar en casa. Bueno, comamos.

En los años siguientes, la historia del banquete de coronación de Achyuta Deva Raya, contada y vuelta a contar con lujo de detalles, se convertiría en el relato definitorio de su reinado. Toda Bisnaga se hizo una imagen mental del monarca y de sus ebrios acompañantes comiendo como cerdos y bebiendo como hombres que hubieran pasado meses extraviados en el desierto, mientras la familia real y los nobles de la corte guardaban silencio allí sentados, las manos juntas, sin probar bocado; y mientras Aliya Rama Raya se encontraba de pie al fondo del comedor, negándose incluso a sentarse y compartir el pan con el nuevo soberano, y planeando su siguiente movimiento.

Tirumalamba Devi le hizo a Pampa Kampana una detallada descripción del festejo, y es eso lo que encontramos en el *Jayaparajaya*, transformado en verso por su autora pero escrito con la pulcra caligrafía de la princesa. Una vez que Tirumalamba hubo terminado su explicación, Pampa Kampana dejó escapar un largo suspiro.

—Esos dos hombres —dijo—, tu marido y tu tío… Entre los dos serán la destrucción de todos nosotros.

Los dos últimos dirigentes en el drama bisnaguiano eran tan desiguales entre sí que la gente empezó a llamarlos «Sí y No» o «Arriba y Abajo» o «Más y Menos» para describir sus contrapuestas personalidades. Algunos recurrieron también a «Adelante y Atrás», siendo en este caso Achyuta el que todos consideraban la parte trasera. Él era el poco sutil, el individuo que irrumpe por la fuerza, te pega un porrazo en la cabeza y saquea tu casa. Aliya era sigiloso. Si te robaba, no te enterabas de qué estaba pasando hasta que se había ido, dejándote en medio de la calle, sin techo sobre la cabeza, y preguntándote adónde habían ido a parar tus cosas. Achyuta hacía pensar en un oso al que rondaran abejas furiosas, siempre en constante agitación, dando manotazos al aire. Aliya era estático, como un arquero justo antes de disparar su mortífera flecha. Achyuta era fornido y grueso, mientras que Aliya recordaba a un esqueleto, un esqueleto andante de cara alargada y seria y extremidades tan largas y flacas que no parecían tener carne, solo piel y hueso. Achyuta era nervioso; Aliya era de una serenidad casi preternatural. Achyuta era un hombre

religioso, en el sentido de ser hostil a los seguidores de otras religiones; Aliya era cínico, le importaba un bledo tu fe mientras pudieras serle útil. Achyuta, según consenso general, no era muy inteligente. Aliya Rama Raya era el hombre más listo de palacio.

Y sin embargo, bajo el mando de Achyuta, Bisnaga sobrevivió. No prosperó como en los viejos tiempos, y perdió influencia y territorios, pero al término de su reinado Bisnaga seguía allí. Por el contrario, el final de Aliya supuso también el fin del imperio.

Pasaron varios años hasta que Tirumalamba Devi convenció por fin a Pampa Kampana de que abandonara el *mutt* de Mandana. Solo salió de su habitación cuando le dijeron que el *mutt* disponía de un taller de alfarería con su rueda y su horno. Y así, después de tantísimo tiempo y a pesar de su ceguera, empezó a hacer cerámicas otra vez. Todo parece apuntar a que ella en persona hizo la vasija adonde iría a parar el manuscrito de la obra de su vida. Pero, durante mucho tiempo, el taller y su propia celda fueron los únicos lugares en los que ella quería estar.

Al final, fue la nueva estatua de Pampa lo que la convenció. Achyuta Deva Raya se había empeñado en hacer alarde de profundas convicciones religiosas y a tal efecto había encargado ese tributo a la diosa que era la encarnación local de Parvati, consorte de Shiva e hija de Brahma, y que también daba nombre al río de Bisnaga. El escultor era un tal Krishnabhatta, el mismo genio brahmán a quien Krishnadevaraya había pedido que esculpiera la gigantesca e intimidante figura de Narasimha, el Hombre-León encarnación de Vishnú, en un solo monolito: Narasimha con la diosa Lakshmi sobre su muslo izquierdo y el cadáver del demonio Hiranyakashyap en el regazo. La estatua no había sido concluida hasta después de la muerte de Krishnadevaraya, pero quedó por siempre asociada a su glorioso reinado, y Achyuta ordenó al artista Krishnabhatta que hiciera una figura de Pampa de igual tamaño y majestuosidad, esculpida asimismo en un solo bloque de piedra. La estatua sería emplazada justo enfrente de la de Narasimha. Sería como si la magnificencia de Achyuta,

encarnada en una Pampa de piedra tan grande como Narasimha e igual de temible, mirase por encima del hombro a su predecesor.

—Tienes que venir —le dijo Tirumalamba a Pampa Kampana—. Porque, poco después de que se completara y se celebrara la ceremonia de bendición, la gente empezó a decir que la estatua es un tributo a ti, madre de todos nosotros, y que con ella Achyuta Deva Raya ha querido disculparse por el crimen que su hermano cometió contra tu persona. —Se le escapó un poco la risa—. Mi tío está que se sube por las paredes.

—De acuerdo —dijo Pampa Kampana—. Mis dedos verán lo que no pueden ver mis ojos.

El día que Pampa Kampana abandonó el *mutt*, con un paño blanco alrededor de la cabeza para protegerse los ojos y amparada bajo un paraguas que, pese a su avanzada edad, Madhava Acharya sostenía en persona, toda Bisnaga acudió a honrarla. Ella oyó los vítores y los cánticos y se sintió muy conmovida; por primera vez desde su retiro forzoso, contempló la posibilidad de vivir una vez más en el mundo, de retomar la senda hacia alguna clase de amor tras el gran odio del hierro al rojo vivo. Cuando llegó a donde se alzaba la estatua, el propio artista guio sus manos por la superficie, detallándole la obra y explicándole sus diversos símbolos.

Con ayuda de Tirumalamba Devi y Madhava Acharya, Pampa Kampana hizo una ofrenda de flores a la diosa y tuvo buen cuidado de felicitar no solo al escultor sino también al rey por aquel supremo acto de devoción.

—Es hermosa —dijo en voz baja, y sus palabras, repetidas por muchas voces, se extendieron entre la muchedumbre—. La veo con claridad, como si la escultura me hubiera devuelto la vista.

La noticia no tardó en llegar a palacio, donde un enfurecido Achyuta vio que la obra que había encargado para glorificarse a sí mismo había devenido, de manera imprevista, un tributo a la ciega de Mandana. (Hubo quienes pensaron que Achyuta debería haber intuido lo que iba a pasar, y nosotros, que jugamos con la ventaja de hablar en retrospectiva, no podemos por menos de estar de acuerdo, pero

Achyuta no era un hombre sagaz ni, como ha quedado dicho, el más inteligente de los gobernantes. La reacción del pueblo a la estatua de Pampa lo pilló a contrapié y lo sacó de quicio, y es muy posible que percatarse de la estupidez que había cometido alimentara su furia).

—¡Al diablo con ella! —gritó desde el trono—. ¿Es que ahora se las da de diosa? En mi Bisnaga no hay sitio para brujas ni para blasfemos. Si dejarla ciega no ha bastado para librarse de ella, la haré quemar viva.

En el libro de Pampa Kampana no constan los nombres de los ministros de Achyuta, pero parece ser que, fueran quienes fuesen, convencieron al rey de que era poco aconsejable quemar en público a una mujer tenida en tan alta estima. No pudieron, sin embargo, impedir que se presentara en el *mutt* de Mandana y exigiera ser conducido a la habitación de la ciega. Madhava Acharya le mostró el camino, y al llegar a su cuarto la encontraron en su rincón de siempre, recitando, mientras la princesa Tirumalamba Devi iba escribiendo los versos.

—Si no puedo quemarte viva —le dijo—, lo que sí puedo es quemar tu libro. No necesito leerlo para saber que estará repleto de ideas prohibidas e inapropiadas. Y luego tú te morirás y te olvidarán, nadie recordará tu nombre, y la estatua será mía otra vez y para siempre. ¿Qué tienes que decir a eso?

Tirumalamba se puso en pie de un salto y se situó entre Achyuta y Pampa Kampana.

—Tendrás que matarme a mí primero —dijo—. Esta mujer tiene un don divino, y si cumples tu amenaza cometerás un sacrilegio.

Pampa Kampana se levantó también.

—Quema todos los papeles que quieras —dijo—. Te aseguro que cada línea de lo que he escrito está grabada en mi memoria. Para deshacerte de ello tendrás que cortarme la cabeza y rellenarla de paja, como les ocurre a veces, en mi libro, a los reyes que son derrotados.

—Yo también he memorizado este texto inmortal —intervino Madhava Acharya—. Tu hacha deberá acariciar también mi pescuezo.

Achyuta enrojeció de ira.

—Puede que llegue pronto el momento en que acepte con gusto todo

eso que proponéis. Por ahora, que os den a todos. Apartaos de mi camino, y tú —señaló con furia a Pampa Kampana— tienes prohibido visitar mi estatua.

—Está bien —dijo ella—. Mi historia no se va a escribir en piedra.

Una vez que se hubo marchado el rey, Pampa Kampana se volvió hacia el sacerdote.

—Lo que has dicho no era verdad —dijo—. Has arriesgado la vida por una mentira.

—Hay veces en que una mentira importa más que la vida —respondió Madhava—. Y esta era una de esas veces.

Ella volvió a instalarse en su rincón.

—Muy bien —dijo—. Gracias a los dos. Ahora quizá podríamos proseguir.

—A veces detesto a los hombres —dijo Tirumalamba Devi cuando Madhava Acharya se hubo ido.

—Yo tenía una hija que pensaba de la misma manera —le dijo Pampa Kampana—. Prefería la compañía femenina y fue de lo más feliz en el bosque encantado de Aranyani. Y si con «hombres» te refieres al miembro de la realeza que nos acaba de visitar, me parece comprensible. Pero Madhava es un hombre bueno, sin duda. ¿Y qué me dices de tu marido?

—Aliya solo piensa en complots y conspiraciones —respondió Tirumalamba—. Todo son secretos e intrigas. La corte está llena de facciones y él sabe cómo poner a un grupo en contra de otro, cómo equilibrar tal interés contra tal otro, y Achyuta no da para tanto; ese tipo de complicaciones le dan vértigo. Así que Aliya se ha convertido en un poder en la sombra, a la altura del rey, que es todo cuanto él desea. Al menos de momento. Ese hombre es un verdadero laberinto. Nunca sabes por qué dirección entrar en él. Es imposible querer a alguien así.

—Dime una cosa. Ya sé que las princesas están sometidas al yugo de la corona y que les cuesta encontrar su propio camino, pero tú, en tu corazón, ¿qué es lo que quieres de la vida?

—Es algo que nadie me había preguntado —dijo Tirumalamba Devi

—. Ni siquiera mi madre. Obligaciones, obligaciones, siempre igual. Lo único que me llena es poner por escrito tus versos.

—Pero ¿qué querrías para ti?

Tirumalamba Devi respiró hondo antes de contestar.

—Cuando paso por la calle de los extranjeros —dijo—, siento envidia. Ellos pueden ir y venir, sin ataduras, sin obligaciones, sin límites. Conocen historias de todas partes, y estoy segura de que cuando van a otros lugares nosotros somos los protagonistas de las historias que les cuentan a las gentes de allá. Nos cuentan incluso cosas de nosotros mismos, y nosotros las creemos aunque lo hayan entendido todo mal. No sé, es como si tuvieran el derecho a contar al mundo entero la historia del mundo entero, y luego… bueno, se van a otra parte. Pues he aquí mi estúpida idea: me gustaría ser extranjera. Siento decir tantas tonterías.

—Yo tenía también una hija así —dijo Pampa Kampana—. ¿Y sabes qué? Se convirtió en una extranjera y creo que fue feliz.

—¿No lo sabes? —preguntó Tirumalamba.

—La perdí —respondió Pampa Kampana—. Pero puede que ella se encontrara a sí misma. —Posó una mano en la rodilla de la princesa—. Ve a buscar una pluma de milano negro —le dijo.

—¿Una pluma? ¿Para qué?

—Guárdala en lugar seguro —dijo Pampa Kampana.

—Cuentan que viniste como un pájaro —dijo Tirumalamba Devi, con un asombro fascinado.

—Volvamos al trabajo. —Pero antes de ponerse a recitar de nuevo, Pampa Kampana añadió algo más—: Yo he conocido a varios extranjeros. Incluso he amado a uno o dos. Pero ¿sabes lo que más me decepciona de ellos?

—¿Qué?

—Todos son prácticamente iguales.

—¿Puedo hacerte la misma pregunta que me has hecho tú antes? —dijo Tirumalamba Devi—. ¿Todavía hay algo que esperes, algo que te gustaría? Bueno, ya sé, perdiste la visión, claro, disculpa de nuevo mi estupidez. Quiero decir algún deseo oculto…

Pampa Kampana sonrió.

—Gracias —dijo—. Pero mi momento de desear ya pasó. Ahora todo lo que quiero está en mis palabras, y las palabras son lo único que necesito.

—Entonces no se hable más —dijo Tirumalamba Devi—. Volvamos al trabajo.

La situación se caldeó en plena temporada de las lluvias. A primera hora de la mañana, Aliya Rama Raya desayunó con su esposa en su alcoba privada del Palacio del Loto, sin cruzar palabra, escuchando el engañosamente alegre sonido de la lluvia y consciente de la presencia de los criados. Una vez que hubieron terminado de comer y beber, Aliya recorrió todos los aposentos de la pareja para asegurarse de que no hubiera oídos al acecho, ningún edecán o sirvientas chismosas. Fue entonces cuando, por fin, habló.

—Con ese hombre es casi imposible mantener una conversación —le dijo a la princesa Tirumalamba Devi—, su nivel de pensamiento es ínfimo. Piensa igual que come, o sea como los cerdos.

El acuerdo de poder, tan flexible como tenso, entre Achyuta el rey bárbaro y Aliya su taimado rival era insatisfactorio para los dos, y la disputa entre ambos hombres se había prolongado a lo largo de los años, arrastrando a Bisnaga en dos direcciones opuestas, lo cual era insatisfactorio para todo el mundo.

Tirumalamba preguntó con cautela:

—Dice Madhava Acharya que Achyuta es muy religioso, ¿no?

—Sí —dijo Aliya—, pero no entiende nada de nada. «Nosotros» somos buenos, «ellos» son malos: esa es la suma total de su religión. Pero creo que, en el fondo, les tiene miedo, sean «ellos» quienes sean. Y ahora está más asustado todavía porque unos nuevos «ellos», esos mogoles, se han sublevado en el norte.

—Pero si en Bisnaga hay «ellos» por todas partes… —dijo Tirumalamba—. En muchos barrios tienen sus lugares de culto, y son gente que vive entre nosotros, son nuestros amigos y vecinos, nuestros

hijos juegan juntos, y siempre decimos que primero somos bisnaguianos y después religiosos, ¿no es así? Y algunos de nuestros generales también son de «ellos», ¿o no? Y en los Cinco Sultanatos hay «nosotros» en todas partes: gerifaltes, comerciantes, tenderos… Incluso hay esposas en sus palacios que son también «nosotros».

—He mantenido algunos contactos amistosos con los Cinco Sultanatos —le dijo Aliya—. Parece ser que los mogoles les dan más miedo aún que a Achyuta, y eso que comparten el mismo dios. He intentado explicárselo a Achyuta: la clave no es dios; la clave es poder gobernarse uno mismo. No que otros te conquisten y te aniquilen, sino tener poder y libertad, esa es la cuestión, tanto para los sultanes como para nosotros. Pero él solo dice: «*Kali Yuga, Kali Yuga*, la Era Oscura se cierne sobre nosotros, ya vienen los demonios, debemos rezar a Vishnú para que venga a salvarnos de las desventuras de lo Oscuro. Debemos rezar para que nos dé fuerzas contra "ellos" a fin de aplastarlos a todos». Es como un crío de cuatro años intentando entender los libros sagrados. ¿«Aplastarlos a todos»? Aunque eso fuera posible, intentarlo sería una estupidez. «Aplastarlos a todos» es como decir: «Vamos, venid ya y aplastadme». Mi trato con los sultanes es cortés, precisamente para no hablar de que si yo te aplasto a ti o tú a mí.

—¿Y a él qué le parece, eso de tu… «trato cortesano»?

—Últimamente apenas si nos hablamos. Lo que tampoco es bueno. He aquí mi idea: he invitado a Bisnaga a los cinco sultanes para que medien entre Achyuta y yo.

—Pero, disculpa, esposo mío, ¿no crees que es muy mala idea? Eso nos hará parecer muy débiles a sus ojos, ¿me equivoco?

—Es Achyuta el que parecerá débil —respondió Aliya, mirando al vacío con una sonrisa carente de alegría—. No necesariamente el resto de nosotros.

—Pero ¿y si, pensando que el rey es débil, nos atacan y se apoderan de parte de nuestro territorio?

—Pues entonces, querida esposa, toda Bisnaga entenderá que el rey no está a la altura de lo que se espera de un monarca y que quizá haya llegado la hora de un cambio.

—O sea que ese es tu plan —dijo Tirumalamba, meneando la cabeza —. No lo veo claro, esposo mío. La gente ya anda diciendo que eres demasiado astuto. Esto les dará la razón, ¿no crees?

—El pueblo aceptará «astuto» —repuso Aliya, sin alterarse—, si va acompañado de «resolutivo».

Tirumalamba vio que no tenía sentido seguir objetando.

—¿Se lo has dicho al rey? —preguntó.

—Ahora voy a decírselo.

—Ya, pero él no estará de acuerdo. Tan tonto no es.

—Los sultanes ya están de camino —dijo Aliya—. Y he dado órdenes de ofrecerles una gran bienvenida y un banquete por todo lo alto. Mañana estarán aquí.

Tirumalamba Devi se puso de pie e hizo los preparativos para su jornada de trabajo en el *mutt* con Pampa Kampana.

—«Astuto» no es suficiente palabra para ti —dijo al marcharse—. Quizá también «ladino». Y «calculador». Quizá también un poquito «solapado». No es tanto «Sí y No». Es más bien que él dice «No» y tú dices «Pues ándate con ojo».

—Gracias —dijo Aliya Rama Raya, haciendo una ligera venia—. Sabes ser lisonjera cuando te da por ahí. —Y sonrió, de nuevo con aquella enigmática sonrisita suya.

—Hoy necesitaré un paraguas —dijo ella—, y aun así me voy a empapar. Deberías coger uno tú también. A juzgar por lo que tramas, puede que no solo te caiga lluvia en la cabeza, sino el cielo entero.

La visita de Estado de los cinco sultanes del Decán —los soberanos de Ahmadnagar, Berar, Bidar, Bijapur y Golconda— no fue muy larga, pero trajo consigo grandes cambios. El viejo Adil Shah de Bijapur, duramente derrotado por Krishnadevaraya en Raichur, llegó acompañado de un pequeño ejército y ataviado con ropas militares mugrientas de la batalla. El aún más viejo Qutb Shah de Golconda traía consigo un contingente aún más numeroso y se presentó luciendo vistosos diamantes. Ambos dieron la impresión de necesitar hacer

alarde de fuerza armada a fin de parecer más poderosos, lo cual les hacía parecer más débiles. Hussain Shah de Ahmadnagar y Darya de Berar no se encontraban bien; ambos daban la sensación de saber que no vivirían mucho. De los cinco, Alí Barid de Bidar era el más joven, el que gozaba de más buena salud y el que parecía tener más confianza en sí mismo. Traía consigo el séquito menos numeroso, como si les dijera a los gobernantes de Bisnaga: «Conmigo no os atreveréis».

Nada más llegar los sultanes, Achyuta Deva Raya, furioso por la estratagema de Aliya Rama Raya, les dijo que no se requerían sus servicios.

—Pero bueno, ya estáis aquí. No ha sido idea mía, pero esto es lo que hay —les soltó con su habitual brusquedad—. Ahora bien, no necesitamos consejo de gente como vosotros. Habéis hecho el viaje en vano. Mala suerte. Podéis quedaros hoy, descansad, esta noche comeremos bien, y luego ya podéis marcharos.

Lo que pensó fue: «Cuatro viejos enfermos y un crío. No hay nada que temer». También tuvo unos cuantos pensamientos desagradables sobre los seguidores de «aquella» religión que no es necesario repetir aquí. Sin duda, los cinco sultanes pensaron cosas igualmente desagradables de él.

Aquella noche, durante la cena, Aliya Rama Raya habló uno por uno con los cinco sultanes. No tardó en saber que Hussain Shah de Ahmadnagar y Darya de Berar consideraban inferiores a Alí Barid de Bidar y a Adil Shah de Bijapur porque sus dinastías venían de antiguos esclavos de origen extranjero (sus ancestros procedían de Georgia). Qutb Shah de Golconda consideraba inferiores a Hussain Shah y Darya porque la familia de Hussain venía de hindúes brahmanes, y el sultanato de Berar descendía asimismo de hindúes conversos. Qutb Shah era odiado y temido por los otros cuatro a causa de la riqueza y el poder de Golconda. Los cinco parecían más felices de hablar con Aliya que entre ellos mismos. Por lo que respecta a Achyuta, se encontraba a cierta distancia de sus huéspedes, sentado a una de las cabeceras de la mesa, bebiendo. Era la única manera, estimaba él, de soportar aquella desastrosa velada.

Aliya Rama Raya pensó: «Qué interesante que se caigan mal entre ellos. Tendremos que hacer que siga así».

Fuera llovía sin parar. El tejado de la sala donde tenía lugar el banquete dio muestras de necesitar una reparación a fondo, más aún con aquel tremendo aguacero. Había goteras en varios sitios. Personal del palacio iba de acá para allá con cubos y bayetas. Fue necesario abrir paraguas sobre la cabeza de los sultanes de Bijapur y Golconda. Todo ello enturbió aún más el ambiente.

El rey Achyuta tenía razón. La velada fue un desastre. Los cinco sultanes partieron de madrugada al día siguiente, todos ellos furiosos por haber hecho el viaje en balde.

Adil Shah de Bijapur pensó: «Bisnaga se encuentra en un estado lamentable: dividida, en decadencia, con goteras, confusa. Quizá sea el momento de dar un paso decisivo».

El banquete fue destacable también por otra cosa. Sería el último acto de Estado en el que la ya anciana Nagala Devi iba a estar presente. Ocupó un asiento entre su hija la exreina Tirumala Devi y su nieta, la reservada aunque de agradables facciones Tirumalamba Devi. Las tres mujeres se sentaron bien erguidas, comiendo poco y bebiendo menos, sin decir palabra. Se retiraron temprano. Esa noche Nagala Devi falleció.

La vieja dama se apagó tranquilamente acostada en su cama, escuchando el croar de las ranas durante una pausa en la lluvia.

—Es la única cosa que ha hecho en su vida sin armar ruido —le dijo Tirumalamba Devi a Pampa Kampana en el *mutt*, antes de romper a llorar—. Una puede querer a alguien aunque sienta que esa persona no la ha querido, ¿no es así? —dijo entre sollozos—. Tal vez eso empeora las cosas. Si dejaras de quererlas, el dolor sería menor. Cuando era una niña me sentaba a sus pies y ella me contaba historias y me llevaba a ver cosas. Entonces era muy diferente. Más feliz, quizá. Me hablaba de Tirumalaiah, el cacique que construyó nuestro gran templo, o eso decía ella, hace más de quinientos años. Un día me llevó al templo y me

enseñó todo lo que había en su interior, incluido el lugar sagrado donde estaban el dios y la serpiente de siete cabezas. También me llevó a ver la hermosa cascada. Srirangapatna es una isla en medio del río Kaveri, que se bifurca al llegar a nuestra ciudad y luego converge otra vez. Fue ella quien me contó que el punto donde se reúnen los dos brazos del río es el mejor para esparcir cenizas. Me llevó a verlo y señaló el sitio que según ella era el mejor para estas cosas. O sea que ahora debemos llevar allí a mi abuela y esparcir sus cenizas en el agua.

—Habla con tu madre —dijo Pampa Kampana—. Ella ha perdido a la suya y necesita tener a su hija al lado.

—Mi madre ahora eres tú —repuso Tirumalamba Devi—. Yo soy tu hija.

—No —le dijo Pampa Kampana—. Hoy no.

Tirumalamba encontró a su madre Tirumala Devi a solas en su alcoba, con un rostro exento de lágrimas y tan impenetrable como una puerta cerrada con llave.

—Tu abuela renunció a su matrimonio para venir a vivir conmigo aquí en Bisnaga. Ella amaba a tu abuelo y él todavía la ama, y aun así no dudaron en que ella viniera conmigo para asegurarse de que yo estuviera a salvo en este lugar infernal donde todo el mundo nos consideraba unas envenenadoras y nada más.

—Pues deberíamos llevarla con su esposo —dijo Tirumalamba.

—También yo quiero volver —dijo su madre—. Tú no me necesitas ni tampoco me quieres, y aquí ya no hay lugar para mí. Los pocos años que me queden quiero pasarlos en casa, volver a ser la hija de mi padre y así consolarnos mutuamente por la pérdida.

—Pídeselo al rey —le dijo Tirumalamba—. Seguro que accederá.

No se abrazaron ni lloraron juntas. Algunas heridas son demasiado profundas para poder sanar.

Tirumala Devi solicitó una audiencia con Achyuta. Él la recibió sentado en el trono, de modo que ella hubo de permanecer de pie frente a él como una vulgar suplicante, pero decidió ignorar aquel ultraje y hablarle con educación.

—Puesto que tanto mi marido como mi madre nos han dejado —dijo

—, pido que se me permita regresar a la casa de mi padre, ya que mi labor aquí ha concluido.

—Ah, pero no ha concluido —replicó Achyuta, escarbándose los dientes para extraer unas hebras de carne grasa—. Que tú estés en Bisnaga hace que tu padre siga siendo leal. No se atreverá a infringir nuestro acuerdo ni a hacer nada contra nosotros mientras te tengamos aquí.

—Debo esparcir las cenizas de mi madre en el Kaveri —dijo Tirumala Devi—. Era su última voluntad y yo debo cumplirla.

—Aquí también tenemos ríos sagrados —dijo el rey, desdeñoso—. Las aguas del Pampa o del Krishna te servirán para eso. No hay motivo para que hagas un viaje tan largo.

—Entonces ¿soy tu prisionera? —dijo Tirumala Devi—. ¿O debería decir tu rehén?

—Digamos que eres un tratado de paz en carne y hueso —respondió Achyuta—. Si lo piensas así, creo que te sentirás mejor. Y si no, mala suerte.

La que fuera reina primera volvió a sus aposentos y allí la encontró su hija, todavía con aquel semblante de hierro.

—O sea que no ha accedido —dijo Tirumalamba Devi—. Hablaré con Aliya. Seguro que él encuentra la manera.

Pero aquella resultó ser una de las raras ocasiones en que los dos antagónicos cabezas visibles de Bisnaga hablaron como uno solo.

—Achyuta tiene razón —le dijo Aliya Rama Raya a su esposa—. Si perdemos a tu madre, perdemos también a Veera. Nos han llegado rumores de que su deslealtad va en aumento. Ella tendrá que quedarse.

—Me tenéis a mí —objetó Tirumalamba—. ¿No basta con eso?

—No —le dijo Aliya, sin tratar de suavizar el golpe—. No basta, no hasta que yo sea quien de verdad ocupe el Trono del León.

—Querrás decir «a menos que» —le corrigió la princesa.

—Si hubiera querido decir «a menos que» —replicó su marido—, no habría dicho «hasta que».

Tirumalamba fue a comunicar a su madre la mala noticia.

—No piensa ayudarnos —dijo.

Tirumala Devi no hizo el menor intento de suavizar su escarnio.

—O sea que sigues siendo alguien de segunda fila —le dijo a su única descendiente viva—. Si mi hijo hubiera sobrevivido, sé que mi situación habría sido muy diferente.

Tirumalamba se dispuso a salir.

—No te preocupes por mí —le dijo su madre—. Sé cómo escapar de Bisnaga sin ayuda de nadie. —Y luego dirigió la vista hacia la ventana y la lluvia que caía, aquella interminable, implacable e inverosímil lluvia.

A la mañana siguiente la encontraron muerta en su cama; tenía en la mano un pequeño frasco de un veneno tan letal que no se conocía antídoto para contrarrestarlo. La profecía de Krishnadevaraya se hizo, pues, realidad: «El envenenador acaba bebiéndose el veneno».

Aliya Rama Raya acompañó a Tirumalamba Devi en el lluvioso viaje de vuelta a Srirangapatna con las cenizas de su madre y de su abuela, escoltados por una guardia de honor armada hasta los dientes. El rey Veera los recibió con un séquito igual de fuertemente armado y los acompañó hasta la confluencia del Kaveri. La lluvia cesó de repente y las nubes se apartaron para dejar ver un cielo luminoso, como si hubieran descorrido una cortina, como si los cielos estuvieran rindiendo sus respetos a las dos reinas. Esparcidas las cenizas de ambas, y después de los rezos, hubo un banquete conmemorativo y al día siguiente emprendieron el viaje de regreso.

—Lamento confirmarte que tu abuelo Veera tiene planes de romper la alianza con Bisnaga —le dijo Aliya a Tirumalamba una vez que estuvieron a distancia segura de Srirangapatna—. Ahora que he podido verle cara a cara y mirar sus traicioneros ojos, no me cabe ya la menor duda.

El *Jayaparajaya* nos cuenta el final del rey Veerappodeya de una manera que solo cabe calificar de escueta. Es posible que Pampa Kampana quisiera abreviar con el fin de no perturbar innecesariamente a la nieta de Veera, o, tal vez, que fuese Tirumalamba Devi la que

resumiera a medida que iba escribiendo los versos. Lo único que dice el libro es esto: que el rey Veera anunció, en efecto, que su pacto con Bisnaga había terminado y que obligó a retirarse a los batallones de tropas bisnaguianas estacionadas en Srirangapatna. Inmediatamente después, el poderoso soberano de la vecina Mysore, viendo que Srirangapatna ya no contaba con el contingente armado de Bisnaga como fuerza de apoyo, atacó, derrocó a Veera y se anexionó su territorio. El texto de Pampa Kampana no se detiene en cómo acabó el rey Veera; si fue decapitado, si su cabeza fue rellenada de paja y exhibida en Mysore como trofeo, es algo que no sabemos.

A consecuencia de este trágico percance, la frontera sur del imperio Bisnaga se convirtió en una zona vulnerable y expuesta a ataques, lo cual acrecentó la confianza y la fuerza de sus enemigos.

Lamentablemente, con el tiempo el rey Achyuta incurrió en malas costumbres. Desde su monástica habitación en Mandana, Pampa Kampana escuchaba los susurros de la ciudad y se enteró de cómo Madhava Acharya —cuyas opiniones sobre la quema ritual de viudas habían cambiado mucho gracias a su creciente amistad con Pampa Kampana— había impedido que Achyuta arrojara a todas las viudas de Krishnadevaraya a su pira funeraria, mujeres que a raíz de ello tuvieron que apañárselas solas fuera de palacio, en las calles de la ciudad, incluidas las suplentes de mayor rango (ya relativamente viejas) de las *gopis* del dios Krishna. Después de aquello, Achyuta había adquirido quinientas esposas para él, y se pasaba la mayor parte del día recibiendo placer de una o de otra. (Las esposas vivían en una suerte de celdas en claustros adyacentes al palacio, y, cuando no estaban inmersas en actos decadentes con el monarca, llevaban una vida de monjas célibes). El rey había empezado a insistir también en que los nobles más destacados de la corte le besaran los pies a diario, un requerimiento, digamos, poco agradable. Aquellos que estaban dispuestos a besar con entusiasmo los pies del monarca recibían como regalo un abanico de cola de yak, y no sería en absoluto una

exageración decir que los nobles que recibían dichos abanicos eran también los que más odiaban al rey. Este dormía en una cama hecha de oro macizo, se negaba a llevar prenda alguna más de una sola vez, y eran tan elevados los gastos de su fastuosa corte que los ministros se vieron obligados a subir los impuestos, a raíz de lo cual los ciudadanos también odiaron a su rey. Los banquetes en la corte se sucedían casi a diario; solían constar de diecisiete platos y todo regado con gran profusión de vino. Y mientras el rey y sus compinches se atracaban de venado, perdiz y paloma, la ciudadanía solo tenía gato, lagarto o rata para cenar, animales que se vendían vivitos y coleando en los mercados a fin de que la gente supiera al menos que estaba comprando carne fresca.

También Pampa Kampana estaba cambiando. Cuando Tirumalamba Devi iba al *mutt* para transcribir sus versos, a menudo estos no eran más que un lamento por el condenado don de la longevidad, esa obligación de seguir viviendo hasta el amargo final.

—Lo veo —le dijo una vez a Tirumalamba— como si ya hubiera pasado. Veo los desperfectos en el *gopuram* del templo de Vitthala y cómo destrozan la estatua de Pampa, y la de Hanuman también, y cómo incendian el Palacio del Loto. Pero debo esperar a que el tiempo me alcance antes de dejarlo por escrito.

—Puede ser que no ocurra —dijo Tirumalamba, angustiada por aquellas imágenes de destrucción—. Puede que haya sido solamente una pesadilla.

—Sí —dijo Pampa Kampana, teniendo a bien no discutir con ella—. Puede.

Empezaba a desarrollar muchos de los atributos de la vejez. La persona que Tirumalamba tenía delante, por muy desfigurada que estuviese su cara debido a la ceguera, tenía aún el aspecto de una mujer de menos de cuarenta, pero a Pampa Kampana había dejado de importarle su aspecto externo. La ilusión de la juventud carecía ya para ella de relevancia alguna. Ya no tenía que molestarse por ver su

estúpidamente joven reflejo, por lo tanto era libre para habitar su yo de anciana, que era como ella se sentía. Notaba la piel reseca, se la rascaba. Le crujían las articulaciones, y se quejaba de que le crujieran. Le dolía la espalda, y cuando se ponía de pie necesitaba un bastón para andar y era incapaz de enderezarse del todo.

—A mi edad las cosas deberían ser mucho peor —le dijo a Tirumalamba—. Pero qué más da. Bastante malas son ya.

Había desarrollado también una especie de enfermedad del sueño. A veces Tirumalamba se la encontraba tumbada e inconsciente, y al principio de su dolencia sintió pánico pensando que la anciana estaba muerta, pero luego la oía respirar pesadamente. En ocasiones Pampa Kampana dormía durante varios días seguidos. Poco a poco, los días se convirtieron en semanas, meses incluso, y entonces se despertaba más hambrienta que un elefante. Tanto sueño no le parecía normal a Tirumalamba, y pensó que tal vez tenía que ver con la esfera divina, una especie de don que le permitiera a Pampa Kampana vivir mejor el tiempo que todavía le quedara de vida antes de librarse por fin del hechizo de la diosa.

Fue durante uno de esos largos periodos de somnolencia cuando Pampa Kampana soñó el futuro, es decir que no descansaba del todo.

A esas alturas la propia Tirumalamba tampoco era ya joven, y también ella notaba los achaques de la edad: problemas con la dentadura, con el tracto digestivo, pero prefería no hablar de ello y permitir que la anciana se desfogara.

—Quizá si continúas explicando la historia —le sugirió con dulzura —, eso te hará sentir un poco mejor.

—Tuve un sueño —dijo Pampa Kampana—. Recibía la visita de dos *yalis*, no de madera o piedra sino reales, seres vivos. —No era esta la primera vez que soñaba con *yalis*, y le había agradado estar con esos seres sobrenaturales, mitad león, mitad caballo y con colmillos de elefante, a quienes la gente tenía por guardianes de las puertas—. Venían a tranquilizarme. «No te preocupes», me decían. «Cuando llegue la hora apareceremos a tu lado para ayudarte a cruzar el umbral del Reino de lo Eterno». Fue muy reconfortante. —Recordarlo le hizo

capear el momento de mal humor—. Sí —dijo—. Continuemos.

Y entonces, para asombro de Tirumalamba, citó a Siddhartha Gautama, que es la razón de que los Cinco Recordatorios de Buda, o una versión de los mismos, aparezcan en el *Jayaparajaya*, un texto por lo demás nada budista.

*Por mi naturaleza estoy destinado a envejecer. De eso no se puede escapar.*

*Por mi naturaleza estoy destinado a caer enfermo. De eso no se puede escapar.*

*Por mi naturaleza estoy destinado a morir. De eso no se puede escapar.*

*No se puede escapar al hecho de tener que separarme de las personas que amo y de todo cuanto me es querido.*

*Mis actos son lo único que realmente me pertenece. Mis actos son la tierra que me sostiene.*

Adil Shah de Bijapur había jurado solemnemente no beber una sola gota de vino hasta haber reconquistado Raichur. Fue duro para él, un hombre que amaba el buen vino, y más de una vez se sintió tentado de romper su juramento, pero no lo hizo. Tras la desafortunada reunión en Bisnaga de los cinco sultanes del Decán, durante la cual Achyuta y los otros reyes bebieron copiosamente, Adil Shah, que había permanecido sobrio durante toda la larga e incómoda velada, decidió que era el momento de actuar. No había olvidado el humillante mensaje que recibiera de Krishnadevaraya —«Bésame los pies»—, y decidió que su decadente sucesor, Achyuta, a quien tanto gustaba que le besaran los pies que obligaba incluso a sus cortesanos de mayor rango a humillarse, necesitaba que le enseñaran la lección de buenos modales que Krishnadevaraya nunca llegó a aprender.

Reunió a sus fuerzas y lanzó una ofensiva sobre Raichur. El ataque sorpresa del ejército de Bijapur encontró a las fuerzas de Bisnaga desprevenidas; la victoria fue rápida. En las semanas que siguieron, toda la región del *doáb* quedó de nuevo bajo el control del sultanato de

Bijapur. Adil Shah, junto al famoso manantial de agua dulce de la ciudadela de Raichur, proclamó: «Hoy de esta fuente no manará agua, sino vino».

Las cosas se le estaban poniendo muy difíciles a Achyuta Deva Raya. No solo había perdido Raichur, que en su día Krishnadevaraya calificara de joya de su corona, sino que el rey de Mysore, tras haber derrotado a Veera en el sur, pretendía ampliar aún más su territorio. Por si fuera poco, en Goa había un nuevo virrey portugués, Dom Constantine de Braganza, a quien no le bastaba con comprar y vender caballos y había desarrollado sus propias ambiciones imperialistas con la costa occidental en mente.

Achyuta no hizo nada, como si temiera dar un solo paso. Era impopular en la corte, en las calles y entre las fuerzas armadas, y su inacción demostró ser fatal. Aliya Rama Raya aprovechó la ocasión, lo destronó y lo mandó a Chandragiri a pudrirse allí. Achyuta murió poco tiempo después. Y así, el último gobernante de Bisnaga subió al trono.

# 21

*Hete aquí a Aliya Rama Raya en su ascensión para convertirse en León en el Trono Diamante. O en Diamante en el Trono del León. Paralelamente a este acontecimiento, Pampa Kampana como narradora de la historia de Bisnaga, y Tirumalamba Devi como transcriptora de la misma, han llegado por fin al momento presente. Los versos que relatan la caída de Raichur, y la sublevación del belicoso virrey portugués en el oeste y la del príncipe en el sur, han sido trasladados con firmeza al papel, y la coronación del nuevo rey es descrita en un momento contemporáneo a la propia ceremonia. (Podemos suponer sin arriesgarnos, y parece ser así en el manuscrito tal como nos ha llegado, que los versos sobre la muerte en el exilio del detestado Achyuta, cautivo en el lejano Raj Mahal del fortín de Chandragiri, están insertados después, cuando tiene lugar ese hecho que nadie lloró).*

Con Aliya en el trono, se produjeron inevitablemente algunos cambios sustanciales en la corte. Tirumalamba Devi era ahora reina de Bisnaga, y las quinientas esposas de Achyuta fueron exoneradas de sus deberes y expulsadas de sus claustros; Aliya, por naturaleza un hombre tan austero como pérfido, eligió no tener más esposas que su reina, una medida que se apartaba de una práctica establecida desde siglos atrás pero que fue bien recibida, y si su hipocresía lo instó a buscarse amantes de tapadillo, es algo que no se nos cuenta. Tirumalamba Devi, libre de la sombra de su madre y de su abuela, las tristemente célebres reinas del veneno, era también muy apreciada por el pueblo. Su trabajo como escriba de Pampa Kampana le había ganado la estima de muchos ciudadanos, y se propuso hacer de su reinado un periodo en el que pudieran florecer las artes literarias y arquitectónicas. Así pues, parecía que Bisnaga se hallara al borde de una nueva edad de gloria.

(Se dice, empero, que personas en estado terminal se recobran

súbitamente en su penúltima hora, dando a sus seres queridos halagüeñas razones para creer que podría producirse una milagrosa recuperación; pero que luego vuelven a derrumbarse sobre la almohada dejando escapar un último estertor, fríos como el desierto en invierno).

Pampa Kampana se mudó al palacio; fue la reina Tirumalamba Devi quien insistió en ello, como insistió también en que ocupara los aposentos reservados a la reina de Bisnaga.

—Que todo Bisnaga sepa que el amor ha triunfado sobre el odio —dijo—, que la cólera irracional no puede tener la última palabra y que el raciocinio debe plantarle cara. Y, sí, también que tras la recriminación viene la reconciliación. Aparte de todo eso, quiero demostrarte personalmente que yo soy y seré siempre tu escriba, la que se sienta a tus pies, y que tú eres y serás siempre la verdadera reina.

—Lo haré si ese es tu deseo —le dijo Pampa Kampana—. Pero no me importan las comodidades, y tampoco me siento ya reina de nada.

No tenían mucho trabajo que hacer. El libro estaba al día y el reinado de Aliya apenas si estaba empezando, de modo que no había gran cosa que contar.

—He soñado el futuro —le dijo Pampa Kampana a Tirumalamba Devi —, pero no estaría bien ponerlo por escrito antes de que ocurra.

—Cuéntamelo al menos —le rogó la reina—, así estaré preparada para lo que el destino pueda depararnos.

Pampa Kampana se mostró reacia. Sin embargo, al cabo de un largo rato, se decidió a hablar.

—Tu esposo, querida mía, cometerá un error fatal. Se tardará mucho tiempo en cometer dicho error, a veces parecerá incluso que no es tal, pero al final nos destruirá a todos. Tú no puedes impedirlo y yo tampoco, porque la verdad del mundo es que la gente obra según su carácter. Y eso es lo que sucederá. Tu marido obrará según su carácter, que tú misma has calificado de astuto, pérfido, calculador y solapado, y eso nos destruirá. Estamos viviendo los momentos previos a la catástrofe. Disfrútalos mientras duren, porque tal vez duren veinte años, y durante los mismos serás reina del mayor imperio que nuestro mundo haya conocido. Pero, bajo la superficie, el error estará

ocurriendo lentamente. Tú serás una anciana cuando el mundo termine, y a mí se me permitirá morir por fin.

Tirumalamba sepultó su cara entre las manos.

—Eso que me has dicho es muy cruel —dijo entre sollozos.

Pampa Kampana permaneció seria y sin derramar una lágrima.

—No haberme pedido que te lo contara —replicó.

Aliya Rama Raya, atento a las disensiones entre los cinco sultanes durante el fastidioso banquete con Achyuta Deva Raya, había calculado que la mejor manera de salvaguardar la frontera norte de Bisnaga era alimentar esa discordia. Mientras aquellos cinco estuvieran peleándose entre sí, él podría afrontar cualquier amenaza procedente de Mysore en el sur y del virrey portugués en la costa occidental. Escribió a los cinco sultanes tendiéndoles la mano de una falsa amistad. «Ahora que el pobre Achyuta ha dejado de ser un estorbo —les dijo—, no hay motivo para que peleemos entre nosotros. Cada cual tiene su reino, y todos poseemos más riqueza de la que necesitamos. Es hora de que seamos amigos. La estabilidad siempre trae prosperidad».

Cuando le contó a Tirumalamba lo que había hecho, ella tenía aún fresco el recuerdo de la profecía de Pampa Kampana.

—¿Y todo eso se lo has dicho en serio? —preguntó, muy agitada—. Te conozco demasiado bien para creer lo contrario. Imagino que será el primer paso de algún plan espantoso.

—Un plan, en efecto —contestó su marido—. Pero no espantoso. Te pido que aceptes que, teniendo yo treinta años más que tú, soy también la parte sabia de este matrimonio. Ten la bondad de ocuparte de la poesía, la danza y la música, construye un templo si eso te satisface, pero los asuntos de Estado me los dejas a mí.

Fueron palabras arrogantes, ofensivas, humillantes. Ante esto, poca cosa podía hacer ella aparte de conservar su dignidad como persona.

—Ten cuidado —le dijo al despedirse—, no sea que tu sabiduría nos traiga la ruina a todos.

Al principio Aliya quería vengarse por la pérdida de Raichur, de ahí que, fingiendo ser un aliado que tenía información sobre las traicioneras intenciones de Adil Shah, convenció a los sultanes de Ahmadnagar y Golconda para que atacaran Bijapur.

Después convenció a Ahmadnagar de que cambiara de bando para hacer las paces con Bijapur y así poder atacar juntos el sultanato de Golconda.

Y luego, cuando el hermano pequeño de Qutb Shah de Golconda, Ibrahim, se enemistó con su hermano mayor, Aliya hizo que consiguiera asilo en Ahmadnagar, lo que provocó una nueva guerra entre dicho sultanato y Golconda.

Cuando la cosa se enfrió, Aliya Rama Raya persuadió a Adil Shah de Bijapur de que le reclamara dos fortalezas a Hussain Shah de Ahmadnagar, quien, como bien sabía Aliya, se negó en redondo, lo cual dio inicio a un nuevo conflicto bélico entre Bijapur y Ahmadnagar.

Todo el territorio de los Cinco Sultanatos estaba en plena agitación, que era justo lo que Aliya pretendía. Incitó a nobles de baja categoría dentro de cada sultanato a sublevarse contra sus sultanes. Como consecuencia de ello, no solo había guerras entre los sultanatos sino también guerras civiles.

Fueron pasando los años. Los portugueses arrasaron la costa malabar matando a casi todos los habitantes de Mangalore, pero Aliya no interfirió. Firmó un tratado de paz con el virrey Constantine de Braganza, optó por hacer la vista gorda ante los horrores cometidos en Goa por los excesos de la Inquisición, y se alegró de que los extranjeros hubieran desestabilizado la región occidental, manteniendo así a los sultanatos más ocupados todavía.

Persuadió luego a Ahmadnagar y Bijapur de que debían atacar de nuevo Golconda, y acto seguido negoció en secreto una alianza entre Golconda y Bijapur que resultó en una humillante derrota de Ahmadnagar.

Y fueron pasando años y más años.

Aliya siguió conspirando. Gracias a sus maquinaciones, la guerra

entre los sultanatos —con todas sus alianzas que solo servían para ser violadas— siguió adelante. Y después de cada victoria, de cada derrota, había entregas de territorio, de fortalezas, de minas de oro, de elefantes, y se pagaban tributos tanto en oro como en piedras preciosas, lo cual preparó el terreno para que Aliya Rama Raya (que continuaba profesando su amistad con las partes implicadas) prendiera la llama de nuevos conflictos, cuyo objeto era reconquistar territorio, riqueza y honor perdidos.

Pasaron los años. Todo el mundo se hacía viejo. Tirumalamba Devi no se atrevió a hacerle más preguntas a Pampa Kampana sobre el advenimiento de la catástrofe, pero intuía que estaba al caer. Pampa Kampana compuso versos superficiales sobre las batallas entre los Cinco Sultanatos, que Tirumalamba trasladó al papel como fiel escriba, colocando las páginas ya escritas en el viejo morral donde habitaba el gran libro. Aliya Rama Raya celebró su nonagésimo aniversario, ufano por haber mantenido Bisnaga a salvo de los sultanatos, que se odiaban entre sí más de lo que le odiaban a él.

—Es una estrategia —le explicó a Tirumalamba Devi— que he dado en llamar «Divide y vencerás».

Corría el año de 1564 cuando un día al viejo Adil Shah de Bijapur le sobrevino un momento de deslumbrante claridad. Reunió a su familia y a sus principales asesores y habló como alguien a quien los dioses —en este caso, su dios único— hubieran proporcionado un instante de revelación.

—¡Cuán ciegos hemos estado! —declaró—. El motivo de que hayamos peleado entre nosotros como el perro y el gato durante los dos últimos decenios es solo un hombre, alguien que ha fingido ser nuestro amigo.

Sin perder un segundo, envió un mensaje a Ibrahim Qutb Shah de Golconda. «Ese viejo manipulador nos ha engañado demasiado tiempo —decía una parte del mensaje—. No podemos vencerlo cada cual por su lado, pero si nos unimos tengo por seguro que podremos acabar con

él». El mayor enemigo de Adil Shah era Hussain Shah de Ahmadnagar, pero Qutb Shah ofició de intermediario entre ambos y se acordaron dos matrimonios: uno entre Chand Bibi, la hija de Hussain Shah, y Alí, el hijo de Adil Shah; y el otro entre Murtaza, el hijo de Hussain Shah, y la hermana de Adil Shah. Cuando Alí Barid de Bidar se enteró de ello, decidió apuntarse también. Y así nació la gran alianza de cuatro de los Cinco Sultanatos contra el emperador de Bisnaga. Solo el sultán de Berar, cuyo general Jahangir Khan había sido ejecutado por orden de Hussain Shah de Ahmadnagar durante las guerras entre sultanatos, se negó a sumarse.

—Que nadie diga —declaró Adil Shah cuando los cuatro sultanes se reunieron en Bijapur para ratificar su alianza— que estamos hoy aquí en representación de nuestro dios verdadero contra los muchos falsos dioses de Bisnaga. Si se tratara de dios contra dioses, no habríamos peleado los cinco entre nosotros, dios verdadero contra el mismo dios verdadero, durante los últimos veinte años. Dicho en pocas palabras: vamos a enseñarle a ese artero embaucador una lección que no olvidará jamás.

Enero de 1565. Un invierno frío y seco. Los inmensos ejércitos de la alianza se habían puesto en marcha. El lugar acordado de reunión era la gran llanura cercana a la localidad de Talikota.

Talikota estaba a orillas del río Doni, mil quinientos kilómetros al norte de Bisnaga capital. La noticia de semejante movimiento de fuerzas viajó rápidamente, pero nadie en Bisnaga se preocupó más de la cuenta; batallas de ese estilo ocurrían de vez en cuando. Podía ser que los cuatro sultanes se dispusieran a guerrear entre ellos una vez más. En cualquier caso, las siete murallas de Bisnaga eran inexpugnables. Y el gigantesco ejército bisnaguiano era invencible. No había nada de que preocuparse. En la ciudad la actividad comercial prosiguió como siempre, y caravanas de carros tirados por bueyes viajaron hasta las ciudades portuarias del oeste sin ser interceptadas. Al final, sin embargo —un poco tarde y con ciertas prisas—, Aliya Rama Raya movilizó a sus fuerzas y puso rumbo al norte. Con él iba el ejército en pleno a excepción de un contingente que quedaba en Bisnaga para

proteger las murallas, aunque nadie creía que fuera necesario defenderlas. Aliya contaba con seiscientos mil soldados de infantería, cien mil de caballería —la mayoría de ellos montados en elefantes de combate debidamente adiestrados y acorazados—, y un cuerpo de artillería formado por cañones, arqueros y lanzadores de jabalina.

—Si vienen a por nosotros —le dijo a Tirumalamba Devi—, no tardarán en conocer la suprema fuerza de Bisnaga. Tú procura que todo el mundo conserve la calma. No hay motivo para inquietarse.

«No hay motivo para inquietarse» fue una frase que suscitó temor en el corazón de la reina. Sin embargo, Tirumalamba Devi hizo de tripas corazón y anunció un gran recital de poemas en un escenario junto a las puertas del Recinto Real, al que todo el mundo estaba invitado. Para entonces solo quedaban dos de los Ocho Elefantes poéticos, Thimmana «el que mete la nariz» y Allasani Peddana, y aunque eran viejos y estaban enfermos ella insistió en que aparecieran frente al público para recitar sus obras maestras. El acto, pensado para mostrar la imperecedera riqueza cultural de Bisnaga y su indomable magnificencia, a la postre sirvió para lo contrario. A los dos ancianos desdentados, medio calvos y macilentos les fallaba un poco la memoria y se hicieron un lío con sus versos, hasta que Tirumalamba intervino para poner fin al fiasco antes de hora. Fue un mal presagio. La inquietud, que no tenía razón de ser según Aliya Rama Raya, se extendió rápidamente por toda la ciudad. Si la era de los Elefantes Cuyo Genio Sostenía el Cielo en lo Alto tocaba a su fin, ¿iba a caerles a todos el cielo encima?

Preocupada, Tirumalamba Devi fue a visitar a Pampa Kampana y se encontró con que la anciana estaba esperándola, de pie, con papel, plumas y tinta en la mano, y colgado al hombro el morral con el manuscrito de la obra de su vida.

—Es la hora —dijo—. Subamos al tejado del Establo de los Elefantes.

«Más elefantes», pensó Tirumalamba Devi, pero no puso objeción. Caminaron las dos solas por el Recinto Real hasta llegar a la casa de las once arcadas —Pampa Kampana encorvada y ayudándose con un bastón, la reina muy erguida— y subieron por la sencilla escalera hasta

el tejado. Pampa Kampana lo hizo muy despacio y hubo de descansar entre peldaños, pero rechazó toda ayuda.

—Busca nidos —le dijo a Tirumalamba cuando llegaron arriba—. A los milanos negros les gusta anidar aquí, cerca de las cúpulas. Las palomas de Timmarasu preferían hacerlo en la azotea del palacio. Aquí no venían, para no encontrarse con los milanos.

—Estamos en invierno —dijo Tirumalamba—. Veo nidos viejos, pero están vacíos.

—¿Hay plumas? —preguntó Pampa Kampana.

—Sí —dijo la más joven, después de mirar—. Hay algunas.

—Cógelas —dijo Pampa Kampana—. Hoy es el día.

Se sentó con la espalda apoyada en una columna de la bóveda central, la más grande, una especie de pequeño pabellón con un piso superior almenado, y le tendió a Tirumalamba el recado de escritura.

—Adelante, escribe —le dijo—. La batalla está a punto de comenzar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —respondió Pampa Kampana—. Hace mucho tiempo que lo sé. Y ahora es el momento de contarlo.

Dirigió la mirada hacia el norte. Una ligera brisa le acarició el rostro. Pampa Kampana olisqueó el aire, como si este trajera noticias que confirmaran lo que ella ya sabía. Sus ojos ciegos parecían ver con todo detalle lo que estaba ocurriendo a más de cien kilómetros de allí.

—Tus hijos están en los flancos izquierdo y derecho —dijo—. Tirumala Raya ocupa el de la izquierda y tiene ante él el ejército de Bijapur; Venkatadri ocupa el de la derecha, frente al cual están Golconda y Bidar. Tu esposo, a pesar de su avanzada edad, insiste en llevar el mando del ejército en el campo de batalla. Monta su elefante de combate en el centro de la formación, liderando la vanguardia contra Hussain Shah y Ahmadnagar. Así es como empieza.

*(A destacar el hecho de que esta es la primera ocasión en todo el texto en que la autora nos cuenta que la reina Tirumalamba Devi y Aliya Rama Raya tenían dos hijos, ambos varones, ambos ya adultos y ambos*

*lugartenientes de su padre en la batalla de Talikota. Se podría decir incluso que esta omisión es un defecto de la obra. Pero, después de tantos siglos, ¿quién de nosotros puede adivinar las razones de Pampa Kampana? ¿Quizá no llegó a conocerlos? ¿Quizá no los consideró dignos de sus versos porque hasta ese día no habían hecho nada destacable? Sea como sea, aquí están, prestos para el combate).*

—*¡Empieza!* —gritó Pampa Kampana. Daba la impresión de estar poseída.

—*¡Oh, sus armas de fuego! ¡Oh, en primera línea ese poderoso cañón y detrás las armas de fuego más pequeñas, que pueden disparar en todas direcciones! ¡Y detrás de las armas de fuego, los arqueros! ¡Extranjeros de Turkmenistán, de letal puntería, mejores que nuestros mercenarios portugueses! ¡Oh, las ballestas, mucho más mortíferas que nuestros arcos! ¡Oh, los caballos persas, que pueden fintar y girar mucho más deprisa que nuestros pobres elefantes, tan grandes, lentos y torpes! ¡Oh, sus lanzas, más largas que las nuestras! ¡Oh, aquí llegan los problemas! ¡Problemas!*

»*¡El ejército de Bisnaga está retrocediendo! Somos más numerosos, ¡pero el ataque es feroz, su armamento más moderno, nos batimos en retirada!*

—¿Se acabó, entonces? —dijo Tirumalamba entre lágrimas—. ¿Hemos perdido?

—*¡Luchamos contra la marea!* —chilló Pampa Kampana—. *¡Ah, la marea gira! ¡Nuestras baterías de cohetes los machacan! ¡A la derecha Venkatadri y sus armas pesadas! ¡Oh, las tropas de Bidar corren a la desbandada! ¡Oh, Golconda se bate en retirada! ¡Bravo, intrépido Venkatadri! ¡Y en el flanco izquierdo Tirumala Raya no es menos intrépido que su hermano! ¡Se reagrupa! ¡Ataca! Bijapur, donde nació esta conspiración… ¡Bijapur se retira también!*

—Ah, ah —exclamó Tirumalamba—. Entonces ¿estamos ganando? ¿La victoria es nuestra?

—*¡Oh, el combate en el corazón del combate! Ahí está Hussain Shah de Ahmadnagar galopando de un lado para otro montado en su caballo de batalla. ¡Y cómo inspira a sus tropas! ¡Y cómo pelean!*

—Pero ¿y mi esposo? —preguntó a voz en grito Tirumalamba Devi—. ¿Qué pasa con el rey?

Pampa Kampana dejó de hablar y se llevó las manos a la cara.

—¿El rey? —gritó Tirumalamba Devi—. Pampa Kampana, ¿qué sabes del rey?

—*Ay de mí, el rey es viejo* —gimió Pampa Kampana—. *Él es viejo y la batalla, larga. Lleva mucho tiempo subido a ese elefante.*

—¿Qué ha pasado? —gritó Tirumalamba Devi—. ¡Dímelo de una vez!

—*Ay de todos nosotros, mi reina.* —Los ojos ciegos de Pampa Kampana derramaron lágrimas—. *El rey… el rey… necesitaba orinar.*

—¿Orinar? Pampa Kampana, ¿estás hablando de orinar?

—*Oh, el rey había desmontado de su elefante para aliviarse. Estaba en tierra. Y, oh, ¡ahí vienen los elefantes de Ahmadnagar! ¡Las bestias de Hussain Shah! Veo la trompa de un elefante. ¡Se estira, la trompa! ¡Se enrosca alrededor de tu esposo! ¡Apresa al rey mientras se está aliviando!*

—¿Lo han hecho prisionero? ¡Oh, día de terror, día de condenación!

—*Oh, mi reina, mi reina. No me atrevo a decir lo que hay que decir. No puedo pronunciar esas palabras y luego pedirte que las escribas.*

—Dímelo. —Tirumalamba Devi se había quedado repentinamente inmóvil, en su mirada una expresión vacía.

—*Llevan al rey ante Hussain Shah. Aliya no pide clemencia y tampoco la recibe. Oh, mi reina, mi hija. Le han cortado la cabeza.*

Tirumalamba Devi no mostró el menor atisbo de emoción. Daba la impresión de estar plenamente centrada en su trabajo de escriba.

—La cabeza —repitió, antes de escribir las palabras.

—*Oh, la han rellenado de paja y colocado en la punta de una larga vara y ahora cabalgan de acá para allá a fin de que todo el ejército de Bisnaga pueda verla. Oh, tristeza y desánimo entre nuestros hombres, y también nuestras mujeres soldado. Cesan de pelear, retroceden, se baten en retirada. Oh, Venkatadri ha caído; Tirumala Raya huye del campo de batalla. Está viniendo hacia Bisnaga. Nuestro ejército está acabado. Hemos perdido la batalla.*

—… perdido la batalla —repitió Tirumalamba según iba escribiendo.

Pampa Kampana salió de su trance de posesión.

—Lo siento, hija mía —dijo—. Ahora debes marcharte. El ejército de la alianza no puede encontrar aquí a la reina de Bisnaga cuando llegue.

—¿Adónde puedo ir? —dijo Tirumalamba Devi, con aquella voz demencialmente controlada—. ¿Cómo voy a ir a ninguna parte? Soy hija y nieta de las reinas del veneno. Debería marcharme como hizo mi madre: bebiendo una pócima mortal.

—Una vez me dijiste que querías ser extranjera —le recordó Pampa Kampana—, que envidiabas esa vida itinerante, sin vínculos ni conocidos. Deberías hacerlo ahora. Deberías echar a volar, marcharte quién sabe adónde. Lejos de aquí, lejos de la muerte y el fuego. Deja la pluma de escribir y coge la otra. Lo poco que queda por pasar al papel, lo escribiré yo misma.

—Echar a volar —repitió Tirumalamba Devi.

—¿Lo harás? —quiso saber Pampa Kampana—. Es necesario. Ellos no deben cogerte.

—Pero ¿y tú?

—A nadie le importa una anciana ciega y moribunda. Por fin ha llegado mi hora. No te inquietes por mí. Coge la pluma de milano y podrás marcharte.

—¿De veras puedes hacerlo?

—Solo una última vez —dijo Pampa Kampana.

Tirumalamba Devi se puso de pie, la pluma de milano negro en la mano.

—Adiós, pues, madre —dijo—. Adelante. Envíame lejos de aquí.

Nadie vio el momento en que la última reina de Bisnaga se elevaba hacia el cielo y partía para siempre, camino de lugares que desconocemos. Ni siquiera la persona que concedió a Tirumalamba el último don de la transformación pudo ver lo que había hecho. La anciana se sentó de nuevo junto al torreón en el tejado del Establo de los Elefantes y escribió unas pocas palabras más.

# 22

Madhava Acharya había muerto unos años antes y ahora había un nuevo y joven Acharya al mando del complejo religioso de Mandana, pero la celda monástica de Madhava había sido dejada tal cual por respeto a su persona, como si hubiera salido de ella hacía un momento y no hubiera vuelto aún. Era una habitación pequeña y sin apenas muebles: un catre de madera, una mesa de madera, una silla de madera y una estantería con libros, los tomos propiedad de Madhava Acharya de la *Itihasa*, la colección de los más importantes textos sagrados, que incluía el *Mahabharata*, el *Ramayana* y los *Puranas* (los dieciocho mayores y los dieciocho menores); tomos que en tiempos, según la leyenda del *mutt*, habrían pertenecido al propio Vidyasagar. Cuando Pampa Kampana, todavía una niña, había ido a buscar refugio en la cueva de Vidyasagar, el asceta le había enseñado las tradiciones en esos mismos libros, los cuales contenían, aseguraba él, todo el saber necesario para la vida en este mundo. Ella había memorizado muchos de los pasajes más importantes. Fue a aquella habitación, a aquellos tomos viejos, adonde regresó Pampa Kampana tras el vuelo del milano que había sido su amiga, la reina. Renqueando con su bastón entre el tumulto de la ciudad, consiguió llegar al seminario con el morral cuidadosamente colgado del hombro. Sabía que eran los últimos días de su vida y buscaba el consuelo de los viejos textos antes del final, por más que ya no pudiera leerlos. Ansiaba sostener en sus brazos por última vez el *Garuda Purana*, pues además de pensar en la transformación en pájaro de Tirumalamba Devi meditaba también sobre su propia e inminente muerte —la muerte, esa última metamorfosis de la vida—, y quería recitar lo que en dicho libro se dice sobre el dios-ave Garuda y sus conversaciones con Vishnú, el más metamórfico de todos los dioses.

El joven Acharya, a quien habían llamado Ramanuja por el legendario santo del siglo XI, la recibió en la entrada de las residencias.

—Hemos perdido la guerra —le dijo ella—. Los vencedores están de camino.

Él no le preguntó cómo lo sabía.

—Pasa —dijo—. Tal vez tendrán la gentileza de no asesinar a los monjes ni arrasar este lugar santo.

—Tal vez —dijo ella—. Pero dudo que vayan a ser tiempos para gentilezas.

Un mensajero llegó corriendo a la ciudad, al borde de la muerte tras haber cubierto ciento cincuenta kilómetros a la carrera, pero vivió lo suficiente para comunicar la noticia de la derrota. A partir de ahí, el caos se adueñó de la ciudad. El ejército de los Cuatro Sultanatos estaba en camino y el de Bisnaga había huido, cientos de miles de guerreros desperdigándose caóticamente por la inmensidad de la campiña. La ciudad solo contaba con sus siete círculos de murallas para defenderse de las hordas que estaban a punto de llegar. Pero los soldados apostados en las murallas habían perdido el coraje y huían también, y el pueblo entendió por vez primera que de nada servía una muralla si no la defendían seres humanos; que a fin de cuentas solo seres humanos, y no «cosas» —por muy grandes e imponentes (e incluso mágicas) que pudieran ser—, podían salvar a otros seres humanos.

Conforme se fue extendiendo la noticia de que los defensores de las murallas habían huido, la ciudad entera se sumió en el pánico. Las calles se llenaron de bisnaguianos cargados con sus pertenencias, preparando carretas de bueyes, robando caballos, agarrando todo lo que hubiera a mano, huyendo, huyendo. Un millón de personas desesperadas por escapar cuanto antes, fuera adonde fuese, incluso a sabiendas de que el imperio se desmoronaba y no habría lugar en el que esconderse. Hombres y mujeres lloraban sin disimulo, los niños gritaban asustados, y el saqueo empezó antes incluso de que llegaran las tropas enemigas, porque la codicia existe y puede convertirse en

una fuerza aún más poderosa que el miedo.

Un día después del desastre de Talikota, el hijo de Aliya Rama Raya y Tirumalamba Devi que había sobrevivido, Tirumala Raya, llegó a Bisnaga herido en el brazo y en la pierna y con la cabeza vendada, pero montando su caballo y acompañado por dos docenas de soldados leales que le habían ayudado a escapar de la sangrienta y aplastante derrota, un grupo de feroces veteranos que habían luchado a brazo partido para escapar del mortífero campo de batalla, comandados por los más feroces de todos los veteranos, Thimma el Casi Tan Enorme, descendiente de Thimma el Enorme, y Ulupi III, pariente consanguínea de Ulupi II.

—¡Las siete puertas de la ciudad están abiertas! —exclamó Tirumala Raya en medio del gran bazar—. ¡Necesitamos buenos hombres, y también mujeres, para cerrar esas puertas y defender la ciudad! ¿Quién viene? ¿Quién está conmigo?

Nadie le prestó la menor atención, aun a pesar de que, muertos su padre y su hermano, Tirumala Raya era técnicamente el rey de Bisnaga. La suya era una voz ridícula procedente de un mundo antiguo, de una era de confianza, coraje y honor. En la nueva y tenebrosa era, la que había comenzado un día antes, cada hombre se preocupaba por sí mismo, sí, y también cada mujer por sí misma. Aquel rey montado a caballo bien podría haber sido un fantasma, o una estatua de piedra. Los ciudadanos pasaban por su lado como si no existiera. No era un héroe que volvía de la guerra; era solo un idiota apaleado.

Tirumala Raya cambió de táctica.

—Debemos ir cuanto antes a las arcas del tesoro —dijo— y hacernos con todo el oro que podamos. Después partiremos hacia el sur, hacia Srirangapatna. Es el reino de mi familia, los sultanes no se atreverán a seguirnos hasta tan lejos de sus territorios. En Srirangapatna seremos bien recibidos y estaremos a salvo, y con todo ese oro no dependeremos de nadie. Podremos reconstruir un ejército y así rescatar el imperio de manos del enemigo.

—Majestad —repuso Thimma—, mis disculpas por decir esto, pero no.

—Nuestro sitio está aquí —intervino Ulupi—. Nos apostaremos en las puertas de la ciudad y les plantaremos cara hasta que su negro corazón se llene de terror.

—Pero son casi medio millón de hombres —exclamó Tirumala Raya —, y además fuertemente armados, y la victoria les ha dado alas. Vosotros sois solo dos docenas. Os matarán a la primera de cambio y no habréis logrado nada salvo encontrar la muerte.

—Quinientos mil contra nuestros veinticinco o así… —dijo Ulupi con gesto pensativo—. No está tan mal. ¿Tú qué dices, Thimma?

—Perfecto —respondió Thimma—. Me gusta la diferencia.

El joven rey guardó silencio unos momentos, y luego dijo:

—Tenéis toda la razón. Esos bastardos no tienen la menor oportunidad. Yo también me quedo.

—¿Y qué hay del tesoro? —preguntó Ulupi.

—Al cuerno el tesoro —dijo Tirumala Raya—. Vayamos a las puertas.

Tres días después de la batalla de Talikota, el ejército de la alianza llegó a Bisnaga. Pampa Kampana estaba en la celda de Madhava Acharya, sujetando contra el pecho el *Garuda Purana* como si fuera un escudo. El ruido de los asaltantes abatiendo la ciudad era como el aullido de un millar de lobos, mientras que los sonidos de los desesperados bisnaguianos recordaban a los chillidos de unas ovejas indefensas poco antes de morir. Pampa Kampana oyó voces que clamaban, incrédulas, porque las siete murallas se habían desmoronado, se habían venido abajo como si su magia no pudiera sobrevivir a la desesperación de la ciudad, como si sus cimientos hubieran sido la confianza y la esperanza y, al esfumarse estas, la ilusión se hubiera desvanecido. Fue venirse abajo las murallas y llenarse el cielo con el estrépito del ataque. Entre la majestuosa cacofonía de muerte, en algún lugar las dos docenas de defensores plantaron cara al enemigo por última vez en el que sería su último combate, al mando del último rey de Bisnaga, hasta la llegada del ángel del final, la Muerte en persona, conocida en los relatos de la antigüedad

como «la Destructora de Placeres y la Divisora de Sociedades, la Arrasadora de Viviendas y la Acaparadora de Cementerios». La Muerte. Ríos de sangre inundaban las calles y el aire se pobló de aves de carroña y el tesoro fue saqueado y se arrambló con todo lo que se podía arramblar, sin excluir vidas humanas. Y las llamas empezaron a devorar los edificios de ladrillo y madera hasta que solo quedaron los cimientos de piedra. Durante lo que pareció una eternidad, pero quizá fueron seis meses o seis horas, o quizá seis días, lo único que se oía era el sonido de la destrucción: palacios, estatuas, todo lo que había sido bello fue destruido. Las gigantescas esculturas de Hanuman y de la diosa Pampa fueron convertidas en añicos, hasta el punto de que después fue imposible creer que tales obras hubieran existido alguna vez. El bazar fue pasto de las llamas; «la casa del extranjero» ardió; casi todo lo que había sido la capital del imperio quedó reducido a escombros, sangre y ceniza. Incluso el templo más antiguo de todos, el llamado Templo Subterráneo porque había emergido ya totalmente formado de debajo de la tierra el día en que se esparcieran las semillas que dieron vida a Bisnaga, fue devorado por el fuego hasta sus cimientos. Los monos que allí vivían corrieron despavoridos para escapar de las llamas.

Y así, la historia de Bisnaga terminó como había empezado: con una cabeza cortada y un incendio.

Se salvaron algunas cosas. Varios templos, así como partes del *mutt* de Mandana, quedaron en pie con solo daños parciales, y muchos de los monjes del complejo sobrevivieron, salvo los que corrieron a ayudar a los moribundos en las calles y lloraron a los muertos. Uno de ellos fue el joven Ramanuja Acharya, preboste del *mutt*, cuyo cuerpo quedó sepultado bajo una montaña de cadáveres. Y tras el incendio de la ciudad, los cuerpos ardieron en las calles, y todo lo que antes era Bisnaga se convirtió en una pira funeraria. Y los buitres descendieron del cielo para acabar con lo que quedaba.

Pampa Kampana sobrevivió. En una de las últimas páginas de su libro se lee: «Nada dura, pero la nada tampoco tiene sentido. Nos

levantamos, caemos, volvemos a levantarnos, caemos otra vez. Seguimos adelante. Yo también he triunfado y asimismo he fracasado. La muerte está próxima. En la muerte, triunfo y fracaso se reúnen humildemente. Aprendemos mucho menos de la victoria que de la derrota».

Y un buen día las fuerzas de la alianza partieron de Bisnaga tras haber hecho su trabajo, y el silencio descendió como una mortaja sobre la ciudad en ruinas. En el *mutt* de Mandana, Pampa Kampana escribió sus últimas páginas. Fue al rincón de su celda, buscó la vasija que había hecho para guardar su obra y metió dentro el manuscrito. Cabe suponer que después de eso contó con la ayuda de alguien, tal vez uno de los monjes, pero no hay forma de saberlo con certeza. Solo sabemos que abandonó el *mutt* y se encaminó hacia los escombros de la estatua de Pampa, con la vasija sellada (¿quién la ayudó a sellarla?) y una pala (o palas) con la que cavar. Luego, ella o su ayudante desconocido buscaron un trozo de tierra que no estuviera cubierto de cascotes, y ella, o él, o ambos se pusieron a cavar.

Cuando hubo enterrado el *Jayaparajaya*, Pampa Kampana se sentó con las piernas cruzadas y dijo en voz alta: «He terminado de contarlo. Libérame». Y esperó.

Esto lo sabemos porque en las páginas finales de su libro ella escribió lo que iba a hacer. Podemos permitirnos imaginar que su deseo le fue concedido, que por fin los siglos dieron cuenta de ella, que su carne se marchitó y sus huesos se desmoronaron, y que al cabo de unos momentos solo quedaban en el suelo sus sencillas prendas, cubiertas de polvo, y que una brisa se levantó llevándose el polvo consigo. O bien podemos creer, puestos a tirar de fantasía, que los mágicos *yalis* de sus sueños acudieron para hacerle cruzar las puertas celestiales y entrar a los Campos Eternos, donde ella recuperaba la vista y la eternidad dejaba de ser una maldición.

Tenía doscientos cuarenta y siete años. He aquí sus últimas palabras:

*Yo, Pampa Kampana, soy la autora de este libro.*

*He visto nacer y caer un imperio.*

*¿Cómo se los recuerda ahora, a estos reyes y estas reinas?*

*Ahora solo existen en palabras.*

*Mientras vivieron, fueron vencedores, o vencidos, o ambas cosas.*

*Ahora no son ni lo uno ni lo otro.*

*Las palabras son los únicos vencedores.*

*Lo que hicieron, pensaron o sintieron ya no existe.*

*Solamente quedan las palabras que describen estas cosas.*

*Serán recordados tal como yo he decidido que se los recuerde.*

*Sus actos solo serán conocidos de la forma en que han sido puestos por escrito.*

*Significarán lo que yo deseo que signifiquen.*

*Yo misma no soy ya nada. Todo lo que queda es esta ciudad de palabras.*

*Las palabras son los únicos vencedores.*

# RECONOCIMIENTOS

Estos son algunos de los libros que leí antes de y durante la redacción de esta novela. Consulté, además, muchos artículos (tanto especializados como de prensa), ensayos y páginas web, demasiado numerosos como para mencionarlos aquí. Mi gratitud a todos ellos. Fueron inmensamente útiles. Si hay errores en el texto de la novela, son todos míos.

*Vijayanagar—City and Empire: New Currents of Research, Vol. I—Texts* y *Vol. 2—Reference and Documentation,* editado por Anna Libera Dallapiccola en colaboración con Stephanie Zingel-Ave Lallemant.

*A Social History of the Deccan, 1300—1761,* de Richard M. Eaton.

*India in the Persianate Age, 1000—1765,* de Richard M. Eaton.

*Beyond Turk and Hindu,* editado por David Gilmartin y Bruce B. Lawrence.

*The Travels of Ibn Battuta*.

*From Indus to Independence—A Trek Through Indian History: Vol. VII, Named for Victory: The Vijayanagar Empire,* de Dr. Sanu Kainikara.

*Toward a New Formation: South Indian Society Under Vijayanagar Rule,* de Noboru Karashima.

*India: A Wounded Civilization,* de V. S. Naipaul. [Hay traducción al español: *India: una civilización herida*, Debate, Madrid, 1998].

*A History of South India: From Prehistoric Times to the Fall of Vijayanagar,* de Sastri K. A. Nilakanta y R. C. Champakalakshmi.

*Court Life Under the Vijayanagar Rulers,* de Madhao P. Patil.

*Raya: Krishnadevaraya of Vijayanagara,* de Srinivas Reddy.

*City of Victory,* de Ratnakar Sadasyula.

*Hampi,* de Subhadra Sen Gupta, con fotografías de Clare Arni.

*A Forgotten Empire,* de Robert Sewell, que incluye asimismo sus traducciones de *The Narrative of Domingo Paes,* escrito *c.* 1520-1522, y *The Chronicle of Fernão Nuniz,* escrito *c.* 1535-1537.

**«*Ciudad Victoria* es colosal y profunda, elevada y resplandeciente. Cada página es mágica, cada página es espléndida. Tratándose de una obra de arte significativa, no se parece a ninguna otra novela que pueda nombrar [...]. Un logro mayúsculo de uno de nuestros mejores autores vivos».**

**Michael Cunningham**

En la **India del siglo** XIV, después de una insignificante batalla entre dos reinos olvidados, una niña de nueve años llamada Pampa Kampana cambia el curso de la historia. La voz antigua de la diosa Pampa sale por su boca infantil y le otorga poderes extraordinarios para crear una gran ciudad: Bisnaga, la «ciudad de la victoria». Durante los siguientes

doscientos cincuenta años, la vida de Bisnaga estará ligada a la de su creadora, que desde su centro velará por el bienestar de sus ciudadanos con un objetivo claro: dar la misma representación a las mujeres que a los hombres. Pero todas las historias encuentran la forma de alejarse de lo que imaginaron sus creadores, y la de Bisnaga no será una excepción. A medida que los años pasen, el tejido social de Bisnaga se volverá demasiado complejo, y mientras se suceden gobernantes y alianzas, derrotas y victorias, la ciudad se dirigirá hacia su trágico final.

Salman Rushdie nos brinda una epopeya deslumbrante, llena de amor, mitos y fantasía, que actúa como espejo de cualquier sociedad inestable y como testimonio fiel del poder que tienen las historias para narrar los vaivenes de la humanidad y del compromiso político.

**La crítica ha dicho:**

«Es una leyenda. No es solo un talento envidiable, es una mente reveladora [que muestra] un profundo conocimiento de la historia, la cultura, la fragilidad humana y el triunfo».
**Toni Morrison**

«Rushdie es un narrador de dotes prodigiosas, capaz de conjurar de la nada geografías enteras, causalidades, climas, criaturas, costumbres».
***The New York Times Book Review***

«Salman Rushdie es un genio, y desearía que pudiera leerme un cuento —o un capítulo de su libro— cada noche antes de dormir. La envergadura de su intelecto y su imaginación es un gúgolplex: tan grande como el infinito y un poco más. En *Ciudad Victoria* teje un relato épico que nos lleva de vuelta a las preguntas clave sobre qué significa ser humano, ser auténtico, amar y sufrir el duelo».
**A. M. Homes**

«Nadie, y recalco el nadie, sabe dar vida a un mundo entero con la

autoridad, la sabiduría, el sentido del humor y el saber hacer de Salman Rushdie. En el panteón de sus novelas, *Ciudad Victoria* destaca como un especial logro de la imaginación. Se resiste a cualquier etiqueta, pero invita al placer».

**Gary Shteyngart**

«Esta es la faceta más virtuosa de Salman Rushdie, un asombroso relato de la India medieval que es también, como siempre, una fábula sobre el triunfo de la vida —en todo su esplendor y su desgobernado exceso— sobre las fuerzas del fanatismo y la oscuridad».

**Hari Kunzru**

«La lectura de este libro os hará sentir la misma emoción que cuando descubristeis de niños a los hermanos Grimm, ¡pero este es para mayores! Os mostrará el mundo adulto bajo una luz completamente nueva. Solo un escritor magistral puede hacer eso».

**Jarvis Cocker**

«Rushdie, desde la insignificancia de un escritor, ha recordado a todos los que creemos en un mundo libre que una sátira vale más que mil millones de ofendidos, y que el día en que lo olvidemos, no habrá más risas».

**Sergio del Molino**

**Salman Rushdie** (Bombay, 1947), es autor de numerosos libros, de entre los que destacan *Hijos de la medianoche* —que ganó el premio Booker en 1981, el «Booker de los Booker» en 1993 y, en 2008, «el Mejor de los Booker»—, *Los versos satánicos*, *El último suspiro del moro*, *Joseph Anton y Quijote*. Ha sido galardonado con el Grinzane Cavour y el Premio Nacional de las Artes de Estados Unidos, además de otros muchos premios. En 2007, Salman Rushdie fue nombrado Caballero del Imperio Británico por su contribución a la literatura. Miembro de la Royal Society of Literature y Commandeur dans l'Ordre des Arts et des Lettres, y abanderado en la lucha por la libertad de expresión, en 2022 ha sobrevivido a un ataque sufrido mientras dictaba una conferencia en el estado de Nueva York.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Victory City*

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Salman Rushdie
Reservados todos los derechos
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Luis Murillo Fort, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Random House USA
Ilustración de portada: © Sonali Zohra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4214-2

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

# Índice

Ciudad Victoria

Primera parte. El nacimiento

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte. El exilio

- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Tercera parte. La gloria

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Cuarta parte. La caída

- Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Reconocimientos

Sobre este libro
Sobre Salman Rushdie
Créditos